



James Joyce  
Retrato del  
Artista  
Adolescente

**E** LEJANDRIA



James Joyce  
Retrato del  
Artista  
Adolescente

**E** LEJANDRIA

LIBRO DESCARGADO EN [WWW.ELEJANDRIA.COM](http://WWW.ELEJANDRIA.COM), TU SITIO WEB DE OBRAS DE  
DOMINIO PÚBLICO  
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

# RETRATO DEL ARTISTA ADOLESCENTE

**JAMES JOYCE**

**PUBLICADO: 1916**  
**FUENTE: PROJECT GUTENBERG**  
**TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA**

# RETRATO DEL ARTISTA ADOLESCENTE

## CAPÍTULO I

Érase una vez, y muy buen tiempo fue, una vaquita que venía bajando por el camino y esta vaquita que venía bajando por el camino se encontró con un niño muy bueno llamado nene tuckoo...

Su padre le contaba esa historia: su padre lo miraba a través de un cristal: tenía la cara peluda.

Él era nene tuckoo. La vaquita bajó por el camino donde vivía Betty Byrne: ella vendía pastillas de limón.

Oh, las rosas silvestres florecen

En el pequeño prado verde.

Cantaba esa canción. Esa era su canción.

Oh, las vedes losas floecen.

Cuando mojas la cama, primero está caliente y luego se enfría. Su madre le ponía el hule. Aquello tenía un olor raro.

Su madre olía mejor que su padre. Ella tocaba en el piano la giga marinera para que él bailara. Él bailaba:

Tralalá lalá,

Tralalá tralaladí,

Tralalá lalá,

Tralalá lalá.

El tío Charles y Dante aplaudían. Eran mayores que su padre y su madre, pero el tío Charles era mayor que Dante.

Dante tenía dos cepillos en su cómoda. El cepillo con el reverso de terciopelo granate era para Michael Davitt y el cepillo con el reverso de terciopelo verde era para Parnell. Dante le daba un cachú cada vez que le traía un trozo de papel de seda.

Los Vance vivían en el número siete. Tenían un padre y una madre diferentes. Eran el padre y la madre de Eileen. Cuando fueran mayores, se casaría con Eileen. Se escondió debajo de la mesa. Su madre dijo:

—Oh, Stephen se disculpará.

Dijo Dante:

—Oh, si no, vendrán las águilas y le arrancarán los ojos.

Arráncale los ojos,

Discúlpate,

Discúlpate,

Arráncale los ojos.

Discúlpate,

Arráncale los ojos,

Arráncale los ojos,

Discúlpate.

Los anchos patios bullían de muchachos. Todos gritaban y los prefectos los azuzaban con fuertes voces. El aire del atardecer era pálido y gélido, y tras cada embestida y cada golpe de los futbolistas, el orbe de cuero grasiento volaba como un pájaro

pesado a través de la luz gris. Él se mantenía al margen de su línea, fuera de la vista del prefecto, lejos del alcance de los pies rudos, fingiendo correr de vez en cuando. Sentía su cuerpo pequeño y débil en medio del tropel de jugadores, y sus ojos estaban débiles y llorosos. Rody Kickham no era así: sería el capitán de la tercera línea, decían todos los compañeros.

Rody Kickham era un buen tipo, pero Nasty Roche era unapestoso. Rody Kickham tenía espinilleras en su taquilla y una cesta en el refectorio. Nasty Roche tenía las manos grandes. Al pudín de los viernes lo llamaba perro envuelto en manta. Y un día había preguntado:

—¿Cómo te llamas?

Stephen había respondido: Stephen Dedalus.

Entonces Nasty Roche había dicho:

—¿Qué clase de nombre es ese?

Y como Stephen no había sabido responder, Nasty Roche había preguntado:

—¿Qué es tu padre?

Stephen había respondido:

—Un caballero.

Entonces Nasty Roche había preguntado:

—¿Es magistrado?

Se movía sigilosamente de un punto a otro en el borde de su línea, haciendo carreritas de vez en cuando. Pero tenía las manos azuladas por el frío. Mantenía las manos en los bolsillos laterales de su traje gris con cinturón. Aquello era un cinturón alrededor de su bolsillo. Y cinturón también era para darle a un tipo un cinturón. Un día un tipo le dijo a Cantwell:

—Te daría un cinturón que verías en un segundo.

Cantwell había respondido:

—Ve a pelear tu combate. Dale un cinturón a Cecil Thunder. Me gustaría verte. Él te daría una patada en el culo.

Aquella no era una expresión bonita. Su madre le había dicho que no hablara con los chicos rudos del colegio. ¡Qué madre tan buena! El primer día en el vestíbulo del castillo, cuando se despidió, se había subido el velo por duplicado hasta la nariz para besarlo: y tenía la nariz y los ojos rojos. Pero él había fingido no ver que iba a llorar. Era una madre buena, pero no era tan buena cuando lloraba. Y su padre le había dado dos monedas de cinco chelines para sus gastos. Y su padre le había dicho que si necesitaba algo le escribiera a casa y que, hiciera lo que hiciera, nunca delatara a un compañero. Luego, en la puerta del castillo, el rector les había estrechado la mano a su padre y a su madre, con la sotana ondeando en la brisa, y el coche se había alejado con su padre y su madre dentro. Le habían gritado desde el coche, agitando las manos:

—¡Adiós, Stephen, adiós!

—¡Adiós, Stephen, adiós!

Quedó atrapado en el torbellino de un melé y, temeroso de los ojos centelleantes y las botas embarradas, se agachó para mirar a través de las piernas. Los compañeros luchaban y gemían, y sus piernas se frotaban, pateaban y pisoteaban. Entonces, las botas amarillas de Jack Lawton sacaron el balón de un regate y todas las demás botas y piernas corrieron tras él. Corrió tras ellos un trecho y luego se detuvo. Era inútil seguir corriendo. Pronto se irían a casa por las vacaciones. Después de la cena, en la sala de estudio, cambiaría el número pegado dentro de su pupitre de setenta y siete a setenta y seis.

Sería mejor estar en la sala de estudio que ahí fuera con el frío. El cielo estaba pálido y frío, pero había luces en el castillo. Se preguntó desde qué ventana había arrojado Hamilton Rowan su sombrero sobre el foso y si en aquella época habría parterres bajo las ventanas. Un día que lo habían llamado al castillo, el mayordomo le había mostrado las marcas de las balas de los soldados en la madera

de la puerta y le había dado un trozo de mantecado que comía la comunidad. Era agradable y cálido ver las luces en el castillo. Era como algo sacado de un libro. Quizá la Abadía de Leicester fuera así. Y había frases bonitas en el libro de ortografía del Doctor Cornwell. Parecían poesía, pero solo eran frases para aprender a deletrear.

Wolsey murió en la Abadía de Leicester

Donde los abades lo enterraron.

El cancro es una enfermedad de las plantas,

El cáncer una de los animales.

Sería agradable tumbarse en la alfombra delante del fuego, apoyando la cabeza en las manos, y pensar en aquellas frases. Se estremeció como si tuviera agua fría y viscosa pegada a la piel. Fue ruin por parte de Wells empujarlo al foso cuadrado porque no quiso cambiarle su pequeña tabaquera por el castaño de Indias curtido de Wells, el conquistador de cuarenta. ¡Qué fría y viscosa había estado el agua! Un compañero había visto una vez una gran rata saltar sobre la espuma. La madre estaba sentada junto al fuego con Dante, esperando que Brígida trajera el té. Tenía los pies en el guardafuegos y sus zapatillas enjovadas estaban tan calientes ¡y tenían un olor tan encantador y cálido! Dante sabía muchas cosas. Le había enseñado dónde estaba el canal de Mozambique y cuál era el río más largo de América y cuál era el nombre de la montaña más alta de la luna. El padre Arnall sabía más que Dante porque era sacerdote, pero tanto su padre como el tío Charles decían que Dante era una mujer inteligente y muy leída. Y cuando Dante hacía aquel ruido después de cenar y luego se llevaba la mano a la boca: eso era acidez.

Una voz gritó a lo lejos en el patio:

—¡Todos adentro!

Luego otras voces gritaron desde las líneas inferior y tercera:

—¡Todos adentro! ¡Todos adentro!

Los jugadores se agruparon, sonrojados y embarrados, y él se metió entre ellos, contento de entrar. Rody Kickham sostenía el balón por su lazo grasiento. Un compañero le pidió que le diera una última patada, pero él siguió caminando sin siquiera responderle. Simon Moonan le dijo que no lo hiciera porque el prefecto estaba mirando. El compañero se volvió hacia Simon Moonan y dijo:

—Ya sabemos todos por qué hablas. Eres el pelota de McGlade.

Pelota era una palabra rara. El compañero llamó así a Simon Moonan porque Simon Moonan solía atarle las mangas postizas del prefecto a la espalda y el prefecto fingía enfadarse. Pero el sonido era feo. Una vez se había lavado las manos en el lavabo del Hotel Wicklow y su padre había levantado el tapón con la cadena y el agua sucia se había ido por el agujero del lavabo. Y cuando se había ido toda lentamente, el agujero del lavabo había hecho un sonido como ese: *chup*. Solo que más fuerte.

Recordar aquello y el aspecto blanco del lavabo le hizo sentir frío y luego calor. Había dos grifos que girabas y salía agua: fría y caliente. Sintió frío y luego un poco de calor: y podía ver los nombres impresos en los grifos. Era algo muy raro.

Y el aire del pasillo también lo helaba. Era raro y húmedo. Pero pronto encenderían el gas y al arder hacía un ruidito como una cancioncilla. Siempre igual: y cuando los compañeros dejaban de hablar en la sala de juegos, se podía oír.

Era la hora de las sumas. El padre Arnall escribió una suma difícil en la pizarra y luego dijo:

—Y bien, ¿quién ganará? ¡Adelante, York! ¡Adelante, Lancaster!

Stephen hizo lo que pudo, pero la suma era demasiado difícil y se sintió confuso. La pequeña insignia de seda con la rosa blanca que llevaba prendida en el pecho de la chaqueta empezó a agitarse. No era bueno para las sumas, pero se esforzaba al máximo para que York no perdiera. La cara del padre Arnall parecía muy seria, pero no estaba enfadado: se reía. Entonces Jack Lawton se hizo crujir los dedos y el padre Arnall miró su cuaderno y dijo:

—Correcto. ¡Bravo, Lancaster! La rosa roja gana. ¡Vamos, York! ¡Adelante!

Jack Lawton miró desde su lado. La pequeña insignia de seda con la rosa roja parecía muy elegante porque él llevaba una blusa marinera azul. Stephen también sintió su propia cara roja, pensando en todas las apuestas sobre quién conseguiría el primer puesto en elementos, si Jack Lawton o él. Algunas semanas Jack Lawton conseguía la tarjeta del primer puesto y otras semanas la conseguía él. Su insignia de seda blanca se agitaba y se agitaba mientras trabajaba en la siguiente suma y oía la voz del padre Arnall. Luego todo su afán se desvaneció y sintió la cara bastante fresca. Pensó que su cara debía de estar blanca porque la sentía muy fresca. No conseguía sacar el resultado de la suma, pero no importaba. Rosas blancas y rosas rojas: eran colores preciosos en los que pensar. Y las tarjetas para el primer, segundo y tercer puesto también eran de colores preciosos: rosa, crema y lavanda. Rosas lavanda, crema y rosa eran preciosas en las que pensar. Quizá una rosa silvestre pudiera ser de esos colores y recordó la canción sobre las rosas silvestres que florecen en el pequeño prado verde. Pero no se podía tener una rosa verde. Pero quizá en algún lugar del mundo sí se pudiera.

Sonó la campana y entonces las clases empezaron a salir en fila de las aulas y por los pasillos hacia el refectorio. Se sentó mirando los dos trozos de mantequilla en su plato, pero no pudo comer el pan húmedo. El mantel estaba húmedo y lacio. Pero se bebió el té caliente y aguado que el torpe pinche, ceñido con un delantal blanco, le sirvió en la taza. Se preguntó si el delantal del pinche también estaría húmedo o si todas las cosas blancas eran frías y húmedas. Nasty Roche y Saurin bebían cacao que sus familias les mandaban en latas. Decían que no podían beber el té; que era bazofia. Sus padres eran magistrados, decían los compañeros.

Todos los chicos le parecían muy extraños. Todos tenían padres y madres y ropas y voces diferentes. Ansiaba estar en casa y apoyar la cabeza en el regazo de su madre. Pero no podía: y por eso ansiaba

que el juego y el estudio y las oraciones terminaran para estar en la cama.

Bebió otra taza de té caliente y Fleming dijo:

—¿Qué pasa? ¿Tienes algún dolor o qué te pasa?

—No sé —dijo Stephen.

—Dolor de tripas —dijo Fleming—, porque tienes la cara blanca. Ya se te pasará.

—Ah, sí —dijo Stephen.

Pero no le dolía ahí. Pensó que le dolía el corazón, si es que se podía estar enfermo de ese lugar. Fleming fue muy decente al preguntarle. Quería llorar. Apoyó los codos en la mesa y cerraba y abría las aletas de sus orejas. Entonces oía el ruido del refectorio cada vez que abría las aletas de sus orejas. Producía un estruendo como un tren por la noche. Y cuando cerraba las aletas, el estruendo se cortaba como un tren entrando en un túnel. Aquella noche en Dalkey el tren había rugido así y luego, cuando entró en el túnel, el rugido cesó. Cerró los ojos y el tren siguió, rugiendo y luego parando; rugiendo de nuevo, parando. Era agradable oírlo rugir y parar y luego rugir al salir del túnel de nuevo y luego parar.

Entonces los compañeros de la línea superior empezaron a bajar por la estera del centro del refectorio, Paddy Rath y Jimmy Magee y el español al que le permitían fumar puros y el pequeño portugués que llevaba el gorro de lana. Y luego las mesas de la línea inferior y las mesas de la tercera línea. Y cada uno de los compañeros tenía una forma diferente de andar.

Se sentó en un rincón de la sala de juegos fingiendo ver una partida de dominó y una o dos veces pudo oír por un instante la cancioncilla del gas. El prefecto estaba en la puerta con unos chicos y Simon Moonan le anudaba las mangas postizas. Les estaba contando algo sobre Tullabeg.

Luego se alejó de la puerta y Wells se acercó a Stephen y dijo:

—Dinos, Dedalus, ¿besas a tu madre antes de irte a la cama?

Stephen respondió:

—Sí.

Wells se volvió hacia los otros compañeros y dijo:

—¡Oíd, oíd, aquí hay un tipo que dice que besa a su madre todas las noches antes de acostarse!

Los otros compañeros dejaron el juego y se volvieron, riendo. Stephen se sonrojó bajo sus miradas y dijo:

—No, no lo hago.

Wells dijo:

—¡Oíd, oíd, aquí hay un tipo que dice que no besa a su madre antes de acostarse!

Todos volvieron a reír. Stephen intentó reír con ellos. Sintió todo el cuerpo caliente y confuso en un momento. ¿Cuál era la respuesta correcta a la pregunta? Había dado dos y aun así Wells se reía. Pero Wells debía de saber la respuesta correcta porque estaba en tercero de gramática. Intentó pensar en la madre de Wells, pero no se atrevió a levantar los ojos hacia la cara de Wells. No le gustaba la cara de Wells. Fue Wells quien lo había empujado al foso cuadrado el día anterior porque no quiso cambiarle su pequeña tabaquera por el castaño de Indias curtido de Wells, el conquistador de cuarenta. Fue una acción ruin; todos los compañeros lo dijeron. ¡Y qué fría y viscosa había estado el agua! Y un compañero había visto una vez una gran rata saltar con un *plof* sobre la espuma.

El limo frío del foso cubría todo su cuerpo; y, cuando sonó la campana para el estudio y las filas salieron de las salas de juego, sintió el aire frío del pasillo y la escalera dentro de la ropa. Todavía intentaba pensar cuál era la respuesta correcta. ¿Estaba bien besar a su madre o estaba mal besar a su madre? ¿Qué significaba eso, besar? Levantabas la cara así para decir buenas noches y entonces su madre bajaba la cara. Eso era besar. Su madre le ponía los labios

en la mejilla; sus labios eran suaves y le mojaban la mejilla; y hacían un ruidito minúsculo: *beso*. ¿Por qué la gente hacía eso con sus dos caras?

Sentado en la sala de estudio, abrió la tapa de su pupitre y cambió el número pegado dentro de setenta y siete a setenta y seis. Pero las vacaciones de Navidad estaban muy lejos: pero alguna vez llegarían porque la tierra siempre giraba.

Había un dibujo de la tierra en la primera página de su geografía: una gran bola en medio de nubes. Fleming tenía una caja de lápices de colores y una noche, durante el estudio libre, había coloreado la tierra de verde y las nubes de granate. Era como los dos cepillos de la cómoda de Dante, el cepillo con el reverso de terciopelo verde para Parnell y el cepillo con el reverso de terciopelo granate para Michael Davitt. Pero él no le había dicho a Fleming que los coloreara de esos colores. Fleming lo había hecho por su cuenta.

Abrió la geografía para estudiar la lección; pero no podía aprender los nombres de los lugares de América. Aun así, eran todos lugares diferentes que tenían nombres diferentes. Estaban todos en países diferentes y los países estaban en continentes y los continentes estaban en el mundo y el mundo estaba en el universo.

Se dirigió a la guarda del libro de geografía y leyó lo que había escrito allí: él mismo, su nombre y dónde estaba.

Stephen Dedalus

Clase de Elementos

Clongowes Wood College

Sallins

Condado de Kildare

Irlanda

Europa

El Mundo

## El Universo

Eso estaba de su puño y letra: y Fleming, una noche, de broma, había escrito en la página opuesta:

Stephen Dedalus es mi nombre,

Irlanda es mi nación.

Clongowes es mi morada

Y el cielo mi expectación.

Leyó los versos al revés, pero entonces no eran poesía. Luego leyó la guarda de abajo arriba hasta llegar a su propio nombre. Ese era él: y volvió a leer la página hacia abajo. ¿Qué había después del universo? Nada. Pero, ¿había algo alrededor del universo para mostrar dónde se detenía antes de que empezara el lugar de la nada? No podía ser un muro, pero podría haber una línea finísima allí alrededor de todo. Era muy grande pensar en todo y en todas partes. Solo Dios podía hacer eso. Intentó pensar qué gran pensamiento debía ser ese, pero solo podía pensar en Dios. Dios era el nombre de Dios, así como su nombre era Stephen. *Dieu* era el francés para Dios y ese era también el nombre de Dios; y cuando alguien rezaba a Dios y decía *Dieu*, entonces Dios sabía al instante que era una persona francesa la que rezaba. Pero aunque había diferentes nombres para Dios en todos los diferentes idiomas del mundo y Dios entendía lo que toda la gente que rezaba decía en sus diferentes idiomas, aun así Dios seguía siendo siempre el mismo Dios y el verdadero nombre de Dios era Dios.

Le cansaba mucho pensar de esa manera. Le hacía sentir la cabeza muy grande. Pasó la guarda y miró con cansancio la tierra redonda y verde en medio de las nubes granates. Se preguntó qué era lo correcto, estar a favor del verde o del granate, porque Dante había arrancado el reverso de terciopelo verde del cepillo que era para Parnell un día con sus tijeras y le había dicho que Parnell era un hombre malo. Se preguntó si estarían discutiendo en casa sobre eso. A eso se le llamaba política. Había dos bandos: Dante estaba en un bando y su padre y el señor Casey en el otro, pero su madre y el tío

Charles no estaban en ningún bando. Todos los días salía algo en el periódico sobre ello.

Le dolía no saber bien qué significaba la política y no saber dónde terminaba el universo. Se sentía pequeño y débil. ¿Cuándo sería como los compañeros de poesía y retórica? Tenían voces potentes y botas grandes y estudiaban trigonometría. Eso estaba muy lejos. Primero venían las vacaciones y luego el siguiente trimestre y luego las vacaciones de nuevo y luego otro trimestre más y de nuevo las vacaciones. Era como un tren entrando y saliendo de túneles y eso era como el ruido de los chicos comiendo en el refectorio cuando abrías y cerrabas las aletas de las orejas. Trimestre, vacaciones; túnel, fuera; ruido, parada. ¡Qué lejos estaba! Era mejor irse a la cama a dormir. Solo las oraciones en la capilla y luego a la cama. Se estremeció y bostezó. Sería encantador estar en la cama después de que las sábanas se calentaran un poco. Al principio estaban tan frías al meterse. Se estremeció al pensar lo frías que estaban al principio. Pero luego se calentaban y entonces podía dormir. Era encantador estar cansado. Bostezó de nuevo. Oraciones de la noche y luego a la cama: se estremeció y quiso bostezar. Sería encantador en unos minutos. Sintió un cálido resplandor subir desde las frías y temblorosas sábanas, más y más cálido hasta que se sintió caliente por todas partes, tan, tan caliente y sin embargo se estremeció un poco y todavía quería bostezar.

Sonó la campana para las oraciones de la noche y salió en fila de la sala de estudio detrás de los demás, bajó la escalera y por los pasillos hasta la capilla. Los pasillos estaban oscuramente iluminados y la capilla estaba oscuramente iluminada. Pronto todo estaría oscuro y durmiendo. Había un aire frío de noche en la capilla y los mármoles tenían el color del mar por la noche. El mar estaba frío de día y de noche: pero era más frío de noche. Hacía frío y estaba oscuro bajo el malecón junto a la casa de su padre. Pero la tetera estaría sobre la hornilla para hacer ponche.

El prefecto de la capilla rezaba por encima de su cabeza y su memoria conocía las respuestas:

Oh Señor, abre nuestros labios

Y nuestras bocas anunciarán Tu alabanza.

¡Acude en nuestra ayuda, oh Dios!

¡Oh Señor, apresúrate a socorrernos!

Había un olor a noche fría en la capilla. Pero era un olor sagrado. No era como el olor de los viejos campesinos que se arrodillaban en la parte de atrás de la capilla en la misa del domingo. Aquel era un olor a aire y lluvia y turba y pana. Pero eran campesinos muy devotos. Respiraban detrás de él en su nuca y suspiraban mientras rezaban. Vivían en Clane, dijo un compañero: allí había casitas y había visto a una mujer de pie en la media puerta de una casita con un niño en brazos, mientras los coches pasaban desde Sallins. Sería encantador dormir una noche en esa casita ante el fuego de turba humeante, en la oscuridad iluminada por el fuego, en la cálida oscuridad, respirando el olor de los campesinos, aire y lluvia y turba y pana. Pero, ¡oh, qué oscuro era el camino de allí entre los árboles! Te perderías en la oscuridad. Le daba miedo pensar cómo era.

Oyó la voz del prefecto de la capilla diciendo la última oración. Él también la rezó contra la oscuridad de fuera, bajo los árboles.

Visita, te suplicamos, oh Señor, esta morada y

aleja de ella todas las asechanzas del enemigo. Que

Tus santos ángeles habiten en ella para preservarnos en paz

y que Tu bendición esté siempre sobre nosotros por

Cristo nuestro Señor. Amén.

Le temblaban los dedos mientras se desvestía en el dormitorio. Les dijo a sus dedos que se dieran prisa. Tenía que desvestirse y luego arrodillarse y decir sus propias oraciones y estar en la cama antes de que bajaran la luz del gas para no ir al infierno cuando muriera. Se quitó los calcetines rodándolos y se puso el camisón rápidamente y se arrodilló temblando al lado de su cama y repitió

sus oraciones rápidamente, temiendo que el gas se apagara. Sintió que le temblaban los hombros mientras murmuraba:

¡Dios bendiga a mi padre y a mi madre y me los guarde!

¡Dios bendiga a mis hermanitos y hermanitas y me los guarde!

¡Dios bendiga a Dante y al tío Charles y me los guarde!

Se santiguó y se metió rápidamente en la cama y, metiendo el extremo del camisón bajo los pies, se acurrucó bajo las frías sábanas blancas, tiritando y temblando. Pero no iría al infierno cuando muriera; y el temblor cesaría. Una voz deseó buenas noches a los chicos del dormitorio. Miró por un instante por encima de la colcha y vio las cortinas amarillas alrededor y delante de su cama que lo aislaban por todos lados. La luz se bajó silenciosamente.

Los zapatos del prefecto se alejaron. ¿A dónde? ¿Por la escalera y los pasillos o a su habitación al final? Vio la oscuridad. ¿Era verdad lo del perro negro que caminaba por allí de noche con ojos tan grandes como faroles de carruaje? Decían que era el fantasma de un asesino. Un largo escalofrío de miedo recorrió su cuerpo. Vio el oscuro vestíbulo de entrada del castillo. Viejos sirvientes con ropas antiguas estaban en el cuarto de plancha sobre la escalera. Fue hace mucho tiempo. Los viejos sirvientes estaban en silencio. Había un fuego allí, pero el vestíbulo todavía estaba oscuro. Una figura subió la escalera desde el vestíbulo. Llevaba la capa blanca de un mariscal; su rostro era pálido y extraño; mantenía la mano presionada contra su costado. Miró con ojos extraños a los viejos sirvientes. Ellos lo miraron y vieron el rostro y la capa de su amo y supieron que había recibido su herida mortal. Pero solo había oscuridad donde miraban: solo aire oscuro y silencioso. Su amo había recibido su herida mortal en el campo de batalla de Praga, muy lejos, al otro lado del mar. Estaba de pie en el campo; su mano estaba presionada contra su costado; su rostro era pálido y extraño y llevaba la capa blanca de un mariscal.

¡Oh, qué frío y extraño era pensar en eso! Toda la oscuridad era fría y extraña. Había rostros pálidos y extraños allí, grandes ojos

como faroles de carruaje. Eran los fantasmas de asesinos, las figuras de mariscales que habían recibido su herida mortal en campos de batalla lejanos al otro lado del mar. ¿Qué deseaban decir que sus rostros eran tan extraños?

Visita, te suplicamos, oh Señor, esta morada y aleja de ella todas las...

¡Ir a casa por las vacaciones! Eso sería encantador: se lo habían dicho los compañeros. Subir a los coches en la temprana mañana invernal frente a la puerta del castillo. Los coches rodaban sobre la grava. ¡Vitores para el rector!

¡Hurra! ¡Hurra! ¡Hurra!

Los coches pasaron por delante de la capilla y todos se quitaron las gorras. Conducían alegremente por las carreteras rurales. Los conductores señalaban con sus látigos hacia Bodentown. Los compañeros vitoreaban. Pasaron la granja del Granjero Alegre. Vitor tras vitor tras vitor. Atravesaron Clane, vitoreando y siendo vitoreados. Las campesinas estaban en las medias puertas, los hombres de pie aquí y allá. El olor encantador que había en el aire invernal: el olor de Clane: lluvia y aire invernal y turba ardiendo y pana.

El tren estaba lleno de compañeros: un tren largo, muy largo, de color chocolate con franjas crema. Los guardias iban y venían abriendo, cerrando, asegurando, desasegurando las puertas. Eran hombres de azul oscuro y plata; tenían silbatos plateados y sus llaves hacían una música rápida: clic, clic: clic, clic.

Y el tren corría sobre las llanuras y pasaba la Colina de Allen. Los postes de telégrafo pasaban, pasaban. El tren seguía y seguía. Él sabía. Había faroles en el vestíbulo de la casa de su padre y cuerdas de ramas verdes. Había acebo y hiedra alrededor del espejo de entreventana y acebo y hiedra, verdes y rojos, entrelazados alrededor de los candelabros. Había acebo rojo y hiedra verde alrededor de los viejos retratos en las paredes. Acebo y hiedra para él y para la Navidad.

Encantador...

Toda la gente. ¡Bienvenido a casa, Stephen! Ruidos de bienvenida. Su madre lo besó. ¿Estaba bien eso? Su padre era ahora un mariscal: más alto que un magistrado. ¡Bienvenido a casa, Stephen!

Ruidos...

Se oía un ruido de anillas de cortina corriendo por las barras, de agua salpicando en las palanganas. Se oía un ruido de levantarse, vestirse y lavarse en el dormitorio: un ruido de palmadas mientras el prefecto iba de un lado a otro diciendo a los compañeros que se dieran prisa. Una pálida luz de sol mostraba las cortinas amarillas corridas, las camas revueltas. Su cama estaba muy caliente y su cara y su cuerpo estaban muy calientes.

Se levantó y se sentó en el borde de la cama. Estaba débil. Intentó ponerse el calcetín. Tenía un tacto horrible y áspero. La luz del sol era extraña y fría.

Fleming dijo:

—¿No te encuentras bien?

Él no lo sabía; y Fleming dijo:

—Vuelve a la cama. Le diré a McGlade que no te encuentras bien.

—Está enfermo.

—¿Quién?

—Díselo a McGlade.

—Vuelve a la cama.

—¿Está enfermo?

Un compañero le sujetó los brazos mientras se quitaba el calcetín pegado al pie y volvía a meterse en la cama caliente.

Se acurrucó entre las sábanas, agradecido de su tibio resplandor. Oyó a los compañeros hablar entre ellos sobre él mientras se vestían

para la misa. Fue una acción ruin, empujarlo al foso cuadrado, decían.

Luego sus voces cesaron; se habían ido. Una voz junto a su cama dijo:

—Dedalus, no nos espíes, ¿verdad que no?

El rostro de Wells estaba allí. Lo miró y vio que Wells tenía miedo.

—No fue mi intención. ¿Verdad que no lo harás?

Su padre le había dicho que, hiciera lo que hiciera, nunca delatara a un compañero. Sacudió la cabeza y respondió que no, y se sintió contento.

Wells dijo:

—No fue mi intención, de verdad. Fue solo de broma. Lo siento.

El rostro y la voz se alejaron. Lo sentía porque tenía miedo. Miedo de que fuera alguna enfermedad. El cancro era una enfermedad de las plantas y el cáncer una de los animales: u otra diferente. Eso fue hace mucho tiempo, entonces, en los patios al atardecer, moviéndose sigilosamente de un punto a otro al borde de su línea, un pájaro pesado volando bajo a través de la luz gris. La Abadía de Leicester iluminada. Wolsey murió allí. Los propios abades lo enterraron.

No era la cara de Wells, era la del prefecto. No estaba fingiendo. No, no: estaba realmente enfermo. No estaba fingiendo. Y sintió la mano del prefecto en su frente; y sintió su frente cálida y húmeda contra la mano fría y húmeda del prefecto. Así se sentía una rata, viscosa y húmeda y fría. Cada rata tenía dos ojos para mirar. Pelajes lisos y viscosos, patitas diminutas encogidas para saltar, ojos negros y viscosos para mirar. Podían entender cómo saltar. Pero las mentes de las ratas no podían entender la trigonometría. Cuando estaban muertas, yacían de costado. Sus pelajes se secaban entonces. Eran solo cosas muertas.

El prefecto estaba allí de nuevo y era su voz la que decía que debía levantarse, que el Padre Ministro había dicho que debía levantarse, vestirse e ir a la enfermería. Y mientras se vestía lo más rápido que podía, el prefecto dijo:

—¡Tenemos que mandarte con el Hermano Michael porque tenemos retortijones!

Fue muy decente al decir eso. Todo era para hacerlo reír. Pero no podía reír porque sus mejillas y labios estaban temblorosos: y entonces el prefecto tuvo que reírse solo.

El prefecto gritó:

—¡Paso ligero! ¡Paso de ganso! ¡Paso de paja!

Bajaron juntos la escalera, recorrieron el pasillo y pasaron por el baño. Al pasar por la puerta, recordó con un vago temor el agua de turba tibia y colorida, el aire cálido y húmedo, el ruido de las zambullidas, el olor de las toallas, como a medicina.

El Hermano Michael estaba de pie en la puerta de la enfermería y de la puerta del oscuro gabinete a su derecha salía un olor a medicina. Provenía de las botellas en los estantes. El prefecto habló con el Hermano Michael y el Hermano Michael respondió y llamó al prefecto señor. Tenía el pelo rojizo mezclado con gris y una mirada extraña. Era extraño que siempre fuera un hermano. También era extraño que no se le pudiera llamar señor porque era un hermano y tenía un tipo de mirada diferente. ¿No era lo suficientemente santo o por qué no podía alcanzar a los demás?

Había dos camas en la habitación y en una cama había un compañero: y cuando entraron, gritó:

—¡Hola! ¡Es el joven Dedalus! ¿Qué pasa?

—El cielo está arriba —dijo el Hermano Michael.

Era un compañero de tercero de gramática y, mientras Stephen se desvestía, le pidió al Hermano Michael que le trajera una tostada con mantequilla.

—¡Ah, vamos! —dijo.

—¡A ti te voy a dar! —dijo el Hermano Michael—. Recibirás tus papeles de despido por la mañana cuando venga el médico.

—¿De veras? —dijo el compañero—. Todavía no estoy bien.

El Hermano Michael repitió:

—Recibirás tus papeles de despido. Te lo digo.

Se inclinó para atizar el fuego. Tenía una espalda larga como la espalda larga de un caballo de tranvía. Sacudió el atizador gravemente y asintió con la cabeza al compañero de tercero de gramática.

Luego el Hermano Michael se fue y después de un rato el compañero de tercero de gramática se volvió hacia la pared y se quedó dormido.

Aquella era la enfermería. Estaba enfermo entonces. ¿Habían escrito a casa para decírselo a su madre y a su padre? Pero sería más rápido que uno de los sacerdotes fuera él mismo a decírselo. O él escribiría una carta para que el sacerdote la llevara.

Querida Madre,

Estoy enfermo. Quiero ir a casa. Por favor, ven a llevarme a casa.

Estoy en la enfermería.

Tu hijo que te quiere,

Stephen

¡Qué lejos estaban! Había una fría luz de sol fuera de la ventana. Se preguntó si moriría. Se podía morir igual en un día soleado. Podría morir antes de que llegara su madre. Entonces tendría una misa de difuntos en la capilla, como le habían contado los compañeros que fue cuando murió Little. Todos los compañeros estarían en la misa, vestidos de negro, todos con caras tristes. Wells también estaría allí, pero ningún compañero lo miraría. El rector estaría allí con una capa pluvial de negro y oro y habría altas velas

amarillas en el altar y alrededor del catafalco. Y sacarían el ataúd de la capilla lentamente y lo enterrarían en el pequeño cementerio de la comunidad, junto a la avenida principal de los tilos. Y Wells se arrepentiría entonces de lo que había hecho. Y la campana doblaría lentamente.

Podía oír el doblar de la campana. Se repitió a sí mismo la canción que Brígida le había enseñado.

¡Ding dong! ¡La campana del castillo!

¡Adiós, madre mía!

Entiérrame en el viejo camposanto

Junto a mi hermano mayor.

Mi ataúd será negro,

Seis ángeles a mi espalda,

Dos para cantar y dos para rezar

Y dos para llevarse mi alma.

¡Qué hermoso y triste era aquello! ¡Qué hermosas eran las palabras donde decían *Entiérrame en el viejo camposanto!* Un temblor recorrió su cuerpo. ¡Qué triste y qué hermoso! Quería llorar en silencio, pero no por él mismo: por las palabras, tan hermosas y tristes, como música. ¡La campana! ¡La campana! ¡Adiós! ¡Oh, adiós!

La fría luz del sol era más débil y el Hermano Michael estaba junto a su cama con un cuenco de caldo de carne. Se alegró, pues tenía la boca caliente y seca. Podía oírlos jugar en los patios. Y el día transcurría en el colegio como si él estuviera allí.

Luego el Hermano Michael se marchaba y el compañero de tercero de gramática le dijo que no dejara de volver para contarle todas las noticias del periódico. Le dijo a Stephen que se llamaba Athy y que su padre tenía muchos caballos de carreras que eran saltadores estupendos y que su padre le daría un buen soplo al Hermano Michael cuando quisiera, porque el Hermano Michael era muy decente y siempre le contaba las noticias del periódico que

recibían todos los días en el castillo. Había todo tipo de noticias en el periódico: accidentes, naufragios, deportes y política.

—Ahora todo en los periódicos es sobre política —dijo—. ¿Tu gente habla de eso también?

—Sí —dijo Stephen.

—La mía también —dijo él.

Luego pensó por un momento y dijo:

—Tienes un nombre raro, Dedalus, y yo también tengo un nombre raro, Athy. Mi nombre es el nombre de un pueblo. Tu nombre parece latín.

Luego preguntó:

—¿Eres bueno para las adivinanzas?

Stephen respondió:

—No muy bueno.

Entonces dijo:

—¿Puedes responderme a esta? ¿Por qué el condado de Kildare es como la pernera de los calzones de un tipo?

Stephen pensó cuál podría ser la respuesta y luego dijo:

—Me rindo.

—Porque tiene un muslo (*thigh*) dentro —dijo—. ¿Ves el chiste? Athy es el pueblo en el condado de Kildare y *a thigh* es el muslo.

—Oh, ya veo —dijo Stephen.

—Es una adivinanza vieja —dijo él.

Después de un momento dijo:

—¡Oye!

—¿Qué? —preguntó Stephen.

—Sabes —dijo—, puedes hacer esa adivinanza de otra manera.

—¿Se puede? —dijo Stephen.

—La misma adivinanza —dijo—. ¿Conoces la otra forma de preguntarla?

—No —dijo Stephen.

—¿No se te ocurre la otra forma? —dijo él.

Miró a Stephen por encima de las sábanas mientras hablaba. Luego se recostó en la almohada y dijo:

—Hay otra forma, pero no te diré cuál es.

¿Por qué no la decía? Su padre, el que tenía los caballos de carreras, debía de ser también magistrado, como el padre de Saurin y el padre de Nasty Roche. Pensó en su propio padre, en cómo cantaba canciones mientras su madre tocaba y en cómo siempre le daba un chelín cuando le pedía seis peniques, y sintió pena por él, porque no era magistrado como los padres de los otros chicos. Entonces, ¿por qué lo habían mandado a ese lugar con ellos? Pero su padre le había dicho que no sería un extraño allí, porque su tío abuelo había presentado un discurso al Libertador allí cincuenta años antes. Se podía reconocer a la gente de aquella época por sus ropas antiguas. Le parecía una época solemne: y se preguntaba si esa sería la época en que los compañeros de Clongowes llevaban chaquetas azules con botones de latón y chalecos amarillos y gorras de piel de conejo y bebían cerveza como la gente mayor y tenían sus propios lebreles para cazar liebres.

Miró por la ventana y vio que la luz del día se había debilitado. Habría una luz gris y nublada sobre los patios. No había ruido en los patios. La clase debía estar haciendo las redacciones o quizás el Padre Arnall estaba leyendo del libro.

Era extraño que no le hubieran dado ninguna medicina. Quizá el Hermano Michael la traería cuando volviera. Decían que te daban una porquería apestosa para beber cuando estabas en la enfermería. Pero se sentía mejor ahora que antes. Sería agradable ir mejorando lentamente. Entonces podrías coger un libro. Había un libro en la

biblioteca sobre Holanda. Había nombres extranjeros encantadores en él y dibujos de ciudades y barcos de aspecto extraño. Te hacía sentir tan feliz.

¡Qué pálida era la luz en la ventana! Pero eso era agradable. El fuego subía y bajaba en la pared. Era como olas. Alguien había echado carbón y oyó voces. Estaban hablando. Era el ruido de las olas. O las olas hablaban entre sí mientras subían y bajaban.

Vio el mar de olas, largas olas oscuras subiendo y bajando, oscuras bajo la noche sin luna. Una lucecita parpadeaba en la punta del muelle por donde entraba el barco: y vio una multitud de gente reunida a la orilla del agua para ver el barco que entraba en su puerto. Un hombre alto estaba de pie en la cubierta, mirando hacia la tierra llana y oscura: y a la luz del muelle vio su rostro, el rostro apesadumbrado del Hermano Michael.

Lo vio levantar la mano hacia la gente y lo oyó decir con una fuerte voz de dolor sobre las aguas:

—Ha muerto. Lo vimos yacer sobre el catafalco.

Un lamento de dolor se elevó de la gente.

—¡Parnell! ¡Parnell! ¡Ha muerto!

Cayeron de rodillas, gimiendo de dolor.

Y vio a Dante con un vestido de terciopelo granate y con un manto de terciopelo verde colgando de sus hombros, caminando orgullosa y silenciosamente entre la gente que se arrodillaba a la orilla del agua.

Un gran fuego, apilado alto y rojo, ardía en la chimenea y bajo las ramas entrelazadas de hiedra del candelabro, la mesa de Navidad estaba puesta. Habían llegado a casa un poco tarde y la cena aún no estaba lista: pero estaría lista en un santiamén, había dicho su madre. Esperaban que se abriera la puerta y que entraran los sirvientes, sosteniendo las grandes fuentes cubiertas con sus pesadas tapas de metal.

Todos esperaban: el tío Charles, que estaba sentado lejos, en la sombra de la ventana, Dante y el señor Casey, que estaban sentados en los sillones a cada lado del hogar, Stephen, sentado en una silla entre ellos, con los pies apoyados en el calentapiés. El señor Dedalus se miró en el espejo de entreventana sobre la chimenea, se atusó las puntas del bigote y luego, apartando los faldones de su levita, se puso de espaldas al fuego resplandeciente: y aun así, de vez en cuando, retiraba una mano del faldón de su levita para atusarse una de las puntas del bigote. El señor Casey inclinó la cabeza hacia un lado y, sonriendo, se golpeó la glándula del cuello con los dedos. Y Stephen también sonrió, pues ahora sabía que no era verdad que el señor Casey tuviera una bolsa de plata en la garganta. Sonrió al pensar cómo el ruido plateado que el señor Casey solía hacer lo había engañado. Y cuando había intentado abrir la mano del señor Casey para ver si la bolsa de plata estaba escondida allí, había visto que los dedos no se podían enderezar: y el señor Casey le había dicho que se había quedado con esos tres dedos agarrotados haciendo un regalo de cumpleaños para la Reina Victoria. El señor Casey se golpeó la glándula del cuello y sonrió a Stephen con ojos somnolientos: y el señor Dedalus le dijo:

—Sí. Bueno, pues, todo está bien. Oh, hemos dado un buen paseo, ¿verdad, John? Sí... Me pregunto si hay alguna probabilidad de cenar esta noche. Sí... Oh, bueno, pues, hoy hemos tomado una buena bocanada de ozono por el Cabo. Sí, por Dios.

Se volvió hacia Dante y dijo:

—¿No ha salido usted para nada, señora Riordan?

Dante frunció el ceño y dijo secamente:

—No.

El señor Dedalus dejó caer los faldones de su levita y se fue al aparador. Sacó del armario una gran jarra de piedra de whisky y llenó la licorera lentamente, inclinándose de vez en cuando para ver cuánto había echado. Luego, volviendo a colocar la jarra en el

armario, sirvió un poco de whisky en dos vasos, añadió un poco de agua y volvió con ellos a la chimenea.

—Un dedalito, John —dijo—, solo para abrir el apetito.

El señor Casey tomó el vaso, bebió y lo colocó cerca de él en la repisa de la chimenea. Luego dijo:

—Bueno, no puedo evitar pensar en nuestro amigo Christopher fabricando...

Rompió a reír y toser y añadió:

—...fabricando ese champán para esos tipos.

El señor Dedalus rio a carcajadas.

—¿Te refieres a Christy? —dijo—. Hay más astucia en una de esas verrugas de su calva que en una jauría de zorros.

Inclinó la cabeza, cerró los ojos y, lamiéndose los labios profusamente, comenzó a hablar con la voz del hotelero.

—Y tiene una boca tan suave cuando te habla, ¿sabes? Es muy húmedo y acuoso por las papadas, Dios lo bendiga.

El señor Casey todavía luchaba por salir de su ataque de tos y risa. Stephen, viendo y oyendo al hotelero a través del rostro y la voz de su padre, rio.

El señor Dedalus se puso el monóculo y, mirándolo fijamente, dijo en voz baja y amable:

—¿De qué te ríes, cachorrito?

Entraron los sirvientes y colocaron las fuentes en la mesa. La señora Dedalus los siguió y se dispusieron los sitios.

—Sentaos —dijo ella.

El señor Dedalus fue al extremo de la mesa y dijo:

—Ahora, señora Riordan, siéntese aquí. John, siéntate, amigo mío.

Miró hacia donde estaba sentado el tío Charles y dijo:

—Y bien, señor, aquí hay un ave esperándole.

Cuando todos hubieron tomado asiento, puso la mano sobre la tapa y luego dijo rápidamente, retirándola:

—Ahora, Stephen.

Stephen se puso de pie en su sitio para decir la bendición antes de la comida:

Bendícenos, Señor, y a estos Tus dones que por

Tu generosidad vamos a recibir por Cristo nuestro

Señor. Amén.

Todos se santiguaron y el señor Dedalus, con un suspiro de placer, levantó de la fuente la pesada tapa perlada en el borde con gotas relucientes.

Stephen miró el pavo rollizo que había estado, atado y ensartado, en la mesa de la cocina. Sabía que su padre había pagado una guinea por él en Dunn's de D'Olier Street y que el hombre lo había pinchado a menudo en el esternón para demostrar lo bueno que era: y recordó la voz del hombre cuando había dicho:

—Llévese ese, señor. Ese es el auténtico pata negra.

¿Por qué el señor Barrett en Clongowes llamaba a su palmeta un pavo? Pero Clongowes estaba muy lejos: y el olor cálido y pesado a pavo y jamón y apio se elevaba de los platos y las fuentes y el gran fuego estaba apilado alto y rojo en la chimenea y la hiedra verde y el acebo rojo te hacían sentir tan feliz y cuando terminara la cena traerían el gran pudin de ciruelas, tachonado de almendras peladas y ramitas de acebo, con un fuego azulado corriendo a su alrededor y una banderita verde ondeando en la cima.

Era su primera cena de Navidad y pensó en sus hermanitos y hermanitas que esperaban en el cuarto de los niños, como él había esperado a menudo, hasta que llegara el pudin. El cuello bajo y profundo y la chaqueta Eton le hacían sentirse extraño y mayorcito: y aquella mañana, cuando su madre lo había bajado al salón, vestido

para la misa, su padre había llorado. Eso era porque estaba pensando en su propio padre. Y el tío Charles también lo había dicho.

El señor Dedalus tapó la fuente y comenzó a comer con avidez. Luego dijo:

—Pobre viejo Christy, ahora está casi desequilibrado de tanta pillería.

—Simon —dijo la señora Dedalus—, no le has puesto salsa a la señora Riordan.

El señor Dedalus agarró la salsa.

—¿Ah, no? —gritó—. Señora Riordan, compadézcase del pobre ciego.

Dante cubrió su plato con las manos y dijo:

—No, gracias.

El señor Dedalus se volvió hacia el tío Charles.

—¿Y usted qué tal, señor?

—Como un reloj, Simon.

—¿Tú, John?

—Yo estoy bien. Sírveteté.

—¿Mary? Toma, Stephen, aquí tienes algo para que se te rice el pelo.

Vertió salsa generosamente sobre el plato de Stephen y volvió a colocar la salsa en la mesa. Luego le preguntó al tío Charles si estaba tierno. El tío Charles no podía hablar porque tenía la boca llena, pero asintió que sí.

—Qué buena respuesta le dio nuestro amigo al canónigo. ¿Eh? —dijo el señor Dedalus.

—No pensé que tuviera tanto dentro —dijo el señor Casey.

—Pagaré sus cuotas, padre, cuando deje de convertir la casa de Dios en una cabina de votación.

—Bonita respuesta —dijo Dante—, para que la dé a su sacerdote cualquier hombre que se llame a sí mismo católico.

—Ellos tienen la culpa —dijo el señor Dedalus con suavidad—. Si siguieran el consejo de un tonto, limitarían su atención a la religión.

—Es religión —dijo Dante—. Están cumpliendo con su deber al advertir al pueblo.

—Vamos a la casa de Dios —dijo el señor Casey—, con toda humildad para rezar a nuestro Hacedor y no para oír discursos electorales.

—Es religión —dijo Dante de nuevo—. Tienen razón. Deben dirigir a sus rebaños.

—¿Y predicar política desde el altar, es eso? —preguntó el señor Dedalus.

—Ciertamente —dijo Dante—. Es una cuestión de moralidad pública. Un sacerdote no sería un sacerdote si no le dijera a su rebaño lo que está bien y lo que está mal.

La señora Dedalus dejó el cuchillo y el tenedor, diciendo:

—Por piedad y por caridad, no tengamos discusiones políticas en este día, de todos los días del año.

—Muy bien, señora —dijo el tío Charles—. Ahora, Simon, ya es suficiente. Ni una palabra más.

—Sí, sí —dijo el señor Dedalus rápidamente.

Destapó la fuente con audacia y dijo:

—Y bien, ¿quién quiere más pavo?

Nadie respondió. Dijo Dante:

—¡Bonito lenguaje para que lo use cualquier católico!

—Señora Riordan, le ruego —dijo la señora Dedalus—, que deje el asunto ahora.

Dante se volvió hacia ella y dijo:

—¿Y he de sentarme aquí y escuchar cómo se mofan de los pastores de mi iglesia?

—Nadie está diciendo una palabra en contra de ellos —dijo el señor Dedalus—, siempre y cuando no se metan en política.

—Los obispos y sacerdotes de Irlanda han hablado —dijo Dante—, y deben ser obedecidos.

—Que dejen la política en paz —dijo el señor Casey—, o el pueblo podría dejar su iglesia en paz.

—¿Oyes? —dijo Dante, volviéndose hacia la señora Dedalus.

—¡Señor Casey! ¡Simon! —dijo la señora Dedalus—, que se acabe ya.

—¡Qué mal! ¡Qué mal! —dijo el tío Charles.

—¿Qué? —gritó el señor Dedalus—. ¿Íbamos a abandonarlo por orden del pueblo inglés?

—Ya no era digno de liderar —dijo Dante—. Era un pecador público.

—Todos somos pecadores, y pecadores de tomo y lomo —dijo el señor Casey fríamente.

—¡Ay del hombre por quien viene el escándalo! —dijo la señora Riordan—. Más le valdría que le atasen una piedra de molino al cuello y lo arrojaran a lo profundo del mar antes que escandalizar a uno de estos, mis pequeñuelos. Ese es el lenguaje del Espíritu Santo.

—Y un lenguaje muy malo si me preguntas —dijo el señor Dedalus con frialdad.

—¡Simon! ¡Simon! —dijo el tío Charles—. El niño.

—Sí, sí —dijo el señor Dedalus—. Me refería a... estaba pensando en el mal lenguaje del mozo de estación. Bueno, ya está todo bien. Toma, Stephen, enséñame tu plato, viejo amigo. Come ahora. Toma.

Amontonó la comida en el plato de Stephen y sirvió al tío Charles y al señor Casey grandes trozos de pavo y chorreones de salsa. La señora Dedalus comía poco y Dante estaba sentada con las manos en el regazo. Tenía la cara roja. El señor Dedalus hurgó con los trinchantes en el fondo de la fuente y dijo:

—Aquí hay un trozo sabroso que llamamos el obispillo. Si alguna dama o caballero...

Sostuvo un trozo de ave en la punta del tenedor de trinchar. Nadie habló. Se lo puso en su propio plato, diciendo:

—Bueno, no podéis decir que no se os ha ofrecido. Creo que será mejor que me lo coma yo porque últimamente no ando bien de salud.

Le guiñó un ojo a Stephen y, volviendo a poner la tapa de la fuente, comenzó a comer de nuevo.

Hubo un silencio mientras comía. Luego dijo:

—Bueno, pues, el día se mantuvo bueno después de todo. También había muchos forasteros por ahí.

Nadie habló. Dijo de nuevo:

—Creo que había más forasteros que la Navidad pasada.

Miró a los demás, cuyos rostros estaban inclinados hacia sus platos y, al no recibir respuesta, esperó un momento y dijo con amargura:

—Bueno, de todas formas, mi cena de Navidad se ha echado a perder.

—No podría haber ni suerte ni gracia —dijo Dante—, en una casa donde no hay respeto por los pastores de la iglesia.

El señor Dedalus arrojó su cuchillo y tenedor ruidosamente sobre su plato.

—¡Respeto! —dijo—. ¿Es por Billy el del labio o por el tonel de tripas de Armagh? ¡Respeto!

—Príncipes de la iglesia —dijo el señor Casey con lento desdén.

—El cochero de Lord Leitrim, sí —dijo el señor Dedalus.

—Son los ungidos del Señor —dijo Dante—. Son un honor para su país.

—Tonel de tripas —dijo el señor Dedalus groseramente—. Tiene una cara bonita, fíjate, en reposo. Deberías ver a ese tipo zampándose su tocino con repollo en un frío día de invierno. ¡Oh, Johnny!

Torció sus rasgos en una mueca de pesada bestialidad e hizo un ruido de lametones con los labios.

—De verdad, Simon, no deberías hablar así delante de Stephen. No está bien.

—Oh, recordará todo esto cuando crezca —dijo Dante acaloradamente—, el lenguaje que oyó contra Dios, la religión y los sacerdotes en su propia casa.

—Que recuerde también —le gritó el señor Casey desde el otro lado de la mesa—, el lenguaje con el que los sacerdotes y los peones de los sacerdotes rompieron el corazón de Parnell y lo acosaron hasta su tumba. Que recuerde eso también cuando crezca.

—¡Hijos de puta! —gritó el señor Dedalus—. Cuando estaba caído se volvieron contra él para traicionarlo y despedazarlo como ratas en una alcantarilla. ¡Perros de baja estofa! ¡Y lo parecen! ¡Por Cristo, que lo parecen!

—Se comportaron correctamente —gritó Dante—. Obedecieron a sus obispos y a sus sacerdotes. ¡Honor a ellos!

—Bueno, es perfectamente espantoso decir que ni siquiera por un día al año —dijo la señora Dedalus—, podemos estar libres de estas

terribles disputas.

El tío Charles levantó las manos suavemente y dijo:

—¡Vamos, vamos, vamos! ¿No podemos tener nuestras opiniones, sean las que sean, sin este mal genio y este mal lenguaje? Es demasiado, ciertamente.

La señora Dedalus le habló a Dante en voz baja, pero Dante dijo en voz alta:

—No diré nada. Defenderé a mi iglesia y mi religión cuando sean insultadas y escupidas por católicos renegados.

El señor Casey empujó su plato bruscamente hacia el centro de la mesa y, apoyando los codos ante él, dijo con voz ronca a su anfitrión:

—Dime, ¿te conté esa historia sobre un escupitajo muy famoso?

—No, John —dijo el señor Dedalus.

—Pues entonces —dijo el señor Casey—, es una historia de lo más instructiva. Sucedió no hace mucho en el condado de Wicklow, donde estamos ahora.

Se interrumpió y, volviéndose hacia Dante, dijo con tranquila indignación:

—Y puedo decirle, señora, que yo, si se refiere a mí, no soy un católico renegado. Soy católico como lo fue mi padre y su padre antes que él y su padre antes que él de nuevo, cuando entregamos nuestras vidas antes que vender nuestra fe.

—Mayor vergüenza para ti ahora —dijo Dante—, hablar como lo haces.

—La historia, John —dijo el señor Dedalus sonriendo—. Cuéntenos la historia de todos modos.

—¡Católico, desde luego! —repitió Dante irónicamente—. El protestante más negro de la tierra no hablaría el lenguaje que he oído esta noche.

El señor Dedalus comenzó a mover la cabeza de un lado a otro, canturreando como un cantante de pueblo.

—No soy protestante, te lo digo de nuevo —dijo el señor Casey, sonrojándose.

El señor Dedalus, todavía canturreando y moviendo la cabeza, comenzó a cantar en un tono nasal y gruñón:

Oh, venid todos los católicos romanos

Que nunca fuisteis a misa.

Volvió a coger el cuchillo y el tenedor de buen humor y se puso a comer, diciendo al señor Casey:

—Cuéntanos la historia, John. Nos ayudará a hacer la digestión.

Stephen miró con afecto el rostro del señor Casey, que miraba fijamente al otro lado de la mesa sobre sus manos juntas. Le gustaba sentarse cerca de él junto al fuego, mirando su rostro oscuro y fiero. Pero sus ojos oscuros nunca eran fieros y su voz lenta era agradable de escuchar. Pero, ¿por qué estaba entonces en contra de los sacerdotes? Porque Dante debía tener razón entonces. Pero había oído a su padre decir que ella era una monja estropeada y que había salido del convento de los Alleghanies cuando su hermano consiguió el dinero de los salvajes por las baratijas y las cadenitas. Quizás eso la hacía severa contra Parnell. Y no le gustaba que jugara con Eileen porque Eileen era protestante y cuando ella era joven conocía a niños que solían jugar con protestantes y los protestantes solían burlarse de la letanía de la Santísima Virgen. ¡Torre de Marfil, solían decir, Casa de Oro! ¿Cómo podía una mujer ser una torre de marfil o una casa de oro? ¿Quién tenía razón entonces? Y recordó la tarde en la enfermería de Clongowes, las aguas oscuras, la luz en la punta del muelle y el gemido de dolor de la gente cuando lo habían oído.

Eileen tenía las manos largas y blancas. Una tarde, jugando al pilla-pilla, le había puesto las manos sobre los ojos: largas y blancas

y finas y frías y suaves. Eso era marfil: una cosa blanca y fría. Ese era el significado de Torre de Marfil.

—La historia es muy corta y dulce —dijo el señor Casey—. Fue un día en Arklow, un día frío y amargo, no mucho antes de que muriera el jefe. ¡Que Dios se apiade de él!

Cerró los ojos con cansancio y hizo una pausa. El señor Dedalus cogió un hueso de su plato y arrancó un poco de carne con los dientes, diciendo:

—Antes de que lo mataran, quieres decir.

El señor Casey abrió los ojos, suspiró y continuó:

—Fue en Arklow, un día. Estábamos allí en una reunión y después de que terminó la reunión tuvimos que abrirnos paso hasta la estación de tren a través de la multitud. Vaya abucheos y balidos, hombre, nunca oíste cosa igual. Nos llamaron todos los nombres del mundo. Bueno, había una anciana, y una vieja arpía borracha era sin duda, que me prestó toda su atención a mí. Se mantuvo bailando a mi lado en el barro, gritando y chillando en mi cara: ¡Cazador de curas! ¡Los Fondos de París! ¡Señor Zorro! ¡Kitty O'Shea!

—¿Y qué hiciste, John? —preguntó el señor Dedalus.

—La dejé berrear —dijo el señor Casey—. Era un día frío y para mantener el ánimo tenía (con su permiso, señora) una mascada de Tullamore en la boca y, claro, no podía decir ni una palabra en ningún caso porque tenía la boca llena de jugo de tabaco.

—¿Y bien, John?

—Bueno. La dejé berrear, a su antojo, Kitty O'Shea y todo lo demás, hasta que al final llamó a esa señora un nombre que no mancharé esta mesa navideña ni sus oídos, señora, ni mis propios labios repitiéndolo.

Hizo una pausa. El señor Dedalus, levantando la cabeza del hueso, preguntó:

—¿Y qué hiciste, John?

—¡Hacer! —dijo el señor Casey—. Me plantó su fea y vieja cara cuando lo dijo y yo tenía la boca llena de jugo de tabaco. Me incliné hacia ella y ¡Ptf! le digo así.

Se apartó e hizo el gesto de escupir.

—¡Ptf! le digo así, justo en el ojo.

Se llevó la mano al ojo y dio un ronco grito de dolor.

—¡Oh, Jesús, María y José! dice ella. ¡Estoy ciega! ¡Estoy ciega y ahogada!

Se detuvo en un ataque de tos y risa, repitiendo:

—Estoy completamente ciega.

El señor Dedalus rio a carcajadas y se echó hacia atrás en su silla mientras el tío Charles movía la cabeza de un lado a otro.

Dante parecía terriblemente enfadada y repetía mientras ellos reían:

—¡Muy bonito! ¡Ja! ¡Muy bonito!

No fue bonito lo del escupitajo en el ojo de la mujer.

¿Pero cuál era el nombre que la mujer le había llamado a Kitty O'Shea que el señor Casey no quería repetir? Pensó en el señor Casey caminando entre la multitud de gente y dando discursos desde una vagoneta. Por eso había estado en la cárcel y recordó que una noche el sargento O'Neill había venido a casa y se había quedado en el vestíbulo, hablando en voz baja con su padre y mordisqueando nerviosamente la correa de su gorra. Y esa noche el señor Casey no había ido a Dublín en tren, sino que un coche había llegado a la puerta y había oído a su padre decir algo sobre la carretera de Cabinteely.

Él estaba por Irlanda y por Parnell, y también su padre: y también Dante, pues una noche en el quiosco de música del paseo marítimo le había pegado a un caballero en la cabeza con su paraguas porque se había quitado el sombrero cuando la banda tocó *Dios salve a la Reina* al final.

El señor Dedalus soltó un bufido de desprecio.

—Ah, John —dijo—. Es verdad lo que dicen. Somos una raza desafortunada y dominada por los curas, y siempre lo fuimos y siempre lo seremos hasta el fin de los tiempos.

El tío Charles sacudió la cabeza, diciendo:

—¡Mal asunto! ¡Mal asunto!

El señor Dedalus repitió:

—¡Una raza dominada por los curas y olvidada de Dios!

Señaló el retrato de su abuelo en la pared a su derecha.

—¿Ves a ese viejo de ahí arriba, John? —dijo—. Fue un buen irlandés cuando no había dinero en el asunto. Fue condenado a muerte como *whiteboy*. Pero tenía un dicho sobre nuestros amigos clérigos, que nunca dejaría que uno de ellos pusiera sus dos pies bajo su caoba.

Dante interrumpió enfadada:

—¡Si somos una raza dominada por los curas, deberíamos estar orgullosos de ello! Son la niña de los ojos de Dios. No los toquéis, dice Cristo, porque son la niña de Mis ojos.

—¿Y no podemos amar a nuestro país entonces? —preguntó el señor Casey—. ¿No hemos de seguir al hombre que nació para guiarnos?

—¡Un traidor a su país! —replicó Dante—. ¡Un traidor, un adúltero! Los sacerdotes hicieron bien en abandonarlo. Los sacerdotes siempre fueron los verdaderos amigos de Irlanda.

—¿Ah, sí, de veras? —dijo el señor Casey.

Golpeó la mesa con el puño y, frunciendo el ceño con rabia, fue sacando un dedo tras otro.

—¿No nos traicionaron los obispos de Irlanda en tiempos de la Unión, cuando el obispo Lanigan presentó un discurso de lealtad al Marqués Cornwallis? ¿No vendieron los obispos y sacerdotes las

aspiraciones de su país en 1829 a cambio de la emancipación católica? ¿No denunciaron el movimiento feniano desde el púlpito y en el confesionario? ¿Y no deshonraron las cenizas de Terence Bellew MacManus?

Su rostro ardía de ira y Stephen sintió que el ardor subía a su propia mejilla mientras las palabras pronunciadas lo emocionaban. El señor Dedalus soltó una carcajada de grosero desprecio.

—¡Oh, por Dios —gritó—, me olvidaba del pequeño Paul Cullen! ¡Otra niña de los ojos de Dios!

Dante se inclinó sobre la mesa y le gritó al señor Casey:

—¡Correcto! ¡Correcto! ¡Siempre tuvieron razón! Dios, la moral y la religión son lo primero.

La señora Dedalus, viendo su agitación, le dijo:

—Señora Riordan, no se excite respondiéndoles.

—¡Dios y la religión ante todo! —gritó Dante—. ¡Dios y la religión antes que el mundo!

El señor Casey levantó el puño cerrado y lo descargó sobre la mesa con estrépito.

—¡Muy bien entonces —gritó roncamente—, si a eso vamos, no hay Dios para Irlanda!

—¡John! ¡John! —gritó el señor Dedalus, agarrando a su invitado por la manga de la levita.

Dante miraba fijamente al otro lado de la mesa, con las mejillas temblando. El señor Casey se levantó con esfuerzo de su silla y se inclinó sobre la mesa hacia ella, apartando el aire de delante de sus ojos con una mano como si estuviera rasgando una telaraña.

—¡No hay Dios para Irlanda! —gritó—. Ya hemos tenido demasiado Dios en Irlanda. ¡Fuera Dios!

—¡Blasfemo! ¡Demonio! —gritó Dante, poniéndose en pie de un salto y casi escupiéndole en la cara.

El tío Charles y el señor Dedalus hicieron que el señor Casey volviera a sentarse en su silla, hablándole desde ambos lados razonablemente. Él miraba fijamente ante sí con sus ojos oscuros y llameantes, repitiendo:

—¡Fuera Dios, digo!

Dante apartó su silla violentamente y dejó la mesa, volcando su servilletero, que rodó lentamente por la alfombra y se detuvo contra el pie de un sillón. La señora Dedalus se levantó rápidamente y la siguió hacia la puerta. En la puerta, Dante se volvió violentamente y gritó hacia el fondo de la habitación, con las mejillas sonrojadas y temblando de rabia:

—¡Demonio salido del infierno! ¡Ganamos! ¡Lo aplastamos hasta la muerte! ¡Monstruo!

La puerta se cerró de golpe tras ella.

El señor Casey, liberando sus brazos de quienes lo sujetaban, de repente inclinó la cabeza sobre sus manos con un sollozo de dolor.

—¡Pobre Parnell! —gritó en voz alta—. ¡Mi rey muerto!

Sollozó fuerte y amargamente.

Stephen, levantando su rostro aterrorizado, vio que los ojos de su padre estaban llenos de lágrimas.

Los compañeros hablaban en pequeños grupos.

Un compañero dijo:

—Los pillaron cerca de la Colina de Lyons.

—¿Quién los pilló?

—El señor Gleeson y el ministro. Iban en un coche.

El mismo compañero añadió:

—Me lo dijo un tipo de la línea superior.

Fleming preguntó:

—Pero, ¿por qué huyeron, dinos?

—Yo sé por qué —dijo Cecil Thunder—. Porque habían birlado dinero de la habitación del rector.

—¿Quién lo birló?

—El hermano de Kickham. Y se lo repartieron todos.

—Pero eso fue robar. ¿Cómo pudieron hacer eso?

—¡Poco sabes tú del asunto, Thunder! —dijo Wells—. Yo sé por qué se largaron.

—Dinos por qué.

—Me dijeron que no lo contara —dijo Wells.

—Oh, vamos, Wells —dijeron todos—. Podrías contárnoslo. No lo diremos.

Stephen inclinó la cabeza para oír. Wells miró a su alrededor para ver si venía alguien. Luego dijo en secreto:

—¿Sabéis el vino de misa que guardan en el armario de la sacristía?

—Sí.

—Bueno, pues se lo bebieron y se descubrió quién lo hizo por el olor. Y por eso huyeron, si queréis saberlo.

Y el compañero que había hablado primero dijo:

—Sí, eso es lo que oí yo también del tipo de la línea superior.

Todos los compañeros guardaron silencio. Stephen estaba entre ellos, con miedo de hablar, escuchando. Una leve náusea de sobrecogimiento le hizo sentirse débil. ¿Cómo habían podido hacer eso? Pensó en la sacristía oscura y silenciosa. Allí había oscuros armarios de madera donde los sobrepellices almidonados yacían silenciosamente doblados. No era la capilla, pero aun así tenías que hablar en voz baja. Era un lugar sagrado. Recordó la tarde de verano que había estado allí para ser vestido de navetero, la tarde de la

procesión al pequeño altar en el bosque. Un lugar extraño y sagrado. El chico que sostenía el incensario lo había balanceado suavemente de un lado a otro cerca de la puerta con la tapa plateada levantada por la cadena del medio para mantener las brasas encendidas. Eso se llamaba carbón vegetal: y había ardido silenciosamente mientras el compañero lo balanceaba suavemente y había desprendido un débil olor agrio. Y luego, cuando todos estuvieron revestidos, él se había quedado tendido, ofreciendo la naveta al rector, y el rector había puesto una cucharada de incienso en ella y había siseado sobre las brasas rojas.

Los compañeros hablaban en pequeños grupos aquí y allá en el patio. Le pareció que los compañeros se habían hecho más pequeños: eso era porque un velocista lo había derribado el día anterior, un compañero de segundo de gramática. La máquina del compañero lo había lanzado ligeramente sobre la pista de ceniza y sus gafas se habían roto en tres pedazos y algo de la arenilla de las cenizas se le había metido en la boca.

Por eso los compañeros le parecían más pequeños y más lejanos y los postes de la portería tan delgados y lejanos y el suave cielo gris tan alto. Pero no había juego en los campos de fútbol porque se acercaba el críquet: y algunos decían que Barnes sería el profesional y otros que sería Flowers. Y por todos los patios jugaban a *rounders* y lanzaban bolas con efecto y globos. Y de aquí y de allá llegaban los sonidos de los bates de críquet a través del suave aire gris. Decían: pic, pac, poc, puc: pequeñas gotas de agua en una fuente cayendo lentamente en la taza rebosante.

Athy, que había estado en silencio, dijo en voz baja:

—Estáis todos equivocados.

Todos se volvieron hacia él con avidez.

—¿Por qué?

—¿Tú lo sabes?

—¿Quién te lo dijo?

—Cuéntanos, Athy.

Athy señaló al otro lado del patio, donde Simon Moonan caminaba solo, pateando una piedra delante de él.

—Preguntadle a él —dijo.

Los compañeros miraron hacia allí y luego dijeron:

—¿Por qué a él?

—¿Está metido en el ajo?

Athy bajó la voz y dijo:

—¿Sabéis por qué se largaron esos tipos? Os lo diré, pero no debéis dejar ver que lo sabéis.

—Cuéntanos, Athy. Venga. Podrías, si lo sabes.

Hizo una pausa por un momento y luego dijo misteriosamente:

—Los pillaron con Simon Moonan y Tusker Boyle en los retretes una noche.

Los compañeros lo miraron y preguntaron:

—¿Pillados?

—¿Haciendo qué?

Athy dijo:

—Sobándose.

Todos los compañeros guardaron silencio; y Athy dijo:

—Y por eso fue.

Stephen miró las caras de los compañeros, pero todos miraban al otro lado del patio. Quería preguntar a alguien sobre ello. ¿Qué significaba eso de sobarse en los retretes? ¿Por qué los cinco compañeros de la línea superior huyeron por eso? Era una broma, pensó. Simon Moonan tenía ropa bonita y una noche le había mostrado una bola de caramelos cremosos que los compañeros del equipo de fútbol de quince le habían hecho rodar por la alfombra en

medio del refectorio cuando estaba en la puerta. Era la noche del partido contra los Bective Rangers y la bola estaba hecha justo como una manzana roja y verde, solo que se abría y estaba llena de caramelos cremosos. Y un día Boyle había dicho que un elefante tenía dos *tuskers* en lugar de dos colmillos y que por eso lo llamaban Tusker Boyle, pero algunos compañeros lo llamaban Lady Boyle porque siempre estaba con las uñas, cortándoselas.

Eileen también tenía las manos largas, finas, frescas y blancas porque era una niña. Eran como el marfil; solo que suaves. Ese era el significado de Torre de Marfil, pero los protestantes no podían entenderlo y se burlaban de ello. Un día se había puesto a su lado mirando los jardines del hotel. Un camarero estaba izando una guirnalda de banderines en el asta de la bandera y un fox terrier correteaba de un lado a otro por el césped soleado. Ella le había metido la mano en el bolsillo donde estaba la suya y él había sentido qué fresca, fina y suave era su mano. Ella había dicho que los bolsillos eran cosas divertidas de tener: y de repente se había separado y había corrido riendo por la curva inclinada del sendero. Su cabello rubio ondeaba detrás de ella como oro al sol. Torre de Marfil. Casa de Oro. Pensando en las cosas podías entenderlas.

¿Pero por qué en los retretes? Ibas allí cuando querías hacer algo. Estaba todo lleno de gruesas losas de pizarra y el agua goteaba todo el día por agujeritos diminutos y había un olor raro a agua estancada allí. Y detrás de la puerta de uno de los cubículos había un dibujo a lápiz rojo de un hombre barbudo con vestimenta romana con un ladrillo en cada mano y debajo estaba el nombre del dibujo:

Balbus estaba construyendo un muro.

Algún compañero lo había dibujado allí de broma. Tenía una cara divertida, pero se parecía mucho a un hombre con barba. Y en la pared de otro cubículo estaba escrito en letra cursiva hacia atrás con una caligrafía preciosa:

Julio César escribió La Barriga de Percal.

Quizás por eso estaban allí, porque era un lugar donde algunos compañeros escribían cosas de broma. Pero de todos modos era raro lo que Athy decía y la forma en que lo decía. No era una broma porque habían huido. Miró con los otros al otro lado del patio y empezó a sentir miedo.

Al final, Fleming dijo:

—¿Y vamos a ser castigados todos por lo que hicieron otros compañeros?

—No volveré, ya veréis si vuelvo —dijo Cecil Thunder—. Tres días de silencio en el refectorio y mandándonos arriba por seis y ocho cada minuto.

—Sí —dijo Wells—. Y el viejo Barrett tiene una nueva forma de doblar la nota para que no puedas abrirla y volverla a doblar para ver cuántos palmetazos te van a dar. Yo tampoco volveré.

—Sí —dijo Cecil Thunder—, y el prefecto de estudios estuvo en segundo de gramática esta mañana.

—Organicemos una rebelión —dijo Fleming—. ¿Lo hacemos?

Todos los compañeros guardaron silencio. El aire estaba muy silencioso y se podían oír los bates de críquet, pero más lentamente que antes: pic, pac.

Wells preguntó:

—¿Qué les van a hacer?

—A Simon Moonan y a Tusker los van a azotar —dijo Athy—, y a los de la línea superior les dieron a elegir entre ser azotados o ser expulsados.

—¿Y qué eligen? —preguntó el compañero que había hablado primero.

—Todos eligen la expulsión excepto Corrigan —respondió Athy—. A él lo va a azotar el señor Gleeson.

—Ya sé por qué —dijo Cecil Thunder—. Él tiene razón y los otros compañeros se equivocan, porque un azote se pasa después de un tiempo, pero un compañero que ha sido expulsado del colegio es conocido toda su vida por ello. Además, Gleeson no lo azotará fuerte.

—Más le vale no hacerlo —dijo Fleming.

—No me gustaría ser Simon Moonan y Tusker —dijo Cecil Thunder—. Pero no creo que los azoten. Quizás los manden arriba por dos veces nueve.

—No, no —dijo Athy—. A los dos les darán en el punto vital.

Wells se frotó y dijo con voz llorosa:

—¡Por favor, señor, perdóneme!

Athy sonrió y se subió las mangas de la chaqueta, diciendo:

No hay más remedio;

Hay que hacerlo.

Así que abajo los calzones

Y fuera el trasero.

Los compañeros rieron; pero él sintió que tenían un poco de miedo. En el silencio del suave aire gris oyó los bates de críquet de aquí y de allá: poc. Era un sonido digno de oír, pero si te golpeaban, entonces sentirías dolor. La palmeta también hacía un sonido, pero no como ese. Los compañeros decían que estaba hecha de ballena y cuero con plomo dentro: y se preguntaba cómo sería el dolor. Había diferentes tipos de sonidos. Una caña larga y fina tendría un sonido agudo y silbante y se preguntaba cómo sería ese dolor. Le daba escalofríos pensar en ello y frío: y también lo que dijo Athy. ¿Pero de qué había que reírse en eso? Le daba escalofríos: pero eso era porque siempre sentías como un escalofrío cuando te bajabas los pantalones. Era lo mismo en el baño cuando te desvestías. Se preguntó quién tenía que bajarlos, si el maestro o el propio chico. Oh, ¿cómo podían reírse de eso de esa manera?

Miró las mangas remangadas de Athy y sus manos nudosas y manchadas de tinta. Se había remangado las mangas para mostrar cómo el señor Gleeson se remangaría las suyas. Pero el señor Gleeson tenía puños redondos y brillantes y muñecas blancas y limpias y manos blancas y regordetas y las uñas de ellas eran largas y puntiagudas. Quizás él también se las cortaba como Lady Boyle. Pero eran uñas terriblemente largas y puntiagudas. Tan largas y crueles eran, aunque las manos blancas y regordetas no eran crueles sino suaves. Y aunque temblaba de frío y de miedo al pensar en las crueles uñas largas y en el agudo silbido de la caña y en el frío que sentías al final de la camisa cuando te desvestías, sin embargo, sentía una sensación de extraño y tranquilo placer dentro de sí al pensar en las manos blancas y regordetas, limpias, fuertes y suaves. Y pensó en lo que Cecil Thunder había dicho; que el señor Gleeson no azotaría fuerte a Corrigan. Y Fleming había dicho que no lo haría porque era lo mejor para él. Pero no era por eso.

Una voz desde lejos en el patio gritó:

—¡Todos adentro!

Y otras voces gritaron:

—¡Todos adentro! ¡Todos adentro!

Durante la clase de escritura se sentó con los brazos cruzados, escuchando el lento raspar de las plumas. El señor Harford iba de un lado a otro haciendo pequeñas señales con lápiz rojo y a veces se sentaba al lado del niño para mostrarle cómo sostener la pluma. Había intentado descifrar el titular por sí mismo, aunque ya sabía cuál era porque era el último del libro. *El celo sin prudencia es como un barco a la deriva*. Pero las líneas de las letras eran como finos hilos invisibles y solo cerrando con fuerza el ojo derecho y mirando fijamente con el izquierdo podía distinguir las curvas completas de la mayúscula.

Pero el señor Harford era muy decente y nunca se enfadaba. Todos los demás maestros se ponían furiosos. Pero, ¿por qué iban a sufrir ellos por lo que hacían los compañeros de la línea superior?

Wells había dicho que habían bebido parte del vino de misa del armario de la sacristía y que se había descubierto quién lo había hecho por el olor. Quizás habían robado una custodia para huir con ella y venderla en alguna parte. Eso debía de haber sido un pecado terrible, entrar allí sigilosamente por la noche, abrir el oscuro armario y robar la brillante cosa de oro en la que se ponía a Dios en el altar en medio de flores y velas en la bendición, mientras el incienso subía en nubes a ambos lados mientras el compañero balanceaba el incensario y Dominic Kelly cantaba la primera parte solo en el coro. Pero Dios no estaba en ella, por supuesto, cuando la robaron. Pero aun así era un pecado extraño y grande incluso tocarla. Pensaba en ello con profundo sobrecogimiento; un pecado terrible y extraño: le emocionaba pensar en ello en el silencio cuando las plumas raspaban ligeramente. Pero beber el vino de misa del armario y ser descubierto por el olor también era un pecado: pero no era terrible y extraño. Solo te hacía sentir un poco mareado por el olor del vino. Porque el día en que había hecho su primera sagrada comunión en la capilla había cerrado los ojos y abierto la boca y sacado un poco la lengua: y cuando el rector se había inclinado para darle la sagrada comunión había oído un débil olor a vino en el aliento del rector después del vino de la misa. La palabra era hermosa: *vino*. Te hacía pensar en el púrpura oscuro porque las uvas eran de color púrpura oscuro, las que crecían en Grecia fuera de casas como templos blancos. Pero el débil olor del aliento del rector le había provocado una sensación de mareo la mañana de su primera comunión. El día de tu primera comunión era el día más feliz de tu vida. Y una vez, un grupo de generales le preguntó a Napoleón cuál fue el día más feliz de su vida. Pensaron que diría el día que ganó alguna gran batalla o el día que fue nombrado emperador. Pero él dijo:

—Caballeros, el día más feliz de mi vida fue el día en que hice mi primera sagrada comunión.

Entró el padre Arnall y comenzó la clase de latín, y él permaneció quieto, apoyado en el pupitre con los brazos cruzados. El padre Arnall repartió los cuadernos de redacción y dijo que eran

escandalosos y que todos debían ser reescritos de nuevo con las correcciones de inmediato. Pero lo peor de todo era la redacción de Fleming porque las páginas estaban pegadas por un borrón: y el padre Arnall la sostuvo por una esquina y dijo que era un insulto para cualquier maestro que le entregaran una redacción así. Luego le pidió a Jack Lawton que declinara el sustantivo *mare* y Jack Lawton se detuvo en el ablativo singular y no pudo continuar con el plural.

—Deberías avergonzarte de ti mismo —dijo el padre Arnall con severidad—. ¡Tú, el líder de la clase!

Luego preguntó al siguiente chico, y al siguiente, y al siguiente. Nadie lo sabía. El padre Arnall se volvió muy silencioso, cada vez más silencioso a medida que cada chico intentaba responder y no podía. Pero su rostro parecía sombrío y sus ojos estaban fijos, aunque su voz era tan tranquila. Luego le preguntó a Fleming y Fleming dijo que la palabra no tenía plural. El padre Arnall cerró de repente el libro y le gritó:

—Arrodíllate ahí en medio de la clase. Eres uno de los chicos más vagos que he conocido. Copiad vuestras redacciones de nuevo, el resto de vosotros.

Fleming se levantó pesadamente de su sitio y se arrodilló entre los dos últimos bancos. Los otros chicos se inclinaron sobre sus cuadernos y comenzaron a escribir. Un silencio llenó el aula y Stephen, mirando tímidamente el rostro oscuro del padre Arnall, vio que estaba un poco rojo por el enfado en que se encontraba.

¿Era un pecado que el padre Arnall estuviera enfadado o se le permitía enfadarse cuando los chicos eran vagos porque eso les hacía estudiar mejor o solo estaba fingiendo estar enfadado? Era porque se le permitía, porque un sacerdote sabría lo que es un pecado y no lo cometería. Pero si lo hacía una vez por error, ¿qué haría para confesarse? Quizás se confesaría con el ministro. Y si el ministro lo hacía, iría al rector: y el rector al provincial: y el provincial al general de los jesuitas. A eso se le llamaba la orden: y

había oído a su padre decir que todos eran hombres inteligentes. Todos podrían haberse convertido en gente importante en el mundo si no se hubieran hecho jesuitas. Y se preguntó en qué se habrían convertido el padre Arnall y Paddy Barrett y en qué se habrían convertido el señor McGlade y el señor Gleeson si no se hubieran hecho jesuitas. Era difícil de pensar porque tendrías que pensar en ellos de una manera diferente, con abrigos y pantalones de diferentes colores y con barbas y bigotes y diferentes tipos de sombreros.

La puerta se abrió silenciosamente y se cerró. Un rápido susurro recorrió la clase: el prefecto de estudios. Hubo un instante de silencio sepulcral y luego el fuerte chasquido de una palmeta en el último pupitre. El corazón de Stephen dio un brinco de miedo.

—¿Hay algún chico que quiera ser azotado aquí, Padre Arnall? —gritó el prefecto de estudios—. ¿Algún holgazán perezoso que quiera ser azotado en esta clase?

Llegó al centro de la clase y vio a Fleming de rodillas.

—¡Ajá! —gritó—. ¿Quién es este chico? ¿Por qué está de rodillas? ¿Cómo te llamas, chico?

—Fleming, señor.

—¡Ajá, Fleming! Un holgazán, por supuesto. Lo veo en tus ojos. ¿Por qué está de rodillas, Padre Arnall?

—Escribió una mala redacción de latín —dijo el Padre Arnall—, y falló todas las preguntas de gramática.

—¡Por supuesto que sí! —gritó el prefecto de estudios—, ¡por supuesto que sí! ¡Un holgazán nato! Lo veo en el rabillo del ojo.

Golpeó su palmeta sobre el pupitre y gritó:

—¡Arriba, Fleming! ¡Arriba, muchacho!

Fleming se levantó lentamente.

—¡Extiende la mano! —gritó el prefecto de estudios.

Fleming extendió la mano. La palmeta cayó sobre ella con un fuerte sonido de tortazo: uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis.

—¡La otra mano!

La palmeta cayó de nuevo en seis fuertes y rápidos tortazos.

—¡Arrodíllate! —gritó el prefecto de estudios.

Fleming se arrodilló, apretando las manos bajo las axilas, con el rostro contraído por el dolor, pero Stephen sabía lo duras que eran sus manos porque Fleming siempre se las frotaba con resina. Pero quizás sentía un gran dolor, pues el ruido de la palmeta era terrible. El corazón de Stephen latía y se agitaba.

—¡A vuestro trabajo, todos vosotros! —gritó el prefecto de estudios—. No queremos holgazanes perezosos aquí, pequeños tramposos perezosos. A vuestro trabajo, os digo. El Padre Dolan vendrá a veros todos los días. El Padre Dolan vendrá mañana.

Pinchó a uno de los chicos en el costado con su palmeta, diciendo:

—¡Tú, chico! ¿Cuándo volverá el Padre Dolan?

—Mañana, señor —dijo la voz de Tom Furlong.

—Mañana y mañana y mañana —dijo el prefecto de estudios—. Hacéos a la idea. Todos los días el Padre Dolan. Escribid. Tú, chico, ¿quién eres?

El corazón de Stephen dio un brinco repentino.

—Dedalus, señor.

—¿Por qué no estás escribiendo como los demás?

—Yo... mi...

No podía hablar del susto.

—¿Por qué no está escribiendo, Padre Arnall?

—Se le rompieron las gafas —dijo el Padre Arnall—, y lo eximí del trabajo.

—¿Rotas? ¿Qué es esto que oigo? ¿Qué es esto? ¿Tu nombre es?  
—dijo el prefecto de estudios.

—Dedalus, señor.

—Sal aquí, Dedalus. Pequeño tramposo perezoso. Veo el tramposo en tu cara. ¿Dónde rompiste tus gafas?

Stephen se tropezó hasta el centro de la clase, cegado por el miedo y la prisa.

—¿Dónde rompiste tus gafas? —repitió el prefecto de estudios.

—En la pista de ceniza, señor.

—¡Ajá! ¡La pista de ceniza! —gritó el prefecto de estudios—. Conozco ese truco.

Stephen levantó los ojos con asombro y vio por un momento el rostro blanco y gris, no joven, del Padre Dolan, su cabeza calva, blanca y gris, con pelusa a los lados, los bordes de acero de sus gafas y sus ojos incoloros mirando a través de los cristales. ¿Por qué dijo que conocía ese truco?

—¡Pequeño holgazán perezoso! —gritó el prefecto de estudios—. ¡Rompí mis gafas! ¡Un viejo truco de colegial! ¡Extiende la mano en este momento!

Stephen cerró los ojos y extendió en el aire su mano temblorosa con la palma hacia arriba. Sintió que el prefecto de estudios la tocaba por un momento en los dedos para enderezarla y luego el silbido de la manga de la sotana mientras la palmeta se levantaba para golpear. Un golpe caliente, ardiente, punzante y hormigueante, como el fuerte chasquido de un palo roto, hizo que su mano temblorosa se arrugara como una hoja en el fuego: y al sonido y al dolor, lágrimas hirvientes brotaron en sus ojos. Todo su cuerpo temblaba de miedo, su brazo temblaba y su mano arrugada, ardiente y lívida temblaba como una hoja suelta en el aire. Un grito brotó de sus labios, una súplica para que lo dejara. Pero aunque las lágrimas le quemaban los ojos y sus miembros temblaban de dolor y

miedo, contuvo las lágrimas calientes y el grito que le quemaba la garganta.

—¡La otra mano! —gritó el prefecto de estudios.

Stephen retiró su brazo derecho, lisiado y tembloroso, y extendió la mano izquierda. La manga de la sotana volvió a silbar mientras la palmeta se levantaba, y un fuerte sonido estrepitoso y un dolor feroz, enloquecedor, punzante y ardiente hicieron que su mano se encogiera con las palmas y los dedos en una masa lívida y temblorosa. El agua hirviendo brotó de sus ojos y, ardiendo de vergüenza, agonía y miedo, retiró su brazo tembloroso aterrorizado y estalló en un gemido de dolor. Su cuerpo se sacudió con una parálisis de espanto y, con vergüenza y rabia, sintió el grito hirviente salir de su garganta y las lágrimas hirvientes caer de sus ojos y por sus mejillas en llamas.

—Arrodíllate —gritó el prefecto de estudios.

Stephen se arrodilló rápidamente, apretando sus manos golpeadas contra los costados. Pensar en ellas, golpeadas e hinchadas de dolor en un instante, le hizo sentir tanta pena por ellas como si no fueran suyas, sino de otra persona por la que sentía pena. Y mientras se arrodillaba, calmando los últimos sollozos en su garganta y sintiendo el dolor ardiente y punzante presionado en sus costados, pensó en las manos que había extendido en el aire con las palmas hacia arriba y en el firme toque de los dedos del prefecto de estudios cuando había estabilizado los dedos temblorosos y en la masa golpeada, hinchada y enrojecida de palma y dedos que temblaba impotente en el aire.

—A vuestro trabajo, todos vosotros —gritó el prefecto de estudios desde la puerta—. El Padre Dolan vendrá todos los días para ver si algún chico, algún pequeño holgazán perezoso, quiere ser azotado. Todos los días. Todos los días.

La puerta se cerró tras él.

La clase, en silencio, continuó copiando las redacciones. El Padre Arnall se levantó de su asiento y fue entre ellos, ayudando a los

chicos con palabras amables y señalándoles los errores que habían cometido. Su voz era muy suave y delicada. Luego regresó a su asiento y dijo a Fleming y a Stephen:

—Podéis volver a vuestros sitios, vosotros dos.

Fleming y Stephen se levantaron y, caminando hacia sus asientos, se sentaron. Stephen, escarlata de vergüenza, abrió rápidamente un libro con una mano débil y se inclinó sobre él, con el rostro pegado a la página.

Era injusto y cruel porque el médico le había dicho que no leyera sin gafas y él había escrito a su padre esa mañana para que le enviara un par nuevo. Y el Padre Arnall había dicho que no necesitaba estudiar hasta que llegaran las gafas nuevas. ¡Y que luego lo llamaran tramposo delante de la clase y le dieran con la palmeta cuando siempre sacaba la tarjeta de primero o segundo y era el líder de los Yorkistas! ¿Cómo podía saber el prefecto de estudios que era un truco? Sintió el tacto de los dedos del prefecto cuando le habían estabilizado la mano y al principio había pensado que iba a estrecharle la mano porque los dedos eran suaves y firmes: pero entonces, en un instante, había oído el silbido de la manga de la sotana y el estruendo. Fue cruel e injusto hacerle arrodillarse en medio de la clase entonces: y el Padre Arnall les había dicho a ambos que podían volver a sus sitios sin hacer ninguna diferencia entre ellos. Escuchó la voz baja y suave del Padre Arnall mientras corregía las redacciones. Quizás ahora estaba arrepentido y quería ser decente. Pero era injusto y cruel. El prefecto de estudios era un sacerdote, pero eso fue cruel e injusto. Y su rostro blanco y gris y los ojos incoloros detrás de las gafas con montura de acero parecían crueles porque primero le había estabilizado la mano con sus dedos firmes y suaves y eso fue para golpearla mejor y más fuerte.

—Es una cerdada asquerosa, eso es lo que es —dijo Fleming en el pasillo mientras las clases salían en fila hacia el refectorio—, darle palmetazos a un compañero por algo que no es su culpa.

—Realmente rompiste tus gafas por accidente, ¿verdad? — preguntó Nasty Roche.

Stephen sintió su corazón lleno por las palabras de Fleming y no respondió.

—¡Claro que sí! —dijo Fleming—. Yo no lo aguantaría. Iría a contárselo al rector.

—Sí —dijo Cecil Thunder con entusiasmo—, y le vi levantar la palmeta por encima del hombro y no tiene permitido hacer eso.

—¿Te dolieron mucho? —preguntó Nasty Roche.

—Muchísimo —dijo Stephen.

—Yo no lo aguantaría —repitió Fleming—, ni del Calvito ni de ningún otro Calvito. Es un truco bajo, rastrero y asqueroso, eso es lo que es. Iría directamente al rector a contárselo después de la cena.

—Sí, hazlo. Sí, hazlo —dijo Cecil Thunder.

—Sí, hazlo. Sí, ve y cuéntaselo al rector —dijo Nasty Roche—, porque dijo que volvería mañana a darte con la palmeta.

—Sí, sí. Díselo al rector —dijeron todos.

Y había algunos compañeros de segundo de gramática escuchando y uno de ellos dijo:

—El senado y el pueblo romano declararon que Dedalus había sido castigado injustamente.

Estaba mal; era injusto y cruel; y, mientras estaba sentado en el refectorio, sufrió una y otra vez en su memoria la misma humillación hasta que comenzó a preguntarse si no sería realmente que había algo en su rostro que lo hacía parecer un tramposo y deseó tener un espejito para verlo. Pero no podía ser; y era injusto, cruel e injusto.

No pudo comer los buñuelos de pescado negruzcos que les daban los miércoles de Cuaresma y una de sus patatas tenía la marca de la pala. Sí, haría lo que le habían dicho los compañeros. Subiría y le diría al rector que había sido castigado injustamente. Algo así ya lo

había hecho alguien en la historia, alguna gran persona cuya cabeza estaba en los libros de historia. Y el rector declarararía que había sido castigado injustamente porque el senado y el pueblo romano siempre declaraban que los hombres que hacían eso habían sido castigados injustamente. Esos eran los grandes hombres cuyos nombres estaban en las *Preguntas de Richmal Magnall*. La historia trataba sobre esos hombres y lo que hicieron y de eso trataban los *Cuentos de Peter Parley sobre Grecia y Roma*. El propio Peter Parley estaba en la primera página en un dibujo. Había un camino sobre un brezal con hierba a los lados y pequeños arbustos: y Peter Parley llevaba un sombrero de ala ancha como un ministro protestante y un gran bastón y caminaba rápido por el camino hacia Grecia y Roma.

Lo que tenía que hacer era fácil. Todo lo que tenía que hacer era, cuando terminara la cena y saliera a su turno, seguir caminando pero no hacia el pasillo, sino subir la escalera de la derecha que llevaba al castillo. No tenía nada más que hacer que eso; girar a la derecha y subir rápido la escalera y en medio minuto estaría en el pasillo bajo, oscuro y estrecho que llevaba a través del castillo a la habitación del rector. Y todos los compañeros habían dicho que era injusto, incluso el compañero de segundo de gramática que había dicho aquello sobre el senado y el pueblo romano.

¿Qué pasaría? Oyó a los compañeros de la línea superior levantarse en la parte alta del refectorio y oyó sus pasos mientras bajaban por la estera: Paddy Rath y Jimmy Magee y el español y el portugués y el quinto era el gran Corrigan, que iba a ser azotado por el señor Gleeson. Por eso el prefecto de estudios lo había llamado tramposo y le había dado con la palmeta por nada: y, forzando sus débiles ojos, cansados por las lágrimas, observó los anchos hombros y la gran cabeza negra y caída del gran Corrigan pasando en la fila. Pero él había hecho algo y además el señor Gleeson no lo azotaría fuerte: y recordó cómo se veía el gran Corrigan en el baño. Tenía la piel del mismo color que el agua de turba en la parte poco profunda del baño y cuando caminaba por el borde sus pies chapoteaban ruidosamente sobre las baldosas mojadas y a cada paso sus muslos temblaban un poco porque estaba gordo.

El refectorio estaba medio vacío y los compañeros seguían saliendo en fila. Podría subir la escalera porque nunca había un sacerdote o un prefecto fuera de la puerta del refectorio. Pero no podía ir. El rector se pondría del lado del prefecto de estudios y pensaría que era un truco de colegial y entonces el prefecto de estudios vendría todos los días igual, solo que sería peor porque se enfadaría terriblemente con cualquier compañero que fuera a ver al rector por él. Los compañeros le habían dicho que fuera, pero ellos mismos no irían. Se habían olvidado de todo. No, lo mejor era olvidarse de todo y quizás el prefecto de estudios solo había dicho que vendría. No, lo mejor era esconderse porque cuando eras pequeño y joven a menudo podías escapar de esa manera.

Los compañeros de su mesa se levantaron. Él se levantó y pasó entre ellos en la fila. Tenía que decidir. Se estaba acercando a la puerta. Si seguía con los compañeros, nunca podría subir a ver al rector porque no podía abandonar el patio para eso. Y si iba y de todas formas le daban con la palmeta, todos los compañeros se burlarían y hablarían del joven Dedalus yendo a ver al rector para delatar al prefecto de estudios.

Caminaba por la estera y vio la puerta delante de él. Era imposible: no podía. Pensó en la cabeza calva del prefecto de estudios con los crueles ojos incoloros mirándolo y oyó la voz del prefecto de estudios preguntándole dos veces cuál era su nombre. ¿Por qué no podía recordar el nombre cuando se lo dijeron la primera vez? ¿No estaba escuchando la primera vez o era para burlarse del nombre? Los grandes hombres de la historia tenían nombres así y nadie se burlaba de ellos. Era de su propio nombre del que debería haberse burlado si quería burlarse. Dolan: era como el nombre de una mujer que lavaba ropa.

Había llegado a la puerta y, girando rápidamente a la derecha, subió las escaleras; y, antes de que pudiera decidirse a volver, había entrado en el pasillo bajo, oscuro y estrecho que conducía al castillo. Y al cruzar el umbral de la puerta del pasillo vio, sin volver la cabeza

para mirar, que todos los compañeros lo miraban mientras pasaban en fila.

Pasó por el estrecho y oscuro pasillo, pasando junto a pequeñas puertas que eran las puertas de las habitaciones de la comunidad. Miró al frente y a derecha e izquierda a través de la penumbra y pensó que aquellos debían ser retratos. Estaba oscuro y silencioso y sus ojos estaban débiles y cansados por las lágrimas, por lo que no podía ver. Pero pensó que eran los retratos de los santos y grandes hombres de la orden que lo miraban en silencio mientras pasaba: San Ignacio de Loyola sosteniendo un libro abierto y señalando las palabras *Ad Majorem Dei Gloriam*, San Francisco Javier señalando su pecho, Lorenzo Ricci con su birreta en la cabeza como uno de los prefectos de las líneas, los tres patronos de la santa juventud, San Estanislao Kostka, San Luis Gonzaga y el Beato Juan Berchmans, todos con rostros jóvenes porque murieron cuando eran jóvenes, y el Padre Peter Kenny sentado en una silla envuelto en una gran capa.

Salió al rellano sobre el vestíbulo de entrada y miró a su alrededor. Por allí había pasado Hamilton Rowan y las marcas de las balas de los soldados estaban allí. Y fue allí donde los viejos sirvientes habían visto al fantasma con la capa blanca de un mariscal.

Un viejo sirviente barría al final del rellano. Le preguntó dónde estaba la habitación del rector y el viejo sirviente señaló la puerta del fondo y lo miró mientras seguía hacia ella y llamaba.

No hubo respuesta. Llamó de nuevo más fuerte y su corazón dio un vuelco cuando oyó una voz apagada decir:

—¡Adelante!

Giró el pomo, abrió la puerta y buscó a tientas el pomo de la puerta de paño verde interior. Lo encontró, la empujó y entró.

Vio al rector sentado en un escritorio escribiendo. Había una calavera en el escritorio y un extraño olor solemne en la habitación, como el cuero viejo de las sillas.

Su corazón latía deprisa por el lugar solemne en el que se encontraba y el silencio de la habitación: y miró la calavera y el rostro de aspecto amable del rector.

—Bueno, mi pequeño hombre —dijo el rector—, ¿qué pasa?

Stephen tragó saliva y dijo:

—Rompí mis gafas, señor.

El rector abrió la boca y dijo:

—¡Oh!

Luego sonrió y dijo:

—Bueno, si rompimos nuestras gafas, debemos escribir a casa para pedir un par nuevo.

—Escribí a casa, señor —dijo Stephen—, y el Padre Arnall dijo que no estudiara hasta que lleguen.

—¡Muy bien! —dijo el rector.

Stephen volvió a tragar saliva e intentó que no le temblaran las piernas ni la voz.

—Pero, señor...

—¿Sí?

—El Padre Dolan vino hoy y me dio con la palmeta porque no estaba escribiendo mi redacción.

El rector lo miró en silencio y pudo sentir cómo la sangre le subía a la cara y las lágrimas a punto de brotar de sus ojos.

El rector dijo:

—Tu nombre es Dedalus, ¿no es así?

—Sí, señor.

—¿Y dónde rompiste las gafas?

—En la pista de ceniza, señor. Un compañero salía del cobertizo de las bicicletas y me caí y se rompieron. No sé el nombre del

compañero.

El rector lo miró de nuevo en silencio. Luego sonrió y dijo:

—Oh, bueno, fue un error, estoy seguro de que el Padre Dolan no lo sabía.

—Pero le dije que las rompí, señor, y me dio con la palmeta.

—¿Le dijiste que habías escrito a casa para pedir un par nuevo? —preguntó el rector.

—No, señor.

—Ah, bueno entonces —dijo el rector—, el Padre Dolan no entendió. Puedes decir que te excuso de tus lecciones por unos días.

Stephen dijo rápidamente por miedo a que el temblor se lo impidiera:

—Sí, señor, pero el Padre Dolan dijo que vendrá mañana a darme con la palmeta de nuevo por ello.

—Muy bien —dijo el rector—, es un error y hablaré yo mismo con el Padre Dolan. ¿Te parece bien así?

Stephen sintió las lágrimas mojar sus ojos y murmuró:

—Oh, sí señor, gracias.

El rector extendió la mano por el lado del escritorio donde estaba la calavera y Stephen, colocando su mano en ella por un momento, sintió una palma fresca y húmeda.

—Que tengas un buen día —dijo el rector, retirando la mano e inclinándose.

—Buen día, señor —dijo Stephen.

Se inclinó y salió silenciosamente de la habitación, cerrando las puertas con cuidado y lentamente.

Pero cuando hubo pasado al viejo sirviente en el rellano y estuvo de nuevo en el pasillo bajo, estrecho y oscuro, comenzó a caminar cada vez más rápido. Más y más rápido se apresuró a través de la

penumbra, emocionado. Se golpeó el codo contra la puerta al final y, bajando apresuradamente la escalera, caminó rápidamente por los dos pasillos y salió al aire libre.

Podía oír los gritos de los compañeros en los patios. Echó a correr y, corriendo cada vez más rápido, cruzó la pista de ceniza y llegó al patio de la tercera línea, jadeando.

Los compañeros lo habían visto correr. Se agruparon a su alrededor en un círculo, empujándose unos a otros para oír.

—¡Cuéntanos! ¡Cuéntanos!

—¿Qué dijo?

—¿Entraste?

—¿Qué dijo?

—¡Cuéntanos! ¡Cuéntanos!

Les contó lo que había dicho y lo que el rector había dicho y, cuando se lo contó, todos los compañeros lanzaron sus gorras girando al aire y gritaron:

—¡Hurra!

Atraparon sus gorras y las volvieron a lanzar girando hacia el cielo y gritaron de nuevo:

—¡Hurra! ¡Hurra!

Hicieron una cuna con sus manos entrelazadas y lo alzaron entre ellos y lo llevaron hasta que luchó por liberarse. Y cuando escapó de ellos, se dispersaron en todas direcciones, lanzando de nuevo sus gorras al aire y silbando mientras subían girando y gritando:

—¡Hurra!

Y dieron tres abucheos para el Calvito Dolan y tres vítores para Conmee y dijeron que era el rector más decente que jamás hubo en Clongowes.

Los vítores se apagaron en el suave aire gris. Estaba solo. Era feliz y libre: pero no sería orgulloso de ninguna manera con el Padre Dolan. Sería muy callado y obediente: y deseaba poder hacer algo amable por él para mostrarle que no era orgulloso.

El aire era suave, gris y templado, y la tarde llegaba. Había olor a tarde en el aire, el olor de los campos en el campo donde desenterraban nabos para pelarlos y comerlos cuando salían a pasear a casa del Mayor Barton, el olor que había en el bosquecillo más allá del pabellón donde estaban las agallas.

Los compañeros practicaban lanzamientos largos y bolas bombeadas y con efecto lento. En el suave silencio gris podía oír el bote de las pelotas: y de aquí y de allá, a través del aire tranquilo, el sonido de los bates de críquet: pic, pac, poc, puc: como gotas de agua en una fuente cayendo suavemente en la taza rebosante.

## CAPÍTULO II

El tío Charles fumaba una picadura negra tan fuerte que al final su sobrino le sugirió que disfrutara de su fumada matutina en un pequeño cobertizo al fondo del jardín.

—Muy bien, Simon. Todo en orden, Simon —dijo el anciano tranquilamente—. Donde tú quieras. El cobertizo me vendrá de perlas: será más salubre.

—Maldita sea —dijo el señor Dedalus con franqueza—, si sé cómo puedes fumar un tabaco tan infame y horrible. Es como pólvora, por Dios.

—Es muy agradable, Simon —replicó el anciano—. Muy fresco y emoliente.

Cada mañana, por lo tanto, el tío Charles se dirigía a su cobertizo, no sin antes haberse engrasado y cepillado escrupulosamente el pelo de la nuca, y cepillado y puesto su sombrero de copa. Mientras fumaba, el ala de su sombrero de copa y la cazoleta de su pipa eran apenas visibles más allá de las jambas de la puerta del cobertizo. Su cenador, como llamaba al pestilente cobertizo que compartía con el gato y las herramientas de jardín, le servía también de caja de resonancia: y cada mañana tarareaba satisfecho una de sus canciones favoritas: *Oh, trézname una enramada* o *Ojos azules y cabello dorado* o *Las arboledas de Blarney*, mientras las espirales de humo gris y azul se elevaban lentamente de su pipa y se desvanecían en el aire puro.

Durante la primera parte del verano en Blackrock, el tío Charles fue el compañero constante de Stephen. El tío Charles era un anciano robusto, de piel bien bronceada, rasgos rudos y patillas blancas. Los días de semana hacía recados entre la casa de Carysfort Avenue y las tiendas de la calle principal del pueblo con las que trataba la familia. A Stephen le gustaba acompañarlo en estos recados, pues el tío Charles le obsequiaba muy generosamente con puñados de lo que estuviera expuesto en cajas y barriles abiertos fuera del mostrador. Cogía un puñado de uvas y serrín o tres o cuatro manzanas americanas y las metía generosamente en la mano de su sobrino nieto mientras el tendero sonreía con inquietud; y, si Stephen fingía reticencia a cogerlas, él fruncía el ceño y decía:

—Cógelas, señor. ¿Me oyes, señor? Son buenas para tus intestinos.

Una vez anotada la lista de pedidos, los dos se dirigían al parque, donde un viejo amigo del padre de Stephen, Mike Flynn, se encontraba sentado en un banco, esperándolos. Entonces comenzaría la carrera de Stephen alrededor del parque. Mike Flynn se quedaba en la puerta cerca de la estación de tren, reloj en mano, mientras Stephen corría por la pista al estilo que Mike Flynn favorecía, con la cabeza bien alta, las rodillas bien levantadas y las manos rectas a los lados. Cuando terminaba el entrenamiento matutino, el entrenador hacía sus comentarios y a veces los ilustraba arrastrando los pies cómicamente durante una yarda más o menos con un viejo par de zapatillas de lona azules. Un pequeño círculo de niños y niñeras maravillados se reunía para observarlo y se quedaba incluso cuando él y el tío Charles se habían sentado de nuevo y hablaban de atletismo y política. Aunque había oído a su padre decir que Mike Flynn había entrenado a algunos de los mejores corredores de los tiempos modernos, Stephen a menudo miraba el rostro flácido y cubierto de barba incipiente de su entrenador, mientras se inclinaba sobre los largos dedos manchados con los que liaba su cigarrillo, y con piedad los ojos azules, suaves y sin brillo, que de repente se levantaban de la tarea y miraban vagamente a la azul

lejanía mientras los largos dedos hinchados cesaban de liar y los granos y hebras de tabaco caían de nuevo en la bolsa.

De camino a casa, el tío Charles solía hacer una visita a la capilla y, como la pila de agua bendita estaba fuera del alcance de Stephen, el anciano metía la mano y luego rociaba el agua enérgicamente sobre la ropa de Stephen y en el suelo del porche. Mientras rezaba, se arrodillaba sobre su pañuelo rojo y leía en voz baja de un devocionario ennegrecido por el pulgar, en el que había reclamos impresos al pie de cada página. Stephen se arrodillaba a su lado, respetando, aunque no compartiendo, su piedad. A menudo se preguntaba por qué rezaba tan seriamente su tío abuelo. Quizás rezaba por las almas del purgatorio o por la gracia de una muerte feliz o quizás rezaba para que Dios le devolviera una parte de la gran fortuna que había despilfarrado en Cork.

Los domingos, Stephen con su padre y su tío abuelo daban su paseo constitucional. El anciano era un caminante ágil a pesar de sus callos y a menudo cubrían diez o doce millas de carretera. El pequeño pueblo de Stillorgan era la encrucijada. O bien iban a la izquierda hacia las montañas de Dublín o por la carretera de Goatstown y de allí a Dundrum, volviendo a casa por Sandyford. Caminando penosamente por la carretera o de pie en alguna taberna mugrienta al borde del camino, sus mayores hablaban constantemente de los temas más cercanos a sus corazones, de la política irlandesa, de Munster y de las leyendas de su propia familia, a todo lo cual Stephen prestaba un oído ávido. Las palabras que no entendía se las repetía una y otra vez hasta que las aprendía de memoria: y a través de ellas vislumbraba el mundo real que los rodeaba. La hora en que él también tomaría parte en la vida de ese mundo parecía acercarse y en secreto comenzó a prepararse para el gran papel que sentía que le esperaba, cuya naturaleza solo aprehendía vagamente.

Sus tardes eran suyas; y se sumergía en una traducción andrajosa de *El Conde de Montecristo*. La figura de aquel oscuro vengador destacaba en su mente por todo lo que había oído o adivinado en la

infancia de lo extraño y terrible. Por la noche, construía sobre la mesa del salón una imagen de la maravillosa cueva de la isla con calcomanías, flores de papel, papel de seda de colores y tiras de papel plateado y dorado en el que se envuelve el chocolate. Cuando había deshecho este escenario, cansado de su oropel, le venía a la mente la brillante imagen de Marsella, de emparrados soleados y de Mercedes.

A las afueras de Blackrock, en la carretera que llevaba a las montañas, había una pequeña casa encalada en cuyo jardín crecían muchos rosales: y en esta casa, se decía a sí mismo, vivía otra Mercedes. Tanto en el viaje de ida como en el de vuelta medía la distancia por este punto de referencia: y en su imaginación vivía una larga serie de aventuras, tan maravillosas como las del propio libro, hacia cuyo final aparecía una imagen de sí mismo, más viejo y más triste, de pie en un jardín iluminado por la luna con Mercedes, que tantos años antes había despreciado su amor, y con un gesto tristemente orgulloso de rechazo, diciendo:

—Señora, nunca como uvas moscatel.

Se convirtió en aliado de un chico llamado Aubrey Mills y fundó con él una pandilla de aventureros en la avenida. Aubrey llevaba un silbato colgando del ojal y una linterna de bicicleta sujeta al cinturón, mientras que los demás llevaban palos cortos metidos a modo de daga en los suyos. Stephen, que había leído sobre el estilo sencillo de vestir de Napoleón, eligió permanecer sin adornos y así aumentó para sí mismo el placer de deliberar con su lugarteniente antes de dar órdenes. La pandilla hacía incursiones en los jardines de las solteronas o bajaba al castillo y libraba una batalla en las rocas cubiertas de maleza hirsuta, volviendo a casa después, rezagados y cansados, con los olores rancios de la costa en sus fosas nasales y los aceites acres de las algas en sus manos y en su pelo.

Aubrey y Stephen tenían un lechero en común y a menudo salían en el carro de la leche a Carrickmines, donde las vacas pastaban. Mientras los hombres ordeñaban, los chicos se turnaban para

montar la dócil yegua alrededor del campo. Pero cuando llegó el otoño, trajeron a las vacas del pasto: y la primera visión del inmundado establo de Stradbrook, con sus fétidos charcos verdes y grumos de estiércol líquido y sus comederos de salvado humeantes, enfermó el corazón de Stephen. El ganado que le había parecido tan hermoso en el campo en los días soleados le repugnaba y ni siquiera podía mirar la leche que daban.

La llegada de septiembre no le preocupó este año, pues no iba a ser enviado de vuelta a Clongowes. La práctica en el parque terminó cuando Mike Flynn ingresó en el hospital. Aubrey estaba en la escuela y solo tenía una o dos horas libres por la tarde. La pandilla se deshizo y no hubo más incursiones nocturnas ni batallas en las rocas. Stephen a veces acompañaba al carro que repartía la leche de la tarde: y estos paseos gélidos le borraron el recuerdo de la suciedad del establo y no sintió repugnancia al ver los pelos de vaca y las semillas de heno en el abrigo del lechero. Cada vez que el carro se detenía frente a una casa, esperaba vislumbrar una cocina bien fregada o un vestíbulo suavemente iluminado y ver cómo la criada sostenía la jarra y cómo cerraba la puerta. Pensó que debería ser una vida bastante agradable, conducir por las carreteras cada tarde para repartir leche, si tuviera guantes cálidos y una bolsa gorda de galletas de jengibre en el bolsillo para comer. Pero la misma premonición que le había enfermado el corazón y hecho que sus piernas flaquearan de repente mientras corría por el parque, la misma intuición que le había hecho mirar con desconfianza el rostro flácido y cubierto de barba de su entrenador mientras se inclinaba pesadamente sobre sus largos dedos manchados, disipó cualquier visión del futuro. De una manera vaga, entendió que su padre tenía problemas y que esa era la razón por la que él mismo no había sido enviado de vuelta a Clongowes. Durante algún tiempo había sentido el ligero cambio en su casa; y esos cambios en lo que había considerado inmutable eran otros tantos pequeños golpes a su concepción infantil del mundo. La ambición que sentía agitarse a veces en la oscuridad de su alma no buscaba salida. Un crepúsculo como el del mundo exterior oscurecía su mente mientras oía los

cascos de la yegua repiquetear en la vía del tranvía en Rock Road y el gran bidón balanceándose y traqueteando detrás de él.

Regresó a Mercedes y, mientras meditaba sobre su imagen, una extraña inquietud se deslizó en su sangre. A veces, una fiebre se acumulaba en su interior y lo llevaba a vagar solo por la tarde a lo largo de la tranquila avenida. La paz de los jardines y las amables luces en las ventanas vertían una tierna influencia en su corazón inquieto. El ruido de los niños jugando le molestaba y sus voces tontas le hacían sentir, aún más agudamente de lo que lo había sentido en Clongowes, que era diferente de los demás. No quería jugar. Quería encontrar en el mundo real la imagen insustancial que su alma contemplaba constantemente. No sabía dónde buscarla ni cómo, pero una premonición que lo guiaba le decía que esta imagen, sin ningún acto manifiesto por su parte, se encontraría con él. Se encontrarían tranquilamente como si se hubieran conocido y hubieran concertado su cita, quizás en una de las puertas o en algún lugar más secreto. Estarían solos, rodeados de oscuridad y silencio: y en ese momento de suprema ternura él sería transfigurado. Se desvanecería en algo impalpable bajo los ojos de ella y luego, en un momento, sería transfigurado. La debilidad, la timidez y la inexperiencia se desprenderían de él en ese mágico momento.

Dos grandes caravanas amarillas se habían detenido una mañana ante la puerta y unos hombres habían entrado pisando fuerte en la casa para desmantelarla. Los muebles habían sido sacados a toda prisa por el jardín delantero, que estaba sembrado de briznas de paja y cabos de cuerda, y metidos en las enormes furgonetas junto a la verja. Cuando todo estuvo bien guardado, las furgonetas partieron ruidosamente por la avenida: y desde la ventana del vagón de tren, en el que se había sentado con su madre de ojos enrojecidos, Stephen las había visto avanzar pesadamente por Merrion Road.

El fuego del salón no tiraba esa tarde y el señor Dedalus apoyó el atizador contra las barras de la chimenea para atraer la llama. El tío Charles dormitaba en un rincón de la habitación semiamueblada y

sin alfombrar, y cerca de él los retratos familiares se apoyaban contra la pared. La lámpara sobre la mesa arrojaba una luz débil sobre el suelo de tablas, embarrado por los pies de los mozos de la mudanza. Stephen estaba sentado en un taburete junto a su padre, escuchando un largo e incoherente monólogo. Al principio entendió poco o nada de él, pero poco a poco se dio cuenta de que su padre tenía enemigos y de que iba a tener lugar alguna pelea. Sintió también que estaba siendo reclutado para la lucha, que se le estaba imponiendo algún deber sobre los hombros. La repentina huida de la comodidad y el ensueño de Blackrock, el paso por la ciudad sombría y neblinosa, el pensamiento de la casa desnuda y triste en la que ahora iban a vivir, le oprimían el corazón: y de nuevo una intuición, un presentimiento del futuro, le vino. Comprendió también por qué los sirvientes habían susurrado a menudo juntos en el vestíbulo y por qué su padre se había parado a menudo en la alfombra de la chimenea, de espaldas al fuego, hablando en voz alta con el tío Charles, que le instaba a sentarse y comer su cena.

—Todavía me queda un latigazo, Stephen, viejo amigo —dijo el señor Dedalus, atizando el fuego apagado con feroz energía—. Todavía no estamos muertos, hijo. No, por el Señor Jesús (Dios me perdone), ni medio muertos.

Dublín era una sensación nueva y compleja. El tío Charles se había vuelto tan torpe que ya no se le podía enviar a hacer recados y el desorden de la instalación en la nueva casa dejaba a Stephen más libre de lo que había estado en Blackrock. Al principio se contentaba con dar vueltas tímidamente por la plaza vecina o, a lo sumo, bajar hasta la mitad de una de las calles laterales, pero cuando se hizo un mapa esquemático de la ciudad en la mente, siguió audazmente una de sus líneas centrales hasta llegar a la Aduana. Pasó sin ser desafiado entre los muelles y a lo largo de los malecones, maravillándose de la multitud de corchos que flotaban en la superficie del agua en una espesa espuma amarilla, de las multitudes de mozos de muelle y los carros retumbantes y el policía mal vestido y barbudo. La vastedad y la extrañeza de la vida que le sugerían los fardos de mercancías apilados a lo largo de las paredes

o izados desde las bodegas de los vapores despertaron de nuevo en él la inquietud que le había hecho vagar por la tarde de jardín en jardín en busca de Mercedes. Y en medio de esta nueva vida bulliciosa podría haberse imaginado en otra Marsella, pero echaba de menos el cielo brillante y los emparrados calentados por el sol de las tabernas. Una vaga insatisfacción creció en su interior mientras miraba los muelles y el río y los cielos plomizos y, sin embargo, continuó vagando arriba y abajo día tras día como si realmente buscara a alguien que se le escapaba.

Fue una o dos veces con su madre a visitar a sus parientes: y aunque pasaron por una jovial hilera de tiendas iluminadas y adornadas para la Navidad, su humor de silencio amargado no lo abandonó. Las causas de su amargura eran muchas, remotas y cercanas. Estaba enfadado consigo mismo por ser joven y presa de impulsos inquietos y necios, enfadado también con el cambio de fortuna que estaba remodelando el mundo a su alrededor en una visión de miseria e insinceridad. Sin embargo, su ira no añadía nada a la visión. Crónicaba con paciencia lo que veía, desprendiéndose de ello y saboreando su sabor mortificante en secreto.

Estaba sentado en la silla sin respaldo en la cocina de su tía. Una lámpara con un reflector colgaba de la pared esmaltada de la chimenea y a su luz su tía leía el periódico de la tarde que yacía en su regazo. Miró durante mucho tiempo una imagen sonriente que aparecía en él y dijo pensativa:

—¡La hermosa Mabel Hunter!

Una niña con tirabuzones se puso de puntillas para mirar la imagen y dijo en voz baja:

—¿En qué sale, ma?

—En una pantomima, cariño.

La niña apoyó su cabeza de tirabuzones contra la manga de su madre, contemplando la imagen y murmuró como fascinada:

—¡La hermosa Mabel Hunter!

Como fascinada, sus ojos se posaron largamente en aquellos ojos recatadamente burlones y murmuró devotamente:

—¿No es una criatura exquisita?

Y el chico que entró de la calle, pisando torpemente bajo su trozo de carbón, oyó sus palabras. Dejó caer su carga rápidamente en el suelo y se apresuró a su lado para ver. Manoseó los bordes del periódico con sus manos enrojecidas y ennegrecidas, apartándola de un empujón y quejándose de que no podía ver.

Estaba sentado en el estrecho desayunador, en lo alto de la vieja casa de ventanas oscuras. La luz del fuego parpadeaba en la pared y más allá de la ventana un crepúsculo espectral se cernía sobre el río. Ante el fuego, una anciana se afanaba en preparar el té y, mientras se ajetreaba con la tarea, contaba en voz baja lo que habían dicho el sacerdote y el médico. Contó también ciertos cambios que habían visto en ella últimamente y sus extrañas costumbres y dichos. Él estaba sentado escuchando las palabras y siguiendo los caminos de aventura que se abrían en las brasas, arcos y bóvedas y galerías sinuosas y cavernas dentadas.

De repente, se dio cuenta de algo en el umbral. Una calavera apareció suspendida en la penumbra del umbral. Una criatura débil como un mono estaba allí, atraída por el sonido de las voces junto al fuego. Una voz quejumbrosa vino de la puerta preguntando:

—¿Es esa Josephine?

La anciana ajetreada respondió alegremente desde la chimenea:

—No, Ellen, es Stephen.

—Oh... Oh, buenas tardes, Stephen.

Él respondió al saludo y vio una sonrisa tonta aparecer en el rostro en el umbral.

—¿Necesitas algo, Ellen? —preguntó la anciana junto al fuego.

Pero ella no respondió a la pregunta y dijo:

—Pensé que era Josephine. Pensé que eras Josephine, Stephen.

Y, repitiendo esto varias veces, se echó a reír débilmente.

Estaba sentado en medio de una fiesta infantil en Harold's Cross. Su actitud silenciosa y observadora se había acentuado en él y participaba poco en los juegos. Los niños, ataviados con los despojos de sus petardos, bailaban y retozaban ruidosamente y, aunque intentó compartir su alegría, se sintió una figura sombría en medio de los alegres sombreros de tres picos y las capotas.

Pero cuando hubo cantado su canción y se hubo retirado a un rincón acogedor de la habitación, comenzó a saborear la alegría de su soledad. La algarabía, que al principio de la noche le había parecido falsa y trivial, era como un aire tranquilizador para él, pasando alegremente por sus sentidos, ocultando a otros ojos la febril agitación de su sangre, mientras que a través del círculo de los bailarines y en medio de la música y la risa, la mirada de ella viajaba hasta su rincón, halagadora, burlona, inquisitiva, excitando su corazón.

En el vestíbulo, los niños que se habían quedado hasta más tarde se estaban poniendo sus cosas: la fiesta había terminado. Ella se había echado un chal sobre los hombros y, mientras iban juntos hacia el tranvía, volutas de su aliento fresco y cálido volaban alegremente sobre su cabeza encapuchada y sus zapatos repiqueteaban jovialmente en la carretera vidriosa.

Era el último tranvía. Los enjutos caballos pardos lo sabían y agitaban sus cascabeles a la noche clara en señal de advertencia. El cobrador hablaba con el conductor, asintiendo ambos a menudo a la luz verde de la lámpara. En los asientos vacíos del tranvía había esparcidos unos pocos billetes de colores. Ningún sonido de pasos subía o bajaba por la carretera. Ningún sonido rompía la paz de la noche, salvo cuando los enjutos caballos pardos se frotaban las narices y agitaban sus cascabeles.

Parecían escuchar, él en el escalón de arriba y ella en el de abajo. Ella subió a su escalón muchas veces y volvió a bajar al suyo entre sus frases y una o dos veces se quedó muy cerca de él durante unos

momentos en el escalón de arriba, olvidándose de bajar, y luego bajó. Su corazón danzaba con sus movimientos como un corcho sobre la marea. Oyó lo que sus ojos le decían desde debajo de su capucha y supo que en algún oscuro pasado, ya fuera en la vida o en el ensueño, ya había oído su historia antes. La vio exhibir sus vanidades, su elegante vestido, su fajín y sus largas medias negras, y supo que había cedido a ellas mil veces. Sin embargo, una voz dentro de él habló por encima del ruido de su corazón danzante, preguntándole si aceptaría su regalo, para lo cual solo tenía que extender la mano. Y recordó el día en que él y Eileen habían estado mirando los terrenos del hotel, observando a los camareros izar una guirnalda de banderines en el asta y al fox terrier correteando de un lado a otro por el césped soleado, y cómo, de repente, ella había estallado en una carcajada y había bajado corriendo por la curva inclinada del sendero. Ahora, como entonces, él permanecía apático en su lugar, aparentemente un tranquilo espectador de la escena que tenía ante él.

—Ella también quiere que la agarre —pensó—. Por eso vino conmigo al tranvía. Podría agarrarla fácilmente cuando suba a mi escalón: nadie está mirando. Podría abrazarla y besarla.

Pero no hizo ninguna de las dos cosas: y, cuando estaba sentado solo en el tranvía desierto, hizo trizas su billete y miró sombríamente el estribo corrugado.

Al día siguiente se sentó a su mesa en la despojada habitación de arriba durante muchas horas. Ante él yacían una pluma nueva, un tintero nuevo y un cuaderno nuevo de color esmeralda. Por costumbre, había escrito en la parte superior de la primera página las iniciales del lema jesuita: A.M.D.G. En la primera línea de la página aparecía el título de los versos que intentaba escribir: *A E—  
C—*. Sabía que era correcto empezar así, pues había visto títulos similares en los poemas completos de Lord Byron. Cuando hubo escrito este título y dibujado una línea ornamental debajo, cayó en un ensueño y comenzó a dibujar diagramas en la cubierta del libro. Se vio a sí mismo sentado a su mesa en Bray la mañana después de

la discusión en la cena de Navidad, tratando de escribir un poema sobre Parnell en el reverso de uno de los avisos de segunda cuota de su padre. Pero su cerebro se había negado entonces a enfrentarse al tema y, desistiendo, había cubierto la página con los nombres y direcciones de algunos de sus compañeros de clase:

Roderick Kickham

John Lawton

Anthony MacSwiney

Simon Moonan

Ahora parecía que volvería a fracasar, pero, a fuerza de meditar sobre el incidente, se infundió confianza. Durante este proceso, todos aquellos elementos que consideraba comunes e insignificantes desaparecieron de la escena. No quedaba rastro del tranvía en sí, ni de los tranviarios, ni de los caballos; ni él ni ella aparecían vívidamente. Los versos solo hablaban de la noche y la brisa balsámica y el brillo virginal de la luna. Una pena indefinida se ocultaba en los corazones de los protagonistas mientras permanecían en silencio bajo los árboles sin hojas y cuando llegó el momento de la despedida, el beso, que había sido retenido por uno, fue dado por ambos. Después de esto, las letras L. D. S. fueron escritas al pie de la página y, habiendo escondido el libro, fue al dormitorio de su madre y se contempló el rostro durante mucho tiempo en el espejo de su tocador.

Pero su largo período de ocio y libertad llegaba a su fin. Una tarde, su padre llegó a casa lleno de noticias que mantuvieron su lengua ocupada durante toda la cena. Stephen había estado esperando el regreso de su padre, pues ese día había habido picadillo de cordero y sabía que su padre le haría mojar pan en la salsa. Pero no le gustó el picadillo, pues la mención de Clongowes le había cubierto el paladar con una capa de asco.

—Me di de bruces con él —dijo el señor Dedalus por cuarta vez—, justo en la esquina de la plaza.

—Entonces supongo —dijo la señora Dedalus—, que podrá arreglarlo. Me refiero a lo de Belvedere.

—Claro que sí —dijo el señor Dedalus—. ¿No te digo que ahora es el provincial de la orden?

—Nunca me gustó la idea de enviarlo a los hermanos cristianos —dijo la señora Dedalus.

—¡Al diablo con los hermanos cristianos! —dijo el señor Dedalus—. ¿Con Paddy Peste y Micky Mugre? No, que se quede con los jesuitas, en nombre de Dios, ya que empezó con ellos. Le serán de utilidad en años venideros. Esos son los tipos que pueden conseguirte un puesto.

—Y son una orden muy rica, ¿no es así, Simon?

—Bastante. Viven bien, te lo digo yo. Ya viste su mesa en Clongowes. Cebados, por Dios, como gallos de pelea.

El señor Dedalus empujó su plato hacia Stephen y le ordenó que terminara lo que había en él.

—Y bien, Stephen —dijo—, tienes que arrimar el hombro, viejo amigo. Has tenido unas buenas y largas vacaciones.

—Oh, estoy segura de que trabajará muy duro ahora —dijo la señora Dedalus—, especialmente cuando tenga a Maurice con él.

—¡Oh, Santo Pablo, me había olvidado de Maurice! —dijo el señor Dedalus—. ¡Ven aquí, Maurice! ¡Ven aquí, rufián cabezota! ¿Sabes que te voy a mandar a un colegio donde te enseñarán a deletrear g-a-t-o, gato? Y te compraré un bonito pañuelito de a penique para mantenerte la nariz seca. ¿No será muy divertido?

Maurice sonrió a su padre y luego a su hermano.

El señor Dedalus se enroscó el monóculo en el ojo y miró fijamente a sus dos hijos. Stephen masculló su pan sin responder a la mirada de su padre.

—Por cierto —dijo el señor Dedalus al cabo de un rato—, el rector, o más bien el provincial, me estaba contando esa historia sobre ti y

el Padre Dolan. Eres un ladrón insolente, dijo.

—¡Oh, no dijo eso, Simon!

—¡Qué va a decir! —dijo el señor Dedalus—. Pero me dio un gran relato de todo el asunto. Estábamos charlando, ya sabes, y una palabra trajo la otra. Y, por cierto, ¿quién crees que me dijo que conseguirá ese trabajo en el ayuntamiento? Pero eso te lo cuento después. Bueno, como decía, estábamos charlando amigablemente y me preguntó si nuestro amigo aquí todavía usaba gafas, y entonces me contó toda la historia.

—¿Y se molestó, Simon?

—¿Molesto? ¡Qué va! ¡Valiente muchachito!, dijo.

El señor Dedalus imitó el tono nasal y afectado del provincial.

—El Padre Dolan y yo, cuando se lo conté todo en la cena, el Padre Dolan y yo nos reímos mucho con el asunto. *Más te vale andarte con cuidado, Padre Dolan, le dije, o el joven Dedalus te mandará arriba por dos veces nueve.* Nos reímos a gusto juntos con el asunto. ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!

El señor Dedalus se volvió hacia su esposa e interpuso con su voz natural:

—Te muestra el espíritu con el que se toman a los chicos allí. ¡Oh, un jesuita para toda la vida, para la diplomacia!

Reasumió la voz del provincial y repitió:

—Se lo conté todo en la cena y el Padre Dolan y yo y todos nosotros nos reímos de buena gana con el asunto. ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!

Había llegado la noche de la obra de Pentecostés y Stephen, desde la ventana del camerino, miraba el pequeño césped a través del cual se extendían hileras de farolillos chinos. Observaba a los visitantes bajar los escalones de la casa y pasar al teatro. Encargados de frac, antiguos alumnos de Belvedere, holgazaneaban en grupos cerca de la entrada del teatro y acompañaban a los

visitantes con ceremonia. Bajo el repentino resplandor de un farolillo pudo reconocer el rostro sonriente de un sacerdote.

El Santísimo Sacramento había sido retirado del tabernáculo y los primeros bancos habían sido corridos hacia atrás para dejar libre el estrado del altar y el espacio ante él. Contra las paredes había grupos de barras y mazas indias; las mancuernas estaban apiladas en un rincón: y en medio de innumerables montículos de zapatillas de gimnasia, suéteres y camisetas en desordenados paquetes marrones, se alzaba el robusto potro de saltos con cubierta de cuero, esperando su turno para ser subido al escenario y colocado en medio del equipo ganador al final de la exhibición gimnástica.

Stephen, aunque en deferencia a su reputación como escritor de ensayos había sido elegido secretario del gimnasio, no había participado en la primera parte del programa, pero en la obra que constituía la segunda parte tenía el papel principal, el de un pedagogo cómico. Se lo habían asignado por su estatura y sus modales serios, pues ya estaba al final de su segundo año en Belvedere y en la clase número dos.

Una veintena de los chicos más jóvenes, con bombachos y camisetas blancas, bajaron corriendo del escenario, atravesaron la sacristía y entraron en la capilla. La sacristía y la capilla estaban pobladas de maestros y chicos ansiosos. El sargento mayor, gordo y calvo, probaba con el pie el trampolín del potro de saltos. El joven delgado con un largo abrigo, que iba a ofrecer una exhibición especial de intrincados malabares con mazas, estaba cerca observando con interés, con sus mazas plateadas asomando por los profundos bolsillos laterales. Se oyó el hueco traqueteo de las mancuernas de madera mientras otro equipo se preparaba para subir al escenario: y en otro momento el excitado prefecto arreaba a los chicos a través de la sacristía como un rebaño de gansos, agitando nerviosamente las alas de su sotana y gritando a los rezagados que se dieran prisa. Una pequeña tropa de campesinos napolitanos practicaba sus pasos al final de la capilla, algunos girando los brazos sobre sus cabezas, otros balanceando sus cestas

de violetas de papel y haciendo reverencias. En un rincón oscuro de la capilla, al lado del evangelio del altar, una anciana robusta se arrodillaba en medio de sus copiosas faldas negras. Cuando se levantó, se descubrió una figura vestida de rosa, con una peluca dorada y rizada y una capota de paja pasada de moda, con las cejas pintadas de negro y las mejillas delicadamente sonrojadas y empolvadas. Un bajo murmullo de curiosidad recorrió la capilla al descubrir esta figura de niña. Uno de los prefectos, sonriendo y asintiendo con la cabeza, se acercó al rincón oscuro y, tras hacer una reverencia a la robusta anciana, dijo amablemente:

—¿Es esta una hermosa señorita o una muñeca lo que tiene aquí, señora Tallon?

Luego, inclinándose para mirar el rostro sonriente y pintado bajo el ala de la capota, exclamó:

—¡No! ¡Por mi vida, creo que es el pequeño Bertie Tallon después de todo!

Stephen, en su puesto junto a la ventana, oyó a la anciana y al sacerdote reír juntos y oyó los murmullos de admiración de los chicos detrás de él mientras avanzaban para ver al niño que tenía que bailar solo el baile de la capota. Un movimiento de impaciencia se le escapó. Dejó caer el borde de la persiana y, bajando del banco en el que había estado de pie, salió de la capilla.

Salió de la escuela y se detuvo bajo el cobertizo que flanqueaba el jardín. Del teatro de enfrente llegaba el ruido sordo del público y los repentinos y estridentes choques de la banda de los soldados. La luz se extendía hacia arriba desde el techo de cristal, haciendo que el teatro pareciera un arca festiva, anclada entre los armazones de las casas, sus frágiles cables de farolillos amarrándola a sus anclajes. Una puerta lateral del teatro se abrió de repente y un haz de luz cruzó los céspedes. Un repentino estallido de música salió del arca, el prelude de un vals: y cuando la puerta lateral se cerró de nuevo, el oyente pudo oír el débil ritmo de la música. El sentimiento de los primeros compases, su languidez y su movimiento flexible, evocaron

la emoción incommunicable que había sido la causa de toda su inquietud del día y de su impaciente movimiento de un momento antes. Su inquietud brotó de él como una onda de sonido: y en la marea de la música fluida, el arca viajaba, arrastrando sus cables de farolillos a su paso. Luego, un ruido como de artillería enana rompió el movimiento. Eran los aplausos que saludaban la entrada del equipo de mancuernas al escenario.

Al fondo del cobertizo, cerca de la calle, una mota de luz rosada se mostró en la oscuridad y, mientras caminaba hacia ella, se percató de un débil olor aromático. Dos chicos estaban de pie al abrigo de un portal, fumando, y antes de llegar a ellos había reconocido a Heron por su voz.

—¡Aquí llega el noble Dedalus! —gritó una voz aguda y gutural—. ¡Bienvenido a nuestro leal amigo!

Esta bienvenida terminó en una suave carcajada sin alegría mientras Heron hacía una zalema y luego comenzaba a hurgar el suelo con su bastón.

—Aquí estoy —dijo Stephen, deteniéndose y mirando de Heron a su amigo.

Este último le era desconocido, pero en la oscuridad, con la ayuda de las puntas incandescentes de los cigarrillos, pudo distinguir un rostro pálido y dandi sobre el que una sonrisa se desplazaba lentamente, una figura alta con abrigo y un sombrero hongo. Heron no se molestó en hacer una presentación, sino que dijo:

—Le estaba contando a mi amigo Wallis qué broma sería esta noche si imitaras al rector en el papel del maestro. Sería una broma buenísima.

Heron hizo un pobre intento de imitar para su amigo Wallis el bajo pedante del rector y luego, riéndose de su fracaso, le pidió a Stephen que lo hiciera.

—Vamos, Dedalus —le instó—, puedes imitarlo genialmente. *El que no oye a la iglesia, sea para ti como el pagano y el publicano.*

La imitación fue impedida por una leve expresión de enfado de Wallis, en cuya boquilla el cigarrillo se había atascado demasiado.

—Maldita sea esta dichosa boquilla —dijo, sacándosela de la boca y sonriendo y frunciendo el ceño tolerantemente—. Siempre se atasca así. ¿Usas boquilla?

—No fumo —respondió Stephen.

—No —dijo Heron—, Dedalus es un joven modelo. No fuma, no va a los bazares, no flirtea y no maldice nada ni maldice en absoluto.

Stephen sacudió la cabeza y sonrió al rostro sonrojado y móvil de su rival, aguileño como el de un pájaro. A menudo había pensado que era extraño que Vincent Heron tuviera cara de pájaro además de nombre de pájaro. Un mechón de pelo pálido caía sobre la frente como una cresta despeinada: la frente era estrecha y huesuda y una nariz fina y ganchuda sobresalía entre los ojos juntos y prominentes, que eran claros e inexpresivos. Los rivales eran amigos de la escuela. Se sentaban juntos en clase, se arrodillaban juntos en la capilla, hablaban juntos después del rosario durante el almuerzo. Como los compañeros del número uno eran unos zoquetes sin distinción, Stephen y Heron habían sido durante el año los jefes virtuales de la escuela. Eran ellos quienes iban juntos al rector a pedir un día libre o a librar a un compañero.

—Ah, por cierto —dijo Heron de repente—, vi a tu viejo entrando.

La sonrisa se desvaneció del rostro de Stephen. Cualquier alusión a su padre hecha por un compañero o un maestro desbarataba su calma en un momento. Esperó en temeroso silencio a oír lo que Heron pudiera decir a continuación. Heron, sin embargo, le dio un codazo expresivo y dijo:

—Eres un perro astuto.

—¿Por qué lo dices? —dijo Stephen.

—Parecería que la mantequilla no se derrite en tu boca —dijo Heron—. Pero me temo que eres un perro astuto.

—¿Podría preguntarte de qué estás hablando? —dijo Stephen cortésmente.

—Desde luego que podrías —respondió Heron—. La vimos, Wallis, ¿verdad? Y es endiabladamente guapa, además. ¡Y curiosa! *¿Y qué papel hace Stephen, señor Dedalus? ¿Y no cantará Stephen, señor Dedalus?* Tu viejo la estaba mirando a través de ese monóculo suyo con todas sus fuerzas, así que creo que el viejo te ha descubierto también. No me importaría ni un comino, por Júpiter. Es despampanante, ¿verdad, Wallis?

—No está nada mal —respondió Wallis tranquilamente mientras se colocaba de nuevo la boquilla en una comisura de la boca.

Un ramalazo de ira momentánea cruzó la mente de Stephen ante estas alusiones indelicadas en presencia de un extraño. Para él no había nada divertido en el interés y la consideración de una chica. Todo el día no había pensado en otra cosa que en su despedida en los escalones del tranvía en Harold's Cross, el torrente de emociones melancólicas que le había hecho recorrer y el poema que había escrito al respecto. Todo el día había imaginado un nuevo encuentro con ella, pues sabía que iba a venir a la obra. El viejo y desasosegado malhumor había vuelto a llenar su pecho como la noche de la fiesta, pero no había encontrado salida en el verso. El crecimiento y el conocimiento de dos años de adolescencia se interponían entre entonces y ahora, prohibiendo tal salida: y durante todo el día la corriente de sombría ternura dentro de él había brotado y vuelto sobre sí misma en oscuros cursos y remolinos, agotándolo al final hasta que la broma del prefecto y el niño pintado le habían arrancado un movimiento de impaciencia.

—Así que más vale que admitas —prosiguió Heron—, que te hemos descubierto de verdad esta vez. Ya no puedes hacerte el santo conmigo, eso es seguro.

Una suave carcajada sin alegría se escapó de sus labios y, agachándose como antes, golpeó ligeramente a Stephen en la pantorrilla con su bastón, como en una reprimenda jocosa.

El momento de ira de Stephen ya había pasado. No se sintió ni halagado ni confundido, sino que simplemente deseaba que la broma terminara. Apenas le molestó lo que le había parecido una indelicadeza tonta, pues sabía que la aventura en su mente no corría peligro por estas palabras: y su rostro reflejó la falsa sonrisa de su rival.

—¡Admite! —repitió Heron, golpeándolo de nuevo con su bastón en la pantorrilla.

El golpe fue juguetón, pero no tan ligero como el primero. Stephen sintió la piel hormiguar y arder ligeramente y casi sin dolor; y, inclinándose sumisamente, como para corresponder al humor jocoso de su compañero, comenzó a recitar el *Confiteor*. El episodio terminó bien, pues tanto Heron como Wallis rieron indulgentemente ante la irreverencia.

La confesión solo provino de los labios de Stephen y, mientras pronunciaban las palabras, un repentino recuerdo lo había transportado a otra escena, evocada como por arte de magia, en el momento en que había notado los débiles y crueles hoyuelos en las comisuras de los labios sonrientes de Heron y había sentido el familiar golpe del bastón contra su pantorrilla y había oído la familiar palabra de admonición:

—Admite.

Fue hacia el final de su primer trimestre en el colegio, cuando estaba en la clase número seis. Su naturaleza sensible todavía sufría bajo los latigazos de una forma de vida sórdida e insospechada. Su alma todavía estaba inquieta y abatida por el monótono fenómeno de Dublín. Había salido de un hechizo de ensueño de dos años para encontrarse en medio de una nueva escena, cada evento y figura de la cual lo afectaba íntimamente, lo desanimaba o lo atraía y, ya fuera atrayente o desalentador, lo llenaba siempre de inquietud y pensamientos amargos. Todo el ocio que le dejaba su vida escolar lo pasaba en compañía de escritores subversivos cuyas burlas y

violencia de lenguaje provocaban un fermento en su cerebro antes de pasar de él a sus escritos toscos.

El ensayo era para él la principal labor de su semana y cada martes, mientras marchaba de casa a la escuela, leía su destino en los incidentes del camino, compitiendo contra alguna figura que iba delante de él y acelerando el paso para superarla antes de llegar a una meta determinada o plantando sus pasos escrupulosamente en los espacios del mosaico del sendero y diciéndose a sí mismo que sería el primero y no el primero en el ensayo semanal.

Un cierto martes, el curso de sus triunfos se vio bruscamente interrumpido. El señor Tate, el profesor de inglés, lo señaló con el dedo y dijo sin rodeos:

—Este tipo tiene herejía en su ensayo.

Un silencio cayó sobre la clase. El señor Tate no lo rompió, sino que escarbó con la mano entre sus muslos mientras su ropa de lino, fuertemente almidonada, crujía alrededor de su cuello y muñecas. Stephen no levantó la vista. Era una mañana cruda de primavera y sus ojos todavía le escocían y estaban débiles. Era consciente del fracaso y de haber sido descubierto, de la miseria de su propia mente y de su hogar, y sentía contra su cuello el borde áspero de su cuello vuelto y dentado.

Una breve y fuerte risa del señor Tate tranquilizó un poco a la clase.

—Quizás no sabías eso —dijo.

—¿Dónde? —preguntó Stephen.

El señor Tate retiró su mano excavadora y extendió el ensayo.

—Aquí. Es sobre el Creador y el alma. Rrm... rrm... rrm... ¡Ah! *sin posibilidad de acercarse jamás*. Eso es herejía.

Stephen murmuró:

—Quería decir sin posibilidad de alcanzarlo jamás.

Fue una sumisión y el señor Tate, apaciguado, dobló el ensayo y se lo pasó, diciendo:

—Oh... ¡Ah! *alcanzarlo jamás*. Esa es otra historia.

Pero la clase no se apaciguó tan pronto. Aunque nadie le habló del asunto después de clase, pudo sentir a su alrededor una vaga alegría general y maligna.

Unas noches después de esta reprimenda pública, caminaba con una carta por Drumcondra Road cuando oyó una voz gritar:

—¡Alto!

Se dio la vuelta y vio a tres chicos de su misma clase que se acercaban a él en el crepúsculo. Era Heron quien había gritado y, mientras avanzaba entre sus dos acompañantes, hendía el aire ante él con un delgado bastón, al compás de sus pasos. Boland, su amigo, marchaba a su lado, con una amplia sonrisa en el rostro, mientras que Nash venía unos pasos por detrás, resoplando por el ritmo y moviendo su gran cabeza roja.

Tan pronto como los chicos entraron juntos en Clonliffe Road, comenzaron a hablar de libros y escritores, diciendo qué libros estaban leyendo y cuántos libros había en las estanterías de sus padres en casa. Stephen los escuchaba con cierto asombro, pues Boland era el tonto y Nash el holgazán de la clase. De hecho, después de hablar un rato sobre sus escritores favoritos, Nash se decantó por el Capitán Marryat, quien, según dijo, era el mejor escritor.

—¡Tonterías! —dijo Heron—. Pregúntale a Dedalus. ¿Quién es el mejor escritor, Dedalus?

Stephen notó la burla en la pregunta y dijo:

—¿Te refieres a prosa?

—Sí.

—Newman, creo.

—¿Te refieres al Cardenal Newman? —preguntó Boland.

—Sí —respondió Stephen.

La sonrisa se ensanchó en el rostro pecoso de Nash mientras se volvía hacia Stephen y decía:

—¿Y a ti te gusta el Cardenal Newman, Dedalus?

—Oh, muchos dicen que Newman tiene el mejor estilo de prosa —dijo Heron a los otros dos a modo de explicación—, por supuesto no es un poeta.

—¿Y quién es el mejor poeta, Heron? —preguntó Boland.

—Lord Tennyson, por supuesto —respondió Heron.

—Oh, sí, Lord Tennyson —dijo Nash—. Tenemos toda su poesía en casa en un libro.

Ante esto, Stephen olvidó los votos silenciosos que había estado haciendo y estalló:

—¡Tennyson un poeta! ¡Si solo es un versificador!

—¡Oh, vamos! —dijo Heron—. Todo el mundo sabe que Tennyson es el mejor poeta.

—¿Y quién crees tú que es el mejor poeta? —preguntó Boland, dando un codazo a su vecino.

—Byron, por supuesto —respondió Stephen.

Heron dio la pauta y los tres se unieron en una risa despectiva.

—¿De qué os reís? —preguntó Stephen.

—De ti —dijo Heron—. ¡Byron el mejor poeta! Solo es un poeta para gente sin educación.

—¡Debe de ser un buen poeta! —dijo Boland.

—Tú puedes mantener la boca cerrada —dijo Stephen, volviéndose audazmente hacia él—. Todo lo que sabes de poesía es lo que escribiste en las pizarras del patio y por lo que te iban a mandar al desván.

A Boland, de hecho, se le atribuía haber escrito en las pizarras del patio una copla sobre un compañero de clase suyo que a menudo volvía a casa del colegio en un poni:

Mientras Tyson cabalgaba hacia Jerusalén

Se cayó y se lastimó su Alec Kafoozelén.

Este golpe silenció a los dos lugartenientes, pero Heron continuó:

—En cualquier caso, Byron era un hereje y también un inmoral.

—No me importa lo que fuera —gritó Stephen acaloradamente.

—¿No te importa si era un hereje o no? —dijo Nash.

—¿Qué sabes tú de eso? —gritó Stephen—. Nunca has leído una línea de nada en tu vida, excepto una traducción, y Boland tampoco.

—Sé que Byron era un hombre malo —dijo Boland.

—¡Toma, agarra a este hereje! —gritó Heron.

En un momento, Stephen fue prisionero.

—Tate te hizo espabilar el otro día —prosiguió Heron—, sobre la herejía en tu ensayo.

—Se lo diré mañana —dijo Boland.

—¿Ah, sí? —dijo Stephen—. Tendrías miedo de abrir la boca.

—¿Miedo?

—Sí. Miedo a morir.

—¡Compórtate! —gritó Heron, golpeando las piernas de Stephen con su bastón.

Fue la señal para su ataque. Nash le inmovilizó los brazos por detrás mientras Boland agarraba un largo tallo de col que yacía en la cuneta. Luchando y pateando bajo los golpes del bastón y los porrazos del nudoso tallo, Stephen fue empujado hacia atrás contra una cerca de alambre de espino.

—Admite que Byron no valía nada.

—No.

—Admite.

—No.

—Admite.

—No. No.

Finalmente, tras una furia de embestidas, se liberó. Sus atormentadores partieron hacia Jones's Road, riendo y burlándose de él, mientras él, medio ciego de lágrimas, tropezaba, apretando los puños con locura y sollozando.

Mientras todavía repetía el *Confiteor* en medio de la risa indulgente de sus oyentes y mientras las escenas de aquel episodio maligno aún pasaban nítida y velozmente ante su mente, se preguntó por qué ahora no guardaba rencor a quienes lo habían atormentado. No había olvidado ni una pizca de su cobardía y crueldad, pero su recuerdo no despertaba en él ira alguna. Todas las descripciones de amor y odio feroces que había encontrado en los libros le habían parecido, por tanto, irreales. Incluso aquella noche, mientras tropezaba de vuelta a casa por Jones's Road, había sentido que algún poder lo despojaba de aquella ira repentinamente tejida con la misma facilidad con que se pela una fruta de su suave y madura piel.

Permaneció de pie con sus dos compañeros al final del cobertizo, escuchando ociosamente su conversación o los estallidos de aplausos en el teatro. Ella estaba sentada allí entre los demás, quizás esperando a que él apareciera. Intentó recordar su aspecto, pero no pudo. Solo recordaba que llevaba un chal sobre la cabeza como una capucha y que sus ojos oscuros lo habían invitado y enervado. Se preguntó si él había estado en sus pensamientos como ella en los suyos. Entonces, en la oscuridad y sin ser visto por los otros dos, apoyó las yemas de los dedos de una mano sobre la palma de la otra, apenas tocándola ligeramente. Pero la presión de los dedos de ella había sido más ligera y firme: y de repente el

recuerdo de su contacto atravesó su cerebro y su cuerpo como una onda invisible.

Un chico se acercó a ellos, corriendo bajo el cobertizo. Estaba excitado y sin aliento.

—Oh, Dedalus —gritó—, Doyle está hecho una furia contigo. Tienes que entrar de inmediato y vestirte para la obra. Date prisa, será mejor.

—Ya viene —dijo Heron al mensajero con un altivo sonsonete—, cuando le apetezca.

El chico se volvió hacia Heron y repitió:

—Pero Doyle está hecho una furia.

—¿Quieres decirle a Doyle con mis mejores cumplidos que me cago en sus ojos? —respondió Heron.

—Bueno, tengo que irme ya —dijo Stephen, a quien poco le importaban tales puntos de honor.

—Yo no lo haría —dijo Heron—, maldita sea si lo hiciera. No es forma de mandar a buscar a uno de los chicos mayores. ¡Hecho una furia, dice! Creo que ya es bastante que participes en su dichosa obra.

Este espíritu de camaradería pendenciera que había observado últimamente en su rival no había seducido a Stephen de sus hábitos de tranquila obediencia. Desconfiaba de la turbulencia y dudaba de la sinceridad de tal camaradería, que le parecía una triste anticipación de la hombría. La cuestión de honor aquí planteada era, como todas esas cuestiones, trivial para él. Mientras su mente había estado persiguiendo sus fantasmas intangibles y apartándose con irresolución de tal persecución, había oído a su alrededor las constantes voces de su padre y de sus maestros, instándole a ser un caballero por encima de todo e instándole a ser un buen católico por encima de todo. Estas voces habían llegado a sonar huecas en sus oídos. Cuando se inauguró el gimnasio, había oído otra voz que le instaba a ser fuerte, varonil y saludable, y cuando el movimiento

hacia el renacimiento nacional comenzó a sentirse en el colegio, otra voz le había ordenado ser fiel a su país y ayudar a levantar su lengua y su tradición. En el mundo profano, como preveía, una voz mundana le ordenaría levantar el estado caído de su padre con su trabajo y, mientras tanto, la voz de sus compañeros de escuela le instaba a ser un buen compañero, a proteger a otros de la culpa o a interceder por ellos y a hacer todo lo posible por conseguir días libres para la escuela. Y era el estruendo de todas estas voces de sonido hueco lo que le hacía detenerse irresoluto en la persecución de fantasmas. Solo les prestaba oído por un tiempo, pero solo era feliz cuando estaba lejos de ellas, más allá de su llamada, solo o en compañía de compañeros fantasmales.

En la sacristía, un jesuita rollizo y de rostro fresco y un hombre mayor, con ropas azules raídas, chapoteaban en un estuche de pinturas y tizas. Los chicos que habían sido pintados caminaban o se quedaban quietos torpemente, tocándose la cara con cautela con las yemas furtivas de los dedos. En medio de la sacristía, un joven jesuita, que estaba entonces de visita en el colegio, se balanceaba rítmicamente de las puntas de los pies a los talones y viceversa, con las manos bien metidas en los bolsillos laterales. Su pequeña cabeza, adornada con brillantes rizos rojos, y su rostro recién afeitado, concordaban bien con la impecable decencia de su sotana y con sus zapatos impolutos.

Mientras observaba esta forma oscilante e intentaba descifrar por sí mismo la leyenda de la sonrisa burlona del sacerdote, le vino a la memoria de Stephen un dicho que había oído de su padre antes de ser enviado a Clongowes, que siempre se podía reconocer a un jesuita por el estilo de su ropa. En el mismo momento, creyó ver un parecido entre la mente de su padre y la de este sacerdote sonriente y bien vestido: y fue consciente de alguna profanación del oficio del sacerdote o de la propia sacristía, cuyo silencio ahora era roto por conversaciones ruidosas y bromas y su aire picante por los olores de los mecheros de gas y la grasa.

Mientras el anciano le arrugaba la frente y le pintaba las mandíbulas de negro y azul, escuchaba distraídamente la voz del joven y rollizo jesuita que le ordenaba hablar alto y exponer sus puntos con claridad. Podía oír a la banda tocar *El Lirio de Killarney* y sabía que en pocos momentos el telón se levantaría. No sentía miedo escénico, pero la idea del papel que tenía que interpretar lo humillaba. El recuerdo de algunas de sus frases hizo que un repentino rubor subiera a sus mejillas pintadas. Vio sus ojos serios y seductores observándolo desde el público y su imagen barrió de inmediato sus escrúpulos, dejando su voluntad compacta. Parecía que se le hubiera prestado otra naturaleza: el contagio de la excitación y la juventud a su alrededor entró y transformó su melancólica desconfianza. Por un raro momento, pareció estar vestido con el verdadero atuendo de la niñez: y, mientras estaba en el lateral del escenario entre los otros actores, compartió la alegría común en medio de la cual el telón de fondo fue izado por dos sacerdotes fornidos con violentos tirones y todo torcido.

Unos momentos después se encontró en el escenario, en medio del gas chillón y el decorado sombrío, actuando ante los innumerables rostros del vacío. Le sorprendió ver que la obra que en los ensayos había conocido como algo desarticulado y sin vida había asumido de repente vida propia. Parecía ahora representarse a sí misma, ayudada por él y sus compañeros actores con sus papeles. Cuando cayó el telón en la última escena, oyó el vacío llenarse de aplausos y, a través de una rendija en una escena lateral, vio el simple cuerpo ante el cual había actuado mágicamente deformado, el vacío de rostros rompiéndose por todos los puntos y deshaciéndose en grupos atareados.

Abandonó el escenario rápidamente, se deshizo de su farsa y salió por la capilla al jardín del colegio. Ahora que la obra había terminado, sus nervios clamaban por alguna otra aventura. Se apresuró hacia adelante como para alcanzarla. Las puertas del teatro estaban todas abiertas y el público se había vaciado. En las líneas que había imaginado como los amarres de un arca, unos pocos farolillos se balanceaban con la brisa nocturna, parpadeando

tristemente. Subió los escalones del jardín a toda prisa, ansioso de que alguna presa no se le escapara, y se abrió paso a la fuerza entre la multitud en el vestíbulo y pasó junto a los dos jesuitas que observaban el éxodo, saludando con la cabeza y estrechando la mano a los visitantes. Siguió adelante nerviosamente, fingiendo una prisa aún mayor y vagamente consciente de las sonrisas, las miradas y los codazos que su cabeza empolvada dejaba a su paso.

Cuando salió a los escalones, vio a su familia esperándolo junto a la primera farola. De un vistazo notó que cada figura del grupo le era familiar y bajó los escalones enfadado.

—Tengo que dejar un recado en George's Street —le dijo a su padre rápidamente—. Llegaré a casa después de vosotros.

Sin esperar las preguntas de su padre, cruzó la carretera y comenzó a caminar a una velocidad vertiginosa cuesta abajo. Apenas sabía hacia dónde caminaba. El orgullo, la esperanza y el deseo, como hierbas machacadas en su corazón, enviaban vapores de incienso enloquecedor ante los ojos de su mente. Bajó la colina a grandes zancadas en medio del tumulto de vapores repentinamente surgidos de un orgullo herido, una esperanza caída y un deseo frustrado. Fluyeron hacia arriba ante sus ojos angustiados en densos y enloquecedores humos y pasaron por encima de él hasta que al fin el aire volvió a ser claro y frío.

Una película todavía velaba sus ojos, pero ya no ardían. Un poder, afín al que a menudo le había hecho despojarse de la ira o el resentimiento, detuvo sus pasos. Se quedó quieto y miró hacia el sombrío pórtico de la morgue y de allí al oscuro callejón adoquinado a su lado. Vio la palabra *Lotts* en la pared del callejón y respiró lentamente el aire rancio y pesado.

*Eso es orina de caballo y paja podrida, pensó. Es un buen olor para respirar. Calmará mi corazón. Mi corazón está bastante calmado ahora. Volveré.*

Stephen estaba una vez más sentado junto a su padre en el rincón de un vagón de tren en Kingsbridge. Viajaba con su padre en el

correo nocturno a Cork. Mientras el tren salía humeante de la estación, recordó su asombro infantil de años atrás y cada acontecimiento de su primer día en Clongowes. Pero ahora no sentía asombro. Veía las tierras oscureciéndose deslizarse a su lado, los silenciosos postes de telégrafo pasando rápidamente por su ventana cada cuatro segundos, las pequeñas estaciones relucientes, tripuladas por unos pocos centinelas silenciosos, arrojadas por el correo tras de sí y parpadeando por un momento en la oscuridad como granos de fuego lanzados hacia atrás por un corredor.

Escuchaba sin simpatía la evocación que su padre hacía de Cork y de escenas de su juventud, un relato interrumpido por suspiros o tragos de su petaca de bolsillo cada vez que la imagen de algún amigo muerto aparecía en él o cada vez que el evocador recordaba de repente el propósito de su visita actual. Stephen oía pero no podía sentir piedad. Las imágenes de los muertos le eran todas extrañas, salvo la del tío Charles, una imagen que últimamente se había ido desvaneciendo de su memoria. Sabía, sin embargo, que la propiedad de su padre iba a ser vendida en subasta, y en la manera de su propio despojo sintió que el mundo desmentía rudamente su fantasía.

En Maryborough se quedó dormido. Cuando despertó, el tren había pasado Mallow y su padre estaba tumbado durmiendo en el otro asiento. La fría luz del amanecer yacía sobre el campo, sobre los campos despoblados y las cabañas cerradas. El terror del sueño fascinaba su mente mientras observaba el campo silencioso o escuchaba de vez en cuando la respiración profunda de su padre o su repentino movimiento somnoliento. La vecindad de durmientes invisibles lo llenaba de un extraño pavor, como si pudieran hacerle daño, y rezó para que el día llegara pronto. Su oración, dirigida ni a Dios ni a santo alguno, comenzó con un escalofrío, mientras la gélida brisa matutina se colaba por la rendija de la puerta del vagón hasta sus pies, y terminó en una sarta de palabras necias que hizo encajar con el insistente ritmo del tren; y silenciosamente, a intervalos de cuatro segundos, los postes de telégrafo sostenían las galopantes notas de la música entre compases puntuales. Esta música furiosa

aplacó su pavor y, apoyándose en el alféizar de la ventana, dejó que sus párpados se cerraran de nuevo.

Recorrieron Cork en un birlocho mientras aún era de madrugada y Stephen terminó de dormir en una habitación del Hotel Victoria. La brillante y cálida luz del sol entraba a raudales por la ventana y podía oír el estruendo del tráfico. Su padre estaba de pie ante el tocador, examinándose el pelo, la cara y el bigote con gran cuidado, estirando el cuello por encima de la jarra de agua y retirándolo de lado para ver mejor. Mientras lo hacía, cantaba suavemente para sí con un acento y una dicción pintorescos:

La juventud y la locura  
Hacen que los jóvenes se casen,  
Así que aquí, mi amor, yo  
No me quedaré más.  
Lo que no tiene cura, seguro,  
Debe ser dañado, seguro,  
Así que me iré a  
Amérikay.  
Mi amor es guapa,  
Mi amor es huesuda:  
Es como el buen whisky  
Cuando es nuevo;  
Pero cuando es viejo  
Y se enfría  
Se desvanece y muere como  
El rocío de la montaña.

La conciencia de la cálida y soleada ciudad fuera de su ventana y los tiernos temblores con los que la voz de su padre festoneaba la

extraña, triste y feliz melodía, ahuyentaron todas las nieblas del mal humor de la noche del cerebro de Stephen. Se levantó rápidamente para vestirse y, cuando la canción terminó, dijo:

—Esa es mucho más bonita que cualquiera de tus otras coplas.

—¿Tú crees? —preguntó el señor Dedalus.

—Me gusta —dijo Stephen.

—Es una melodía bastante antigua —dijo el señor Dedalus, retorciéndose las puntas del bigote—. ¡Ah, pero deberías haber oído a Mick Lacy cantarla! ¡Pobre Mick Lacy! Tenía pequeños giros para ella, notas de adorno que solía poner y que yo no tengo. ¡Ese sí que era un chico que podía cantar una copla, si quieres!

El señor Dedalus había pedido *drisheens* para desayunar y durante la comida interrogó al camarero para enterarse de las noticias locales. En su mayor parte hablaban sin entenderse cuando se mencionaba un nombre, teniendo el camarero en mente al titular actual y el señor Dedalus a su padre o quizás a su abuelo.

—Bueno, espero que no hayan movido el Queen's College de todos modos —dijo el señor Dedalus—, porque quiero enseñárselo a este jovencito mío.

A lo largo del Mardyke los árboles estaban en flor. Entraron en los terrenos del colegio y fueron conducidos por el locuaz portero a través del patio. Pero su avance sobre la grava se detenía cada docena de pasos más o menos por alguna respuesta del portero.

—¿Ah, me lo dice en serio? ¿Y ha muerto el pobre Pottlebelly?

—Sí, señor. Muerto, señor.

Durante estas paradas, Stephen permanecía torpemente detrás de los dos hombres, cansado del tema y esperando inquieto que la lenta marcha comenzara de nuevo. Para cuando habían cruzado el patio, su inquietud había llegado a ser febril. Se preguntaba cómo su padre, a quien conocía por ser un hombre astuto y desconfiado, podía ser engañado por los modales serviles del portero; y el vivo

acento sureño que lo había entretenido toda la mañana ahora le irritaba los oídos.

Pasaron al anfiteatro de anatomía, donde el señor Dedalus, ayudado por el portero, buscó sus iniciales en los pupitres. Stephen permaneció en un segundo plano, más deprimido que nunca por la oscuridad y el silencio del anfiteatro y por el aire que tenía de estudio hastiado y formal. En el pupitre leyó la palabra *Fœtus* tallada varias veces en la madera oscura y teñida. La repentina leyenda sobresaltó su sangre: pareció sentir a los estudiantes ausentes del colegio a su alrededor y encogerse de su compañía. Una visión de su vida, que las palabras de su padre habían sido incapaces de evocar, surgió ante él de la palabra tallada en el pupitre. Un estudiante de hombros anchos con bigote estaba tallando las letras con una navaja, seriamente. Otros estudiantes estaban de pie o sentados cerca de él, riéndose de su obra. Uno le dio un codazo. El estudiante grande se volvió hacia él, frunciendo el ceño. Vestía ropas grises y holgadas y llevaba botas de color canela.

Llamaron a Stephen por su nombre. Bajó apresuradamente los escalones del anfiteatro para alejarse lo más posible de la visión y, mirando de cerca las iniciales de su padre, ocultó su rostro sonrojado.

Pero la palabra y la visión danzaban ante sus ojos mientras caminaba de regreso por el patio y hacia la puerta del colegio. Le chocó encontrar en el mundo exterior un rastro de lo que hasta entonces había considerado una enfermedad brutal e individual de su propia mente. Sus monstruosos ensueños acudieron en tropel a su memoria. También ellos habían surgido ante él, repentina y furiosamente, de meras palabras. Pronto había cedido a ellos y les había permitido barrer y envilecer su intelecto, preguntándose siempre de dónde venían, de qué guarida de imágenes monstruosas, y siempre débil y humilde hacia los demás, inquieto y hastiado de sí mismo cuando lo habían arrollado.

—¡Ah, por Dios! ¡Y ahí están los Groceries, seguro! —exclamó el señor Dedalus—. A menudo me oíste hablar de los Groceries, ¿no es

así, Stephen? Cuántas veces bajamos allí cuando nos habían pasado lista, un grupo de nosotros, Harry Peard y el pequeño Jack Mountain y Bob Dyas y Maurice Moriarty, el francés, y Tom O'Grady y Mick Lacy, del que te hablé esta mañana, y Joey Corbet y el pobre y bondadoso Johnny Keevers de los Tantiles.

Las hojas de los árboles a lo largo del Mardyke se agitaban y susurraban a la luz del sol. Pasó un equipo de jugadores de críquet, jóvenes ágiles con pantalones de franela y blazers, uno de ellos llevando la larga bolsa verde de los wickets. En una tranquila calle lateral, una banda alemana de cinco músicos con uniformes desvaídos e instrumentos de metal abollados tocaba para una audiencia de golfillos y mensajeros ociosos. Una criada con cofia y delantal blancos regaba una jardinera de plantas en un alféizar que brillaba como una losa de piedra caliza bajo el cálido resplandor. Desde otra ventana abierta al aire llegaba el sonido de un piano, escala tras escala subiendo hacia los agudos.

Stephen caminaba al lado de su padre, escuchando historias que ya había oído antes, oyendo de nuevo los nombres de los jueguistas dispersos y muertos que habían sido los compañeros de la juventud de su padre. Y una leve náusea suspiró en su corazón. Recordó su propia posición equívoca en Belvedere, un chico libre, un líder temeroso de su propia autoridad, orgulloso, sensible y desconfiado, luchando contra la miseria de su vida y contra el tumulto de su mente. Las letras talladas en la madera teñida del pupitre lo miraban fijamente, burlándose de su debilidad corporal y de sus fútiles entusiasmos y haciéndole aborrecerse a sí mismo por sus propias orgías locas e inmundas. La saliva en su garganta se volvió amarga e infame de tragar y la leve náusea le subió al cerebro, de modo que por un momento cerró los ojos y siguió caminando en la oscuridad.

Todavía podía oír la voz de su padre—

—Cuando te lances por tu cuenta, Stephen —como me atrevo a decir que harás uno de estos días—, recuerda, haz lo que hazas, mezclarte con caballeros. Cuando yo era joven, te digo que me divertí. Me mezclé con buenos y decentes compañeros. Cada uno de

nosotros sabía hacer algo. Uno tenía buena voz, otro era buen actor, otro podía cantar una buena canción cómica, otro era buen remero o buen jugador de raqueta, otro podía contar una buena historia y así sucesivamente. De todos modos, manteníamos la pelota en juego y nos divertíamos y veíamos un poco de vida y tampoco nos fue peor por ello. Pero todos éramos caballeros, Stephen —al menos espero que lo fuéramos— y también irlandeses de pura cepa. Ese es el tipo de compañeros con los que quiero que te relaciones, compañeros de la misma calaña. Te estoy hablando como un amigo, Stephen. No creo que un hijo deba tener miedo de su padre. No, te trato como tu abuelo me trató a mí cuando era un muchacho. Éramos más como hermanos que como padre e hijo. Nunca olvidaré el primer día que me pilló fumando. Estaba de pie al final de la South Terrace un día con algunos mozalbetes como yo y, claro, nos creíamos unos grandes tipos porque teníamos pipas metidas en las comisuras de los labios. De repente, pasó el viejo. No dijo ni una palabra, ni siquiera se detuvo. Pero al día siguiente, domingo, salimos a pasear juntos y cuando volvíamos a casa sacó su pitillera y dijo: —Por cierto, Simon, no sabía que fumabas, o algo así. —Por supuesto, traté de disimularlo lo mejor que pude. —Si quieres un buen cigarro —dijo—, prueba uno de estos. Un capitán americano me los regaló anoche en Queenstown.

Stephen oyó la voz de su padre romperse en una risa que era casi un sollozo.

—¡Era el hombre más guapo de Cork en aquella época, por Dios que lo era! Las mujeres se paraban a mirarlo por la calle.

Oyó el sollozo pasar ruidosamente por la garganta de su padre y abrió los ojos con un impulso nervioso. La luz del sol, al irrumpir de repente en su vista, convirtió el cielo y las nubes en un mundo fantástico de masas sombrías con espacios lacustres de luz rosada oscura. Su propio cerebro estaba enfermo e impotente. Apenas podía interpretar las letras de los letreros de las tiendas. Con su monstruosa forma de vida parecía haberse puesto más allá de los límites de la realidad. Nada lo conmovía ni le hablaba del mundo real

a menos que oyera en él un eco de los gritos enfurecidos de su interior. No podía responder a ningún llamado terrenal o humano, mudo e insensible a la llamada del verano, la alegría y la compañía, cansado y abatido por la voz de su padre. Apenas podía reconocer como propios sus pensamientos, y se repetía lentamente a sí mismo:

—Soy Stephen Dedalus. Camino junto a mi padre, cuyo nombre es Simon Dedalus. Estamos en Cork, en Irlanda. Cork es una ciudad. Nuestra habitación está en el Hotel Victoria. Victoria y Stephen y Simon. Simon y Stephen y Victoria. Nombres.

El recuerdo de su infancia se desvaneció de repente. Intentó evocar algunos de sus momentos vívidos, pero no pudo. Solo recordaba nombres. Dante, Parnell, Clane, Clongowes. Un niño pequeño había aprendido geografía de una anciana que guardaba dos cepillos en su armario. Luego lo habían enviado lejos de casa a un colegio, había hecho su primera comunión y comido *slim jim* de su gorra de críquet y observado la luz del fuego saltar y danzar en la pared de un pequeño dormitorio en la enfermería y soñado con estar muerto, con que el rector dijera una misa por él con una capa negra y dorada, con ser enterrado luego en el pequeño cementerio de la comunidad, junto a la avenida principal de los tilos. Pero no había muerto entonces. Parnell había muerto. No había habido misa de difuntos en la capilla ni procesión. No había muerto, sino que se había desvanecido como una película al sol. Se había perdido o había vagado fuera de la existencia, pues ya no existía. ¡Qué extraño pensar en él pasando fuera de la existencia de tal manera, no por la muerte, sino por desvanecerse al sol o por perderse y olvidarse en algún lugar del universo! Era extraño ver su pequeño cuerpo aparecer de nuevo por un momento: un niño pequeño con un traje gris con cinturón. Tenía las manos en los bolsillos laterales y los pantalones remetidos en las rodillas con gomas elásticas.

La tarde del día en que se vendió la propiedad, Stephen siguió dócilmente a su padre por la ciudad, de bar en bar. A los vendedores del mercado, a los camareros y camareras, a los mendigos que lo importunaban por una limosna, el señor Dedalus contaba la misma

historia: que era un viejo corkoniano, que llevaba treinta años intentando deshacerse de su acento de Cork en Dublín y que Peter Pickackafax, a su lado, era su hijo mayor, pero que solo era un *jackeen* de Dublín.

Habían partido temprano por la mañana de la cafetería de Newcombe, donde la taza del señor Dedalus había traqueteado ruidosamente contra su platillo, y Stephen había intentado ocultar esa vergonzosa señal de la borrachera de su padre de la noche anterior moviendo su silla y tosiendo. Una humillación había sucedido a otra: las sonrisas falsas de los vendedores del mercado, las cabriolas y miradas de las camareras con las que su padre flirteaba, los cumplidos y palabras de aliento de los amigos de su padre. Le habían dicho que se parecía mucho a su abuelo y el señor Dedalus había convenido en que era un feo parecido. Habían desenterrado rastros de un acento de Cork en su habla y le habían hecho admitir que el Lee era un río mucho más hermoso que el Liffey. Uno de ellos, para poner a prueba su latín, le había hecho traducir pasajes cortos del *Dilectus* y le había preguntado si era correcto decir: *Tempora mutantur nos et mutamur in illis* o *Tempora mutantur et nos mutamur in illis*. Otro, un anciano vivaz, a quien el señor Dedalus llamaba Johnny Cashman, lo había cubierto de confusión al pedirle que dijera cuáles eran más bonitas, si las chicas de Dublín o las de Cork.

—No está hecho de esa pasta —dijo el señor Dedalus—. Déjalo en paz. Es un chico sensato y pensante que no se preocupa por ese tipo de tonterías.

—Entonces no es hijo de su padre —dijo el ancianito.

—No lo sé, la verdad —dijo el señor Dedalus, sonriendo complacido.

—Tu padre —le dijo el ancianito a Stephen—, era el ligón más audaz de la ciudad de Cork en su época. ¿Sabías eso?

Stephen bajó la vista y estudió el suelo de baldosas del bar en el que habían recalado.

—Ahora no le metas ideas en la cabeza —dijo el señor Dedalus—. Déjalo a su Creador.

—¡Yerra, claro que no le metería ninguna idea en la cabeza! Ya tengo edad para ser su abuelo. Y soy abuelo —le dijo el ancianito a Stephen—. ¿Sabías eso?

—¿Ah, sí? —preguntó Stephen.

—¡Por Dios que sí! —dijo el ancianito—. Tengo dos nietos rollizos en Sunday's Well. ¡Y bien! ¿Qué edad crees que tengo? Y recuerdo haber visto a tu abuelo con su levita roja saliendo a cazar. Eso fue antes de que tú nacieras.

—Sí, o de que se pensara en ti —dijo el señor Dedalus.

—¡Por Dios que sí! —repitió el ancianito—. Y, más aún, puedo recordar incluso a tu bisabuelo, el viejo John Stephen Dedalus, y vaya si era un viejo cascarrabias. ¡Y bien! ¡Ahí tienes una memoria para ti!

—Eso son tres generaciones... cuatro generaciones —dijo otro de la compañía—. Vaya, Johnny Cashman, debes estar acercándote al siglo.

—Bueno, os diré la verdad —dijo el ancianito—. Solo tengo veintisiete años.

—Somos tan viejos como nos sentimos, Johnny —dijo el señor Dedalus—. Y acaba lo que tienes ahí y tomaremos otra. Oye, Tim o Tom o como te llames, danos lo mismo otra vez. Por Dios, yo no me siento de más de dieciocho. Ahí está ese hijo mío que no tiene ni la mitad de mi edad y soy mejor hombre que él cualquier día de la semana.

—Modérate un poco, Dedalus. Creo que es hora de que te quedes en segundo plano —dijo el caballero que había hablado antes.

—¡No, por Dios! —afirmó el señor Dedalus—. Cantaré una canción de tenor contra él o saltaré una verja de cinco barras contra él o

correré con él tras los perros por el campo como lo hice hace treinta años junto con el Kerry Boy y el mejor para ello.

—Pero aquí te ganará —dijo el ancianito, golpeándose la frente y levantando su vaso para apurarlo.

—Bueno, espero que sea tan buen hombre como su padre. Eso es todo lo que puedo decir —dijo el señor Dedalus.

—Si lo es, servirá —dijo el ancianito.

—Y gracias a Dios, Johnny —dijo el señor Dedalus—, que vivimos tanto tiempo e hicimos tan poco daño.

—Pero hicimos tanto bien, Simon —dijo el ancianito gravemente—. Gracias a Dios que vivimos tanto tiempo e hicimos tanto bien.

Stephen observó cómo se levantaban los tres vasos del mostrador mientras su padre y sus dos compinches brindaban por el recuerdo de su pasado. Un abismo de fortuna o de temperamento lo separaba de ellos. Su mente parecía más vieja que la de ellos: brillaba fríamente sobre sus contiendas, felicidades y pesares como una luna sobre una tierra más joven. Ninguna vida o juventud se agitaba en él como se había agitado en ellos. No había conocido ni el placer de la compañía de otros, ni el vigor de la ruda salud masculina, ni la piedad filial. Nada se agitaba en su alma sino una lujuria fría, cruel y sin amor. Su infancia estaba muerta o perdida y con ella su alma capaz de alegrías simples, y vagaba en medio de la vida como la cáscara estéril de la luna.

¿Estás pálida de cansancio

De escalar el cielo y contemplar la tierra,

Vagando sin compañía...?

Se repitió a sí mismo los versos del fragmento de Shelley. Su alternancia de triste ineficacia humana con vastos ciclos inhumanos de actividad lo heló y olvidó su propio duelo humano e ineficaz.

La madre de Stephen, su hermano y uno de sus primos esperaban en la esquina de la tranquila Foster Place mientras él y su padre

subían los escalones y recorrían la columnata donde el centinela de las Highlands desfilaba. Cuando hubieron entrado en el gran vestíbulo y se encontraron en el mostrador, Stephen sacó sus órdenes de pago sobre el gobernador del Banco de Irlanda por treinta y tres libras; y estas sumas, el dinero de su beca y del premio de ensayo, le fueron entregadas rápidamente por el cajero en billetes y monedas respectivamente. Las guardó en sus bolsillos con fingida compostura y permitió que el amable cajero, con quien su padre charlaba, le tomara la mano por encima del ancho mostrador y le deseara una brillante carrera en la vida. Estaba impaciente por sus voces y no podía mantener los pies quietos. Pero el cajero todavía aplazaba el servicio a otros para decir que vivía en tiempos cambiantes y que no había nada como dar a un chico la mejor educación que el dinero pudiera comprar. El señor Dedalus se demoró en el vestíbulo, mirando a su alrededor y hacia el techo y diciéndole a Stephen, que le instaba a salir, que estaban en la cámara de los comunes del antiguo parlamento irlandés.

—¡Dios nos ayude! —dijo piadosamente—, pensar en los hombres de aquellos tiempos, Stephen, Hely Hutchinson y Flood y Henry Grattan y Charles Kendal Bushe, y los nobles que tenemos ahora, líderes del pueblo irlandés en casa y en el extranjero. ¡Vaya, por Dios, no se les vería muertos en un campo de diez acres con ellos! No, Stephen, viejo amigo, lamento decir que solo son como *cuando salí a pasear una hermosa mañana de mayo en el alegre mes del dulce julio*.

Un agudo viento de octubre soplaba alrededor del banco. Las tres figuras de pie al borde del sendero embarrado tenían las mejillas contraídas y los ojos llorosos. Stephen miró a su madre, escasamente vestida, y recordó que unos días antes había visto un manto con un precio de veinte guineas en los escaparates de Barnardo's.

—Bueno, eso está hecho —dijo el señor Dedalus.

—Será mejor que vayamos a cenar —dijo Stephen—. ¿Dónde?

—¿Cenar? —dijo el señor Dedalus—. Bueno, supongo que será mejor, ¿no?

—Algún sitio que no sea muy caro —dijo la señora Dedalus.

—¿A Underdone's?

—Sí. Algún sitio tranquilo.

—Vamos —dijo Stephen rápidamente—. No importa que sea caro.

Caminó delante de ellos con pasos cortos y nerviosos, sonriendo. Intentaron seguirle el ritmo, sonriendo también ante su entusiasmo.

—Tómatalo con calma, buen muchacho —dijo su padre—. No estamos corriendo la media milla, ¿verdad?

Durante una rápida temporada de jolgorio, el dinero de sus premios se escurrió entre los dedos de Stephen. Grandes paquetes de comestibles, exquisiteces y frutas secas llegaban de la ciudad. Cada día elaboraba un menú para la familia y cada noche llevaba a un grupo de tres o cuatro al teatro a ver *Ingomar* o *La Dama de Lyon*. En los bolsillos de su abrigo llevaba tabletas de chocolate de Viena para sus invitados, mientras que el bolsillo de sus pantalones abultaba con masas de monedas de plata y cobre. Compró regalos para todos, reorganizó su habitación, redactó resoluciones, ordenó sus libros arriba y abajo de sus estanterías, estudió todo tipo de listas de precios, elaboró una forma de mancomunidad para el hogar por la cual cada miembro ocupaba algún cargo, abrió un banco de préstamos para su familia y presionó con préstamos a prestatarios dispuestos para poder tener el placer de extender recibos y calcular los intereses de las sumas prestadas. Cuando no pudo hacer más, recorrió la ciudad en tranvía. Luego, la temporada de placer llegó a su fin. El bote de pintura de esmalte rosa se acabó y el revestimiento de madera de su dormitorio quedó con su capa inacabada y mal enyesada.

Su casa volvió a su modo de vida habitual. Su madre ya no tuvo más ocasión de reprenderle por despilfarrar su dinero. Él también volvió a su antigua vida en la escuela y todas sus novedosas

empresas se vinieron abajo. La mancomunidad cayó, el banco de préstamos cerró sus arcas y sus libros con una pérdida considerable, las reglas de vida que se había trazado cayeron en desuso.

¡Qué necio había sido su objetivo! Había intentado construir un rompeolas de orden y elegancia contra la sórdida marea de la vida fuera de él y contener, mediante reglas de conducta e interés activo y nuevas relaciones filiales, la poderosa recurrencia de las mareas dentro de él. Inútil. Tanto desde fuera como desde dentro, el agua había fluido sobre sus barreras: sus mareas comenzaron una vez más a empujarse ferozmente sobre el malecón desmoronado.

Vio claramente, también, su propio fútil aislamiento. No se había acercado ni un paso a las vidas a las que había intentado acercarse, ni había salvado la inquieta vergüenza y el rencor que lo habían separado de su madre, su hermano y su hermana. Sentía que apenas era de la misma sangre que ellos, sino que estaba con ellos más bien en el parentesco místico de la crianza, como hijo adoptivo y hermano adoptivo.

Se volvió para apaciguar los feroces anhelos de su corazón, ante los cuales todo lo demás era ocioso y ajeno. Poco le importaba estar en pecado mortal, que su vida se hubiera convertido en un tejido de subterfugios y falsedades. Junto al salvaje deseo que había en él de realizar las enormidades sobre las que meditaba, nada era sagrado. Soportaba cínicamente los vergonzosos detalles de sus desórdenes secretos, en los que se regocijaba en profanar con paciencia cualquier imagen que hubiera atraído sus ojos. De día y de noche se movía entre imágenes distorsionadas del mundo exterior. Una figura que de día le había parecido recatada e inocente se le acercaba de noche a través de la sinuosa oscuridad del sueño, con el rostro transfigurado por una astucia lasciva, los ojos brillantes de alegría brutal. Solo la mañana lo afligía con su vago recuerdo de un oscuro desenfreno orgiástico, su agudo y humillante sentido de la transgresión.

Volvió a sus vagabundeos. Las veladas otoñales veladas lo llevaban de calle en calle como lo habían hecho años antes por las

tranquilas avenidas de Blackrock. Pero ninguna visión de cuidados jardines delanteros o de amables luces en las ventanas vertía ahora una tierna influencia sobre él. Solo a veces, en las pausas de su deseo, cuando el lujo que lo consumía daba paso a una languidez más suave, la imagen de Mercedes atravesaba el fondo de su memoria. Volvía a ver la pequeña casa blanca y el jardín de rosales en el camino que llevaba a las montañas y recordaba el gesto tristemente orgulloso de rechazo que debía hacer allí, de pie con ella en el jardín iluminado por la luna después de años de distanciamiento y aventura. En esos momentos, los suaves discursos de Claude Melnotte acudían a sus labios y aliviaban su inquietud. Una tierna premonición lo tocaba de la cita que entonces había anhelado y, a pesar de la horrible realidad que mediaba entre su esperanza de entonces y la de ahora, del santo encuentro que entonces había imaginado, en el que la debilidad, la timidez y la inexperiencia debían desprenderse de él.

Tales momentos pasaban y los fuegos devoradores de la lujuria volvían a encenderse. Los versos se escapaban de sus labios y los gritos inarticulados y las palabras brutales no dichas brotaban de su cerebro para forzar un paso. Su sangre estaba en rebelión. Vagaba arriba y abajo por las calles oscuras y viscosas, escudriñando la penumbra de los callejones y portales, escuchando con avidez cualquier sonido. Gemía para sí mismo como una bestia merodeadora y desconcertada. Quería pecar con otro de su especie, forzar a otro ser a pecar con él y regocijarse con ella en el pecado. Sentía una presencia oscura moviéndose irresistiblemente sobre él desde la oscuridad, una presencia sutil y murmurante como una inundación que lo llenaba por completo. Su murmullo asediaba sus oídos como el murmullo de una multitud dormida; sus sutiles corrientes penetraban su ser. Sus manos se apretaban convulsivamente y sus dientes se juntaban mientras sufría la agonía de su penetración. Extendió los brazos en la calle para sujetar la frágil forma desmayada que se le escapaba y lo incitaba: y el grito que había estrangulado durante tanto tiempo en su garganta salió de sus labios. Brotó de él como un lamento de desesperación de un

infierno de sufrientes y murió en un lamento de súplica furiosa, un grito por un abandono inicuo, un grito que no era sino el eco de un garabato obscuro que había leído en la pared rezumante de un urinario.

Se había adentrado en un laberinto de calles estrechas y sucias. Desde los fétidos callejones oía estallidos de alboroto y riñas roncadas y el sonsonete de cantantes borrachos. Siguió caminando, sin desanimarse, preguntándose si se habría extraviado en el barrio de los judíos. Mujeres y muchachas vestidas con largos y vivos trajes atravesaban la calle de casa en casa. Eran pausadas y perfumadas. Un temblor se apoderó de él y sus ojos se nublaron. Las llamas amarillas del gas se alzaron ante su visión turbada contra el cielo vaporoso, ardiendo como ante un altar. Ante las puertas y en los vestíbulos iluminados se reunían grupos ataviados como para algún rito. Estaba en otro mundo: había despertado de un sueño de siglos.

Se quedó quieto en medio de la calzada, con el corazón clamando contra su pecho en un tumulto. Una joven vestida con un largo traje rosa le puso la mano en el brazo para detenerlo y lo miró a la cara. Dijo alegremente:

—¡Buenas noches, querido Willie!

Su habitación era cálida y luminosa. Una muñeca enorme estaba sentada con las piernas separadas en el amplio sillón junto a la cama. Intentó hacer que su lengua hablara para parecer tranquilo, observándola mientras se desabrochaba el vestido, notando los movimientos orgullosos y conscientes de su cabeza perfumada.

Mientras él permanecía en silencio en medio de la habitación, ella se le acercó y lo abrazó alegre y gravemente. Sus brazos redondos lo sujetaron firmemente a ella y él, viendo su rostro levantado hacia él en seria calma y sintiendo el cálido y tranquilo subir y bajar de su pecho, casi estalló en un llanto histérico. Lágrimas de alegría y alivio brillaron en sus ojos encantados y sus labios se entreabrieron aunque no querían hablar.

Ella pasó su mano tintineante por su pelo, llamándolo pequeño bribón.

—Dame un beso —dijo.

Sus labios no se doblegaron para besarla. Quería ser sostenido firmemente en sus brazos, ser acariciado lentamente, lentamente, lentamente. En sus brazos sintió que de repente se había vuelto fuerte, intrépido y seguro de sí mismo. Pero sus labios no se doblegaron para besarla.

Con un movimiento repentino, ella inclinó la cabeza de él y unió sus labios a los suyos, y él leyó el significado de sus movimientos en sus francos ojos alzados. Fue demasiado para él. Cerró los ojos, entregándose a ella, en cuerpo y alma, consciente de nada en el mundo salvo de la oscura presión de sus labios suavemente entreabiertos. Presionaron su cerebro como sus labios, como si fueran el vehículo de un vago discurso; y entre ellos sintió una presión desconocida y tímida, más oscura que el desmayo del pecado, más suave que el sonido o el olor.

## CAPÍTULO III

El rápido crepúsculo de diciembre había caído torpemente tras su día apagado y mientras él miraba a través del opaco cuadrado de la ventana del aula, sintió que su vientre ansiaba su comida. Esperaba que hubiera estofado para cenar, nabos y zanahorias y patatas machacadas y gordos trozos de cordero servidos en una espesa salsa de harina y grasa pimentada. *Zámpatelo*, le aconsejó su vientre.

Sería una noche sombría y secreta. Tras el temprano anochecer, las lámparas amarillas iluminarían, aquí y allá, el sórdido barrio de los burdeles. Seguiría un curso tortuoso por las calles, dando vueltas cada vez más cerca, en un temblor de miedo y alegría, hasta que sus pies lo llevaran de repente a una esquina oscura. Las putas estarían justo saliendo de sus casas, preparándose para la noche, bostezando perezosamente después de dormir y acomodándose las horquillas en sus moños. Pasaría junto a ellas con calma, esperando un movimiento repentino de su propia voluntad o una llamada súbita a su alma pecadora desde su carne suave y perfumada. Sin embargo, mientras merodeaba en busca de esa llamada, sus sentidos, embrutecidos solo por su deseo, notarían agudamente todo lo que los hería o avergonzaba; sus ojos, un cerco de espuma de cerveza en una mesa sin mantel o una fotografía de dos soldados en posición de firmes o un llamativo cartel de teatro; sus oídos, la jerga arrastrada del saludo:

—Hola, Bertie, ¿algo bueno en mente?

—¿Eres tú, pichoncita?

—Número diez. La fresca Nelly te está esperando.

—¡Buenas noches, maridito! ¿Entras a pasar un ratito?

La ecuación en la página de su cuaderno de notas comenzó a desplegar una cola cada vez más ancha, ocelada y estrellada como la de un pavo real; y, cuando los ojos y las estrellas de sus índices fueron eliminados, comenzó a plegarse lentamente sobre sí misma de nuevo. Los índices que aparecían y desaparecían eran ojos que se abrían y se cerraban; los ojos que se abrían y se cerraban eran estrellas que nacían y se extinguían. El vasto ciclo de la vida estelar llevaba su mente cansada hacia su confín y hacia su centro, una música lejana acompañándolo hacia afuera y hacia adentro. ¿Qué música? La música se acercó y recordó las palabras, las palabras del fragmento de Shelley sobre la luna vagando sin compañía, pálida de cansancio. Las estrellas comenzaron a desmoronarse y una nube de fino polvo de estrellas cayó a través del espacio.

La luz mortecina caía más débilmente sobre la página donde otra ecuación comenzaba a desplegarse lentamente y a extender su cola ensanchada. Era su propia alma saliendo a experimentar, desplegándose pecado tras pecado, extendiendo la hoguera de sus estrellas ardientes y replegándose sobre sí misma, desvaneciéndose lentamente, apagando sus propias luces y fuegos. Se apagaron: y la fría oscuridad llenó el caos.

Una fría y lúcida indiferencia reinaba en su alma. En su primer pecado violento había sentido una oleada de vitalidad salir de él y había temido encontrar su cuerpo o su alma mutilados por el exceso. En cambio, la ola vital lo había llevado en su seno fuera de sí mismo y de vuelta de nuevo cuando retrocedió: y ninguna parte del cuerpo o del alma había sido mutilada, sino que se había establecido una oscura paz entre ellos. El caos en el que su ardor se extinguía era un frío e indiferente conocimiento de sí mismo. Había pecado mortalmente no una, sino muchas veces, y sabía que, mientras corría peligro de condenación eterna solo por el primer pecado, con

cada pecado sucesivo multiplicaba su culpa y su castigo. Sus días, obras y pensamientos no podían expiar por él, habiendo dejado de refrescar su alma las fuentes de la gracia santificante. A lo sumo, con una limosna dada a un mendigo de cuya bendición huía, podía esperar cansinamente ganar para sí alguna medida de gracia actual. La devoción había quedado a un lado. ¿De qué servía rezar cuando sabía que su alma ansiaba su propia destrucción? Un cierto orgullo, un cierto temor, le impedían ofrecer a Dios ni una sola oración por la noche, aunque sabía que estaba en el poder de Dios quitarle la vida mientras dormía y arrojar su alma al infierno antes de que pudiera pedir misericordia. Su orgullo por su propio pecado, su temor sin amor a Dios, le decían que su ofensa era demasiado grave para ser expiada total o parcialmente por un falso homenaje al Omnividente y Omnisciente.

—¡Bueno, Ennis, declaro que tienes cabeza y también la tiene mi bastón! ¿Quieres decir que no eres capaz de decirme qué es un radical?

La respuesta torpe avivó las brasas de su desprecio por sus compañeros. Hacia los demás no sentía ni vergüenza ni miedo. Los domingos por la mañana, al pasar por la puerta de la iglesia, miraba fríamente a los fieles que estaban de pie, con la cabeza descubierta, en cuatro filas, fuera de la iglesia, moralmente presentes en la misa que no podían ver ni oír. Su piedad apagada y el olor enfermizo del aceite barato para el pelo con que se habían ungido la cabeza lo repelían del altar en el que rezaban. Se rebajaba al mal de la hipocresía con los demás, escéptico de su inocencia, que podía engatusar tan fácilmente.

En la pared de su dormitorio colgaba un pergamino iluminado, el certificado de su prefectura en el colegio de la congregación de la Santísima Virgen María. Los sábados por la mañana, cuando la congregación se reunía en la capilla para rezar el pequeño oficio, su lugar era un reclinatorio acolchado a la derecha del altar desde el cual dirigía a su ala de muchachos a través de las respuestas. La falsedad de su posición no le dolía. Si en momentos sentía el

impulso de levantarse de su puesto de honor y, confesando ante todos su indignidad, abandonar la capilla, una mirada a sus rostros lo contenía. Las imágenes de los salmos proféticos calmaban su orgullo estéril. Las glorias de María mantenían cautiva su alma: nardo, mirra e incienso, simbolizando su linaje real, sus emblemas, la planta de floración tardía y el árbol de tardío florecer, simbolizando el crecimiento gradual a lo largo de los siglos de su culto entre los hombres. Cuando le tocaba leer la lección hacia el final del oficio, la leía con voz velada, adormeciendo su conciencia con su música.

*Quasi cedrus exaltata sum in Libano et quasi cupressus in monte Sion. Quasi palma exaltata sum in Gades et quasi plantatio rosae in Jericho. Quasi oliva speciosa in campis et quasi platanus exaltata sum juxta aquam in plateis. Sicut cinnamomum et balsamum aromatizans odorem dedi et quasi myrrha electa dedi suavitatem odoris.*

Su pecado, que lo había ocultado de la vista de Dios, lo había acercado al refugio de los pecadores. Los ojos de ella parecían mirarlo con suave piedad; su santidad, una extraña luz que brillaba débilmente sobre su frágil carne, no humillaba al pecador que se le acercaba. Si alguna vez se sentía impulsado a desechar el pecado y a arrepentirse, el impulso que lo movía era el deseo de ser su caballero. Si alguna vez su alma, volviendo a entrar tímidamente en su morada después de que el frenesí de la lujuria de su cuerpo se hubiera agotado, se volvía hacia aquella cuyo emblema es la estrella de la mañana, «brillante y musical, que habla del cielo e infunde paz», era cuando sus nombres eran murmurados suavemente por labios en los que aún perduraban palabras sucias y vergonzosas, el sabor mismo de un beso lascivo.

Eso era extraño. Intentó pensar cómo podía ser, pero el crepúsculo, que se profundizaba en el aula, cubrió sus pensamientos. Sonó la campana. El maestro marcó las sumas y los castigos para la próxima lección y salió. Heron, al lado de Stephen, comenzó a tararear desentonadamente.

Mi excelente amigo Bombados.

Ennis, que había ido al patio, volvió diciendo:

—El chico de la casa viene a buscar al rector.

Un chico alto detrás de Stephen se frotó las manos y dijo:

—Eso es jauja. Podemos saltarnos toda la hora. No volverá hasta después de las dos y media. Entonces podrás hacerle preguntas sobre el catecismo, Dedalus.

Stephen, recostado y dibujando ociosamente en su cuaderno, escuchaba la conversación a su alrededor, que Heron interrumpía de vez en cuando diciendo:

—¡Cállate, quieres! ¡No hagas tanto alboroto!

Era extraño también que encontrara un árido placer en seguir hasta el final las rígidas líneas de las doctrinas de la iglesia y en penetrar en oscuros silencios solo para oír y sentir más profundamente su propia condenación. La sentencia de Santiago que dice que quien ofende contra un mandamiento se hace culpable de todos le había parecido al principio una frase hinchada, hasta que había empezado a tantear en la oscuridad de su propio estado. De la mala semilla de la lujuria habían brotado todos los demás pecados capitales: el orgullo de sí mismo y el desprecio de los demás, la codicia al usar el dinero para la compra de placeres ilícitos, la envidia de aquellos cuyos vicios no podía alcanzar y la murmuración calumniosa contra los piadosos, el goce glotón de la comida, la ira sorda y hosca en medio de la cual meditaba sobre su anhelo, el pantano de pereza espiritual y corporal en el que todo su ser se había hundido.

Mientras estaba sentado en su banco, contemplando con calma el rostro astuto y severo del rector, su mente se enredaba y desenredaba en las curiosas preguntas que se le proponían. Si un hombre había robado una libra en su juventud y había usado esa libra para amasar una enorme fortuna, ¿cuánto estaba obligado a devolver, solo la libra que había robado o la libra junto con el interés compuesto que se había acumulado sobre ella o toda su enorme fortuna? Si un laico al administrar el bautismo vierte el agua antes

de decir las palabras, ¿está bautizado el niño? ¿Es válido el bautismo con agua mineral? ¿Cómo es que mientras la primera bienaventuranza promete el reino de los cielos a los pobres de corazón, la segunda bienaventuranza promete también a los mansos que poseerán la tierra? ¿Por qué se instituyó el sacramento de la eucaristía bajo las dos especies de pan y vino si Jesucristo está presente en cuerpo y sangre, alma y divinidad, solo en el pan y solo en el vino? ¿Contiene una partícula diminuta del pan consagrado todo el cuerpo y la sangre de Jesucristo o solo una parte del cuerpo y la sangre? Si el vino se convierte en vinagre y la hostia se desmorona en corrupción después de haber sido consagrados, ¿sigue Jesucristo presente bajo sus especies como Dios y como hombre?

—¡Aquí está! ¡Aquí está!

Un chico desde su puesto en la ventana había visto al rector venir de la casa. Todos los catecismos se abrieron y todas las cabezas se inclinaron sobre ellos en silencio. El rector entró y tomó asiento en el estrado. Un suave puntapié del chico alto en el banco de atrás instó a Stephen a hacer una pregunta difícil.

El rector no pidió un catecismo para tomar la lección. Juntó las manos sobre el escritorio y dijo:

—El retiro comenzará el miércoles por la tarde en honor a San Francisco Javier, cuya festividad es el sábado. El retiro continuará del miércoles al viernes. El viernes se oirán confesiones toda la tarde después del rosario. Si algunos chicos tienen confesores especiales, quizás sea mejor que no cambien. La misa será el sábado por la mañana a las nueve en punto y la comunión general para todo el colegio. El sábado será día libre. Pero siendo el sábado y el domingo días libres, algunos chicos podrían inclinarse a pensar que el lunes también es día libre. Tengan cuidado de no cometer ese error. Creo que tú, Lawless, eres propenso a cometer ese error.

—¿Yo, señor? ¿Por qué, señor?

Una pequeña ola de tranquila alegría brotó sobre la clase de muchachos ante la sombría sonrisa del rector. El corazón de Stephen comenzó a plegarse y marchitarse lentamente de miedo como una flor ajada.

El rector continuó gravemente:

—Supongo que todos estáis familiarizados con la historia de la vida de San Francisco Javier, el patrón de vuestro colegio. Provenía de una antigua e ilustre familia española y recordaréis que fue uno de los primeros seguidores de San Ignacio. Se conocieron en París, donde Francisco Javier era profesor de filosofía en la universidad. Este joven y brillante noble y hombre de letras se entregó en cuerpo y alma a las ideas de nuestro glorioso fundador y sabéis que, por deseo propio, fue enviado por San Ignacio a predicar a los indios. Se le llama, como sabéis, el apóstol de las Indias. Fue de país en país por oriente, de África a la India, de la India a Japón, bautizando a la gente. Se dice que bautizó hasta diez mil idólatras en un mes. Se dice que su brazo derecho se había quedado sin fuerza de tanto levantarlo sobre las cabezas de aquellos a quienes bautizaba. Deseaba entonces ir a China para ganar aún más almas para Dios, pero murió de fiebre en la isla de Sanción. ¡Un gran santo, San Francisco Javier! ¡Un gran soldado de Dios!

El rector hizo una pausa y luego, agitando sus manos entrelazadas ante él, continuó:

—Tenía en él la fe que mueve montañas. ¡Diez mil almas ganadas para Dios en un solo mes! Ese es un verdadero conquistador, fiel al lema de nuestra orden: *ad majorem Dei gloriam*! Un santo que tiene gran poder en el cielo, recordadlo: poder para interceder por nosotros en nuestro dolor; poder para obtener todo lo que pidamos si es para el bien de nuestras almas; poder, sobre todo, para obtener para nosotros la gracia de arrepentirnos si estamos en pecado. ¡Un gran santo, San Francisco Javier! ¡Un gran pescador de almas!

Dejó de agitar sus manos entrelazadas y, apoyándolas contra su frente, miró a derecha e izquierda de ellas fijamente a sus oyentes

con sus ojos oscuros y severos.

En el silencio, su oscuro fuego encendió el crepúsculo en un resplandor leonado. El corazón de Stephen se había marchitado como una flor del desierto que siente venir de lejos el simún.

—*Acuérdate solamente de tus postrimerías y no pecarás jamás*— palabras tomadas, mis queridos hermanitos en Cristo, del libro del Eclesiastés, capítulo séptimo, versículo cuadragésimo. En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

Stephen se sentó en el primer banco de la capilla. El padre Arnall estaba sentado a una mesa a la izquierda del altar. Llevaba sobre los hombros una pesada capa; su pálido rostro estaba demacrado y su voz quebrada por el reuma. La figura de su antiguo maestro, tan extrañamente resucitada, trajo a la mente de Stephen su vida en Clongowes: los anchos patios, rebosantes de muchachos, el foso cuadrado, el pequeño cementerio junto a la avenida principal de los tilos donde había soñado ser enterrado, la luz del fuego en la pared de la enfermería donde yacía enfermo, el rostro apesadumbrado del Hermano Michael. Su alma, al volverle estos recuerdos, se convirtió de nuevo en alma de niño.

—Estamos aquí reunidos hoy, mis queridos hermanitos en Cristo, por un breve momento, lejos del ajetreo del mundo exterior, para celebrar y honrar a uno de los más grandes santos, el apóstol de las Indias, el santo patrón también de vuestro colegio, San Francisco Javier. Año tras año, durante mucho más tiempo del que cualquiera de vosotros, mis queridos muchachitos, puede recordar o del que yo puedo recordar, los chicos de este colegio se han reunido en esta misma capilla para hacer su retiro anual antes del día de la fiesta de su santo patrón. El tiempo ha pasado y ha traído consigo sus cambios. Incluso en los últimos años, ¿qué cambios no podéis recordar la mayoría de vosotros? Muchos de los chicos que se sentaron en esos primeros bancos hace unos años están quizás ahora en tierras lejanas, en los trópicos ardientes o inmersos en deberes profesionales o en seminarios o viajando por la vasta extensión del océano o, puede ser, ya llamados por el gran Dios a

otra vida y a rendir cuentas de su mayordomía. Y aun así, a medida que pasan los años, trayendo consigo cambios para bien y para mal, la memoria del gran santo es honrada por los chicos de este colegio que cada año hacen su retiro anual en los días previos a la festividad que nuestra Santa Madre la Iglesia ha reservado para transmitir a todas las edades el nombre y la fama de uno de los más grandes hijos de la España católica.

—Ahora bien, ¿cuál es el significado de esta palabra retiro y por qué se considera unánimemente una práctica de lo más saludable para todos los que desean llevar ante Dios y a los ojos de los hombres una vida verdaderamente cristiana? Un retiro, mis queridos muchachos, significa un apartamiento por un tiempo de las preocupaciones de nuestra vida, las preocupaciones de este mundo laborioso, para examinar el estado de nuestra conciencia, reflexionar sobre los misterios de la santa religión y comprender mejor por qué estamos aquí en este mundo. Durante estos pocos días me propongo presentaros algunos pensamientos sobre las cuatro postrimerías. Son, como sabéis por vuestro catecismo, la muerte, el juicio, el infierno y el cielo. Intentaremos comprenderlas plenamente durante estos pocos días para que podamos obtener del entendimiento de ellas un beneficio duradero para nuestras almas. Y recordad, mis queridos muchachos, que hemos sido enviados a este mundo para una cosa y solo para una cosa: para hacer la santa voluntad de Dios y salvar nuestras almas inmortales. Todo lo demás es inútil. Solo una cosa es necesaria, la salvación de la propia alma. ¿De qué le sirve al hombre ganar el mundo entero si sufre la pérdida de su alma inmortal? Ah, mis queridos muchachos, creedme, no hay nada en este miserable mundo que pueda compensar tal pérdida.

—Os pediré, por lo tanto, mis queridos muchachos, que apartéis de vuestras mentes durante estos pocos días todos los pensamientos mundanos, ya sean de estudio, placer o ambición, y que prestéis toda vuestra atención al estado de vuestras almas. Apenas necesito recordaros que durante los días del retiro se espera que todos los muchachos conserven un comportamiento tranquilo y piadoso y eviten todo placer ruidoso e indecoroso. Los muchachos mayores,

por supuesto, velarán por que esta costumbre no se infrinja y espero especialmente que los prefectos y oficiales de la congregación de Nuestra Señora y de la congregación de los santos ángeles den un buen ejemplo a sus compañeros de estudios.

—Intentemos, por tanto, hacer este retiro en honor a San Francisco con todo nuestro corazón y toda nuestra mente. La bendición de Dios estará entonces sobre todos vuestros estudios del año. Pero, por encima de todo, que este retiro sea uno al que podáis mirar atrás en años venideros, cuando, quizás, estéis lejos de este colegio y en entornos muy diferentes, al que podáis mirar atrás con alegría y gratitud y dar gracias a Dios por haberos concedido esta ocasión de sentar las primeras bases de una vida cristiana piadosa, honorable y celosa. Y si, como puede suceder, hay en este momento en estos bancos alguna pobre alma que ha tenido la inefable desgracia de perder la santa gracia de Dios y caer en pecado grave, confío fervientemente y ruego que este retiro sea el punto de inflexión en la vida de esa alma. Ruego a Dios, por los méritos de su celoso siervo Francisco Javier, que tal alma sea conducida a un sincero arrepentimiento y que la santa comunión del día de San Francisco de este año sea un pacto duradero entre Dios y esa alma. Tanto para justos como para injustos, tanto para santos como para pecadores, que este retiro sea memorable.

—Ayudadme, mis queridos hermanitos en Cristo. Ayudadme con vuestra piadosa atención, con vuestra propia devoción, con vuestro comportamiento externo. Desterrad de vuestras mentes todos los pensamientos mundanos y pensad solo en las postrimerías, muerte, juicio, infierno y cielo. Quien recuerda estas cosas, dice el Eclesiastés, no pecará jamás. Quien recuerda las postrimerías actuará y pensará con ellas siempre ante sus ojos. Vivirá una buena vida y morirá una buena muerte, creyendo y sabiendo que, si ha sacrificado mucho en esta vida terrenal, se le dará cien y mil veces más en la vida venidera, en el reino sin fin —una bendición, mis queridos muchachos, que os deseo de corazón, a todos y cada uno, en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. ¡Amén!

Mientras caminaba a casa con compañeros silenciosos, una espesa niebla pareció envolver su mente. Esperó en un estupor mental hasta que se levantara y revelara lo que había ocultado. Comió su cena con apetito hosco y cuando la comida terminó y los platos cubiertos de grasa yacían abandonados sobre la mesa, se levantó y fue a la ventana, limpiando la espesa escoria de su boca con la lengua y lamiéndola de sus labios. Así que se había hundido al estado de una bestia que se lame los belfos después de la carne. Este era el fin; y un débil destello de miedo comenzó a perforar la niebla de su mente. Apretó la cara contra el cristal de la ventana y miró hacia la calle que oscurecía. Formas pasaban de un lado a otro a través de la luz mortecina. Y eso era la vida. Las letras del nombre de Dublín pesaban sobre su mente, empujándose unas a otras hosca y lentamente con una insistencia grosera. Su alma engordaba y se congelaba en una grasa grosera, hundiéndose cada vez más en su miedo sordo en un crepúsculo sombrío y amenazador, mientras el cuerpo que era suyo permanecía, apático y deshonorado, mirando con ojos oscurecidos, impotente, perturbado y humano para que un dios bovino lo contemplara.

Al día siguiente trajo muerte y juicio, despertando lentamente su alma de su apática desesperación. El débil destello de miedo se convirtió en terror espiritual mientras la voz ronca del predicador soplaba la muerte en su alma. Sufrió su agonía. Sintió el frío de la muerte tocar las extremidades y avanzar hacia el corazón, el velo de la muerte cubriendo los ojos, los centros brillantes del cerebro extinguiéndose uno por uno como lámparas, el último sudor rezumando sobre la piel, la impotencia de los miembros moribundos, el habla espesándose, divagando y fallando, el corazón latiendo débilmente y más débilmente, casi vencido, el aliento, el pobre aliento, el pobre e indefenso espíritu humano, sollozando y suspirando, gorgoteando y estertorando en la garganta. ¡Sin ayuda! ¡Sin ayuda! El —él mismo— su cuerpo al que se había rendido estaba muriendo. A la tumba con él. Clavarlo en una caja de madera, el cadáver. Sacarlo de la casa sobre los hombros de asalariados. Arrojarlo fuera de la vista de los hombres a un largo

agujero en el suelo, a la tumba, para que se pudra, para alimentar a la masa de sus gusanos reptantes y ser devorado por ratas correteantes de vientre abultado.

Y mientras los amigos aún estaban de pie llorando junto al lecho, el alma del pecador fue juzgada. En el último momento de conciencia, toda la vida terrenal pasó ante la visión del alma y, antes de que tuviera tiempo de reflexionar, el cuerpo había muerto y el alma estaba aterrorizada ante el tribunal de Dios. Dios, que durante mucho tiempo había sido misericordioso, sería entonces justo. Había sido paciente durante mucho tiempo, suplicando al alma pecadora, dándole tiempo para arrepentirse, perdonándola un poco más. Pero ese tiempo había pasado. Tiempo hubo para pecar y disfrutar, tiempo hubo para burlarse de Dios y de las advertencias de Su santa iglesia, tiempo hubo para desafiar Su majestad, para desobedecer Sus mandatos, para engañar a los semejantes, para cometer pecado tras pecado y para ocultar la propia corrupción a la vista de los hombres. Pero ese tiempo había terminado. Ahora era el turno de Dios: y a Él no se le podía engañar ni embaucar. Cada pecado saldría entonces de su escondite, el más rebelde contra la voluntad divina y el más degradante para nuestra pobre naturaleza corrupta, la más pequeña imperfección y la más atroz atrocidad. ¿De qué servía entonces haber sido un gran emperador, un gran general, un inventor maravilloso, el más sabio de los sabios? Todos eran iguales ante el tribunal de Dios. Él recompensaría a los buenos y castigaría a los malvados. Un solo instante bastaba para el juicio del alma de un hombre. Un solo instante después de la muerte del cuerpo, el alma había sido pesada en la balanza. El juicio particular había terminado y el alma había pasado a la morada de la bienaventuranza o a la prisión del purgatorio o había sido arrojada aullando al infierno.

Y eso no era todo. La justicia de Dios aún tenía que ser vindicada ante los hombres: después del particular aún quedaba el juicio general. El último día había llegado. El día del juicio final estaba cerca. Las estrellas del cielo caían sobre la tierra como los higos que arroja la higuera sacudida por el viento. El sol, el gran luminar del universo, se había vuelto como un saco de cilicio. La luna estaba

roja como la sangre. El firmamento era como un pergamino enrollado. El arcángel Miguel, el príncipe de la hueste celestial, apareció glorioso y terrible contra el cielo. Con un pie en el mar y otro en la tierra, sopló desde la trompeta arcangélica la muerte de bronce del tiempo. Las tres ráfagas del ángel llenaron todo el universo. El tiempo es, el tiempo fue, pero el tiempo no será más. A la última ráfaga, las almas de la humanidad universal se agolpan hacia el valle de Josafat, ricos y pobres, nobles y sencillos, sabios y necios, buenos y malvados. El alma de cada ser humano que ha existido, las almas de todos los que aún nacerán, todos los hijos e hijas de Adán, todos están reunidos en ese día supremo. ¡Y he aquí que viene el juez supremo! Ya no es el humilde Cordero de Dios, ya no es el manso Jesús de Nazaret, ya no es el Varón de Dolores, ya no es el Buen Pastor, se le ve ahora venir sobre las nubes, con gran poder y majestad, acompañado por nueve coros de ángeles, ángeles y arcángeles, principados, potestades y virtudes, tronos y dominaciones, querubines y serafines, Dios Omnipotente, Dios Eterno. Él habla: y su voz se oye hasta en los límites más lejanos del espacio, hasta en el abismo sin fondo. Juez Supremo, de Su sentencia no habrá ni podrá haber apelación. Llama a los justos a su lado, ordenándoles entrar en el reino, la eternidad de bienaventuranza preparada para ellos. A los injustos los arroja de sí, clamando en Su majestad ofendida: Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno que fue preparado para el diablo y sus ángeles. ¡Oh, qué agonía entonces para los miserables pecadores! El amigo es arrancado del amigo, los hijos son arrancados de sus padres, los maridos de sus esposas. El pobre pecador extiende sus brazos hacia aquellos que le fueron queridos en este mundo terrenal, hacia aquellos de cuya simple piedad quizás se burló, hacia aquellos que lo aconsejaron e intentaron guiarlo por el camino correcto, hacia un hermano amable, hacia una hermana amorosa, hacia la madre y el padre que tanto lo amaron. Pero es demasiado tarde: los justos se apartan de las desdichadas almas condenadas que ahora aparecen ante los ojos de todos en su carácter horrendo y malvado. ¡Oh hipócritas, oh sepulcros blanqueados, oh vosotros que presentáis un

rostro liso y sonriente al mundo mientras vuestra alma por dentro es un fétido pantano de pecado, cómo os irá en aquel día terrible?

Y este día vendrá, ha de venir, debe venir; el día de la muerte y el día del juicio. Está establecido para el hombre morir y después de la muerte el juicio. La muerte es cierta. El tiempo y la manera son inciertos, ya sea por una larga enfermedad o por algún accidente inesperado: el Hijo de Dios viene a la hora que menos esperáis. Estad, pues, preparados en todo momento, viendo que podéis morir en cualquier momento. La muerte es el fin de todos nosotros. La muerte y el juicio, traídos al mundo por el pecado de nuestros primeros padres, son los oscuros portales que cierran nuestra existencia terrenal, los portales que se abren a lo desconocido y lo invisible, portales a través de los cuales toda alma debe pasar, sola, sin ayuda salvo por sus buenas obras, sin amigo ni hermano ni padre ni maestro que la ayude, sola y temblando. Que ese pensamiento esté siempre ante nuestras mentes y entonces no podremos pecar. La muerte, causa de terror para el pecador, es un momento bendito para aquel que ha caminado por el camino correcto, cumpliendo los deberes de su estado en la vida, atendiendo a sus oraciones matutinas y vespertinas, acercándose frecuentemente al santo sacramento y realizando obras buenas y misericordiosas. Para el católico piadoso y creyente, para el hombre justo, la muerte no es causa de terror. ¿No fue Addison, el gran escritor inglés, quien, en su lecho de muerte, mandó llamar al malvado joven conde de Warwick para que viera cómo un cristiano puede afrontar su fin? Es él y solo él, el cristiano piadoso y creyente, quien puede decir en su corazón:

Oh sepulcro, ¿dónde está tu victoria?

Oh muerte, ¿dónde está tu aguijón?

Cada palabra era para él. Contra su pecado, inmundo y secreto, se dirigía toda la ira de Dios. El cuchillo del predicador había sondeado profundamente en su conciencia revelada y ahora sentía que su alma se emponzoñaba en el pecado. Sí, el predicador tenía razón. El turno de Dios había llegado. Como una bestia en su guarida, su alma

se había acostado en su propia inmundicia, pero las ráfagas de la trompeta del ángel lo habían expulsado de la oscuridad del pecado a la luz. Las palabras de condenación gritadas por el ángel hicieron añicos en un instante su presuntuosa paz. El viento del último día sopló a través de su mente; sus pecados, las prostitutas de ojos enjoyados de su imaginación, huyeron ante el huracán, chillando como ratones en su terror y acurrucadas bajo una melena de pelo.

Mientras cruzaba la plaza, caminando hacia casa, la risa ligera de una muchacha llegó a su oído ardiente. El frágil y alegre sonido golpeó su corazón con más fuerza que un trompetazo y, sin atreverse a levantar los ojos, se apartó y miró, mientras caminaba, la sombra de los enmarañados arbustos. La vergüenza brotó de su corazón herido e inundó todo su ser. La imagen de Emma apareció ante él, y bajo sus ojos el torrente de vergüenza brotó de nuevo de su corazón. ¡Si ella supiera a lo que su mente la había sometido o cómo su lujuria bestial había desgarrado y pisoteado su inocencia! ¿Era eso amor de muchacho? ¿Era eso caballerosidad? ¿Era eso poesía? Los sórdidos detalles de sus orgías apestaban bajo sus propias fosas nasales. El paquete de fotos cubierto de hollín que había escondido en el tiro de la chimenea y en presencia de cuya desvergonzada o tímida lascivia yacía durante horas pecando de pensamiento y obra; sus sueños monstruosos, poblados por criaturas simiescas y por rameras de ojos enjoyados y relucientes; las largas y sucias cartas que había escrito en la alegría de la confesión culpable y llevado en secreto durante días y días solo para arrojarlas al amparo de la noche entre la hierba en el rincón de un campo o bajo alguna puerta sin bisagras en algún nicho en los setos donde una muchacha pudiera encontrarlas al pasar y leerlas en secreto. ¡Loco! ¡Loco! ¿Era posible que hubiera hecho esas cosas? Un sudor frío brotó en su frente mientras los sucios recuerdos se condensaban en su cerebro.

Cuando la agonía de la vergüenza pasó de él, intentó levantar su alma de su abyecta impotencia. Dios y la Santísima Virgen estaban demasiado lejos de él: Dios era demasiado grande y severo y la Santísima Virgen demasiado pura y santa. Pero se imaginó que

estaba cerca de Emma en una vasta tierra y, humildemente y entre lágrimas, se inclinó y besó el codo de su manga.

En la vasta tierra, bajo un tierno y lúcido cielo vespertino, una nube derivando hacia el oeste en medio de un pálido mar verde de cielo, estaban juntos, niños que habían errado. Su error había ofendido profundamente la majestad de Dios, aunque fuera el error de dos niños; pero no había ofendido a aquella cuya belleza «no es como la belleza terrenal, peligrosa de mirar, sino como la estrella de la mañana que es su emblema, brillante y musical». No se ofendieron los ojos que ella volvió sobre él, ni fueron de reproche. Juntó sus manos, mano a mano, y dijo, hablando a sus corazones:

—Tomad las manos, Stephen y Emma. Es una hermosa tarde ahora en el cielo. Habéis errado, pero siempre sois mis hijos. Es un corazón que ama a otro corazón. Tomad las manos juntos, mis queridos hijos, y seréis felices juntos y vuestros corazones se amarán.

La capilla estaba inundada por la luz escarlata y opaca que se filtraba a través de las persianas bajadas; y a través de la fisura entre la última persiana y el marco, un haz de luz pálida entraba como una lanza y tocaba los bronce repujados de los candelabros del altar, que brillaban como la armadura de malla de ángeles desgastada por la batalla.

Llovía sobre la capilla, sobre el jardín, sobre el colegio. Llovería para siempre, silenciosamente. El agua subiría centímetro a centímetro, cubriendo la hierba y los arbustos, cubriendo los árboles y las casas, cubriendo los monumentos y las cimas de las montañas. Toda vida sería ahogada, silenciosamente: pájaros, hombres, elefantes, cerdos, niños: cadáveres flotando silenciosamente en medio de los escombros del naufragio del mundo. Cuarenta días y cuarenta noches llovería hasta que las aguas cubrieran la faz de la tierra.

Podría ser. ¿Por qué no?

—*El infierno ha ensanchado su alma y ha abierto su boca sin límites* —palabras tomadas, mis queridos hermanitos en Cristo Jesús, del libro de Isaías, capítulo quinto, versículo decimocuarto. En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

El predicador sacó un reloj sin cadena de un bolsillo interior de su sotana y, tras considerar su esfera un momento en silencio, lo colocó silenciosamente ante él sobre la mesa.

Comenzó a hablar en un tono tranquilo.

—Adán y Eva, mis queridos muchachos, fueron, como sabéis, nuestros primeros padres, y recordaréis que fueron creados por Dios para que los asientos en el cielo dejados vacantes por la caída de Lucifer y sus ángeles rebeldes pudieran ser llenados de nuevo. Lucifer, se nos dice, era un hijo de la mañana, un ángel radiante y poderoso; sin embargo, cayó: cayó y con él cayó una tercera parte de la hueste del cielo: cayó y fue arrojado con sus ángeles rebeldes al infierno. Cuál fue su pecado, no podemos decirlo. Los teólogos consideran que fue el pecado de soberbia, el pensamiento pecaminoso concebido en un instante: *non serviam*: no serviré. Ese instante fue su ruina.

Ofendió la majestad de Dios con el pensamiento pecaminoso de un instante y Dios lo arrojó del cielo al infierno para siempre.

—Adán y Eva fueron entonces creados por Dios y colocados en el Edén, en la llanura de Damasco, aquel hermoso jardín resplandeciente de luz solar y color, rebosante de exuberante vegetación. La tierra fructífera les daba su abundancia: las bestias y los pájaros eran sus siervos voluntarios: no conocían los males a los que nuestra carne es heredera, la enfermedad, la pobreza y la muerte: todo lo que un Dios grande y generoso podía hacer por ellos, fue hecho. Pero había una condición impuesta sobre ellos por Dios: la obediencia a Su palabra. No debían comer del fruto del árbol prohibido.

—Ay, mis queridos muchachitos, ellos también cayeron. El diablo, una vez un ángel resplandeciente, un hijo de la mañana, ahora un

demonio inmundo, vino en forma de serpiente, la más sutil de todas las bestias del campo. Los envidiaba. Él, el gran caído, no podía soportar pensar que el hombre, un ser de barro, poseyera la herencia que él por su pecado había perdido para siempre. Se acercó a la mujer, el vaso más débil, y vertió el veneno de su elocuencia en su oído, prometiéndole —ioh, la blasfemia de esa promesa!— que si ella y Adán comían del fruto prohibido se volverían como dioses, no, como Dios mismo. Eva cedió a las artimañas del architentador. Comió la manzana y se la dio también a Adán, que no tuvo el valor moral de resistirse a ella. La lengua venenosa de Satanás había hecho su trabajo. Cayeron.

—Y entonces se oyó la voz de Dios en aquel jardín, pidiendo cuentas a su criatura, el hombre; y Miguel, príncipe de la hueste celestial, con una espada de fuego en la mano, apareció ante la pareja culpable y los expulsó del Edén al mundo, el mundo de la enfermedad y la lucha, de la crueldad y la decepción, del trabajo y la penuria, para ganar el pan con el sudor de su frente. Pero incluso entonces, ¡qué misericordioso fue Dios! Se apiadó de nuestros pobres padres degradados y prometió que en la plenitud de los tiempos enviaría desde el cielo a Uno que los redimiría, los haría una vez más hijos de Dios y herederos del reino de los cielos: y ese Uno, ese Redentor del hombre caído, sería el Hijo unigénito de Dios, la Segunda Persona de la Santísima Trinidad, el Verbo Eterno.

—Él vino. Nació de una virgen pura, María la virgen madre. Nació en un pobre establo en Judea y vivió como un humilde carpintero durante treinta años hasta que llegó la hora de Su misión. Y entonces, lleno de amor por los hombres, salió y llamó a los hombres a escuchar el nuevo evangelio.

—¿Escucharon? Sí, escucharon, pero no quisieron oír. Fue apresado y atado como un criminal común, burlado como un tonto, apartado para dar lugar a un ladrón público, azotado con cinco mil latigazos, coronado con una corona de espinas, empujado por las calles por la chusma judía y la soldadesca romana, despojado de sus vestiduras y colgado de un patíbulo y su costado fue traspasado con

una lanza y del cuerpo herido de nuestro Señor brotaron continuamente agua y sangre.

—Sin embargo, incluso entonces, en esa hora de suprema agonía, Nuestro Misericordioso Redentor tuvo piedad de la humanidad. Sin embargo, incluso allí, en la colina del Calvario, fundó la santa iglesia católica, contra la cual, se ha prometido, las puertas del infierno no prevalecerán. La fundó sobre la roca de los siglos y la dotó de Su gracia, con sacramentos y sacrificio, y prometió que si los hombres obedecían la palabra de Su iglesia, aún entrarían en la vida eterna; pero si, después de todo lo que se había hecho por ellos, aún persistían en su maldad, les quedaba una eternidad de tormento: el infierno.

La voz del predicador bajó. Hizo una pausa, juntó las palmas por un instante, las separó. Luego reanudó:

—Ahora intentemos por un momento darnos cuenta, en la medida de lo posible, de la naturaleza de esa morada de los condenados que la justicia de un Dios ofendido ha llamado a la existencia para el castigo eterno de los pecadores. El infierno es una prisión angosta, oscura y maloliente, una morada de demonios y almas perdidas, llena de fuego y humo. La angostura de esta prisión está expresamente diseñada por Dios para castigar a aquellos que se negaron a estar atados por Sus leyes. En las prisiones terrenales, el pobre cautivo tiene al menos cierta libertad de movimiento, aunque solo sea dentro de las cuatro paredes de su celda o en el sombrío patio de su prisión. No así en el infierno. Allí, debido al gran número de condenados, los prisioneros están amontonados en su espantosa prisión, cuyas paredes se dice que tienen cuatro mil millas de espesor: y los condenados están tan completamente atados e indefensos que, como escribe un santo bendito, San Anselmo, en su libro sobre las similitudes, ni siquiera son capaces de quitarse del ojo un gusano que lo roe.

—Yacen en tinieblas exteriores. Porque, recordad, el fuego del infierno no emite luz. Así como, por mandato de Dios, el fuego del horno de Babilonia perdió su calor pero no su luz, así, por mandato

de Dios, el fuego del infierno, mientras retiene la intensidad de su calor, arde eternamente en la oscuridad. Es una tormenta interminable de oscuridad, llamas oscuras y humo oscuro de azufre ardiente, en medio de la cual los cuerpos están amontonados unos sobre otros sin siquiera un atisbo de aire. De todas las plagas con las que fue azotada la tierra de los Faraones, una sola plaga, la de la oscuridad, fue llamada horrible. ¿Qué nombre, entonces, le daremos a la oscuridad del infierno que ha de durar no solo tres días, sino por toda la eternidad?

—El horror de esta prisión angosta y oscura se ve acrecentado por su espantoso hedor. Toda la inmundicia del mundo, toda la basura y la escoria del mundo, se nos dice, correrán allí como a una vasta cloaca pestilente cuando la terrible conflagración del último día haya purgado el mundo. El azufre, también, que arde allí en tan prodigiosa cantidad, llena todo el infierno con su hedor intolerable; y los cuerpos de los propios condenados exhalan un olor tan pestilente que, como dice San Buenaventura, uno solo de ellos bastaría para infectar al mundo entero. El mismo aire de este mundo, ese elemento puro, se vuelve fétido e irrespirable cuando ha estado mucho tiempo encerrado. Considerad, pues, cuál debe ser la fetidez del aire del infierno. Imaginad un cadáver inmundo y pútrido que ha estado pudriéndose y descomponiéndose en la tumba, una masa gelatinosa de corrupción líquida. Imaginad tal cadáver presa de las llamas, devorado por el fuego de azufre ardiente y despidiendo densos y sofocantes humos de nauseabunda y repugnante descomposición. Y luego imaginad este hedor enfermizo, multiplicado un millón de veces y otro millón de veces más por los millones y millones de fétidos cadáveres amontonados en la oscuridad pestilente, un hongo humano enorme y putrefacto. Imaginad todo esto, y tendréis una idea del horror del hedor del infierno.

—Pero este hedor no es, por horrible que sea, el mayor tormento físico al que están sometidos los condenados. El tormento del fuego es el mayor tormento al que el tirano ha sometido jamás a sus semejantes. Poned vuestro dedo por un momento en la llama de

una vela y sentiréis el dolor del fuego. Pero nuestro fuego terrenal fue creado por Dios para el beneficio del hombre, para mantener en él la chispa de la vida y para ayudarlo en las artes útiles, mientras que el fuego del infierno es de otra calidad y fue creado por Dios para torturar y castigar al pecador impenitente. Nuestro fuego terrenal también consume más o menos rápidamente según el objeto que ataca sea más o menos combustible, de modo que el ingenio humano ha logrado incluso inventar preparados químicos para frenar o frustrar su acción. Pero el azufre sulfuroso que arde en el infierno es una sustancia especialmente diseñada para arder por siempre y para siempre con una furia indescriptible. Además, nuestro fuego terrenal destruye al mismo tiempo que quema, de modo que cuanto más intenso es, más corta es su duración; pero el fuego del infierno tiene esta propiedad de que conserva lo que quema y, aunque ruge con una intensidad increíble, ruge para siempre.

—Nuestro fuego terrenal, de nuevo, por muy feroz o extendido que sea, es siempre de una extensión limitada: pero el lago de fuego en el infierno es ilimitado, sin orillas y sin fondo. Consta que el mismo diablo, al ser preguntado por un cierto soldado, se vio obligado a confesar que si una montaña entera fuera arrojada al océano ardiente del infierno, se quemaría en un instante como un trozo de cera. Y este terrible fuego no afligirá los cuerpos de los condenados solo desde fuera, sino que cada alma perdida será un infierno en sí misma, el fuego ilimitado ardiendo en sus mismas entrañas. ¡Oh, qué terrible es la suerte de esos seres desdichados! La sangre hierve y bulle en las venas, los sesos hierven en el cráneo, el corazón en el pecho brilla y estalla, las entrañas una masa al rojo vivo de pulpa ardiente, los tiernos ojos llamean como bolas fundidas.

—Y sin embargo, lo que he dicho sobre la fuerza, la calidad y la inmensidad de este fuego no es nada en comparación con su intensidad, una intensidad que tiene por ser el instrumento elegido por el designio divino para el castigo del alma y el cuerpo por igual. Es un fuego que procede directamente de la ira de Dios, que no actúa por su propia actividad, sino como instrumento de la venganza

divina. Así como las aguas del bautismo limpian el alma con el cuerpo, así los fuegos del castigo torturan el espíritu con la carne. Cada sentido de la carne es torturado y cada facultad del alma con él: los ojos con una oscuridad impenetrable y absoluta, la nariz con olores nauseabundos, los oídos con alaridos, aullidos y execraciones, el gusto con materia inmunda, corrupción leprosa, suciedad sofocante e innombrable, el tacto con puyas y clavos al rojo vivo, con crueles lenguas de fuego. Y a través de los diversos tormentos de los sentidos, el alma inmortal es torturada eternamente en su misma esencia en medio de leguas y leguas de fuegos incandescentes encendidos en el abismo por la majestad ofendida del Dios Omnipotente y avivados hasta una furia eterna y siempre creciente por el aliento de la ira de la Divinidad.

—Considerad finalmente que el tormento de esta prisión infernal se ve aumentado por la compañía de los propios condenados. La mala compañía en la tierra es tan nociva que las plantas, como por instinto, se apartan de la compañía de todo lo que es mortal o perjudicial para ellas. En el infierno todas las leyes se trastocan: no hay pensamiento de familia o país, de lazos, de relaciones. Los condenados aúllan y gritan unos a otros, su tortura y su rabia intensificadas por la presencia de seres torturados y rabiosos como ellos. Todo sentido de humanidad se olvida. Los alaridos de los pecadores sufrientes llenan los rincones más remotos del vasto abismo. Las bocas de los condenados están llenas de blasfemias contra Dios y de odio hacia sus compañeros de sufrimiento y de maldiciones contra aquellas almas que fueron sus cómplices en el pecado. En tiempos antiguos era costumbre castigar al parricida, al hombre que había levantado su mano asesina contra su padre, arrojándolo a las profundidades del mar en un saco en el que se colocaban un gallo, un mono y una serpiente. La intención de aquellos legisladores que formularon tal ley, que parece cruel en nuestros tiempos, era castigar al criminal con la compañía de bestias dañinas y odiosas. Pero, ¿qué es la furia de esas bestias mudas en comparación con la furia de execración que brota de los labios resecaos y las gargantas doloridas de los condenados en el infierno

cuando contemplan en sus compañeros de miseria a aquellos que los ayudaron e incitaron al pecado, aquellos cuyas palabras sembraron las primeras semillas del mal pensamiento y la mala vida en sus mentes, aquellos cuyas sugerencias inmodestas los llevaron al pecado, aquellos cuyos ojos los tentaron y sedujeron del camino de la virtud? Se vuelven contra esos cómplices y los reprenden y los maldicen. Pero están indefensos y sin esperanza: ya es demasiado tarde para el arrepentimiento.

—Por último, considerad el espantoso tormento para esas almas condenadas, tanto tentadores como tentados, de la compañía de los demonios. Estos demonios afligirán a los condenados de dos maneras, por su presencia y por sus reproches. No podemos tener idea de cuán horribles son estos demonios. Santa Catalina de Siena vio una vez un demonio y ha escrito que, antes que volver a mirar por un solo instante a tan espantoso monstruo, preferiría caminar hasta el final de su vida por un sendero de carbones al rojo vivo. Estos demonios, que una vez fueron hermosos ángeles, se han vuelto tan horribles y feos como antes fueron hermosos. Se burlan y se mofan de las almas perdidas que arrastraron a la ruina. Son ellos, los demonios inmundos, quienes en el infierno se convierten en las voces de la conciencia. ¿Por qué pecaste? ¿Por qué prestaste oído a las tentaciones de los amigos? ¿Por qué te apartaste de tus prácticas piadosas y buenas obras? ¿Por qué no rehuiste las ocasiones de pecado? ¿Por qué no dejaste a ese mal compañero? ¿Por qué no abandonaste ese hábito lascivo, ese hábito impuro? ¿Por qué no escuchaste los consejos de tu confesor? ¿Por qué no te arrepentiste de tus malos caminos y te volviste a Dios, que solo esperaba tu arrepentimiento para absolverte de tus pecados, incluso después de haber caído la primera, la segunda, la tercera, la cuarta o la centésima vez? Ahora el tiempo del arrepentimiento ha pasado. ¡El tiempo es, el tiempo fue, pero el tiempo no será más! Tiempo hubo para pecar en secreto, para entregarse a esa pereza y orgullo, para codiciar lo ilícito, para ceder a los impulsos de tu naturaleza inferior, para vivir como las bestias del campo, no, peor que las bestias del campo, pues ellas, al menos, no son más que brutos y no

tienen razón que las guíe: tiempo hubo, pero el tiempo no será más. Dios te habló por tantas voces, pero no quisiste oír. No quisiste aplastar ese orgullo y esa ira en tu corazón, no quisiste restituir esos bienes mal habidos, no quisiste obedecer los preceptos de tu santa iglesia ni atender tus deberes religiosos, no quisiste abandonar a esos malvados compañeros, no quisiste evitar esas peligrosas tentaciones. Tal es el lenguaje de esos atormentadores diabólicos, palabras de burla y de reproche, de odio y de asco. ¡De asco, sí! Porque incluso ellos, los mismísimos demonios, cuando pecaron, lo hicieron con un pecado tal que solo era compatible con naturalezas tan angélicas, una rebelión del intelecto: y ellos, incluso ellos, los demonios inmundos deben apartarse, asqueados y disgustados, de la contemplación de esos pecados inefables con los que el hombre degradado ultraja y profana el templo del Espíritu Santo, se profana y se contamina a sí mismo.

—¡Oh, mis queridos hermanitos en Cristo, que nunca sea nuestra suerte oír ese lenguaje! ¡Que nunca sea nuestra suerte, digo! En el último día del terrible juicio, ruego fervientemente a Dios que ni una sola alma de las que están hoy en esta capilla se encuentre entre esos seres desdichados a quienes el Gran Juez ordenará apartarse para siempre de Su vista, que ninguno de nosotros oiga jamás resonar en sus oídos la terrible sentencia de rechazo: ¡Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno que fue preparado para el diablo y sus ángeles!

Bajó por la nave de la capilla, con las piernas temblando y el cuero cabelludo estremeciéndose como si hubiera sido tocado por dedos fantasmales. Subió la escalera y entró en el pasillo, a lo largo de cuyas paredes los abrigos e impermeables colgaban como malhechores en el patíbulo, sin cabeza, goteando y sin forma. Y a cada paso temía haber muerto ya, que su alma hubiera sido arrancada de la vaina de su cuerpo, que se estuviera precipitando de cabeza por el espacio.

No podía agarrarse al suelo con los pies y se sentó pesadamente en su pupitre, abriendo uno de sus libros al azar y estudiándolo.

Cada palabra era para él. Era verdad. Dios era todopoderoso. Dios podía llamarlo ahora, llamarlo mientras estaba sentado en su pupitre, antes de que tuviera tiempo de ser consciente de la llamada. Dios lo había llamado. ¿Sí? ¿Qué? ¿Sí? Su carne se encogió al sentir el acercamiento de las voraces lenguas de llamas, se secó al sentir a su alrededor el remolino de aire sofocante. Había muerto. Sí. Había sido juzgado. Una ola de fuego barrió su cuerpo: la primera. De nuevo una ola. Su cerebro comenzó a arder. Otra. Su cerebro hervía y burbujeaba dentro del crujiente habitáculo del cráneo. Llamas brotaron de su cráneo como una corola, chillando como voces:

—¡Infierno! ¡Infierno! ¡Infierno! ¡Infierno! ¡Infierno!

Voces hablaron cerca de él:

—Sobre el infierno.

—Supongo que os lo ha metido bien adentro.

—Puedes apostar que sí. Nos ha metido a todos un miedo azul.

—Eso es lo que necesitáis, vosotros: y en abundancia para que trabajéis.

Se recostó débilmente en su pupitre. No había muerto. Dios aún lo había perdonado. Todavía estaba en el mundo familiar de la escuela. El señor Tate y Vincent Heron estaban de pie junto a la ventana, hablando, bromeando, mirando la lluvia desoladora, moviendo la cabeza.

—Ojalá escampara. Había quedado para dar una vuelta en bici con unos compañeros por Malahide. Pero las carreteras deben estar hasta las rodillas de barro.

—Podría escampar, señor.

Las voces que tan bien conocía, las palabras comunes, la quietud del aula cuando las voces se detenían y el silencio se llenaba con el sonido de ganado paciando suavemente mientras los otros chicos

masticaban tranquilamente sus almuerzos, arrullaron su alma dolorida.

Todavía había tiempo. ¡Oh María, refugio de los pecadores, intercede por él! ¡Oh Virgen Inmaculada, sálvalo del abismo de la muerte!

La clase de inglés comenzó con la lección de historia. Personajes reales, favoritos, intrigantes, obispos, pasaban como fantasmas mudos tras su velo de nombres. Todos habían muerto: todos habían sido juzgados. ¿De qué le sirve al hombre ganar el mundo entero si pierde su alma? Por fin lo había entendido: y la vida humana yacía a su alrededor, una llanura de paz donde hombres como hormigas trabajaban en hermandad, sus muertos durmiendo bajo tranquilos montículos. El codo de su compañero lo tocó y su corazón fue tocado: y cuando habló para responder a una pregunta de su maestro, oyó su propia voz llena de la quietud de la humildad y la contrición.

Su alma se hundió más profundamente en abismos de paz contrita, ya incapaz de sufrir el dolor del pavor, y enviando, mientras se hundía, una débil oración. Ah, sí, todavía sería perdonado; se arrepentiría en su corazón y sería perdonado; y entonces los de arriba, los del cielo, verían lo que haría para compensar el pasado: una vida entera, cada hora de vida. Solo esperar.

—¡Todo, Dios! ¡Todo, todo!

Un mensajero llegó a la puerta para decir que se estaban oyendo confesiones en la capilla. Cuatro chicos salieron de la sala; y oyó a otros pasar por el pasillo. Un escalofrío trémulo sopló alrededor de su corazón, no más fuerte que un vientecillo, y sin embargo, escuchando y sufriendo en silencio, le pareció haber puesto un oído contra el músculo de su propio corazón, sintiéndolo cerrarse y acobardarse, escuchando el aleteo de sus ventrículos.

Sin escapatoria. Tenía que confesar, decir en palabras lo que había hecho y pensado, pecado tras pecado. ¿Cómo? ¿Cómo?

—Padre, yo...

El pensamiento se deslizó como un frío y brillante estoque en su tierna carne: la confesión. Pero no allí, en la capilla del colegio. Confesaría todo, cada pecado de obra y pensamiento, sinceramente; pero no allí, entre sus compañeros de escuela. Lejos de allí, en algún lugar oscuro, murmuraría su propia vergüenza; y suplicó humildemente a Dios que no se ofendiera con él si no se atrevía a confesar en la capilla del colegio y, en total abyección de espíritu, imploró perdón mudamente a los corazones juveniles que lo rodeaban.

El tiempo pasó.

Se sentó de nuevo en el primer banco de la capilla. La luz del día afuera ya estaba decayendo y, mientras caía lentamente a través de las persianas de un rojo apagado, parecía que el sol del último día se ponía y que todas las almas se reunían para el juicio.

—*He sido arrojado de la vista de Tus ojos*: palabras tomadas, mis queridos hermanitos en Cristo, del Libro de los Salmos, capítulo trigésimo, versículo vigesimotercero. En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

El predicador comenzó a hablar en un tono tranquilo y amistoso. Su rostro era amable y juntó suavemente los dedos de cada mano, formando una frágil jaula con la unión de sus puntas.

—Esta mañana nos esforzamos, en nuestra reflexión sobre el infierno, en hacer lo que nuestro santo fundador llama en su libro de ejercicios espirituales, la composición de lugar. Nos esforzamos, es decir, en imaginar con los sentidos de la mente, en nuestra imaginación, el carácter material de ese lugar espantoso y de los tormentos físicos que soportan todos los que están en el infierno. Esta tarde consideraremos por unos momentos la naturaleza de los tormentos espirituales del infierno.

—El pecado, recordad, es una doble enormidad. Es un consentimiento bajo a los impulsos de nuestra naturaleza corrupta, a los instintos inferiores, a lo que es grosero y bestial; y es también un apartamiento del consejo de nuestra naturaleza superior, de todo lo

que es puro y santo, del Santo Dios mismo. Por esta razón, el pecado mortal es castigado en el infierno con dos formas diferentes de castigo, físico y espiritual.

—Ahora bien, de todas estas penas espirituales, la mayor con diferencia es la pena de daño, tan grande, de hecho, que en sí misma es un tormento mayor que todos los demás. Santo Tomás, el más grande doctor de la Iglesia, el doctor angélico, como se le llama, dice que la peor condenación consiste en que el entendimiento del hombre está totalmente privado de la luz divina y su afecto obstinadamente apartado de la bondad de Dios. Dios, recordad, es un ser infinitamente bueno, y por lo tanto la pérdida de tal ser debe ser una pérdida infinitamente dolorosa. En esta vida no tenemos una idea muy clara de lo que debe ser tal pérdida, pero los condenados en el infierno, para su mayor tormento, tienen un pleno entendimiento de lo que han perdido, y entienden que lo han perdido por sus propios pecados y lo han perdido para siempre. En el mismo instante de la muerte, los lazos de la carne se rompen y el alma vuela de inmediato hacia Dios como hacia el centro de su existencia. Recordad, mis queridos muchachitos, nuestras almas anhelan estar con Dios. Venimos de Dios, vivimos por Dios, pertenecemos a Dios: somos Suyos, inalienablemente Suyos. Dios ama con un amor divino a cada alma humana y cada alma humana vive en ese amor. ¿Cómo podría ser de otra manera? Cada aliento que respiramos, cada pensamiento de nuestro cerebro, cada instante de vida procede de la inagotable bondad de Dios. Y si es doloroso para una madre separarse de su hijo, para un hombre ser exiliado de su hogar, para un amigo ser separado de su amigo, ¡oh, pensad qué dolor, qué angustia debe ser para la pobre alma ser rechazada de la presencia del Creador supremamente bueno y amoroso que ha llamado a esa alma a la existencia de la nada y la ha sostenido en la vida y la ha amado con un amor inconmensurable! Esto, pues, estar separado para siempre de su mayor bien, de Dios, y sentir la angustia de esa separación, sabiendo muy bien que es inmutable: este es el mayor tormento que el alma creada es capaz de soportar, *pœna damni*, la pena de daño.

—La segunda pena que afligirá a las almas de los condenados en el infierno es la pena de conciencia. Así como en los cuerpos muertos los gusanos son engendrados por la putrefacción, así en las almas de los perdidos surge un remordimiento perpetuo de la putrefacción del pecado, el aguijón de la conciencia, el gusano, como lo llama el Papa Inocencio III, del triple aguijón. El primer aguijón infligido por este cruel gusano será el recuerdo de los placeres pasados. ¡Oh, qué recuerdo tan terrible será ese! En el lago de la llama devoradora, el rey orgulloso recordará las pompas de su corte, el hombre sabio pero malvado sus bibliotecas e instrumentos de investigación, el amante de los placeres artísticos sus mármoles y cuadros y otros tesoros de arte, el que se deleitaba en los placeres de la mesa sus banquetes suntuosos, sus platos preparados con tanta delicadeza, sus vinos selectos; el avaro recordará su tesoro de oro, el ladrón su riqueza mal habida, los asesinos iracundos, vengativos y despiadados sus actos de sangre y violencia en los que se deleitaban, los impuros y adúlteros los placeres inefables e inmundos en los que se deleitaban. Recordarán todo esto y se aborrecerán a sí mismos y a sus pecados. ¡Pues cuán miserables parecerán todos esos placeres al alma condenada a sufrir en el fuego del infierno por los siglos de los siglos! ¡Cómo se enfurecerán y echarán espumarajos al pensar que han perdido la bienaventuranza del cielo por la escoria de la tierra, por unas pocas piezas de metal, por vanos honores, por comodidades corporales, por un cosquilleo de los nervios! Se arrepentirán, en verdad: y este es el segundo aguijón del gusano de la conciencia, una pena tardía e infructuosa por los pecados cometidos. La justicia divina insiste en que el entendimiento de esos miserables desgraciados se fije continuamente en los pecados de los que fueron culpables y, además, como señala San Agustín, Dios les impartirá Su propio conocimiento del pecado, de modo que el pecado les aparecerá en toda su horrenda malicia como aparece a los ojos de Dios mismo. Contemplantarán sus pecados en toda su inmundicia y se arrepentirán, pero será demasiado tarde y entonces lamentarán las buenas ocasiones que descuidaron. Este es el último, más profundo y más cruel aguijón del gusano de la conciencia. La conciencia dirá: Tuviste

tiempo y oportunidad de arrepentirte y no quisiste. Fuiste educado religiosamente por tus padres. Tuviste los sacramentos, la gracia y las indulgencias de la iglesia para ayudarte. Tuviste al ministro de Dios para predicarte, para llamarte cuando te habías descarriado, para perdonarte tus pecados, sin importar cuántos, cuán abominables, si solo te hubieras confesado y arrepentido. No. No quisiste. Despreciaste a los ministros de la santa religión, le diste la espalda al confesionario, te revolcaste más y más en el lodo del pecado. Dios te apeló, te amenazó, te suplicó que volvieras a Él. ¡Oh, qué vergüenza, qué miseria! El Soberano del universo te suplicó, a ti, una criatura de barro, que amaras a Quien te hizo y guardaras Su ley. No. No quisiste. Y ahora, aunque inundaras todo el infierno con tus lágrimas si aún pudieras llorar, todo ese mar de arrepentimiento no te ganaría lo que una sola lágrima de verdadero arrepentimiento derramada durante tu vida mortal te habría ganado. Imploras ahora un momento de vida terrenal para arrepentirte: en vano. Ese tiempo ha pasado: pasado para siempre.

—Tal es el triple aguijón de la conciencia, la víbora que roe el mismísimo corazón de los desdichados en el infierno, de modo que, llenos de furia infernal, se maldicen a sí mismos por su locura y maldicen a los malos compañeros que los han llevado a tal ruina y maldicen a los demonios que los tentaron en vida y ahora se burlan de ellos en la eternidad e incluso injurian y maldicen al Ser Supremo cuya bondad y paciencia despreciaron y menospreciaron, pero cuya justicia y poder no pueden evadir.

—La siguiente pena espiritual a la que están sometidos los condenados es la pena de extensión. El hombre, en esta vida terrenal, aunque sea capaz de muchos males, no es capaz de todos a la vez, en la medida en que un mal corrige y contrarresta a otro, así como un veneno frecuentemente corrige a otro. En el infierno, por el contrario, un tormento, en lugar de contrarrestar a otro, le presta aún mayor fuerza: y, además, como las facultades internas son más perfectas que los sentidos externos, así son más capaces de sufrir. Así como cada sentido es afligido con un tormento adecuado, así lo es cada facultad espiritual; la fantasía con imágenes

horribles, la facultad sensitiva con anhelo y rabia alternos, la mente y el entendimiento con una oscuridad interior más terrible incluso que la oscuridad exterior que reina en esa espantosa prisión. La malicia, impotente aunque sea, que poseen estas almas demoníacas es un mal de extensión ilimitada, de duración ilimitada, un espantoso estado de maldad que apenas podemos comprender a menos que tengamos en cuenta la enormidad del pecado y el odio que Dios le tiene.

—Opuesta a esta pena de extensión y, sin embargo, coexistente con ella, tenemos la pena de intensidad. El infierno es el centro de los males y, como sabéis, las cosas son más intensas en sus centros que en sus puntos más remotos. No hay contrarios ni mezclas de ninguna clase que templen o suavicen en lo más mínimo las penas del infierno. Es más, las cosas que son buenas en sí mismas se vuelven malas en el infierno. La compañía, que en otros lugares es fuente de consuelo para los afligidos, será allí un tormento continuo; el conocimiento, tan anhelado como el bien principal del intelecto, será allí odiado peor que la ignorancia; la luz, tan codiciada por todas las criaturas, desde el señor de la creación hasta la planta más humilde del bosque, será aborrecida intensamente. En esta vida, nuestras penas o no son muy largas o no son muy grandes, porque la naturaleza o las supera con la costumbre o les pone fin hundiéndose bajo su peso. Pero en el infierno los tormentos no pueden ser superados por la costumbre, pues mientras son de terrible intensidad, son al mismo tiempo de continua variedad, cada pena, por así decirlo, tomando fuego de otra y redotando a la que la ha encendido con una llama aún más feroz. Tampoco puede la naturaleza escapar de estas intensas y variadas torturas sucumbiendo a ellas, pues el alma es sostenida y mantenida en el mal para que su sufrimiento sea mayor. ¡Extensión ilimitada de tormento, increíble intensidad de sufrimiento, incesante variedad de tortura! Esto es lo que exige la majestad divina, tan ultrajada por los pecadores; esto es lo que requiere la santidad del cielo, menospreciada y dejada a un lado por los placeres lascivos y bajos de la carne corrupta; esto es lo que insiste la sangre del inocente

Cordero de Dios, derramada para la redención de los pecadores, pisoteada por los más viles de los viles.

—La última y culminante tortura de todas las torturas de ese lugar espantoso es la eternidad del infierno. ¡Eternidad! Oh, palabra terrible y funesta. ¡Eternidad! ¿Qué mente de hombre puede comprenderla? Y recordad, es una eternidad de dolor. Aun cuando las penas del infierno no fueran tan terribles como son, se volverían infinitas, ya que están destinadas a durar para siempre. Pero mientras son eternas, son al mismo tiempo, como sabéis, intolerablemente intensas, insoportablemente extensas. Soportar incluso la picadura de un insecto por toda la eternidad sería un tormento espantoso. ¿Qué debe ser, entonces, soportar las múltiples torturas del infierno para siempre? ¡Para siempre! ¡Por toda la eternidad! No por un año o por una era, sino para siempre. Tratad de imaginar el espantoso significado de esto. Habéis visto a menudo la arena en la orilla del mar. ¡Qué finos son sus diminutos granos! Y cuántos de esos diminutos granos se necesitan para formar el pequeño puñado que un niño agarra en su juego. Ahora imaginad una montaña de esa arena, de un millón de millas de altura, que llega desde la tierra hasta los cielos más lejanos, y de un millón de millas de ancho, que se extiende hasta el espacio más remoto, y de un millón de millas de espesor; e imaginad una masa tan enorme de innumerables partículas de arena multiplicada tantas veces como hojas hay en el bosque, gotas de agua en el poderoso océano, plumas en las aves, escamas en los peces, pelos en los animales, átomos en la vasta expansión del aire: e imaginad que al final de cada millón de años un pajarito viniera a esa montaña y se llevara en su pico un diminuto grano de esa arena. ¿Cuántos millones y millones de siglos pasarían antes de que ese pájaro se hubiera llevado siquiera un pie cuadrado de esa montaña, cuántos eones y eones de edades antes de que se la hubiera llevado toda? Sin embargo, al final de esa inmensa extensión de tiempo, ni siquiera un instante de la eternidad podría decirse que ha terminado. Al final de todos esos miles de millones y billones de años, la eternidad apenas habría comenzado. Y si esa montaña se levantara de nuevo después

de haber sido toda llevada, y si el pajarito viniera de nuevo y se la llevara toda de nuevo grano por grano, y si así se levantara y se hundiera tantas veces como estrellas hay en el cielo, átomos en el aire, gotas de agua en el mar, hojas en los árboles, plumas en las aves, escamas en los peces, pelos en los animales, al final de todos esos innumerables levantamientos y hundimientos de esa inconmensurablemente vasta montaña, ni un solo instante de la eternidad podría decirse que ha terminado; incluso entonces, al final de tal período, después de ese eón de tiempo cuyo solo pensamiento hace que nuestro propio cerebro se tambalee vertiginosamente, la eternidad apenas habría comenzado.

—A un santo varón (creo que fue uno de nuestros propios padres) se le concedió una vez una visión del infierno. Le pareció que estaba en medio de una gran sala, oscura y silenciosa, salvo por el tictac de un gran reloj. El tictac continuaba incesantemente; y le pareció a este santo que el sonido del tictac era la repetición incesante de las palabras: siempre, nunca; siempre, nunca. Estar siempre en el infierno, nunca estar en el cielo; estar siempre apartado de la presencia de Dios, nunca disfrutar de la visión beatífica; ser siempre devorado por las llamas, roído por los gusanos, agujoneado con púas ardientes, nunca estar libre de esos dolores; tener siempre la conciencia reprochando, la memoria enfureciendo, la mente llena de oscuridad y desesperación, nunca escapar; maldecir y ultrajar siempre a los demonios inmundos que se regodean diabólicamente en la miseria de sus víctimas, nunca contemplar las vestiduras resplandecientes de los espíritus bienaventurados; clamar siempre desde el abismo de fuego a Dios por un instante, un solo instante, de respiro de tan espantosa agonía, nunca recibir, ni por un instante, el perdón de Dios; sufrir siempre, nunca gozar; estar siempre condenado, nunca ser salvado; siempre, nunca; siempre, nunca. ¡Oh, qué castigo tan espantoso! Una eternidad de agonía sin fin, de tormento corporal y espiritual sin fin, sin un rayo de esperanza, sin un momento de cese, de agonía ilimitada en intensidad, de tormento infinitamente variado, de tortura que sostiene eternamente lo que eternamente devora, de angustia que eternamente se ceba en el

espíritu mientras atormenta la carne, una eternidad, cada instante de la cual es en sí mismo una eternidad de aflicción. Tal es el terrible castigo decretado para aquellos que mueren en pecado mortal por un Dios todopoderoso y justo.

—¡Sí, un Dios justo! Los hombres, razonando siempre como hombres, se asombran de que Dios imponga un castigo eterno e infinito en los fuegos del infierno por un solo pecado grave. Razonan así porque, cegados por la grosera ilusión de la carne y la oscuridad del entendimiento humano, son incapaces de comprender la horrenda malicia del pecado mortal. Razonan así porque son incapaces de comprender que incluso el pecado venial es de una naturaleza tan inmunda y horrenda que aunque el Creador omnipotente pudiera acabar con todo el mal y la miseria del mundo, las guerras, las enfermedades, los robos, los crímenes, las muertes, los asesinatos, con la condición de que permitiera que un solo pecado venial quedara sin castigo, un solo pecado venial, una mentira, una mirada de ira, un momento de pereza voluntaria, Él, el gran Dios omnipotente no podría hacerlo porque el pecado, ya sea de pensamiento o de obra, es una transgresión de Su ley y Dios no sería Dios si no castigara al transgresor.

—Un pecado, un instante de orgullo rebelde del intelecto, hizo que Lucifer y una tercera parte de la cohorte de ángeles cayeran de su gloria. Un pecado, un instante de necedad y debilidad, expulsó a Adán y Eva del Edén y trajo la muerte y el sufrimiento al mundo. Para reparar las consecuencias de ese pecado, el Hijo Unigénito de Dios descendió a la tierra, vivió, sufrió y murió una muerte dolorosísima, colgado durante tres horas en la cruz.

—Oh, mis queridos hermanitos en Cristo Jesús, ¿ofenderemos entonces a ese buen Redentor y provocaremos su ira? ¿Pisotaremos de nuevo ese cadáver desgarrado y destrozado? ¿Escupiremos sobre ese rostro tan lleno de dolor y amor? ¿Nos burlaremos también nosotros, como los crueles judíos y los brutales soldados, de ese Salvador manso y compasivo que pisó solo por nosotros el terrible lagar del dolor? Cada palabra de pecado es una

herida en su tierno costado. Cada acto pecaminoso es una espina que atraviesa su cabeza. Cada pensamiento impuro, deliberadamente consentido, es una lanza afilada que traspasa ese sagrado y amoroso corazón. No, no. Es imposible que ningún ser humano haga lo que ofende tan profundamente a la divina Majestad, lo que es castigado con una eternidad de agonía, lo que crucifica de nuevo al Hijo de Dios y se burla de Él.

—Ruego a Dios que mis pobres palabras hayan servido hoy para confirmar en la santidad a los que están en estado de gracia, para fortalecer a los vacilantes, para devolver al estado de gracia a la pobre alma que se ha descarriado, si alguna hay entre vosotros. Ruego a Dios, y vosotros rogad conmigo, que nos arrepintamos de nuestros pecados. Os pediré ahora, a todos vosotros, que repitáis conmigo el acto de contrición, arrodillados aquí en esta humilde capilla en presencia de Dios. Él está allí en el sagrario, ardiendo de amor por la humanidad, dispuesto a consolar a los afligidos. No temáis. No importa cuán numerosos o cuán sucios sean los pecados, si solo os arrepentís de ellos, os serán perdonados. Que ninguna vergüenza mundana os detenga. Dios es todavía el Señor misericordioso que no desea la muerte eterna del pecador, sino más bien que se convierta y viva.

—Él os llama a Sí. Sois Suyos. Os hizo de la nada. Os amó como solo un Dios puede amar. Sus brazos están abiertos para recibirlos aunque hayáis pecado contra Él. Venid a Él, pobre pecador, pobre pecador vano y errante. Ahora es el tiempo aceptable. Ahora es la hora.

El sacerdote se levantó y, volviéndose hacia el altar, se arrodilló en el escalón ante el sagrario en la penumbra que caía. Esperó hasta que todos en la capilla se hubieron arrodillado y hasta que el más mínimo ruido cesó. Luego, levantando la cabeza, repitió el acto de contrición, frase por frase, con fervor. Los muchachos le respondieron frase por frase. Stephen, con la lengua pegada al paladar, inclinó la cabeza, rezando con el corazón.

—¡Oh, Dios mío!—

—¡Oh, Dios mío!—  
—Me arrepiento de todo corazón—  
—Me arrepiento de todo corazón—  
—de haberos ofendido—  
—de haberos ofendido—  
—y detesto mis pecados—  
—y detesto mis pecados—  
—por encima de cualquier otro mal—  
—por encima de cualquier otro mal—  
—porque os disgustan a Vos, mi Dios—  
—porque os disgustan a Vos, mi Dios—  
—que sois tan merecedor—  
—que sois tan merecedor—  
—de todo mi amor—  
—de todo mi amor—  
—y propongo firmemente—  
—y propongo firmemente—  
—con Vuestra santa gracia—  
—con Vuestra santa gracia—  
—no ofenderos nunca más—  
—no ofenderos nunca más—  
—y enmendar mi vida—  
—y enmendar mi vida—

Subió a su habitación después de la cena para estar a solas con su alma, y a cada paso su alma parecía suspirar; a cada paso su alma

ascendía con sus pies, suspirando en el ascenso, a través de una región de penumbra viscosa.

Se detuvo en el rellano ante la puerta y luego, agarrando el pomo de porcelana, abrió la puerta rápidamente. Esperó con miedo, su alma consumiéndose en su interior, rezando en silencio para que la muerte no tocara su frente al cruzar el umbral, para que a los demonios que habitan la oscuridad no se les diera poder sobre él. Esperó todavía en el umbral como a la entrada de alguna cueva oscura. Había rostros allí; ojos: esperaban y observaban.

—Sabíamos perfectamente, por supuesto, que aunque estaba destinado a salir a la luz, encontraría considerables dificultades al tratar de inducirse a sí mismo a tratar de averiguar el plenipotenciario espiritual y así sabíamos, por supuesto, perfectamente bien...

Rostros murmurantes esperaban y observaban; voces susurrantes llenaban la oscura concha de la cueva. Temió intensamente en espíritu y en carne, pero, levantando la cabeza con valentía, entró firmemente en la habitación. Un umbral, una habitación, la misma habitación, la misma ventana. Se dijo con calma que aquellas palabras que parecían surgir susurrantes de la oscuridad no tenían absolutamente ningún sentido. Se dijo que era simplemente su habitación con la puerta abierta.

Cerró la puerta y, caminando rápidamente hacia la cama, se arrodilló a su lado y se cubrió el rostro con las manos. Tenía las manos frías y húmedas y los miembros le dolían por el frío. La inquietud corporal, el frío y el cansancio lo acosaban, desbaratando sus pensamientos. ¿Por qué estaba arrodillado allí como un niño rezando sus oraciones vespertinas? Para estar a solas con su alma, para examinar su conciencia, para enfrentarse a sus pecados cara a cara, para recordar sus momentos, maneras y circunstancias, para llorar por ellos. No podía llorar. No podía convocarlos a su memoria. Solo sentía un dolor de alma y cuerpo, todo su ser, memoria, voluntad, entendimiento, carne, entumecido y cansado.

Esa era la obra de los demonios, dispersar sus pensamientos y nublar su conciencia, asaltándolo en las puertas de la carne cobarde y corrompida por el pecado: y, rezando tímidamente a Dios que le perdonara su debilidad, se subió a la cama y, envolviéndose bien en las mantas, se cubrió de nuevo el rostro con las manos. Había pecado. Había pecado tan profundamente contra el cielo y ante Dios que no era digno de ser llamado hijo de Dios.

¿Podía ser que él, Stephen Dedalus, hubiera hecho esas cosas? Su conciencia suspiró en respuesta. Sí, las había hecho, en secreto, con inmundicia, una y otra vez, y, endurecido en la impenitencia pecaminosa, se había atrevido a llevar la máscara de la santidad ante el mismo sagrario mientras su alma por dentro era una masa viva de corrupción. ¿Cómo es que Dios no lo había fulminado? La compañía leprosa de sus pecados se cerró a su alrededor, respirando sobre él, inclinándose sobre él desde todos lados. Se esforzó por olvidarlos en un acto de oración, acurrucando sus miembros y apretando los párpados: pero los sentidos de su alma no se dejaban atar y, aunque sus ojos estaban cerrados con fuerza, veía los lugares donde había pecado y, aunque sus oídos estaban bien tapados, oía. Deseaba con toda su voluntad no oír ni ver. Deseó hasta que su cuerpo tembló bajo la tensión de su deseo y hasta que los sentidos de su alma se cerraron. Se cerraron por un instante y luego se abrieron. Vio.

Un campo de hierbas duras, cardos y matas de ortigas. Espesas entre las matas de crecimiento ralo y rígido yacían latas abolladas y grumos y espirales de excremento sólido. Una débil luz de pantano luchaba por ascender desde toda la inmundicia a través de las erizadas hierbas de color gris verdoso. Un olor maligno, débil y fétido como la luz, se enroscaba perezosamente hacia arriba desde las latas y desde el estiércol rancio y reseco.

Había criaturas en el campo; una, tres, seis: criaturas se movían en el campo, de un lado a otro. Criaturas caprinas con rostros humanos, de cejas córneas, ligeramente barbudas y grises como el caucho. La malicia del mal brillaba en sus duros ojos, mientras se

movían de un lado a otro, arrastrando sus largas colas tras de sí. Un rictus de cruel malignidad iluminaba grisáceamente sus viejos rostros huesudos. Uno se ceñía a las costillas un chaleco de franela roto, otro se quejaba monótonamente mientras su barba se enganchaba en las matas de hierba. Un lenguaje suave salía de sus labios sin saliva mientras se deslizaban en lentos círculos alrededor del campo, serpenteando de un lado a otro a través de las hierbas, arrastrando sus largas colas entre las latas que traqueteaban. Se movían en lentos círculos, acercándose cada vez más para encerrar, para encerrar, un lenguaje suave saliendo de sus labios, sus largas colas siseantes embadurnadas de mierda rancia, alzando sus terribles rostros...

¡Socorro!

Se quitó las mantas de encima con locura para liberar su cara y su cuello. Ese era su infierno. Dios le había permitido ver el infierno reservado para sus pecados: apestoso, bestial, maligno, un infierno de demonios lascivos y caprinos. ¡Para él! ¡Para él!

Saltó de la cama, el hedor pestilente vertiéndose por su garganta, obstruyendo y repugnando sus entrañas. ¡Aire! ¡El aire del cielo! Tropezó hacia la ventana, gimiendo y casi desmayándose de náuseas. Junto al lavabo, una convulsión lo sacudió por dentro; y, agarrando su frente fría con locura, vomitó profusamente en agonía.

Cuando el ataque pasó, caminó débilmente hacia la ventana y, levantando el cristal, se sentó en un rincón del vano y apoyó el codo en el alféizar. La lluvia había cesado; y en medio de los vapores móviles, de punto a punto de luz, la ciudad tejía a su alrededor un suave capullo de neblina amarillenta. El cielo estaba quieto y débilmente luminoso y el aire era dulce de respirar, como en un bosquecillo empapado por aguaceros; y en medio de la paz, las luces parpadeantes y la tranquila fragancia, hizo un pacto con su corazón.

Rezó:

—Él una vez quiso venir a la tierra en gloria celestial, pero pecamos: y entonces no podía visitarnos con seguridad sino con una majestad velada y un resplandor atenuado, porque Él era Dios. Así que vino Él mismo en debilidad, no en poder, y te envió a ti, una criatura en su lugar, con la belleza y el lustre de una criatura, adecuados a nuestro estado. Y ahora tu mismo rostro y forma, querida madre, nos hablan de lo Eterno; no como la belleza terrenal, peligrosa de mirar, sino como la estrella de la mañana que es tu emblema, brillante y musical, que respira pureza, que habla del cielo e infunde paz. ¡Oh, precursora del día! ¡Oh, luz del peregrino! Guíanos aún como nos has guiado. En la noche oscura, a través del desierto desolado, guíanos hacia nuestro Señor Jesús, guíanos a casa.

Sus ojos se nublaron de lágrimas y, mirando humildemente al cielo, lloró por la inocencia que había perdido.

Cuando cayó la noche, salió de la casa, y el primer contacto con el aire húmedo y oscuro y el ruido de la puerta al cerrarse tras él hicieron que su conciencia, adormecida por la oración y las lágrimas, volviera a doler. ¡Confiesa! ¡Confiesa! No bastaba con adormecer la conciencia con una lágrima y una oración. Tenía que arrodillarse ante el ministro del Espíritu Santo y contar sus pecados ocultos con veracidad y arrepentimiento. Antes de oír de nuevo el estribo de la puerta de casa arrastrarse sobre el umbral al abrirse para dejarlo entrar, antes de ver de nuevo la mesa de la cocina puesta para la cena, se habría arrodillado y confesado. Era bastante simple.

El dolor de conciencia cesó y caminó rápidamente por las calles oscuras. Había tantas losas en la acera de esa calle y tantas calles en esa ciudad y tantas ciudades en el mundo. Sin embargo, la eternidad no tenía fin. Estaba en pecado mortal. Incluso una vez era un pecado mortal. Podía ocurrir en un instante. ¿Pero tan rápidamente? Viendo o pensando en ver. Los ojos ven la cosa, sin haber deseado primero ver. Entonces, en un instante, sucede. ¿Pero esa parte del cuerpo entiende o qué? La serpiente, la bestia más sutil del campo. Debe entender cuando desea en un instante y luego

prolonga su propio deseo instante tras instante, pecaminosamente. Siente, entiende y desea. ¡Qué cosa tan horrible! ¿Quién la hizo así, una parte bestial del cuerpo capaz de entender bestialmente y desear bestialmente? ¿Era ese él o una cosa inhumana movida por un alma inferior? Su alma se enfermó al pensar en una vida tórpida y serpentina alimentándose de la tierna médula de su vida y engordando con el limo de la lujuria. Oh, ¿por qué era así? ¿Oh, por qué?

Se encogió a la sombra del pensamiento, humillándose ante el temor de Dios que había hecho todas las cosas y a todos los hombres. ¡Locura! ¿Quién podía pensar tal pensamiento? Y, encogido en la oscuridad y abyecto, rezó mudamente a su ángel de la guarda para que ahuyentara con su espada al demonio que le susurraba al cerebro.

El susurro cesó y supo entonces claramente que su propia alma había pecado de pensamiento, palabra y obra, voluntariamente, a través de su propio cuerpo. ¡Confesar! Tenía que confesar cada pecado. ¿Cómo podría pronunciar en palabras al sacerdote lo que había hecho? Debía, debía. ¿O cómo podría explicarlo sin morir de vergüenza? ¿O cómo podría haber hecho tales cosas sin vergüenza? ¡Un loco! ¡Confesar! ¡Oh, sí que lo haría para ser libre y sin pecado de nuevo! Quizás el sacerdote lo sabría. ¡Oh, Dios mío!

Caminó y caminó por calles mal iluminadas, temiendo detenerse un momento por si parecía que se echaba atrás de lo que le esperaba, temiendo llegar a aquello hacia lo que aún se volvía con anhelo. ¡Qué hermosa debe ser un alma en estado de gracia cuando Dios la mira con amor!

Muchachas desaliñadas se sentaban en los bordillos ante sus cestas. Su pelo húmedo colgaba sobre sus frentes. No eran hermosas de ver mientras se acurrucaban en el lodo. Pero sus almas eran vistas por Dios; y si sus almas estaban en estado de gracia, eran radiantes de ver: y Dios las amaba, al verlas.

Un aliento devastador de humillación sopló desoladoramente sobre su alma al pensar en cómo había caído, al sentir que aquellas almas eran más queridas para Dios que la suya. El viento sopló sobre él y pasó a las miríadas y miríadas de otras almas sobre las que el favor de Dios brillaba ora más, ora menos, estrellas ora más brillantes, ora más tenues, sostenidas y desfallecientes. Y las almas titilantes se desvanecieron, sostenidas y desfallecientes, fundidas en un aliento móvil. Un alma se perdió; un alma diminuta: la suya. Parpadeó una vez y se apagó, olvidada, perdida. El fin: un yermo negro, frío y vacío.

La conciencia del lugar volvió a él lentamente, fluyendo sobre una vasta extensión de tiempo sin luz, sin sentir, sin vivir. La escena sórdida se compuso a su alrededor; los acentos comunes, los mecheros de gas encendidos en las tiendas, olores a pescado, a licores y a serrín húmedo, hombres y mujeres en movimiento. Una anciana estaba a punto de cruzar la calle, con una lata de aceite en la mano. Él se inclinó y le preguntó si había una capilla cerca.

—¿Una capilla, señor? Sí, señor. La capilla de Church Street.

—¿La iglesia?

Ella cambió la lata a la otra mano y le indicó el camino; y, mientras extendía su mano derecha, marchita y maloliente, bajo el fleco de su chal, él se inclinó más hacia ella, entristecido y aliviado por su voz.

—Gracias.

—De nada, señor.

Las velas del altar mayor se habían extinguido, pero la fragancia del incienso aún flotaba por la nave penumbrosa. Unos obreros barbudos de rostro piadoso guiaban un palio hacia una puerta lateral, ayudados por el sacristán con gestos y palabras tranquilas. Unos pocos fieles aún se demoraban rezando ante uno de los altares laterales o arrodillados en los bancos cerca de los confesonarios. Se acercó tímidamente y se arrodilló en el último banco del cuerpo de la iglesia, agradecido por la paz, el silencio y la sombra fragante del lugar. La tabla sobre la que se arrodilló era estrecha y gastada, y los

que se arrodillaban cerca de él eran humildes seguidores de Jesús. Jesús también había nacido en la pobreza y había trabajado en el taller de un carpintero, cortando tablas y cepillándolas, y había hablado por primera vez del reino de Dios a pobres pescadores, enseñando a todos los hombres a ser mansos y humildes de corazón.

Inclinó la cabeza sobre sus manos, pidiendo a su corazón que fuera manso y humilde para poder ser como aquellos que se arrodillaban a su lado y su oración tan aceptable como la de ellos. Rezó a su lado, pero fue difícil. Su alma estaba inmunda de pecado y no se atrevía a pedir perdón con la simple confianza de aquellos a quienes Jesús, en los misteriosos caminos de Dios, había llamado primero a su lado, los carpinteros, los pescadores, gente pobre y sencilla que seguía un oficio humilde, manejando y dando forma a la madera de los árboles, remendando sus redes con paciencia.

Una figura alta bajó por la nave y los penitentes se agitaron; y en el último momento, alzando la vista rápidamente, vio una larga barba gris y el hábito marrón de un capuchino. El sacerdote entró en el confesionario y quedó oculto. Dos penitentes se levantaron y entraron en el confesionario por cada lado. La ventanilla de madera se corrió y el débil murmullo de una voz turbó el silencio.

Su sangre comenzó a murmurar en sus venas, murmurando como una ciudad pecadora convocada de su sueño para oír su condena. Pequeños copos de fuego cayeron y cenizas pulverulentas cayeron suavemente, posándose en las casas de los hombres. Se agitaron, despertando del sueño, turbados por el aire caldeado.

La ventanilla se cerró de golpe. El penitente salió por un lado del confesionario. Se abrió el lado más alejado. Una mujer entró silenciosa y hábilmente donde el primer penitente se había arrodillado. El débil murmullo comenzó de nuevo.

Todavía podía abandonar la capilla. Podía levantarse, poner un pie delante del otro y salir sigilosamente y luego correr, correr, correr velozmente por las calles oscuras. Todavía podía escapar de la

vergüenza. ¡Si hubiera sido cualquier crimen terrible menos ese pecado! ¡Si hubiera sido un asesinato! Pequeños copos de fuego cayeron y lo tocaron por todas partes, pensamientos vergonzosos, palabras vergonzosas, actos vergonzosos. La vergüenza lo cubrió por completo como finas cenizas incandescentes cayendo continuamente. ¡Decirlo en palabras! Su alma, asfixiada e indefensa, dejaría de ser.

La ventanilla se cerró de golpe. Un penitente salió por el lado más alejado del confesionario. Se abrió la ventanilla cercana. Un penitente entró por donde había salido el otro. Un suave susurro flotó en nubecillas vaporosas fuera del confesionario. Era la mujer: nubecillas susurrantes y suaves, vapor susurrante y suave, susurrando y desvaneciéndose.

Se golpeó el pecho con el puño humildemente, en secreto, al amparo del brazo de madera. Estaría en unión con los demás y con Dios. Amaría a su prójimo. Amaría a Dios que lo había hecho y amado. Se arrodillaría y rezaría con los demás y sería feliz. Dios lo miraría a él y a ellos y los amaría a todos.

Era fácil ser bueno. El yugo de Dios era dulce y ligero. Era mejor no haber pecado nunca, haber permanecido siempre niño, pues Dios amaba a los niños pequeños y permitía que se acercaran a Él. Era terrible y triste pecar. Pero Dios era misericordioso con los pobres pecadores que estaban verdaderamente arrepentidos. ¡Qué cierto era eso! Eso sí que era bondad.

La ventanilla se cerró de repente. El penitente salió. Él era el siguiente. Se levantó aterrorizado y entró ciegamente en el confesionario.

Por fin había llegado. Se arrodilló en la penumbra silenciosa y alzó los ojos hacia el crucifijo blanco suspendido sobre él. Dios podía ver que estaba arrepentido. Contaría todos sus pecados. Su confesión sería larga, muy larga. Todos en la capilla sabrían entonces qué pecador había sido. Que lo supieran. Era verdad. Pero Dios había prometido perdonarlo si estaba arrepentido. Estaba arrepentido.

Juntó las manos y las alzó hacia la forma blanca, rezando con sus ojos oscurecidos, rezando con todo su cuerpo tembloroso, balanceando la cabeza de un lado a otro como una criatura perdida, rezando con labios gimoteantes.

—¡Arrepentido! ¡Arrepentido! ¡Oh, arrepentido!

La ventanilla se abrió con un clic y su corazón dio un vuelco en su pecho. El rostro de un anciano sacerdote estaba en la rejilla, apartado de él, apoyado en una mano. Hizo la señal de la cruz y rogó al sacerdote que lo bendijera porque había pecado. Luego, inclinando la cabeza, repitió el *Confiteor* asustado. A las palabras *por mi gravísima culpa* se detuvo, sin aliento.

—¿Cuánto tiempo hace de tu última confesión, hijo mío?

—Mucho tiempo, padre.

—¿Un mes, hijo mío?

—Más tiempo, padre.

—¿Tres meses, hijo mío?

—Más tiempo, padre.

—¿Seis meses?

—Ocho meses, padre.

Había comenzado. El sacerdote preguntó:

—¿Y qué recuerdas desde entonces?

Comenzó a confesar sus pecados: misas no oídas, oraciones no rezadas, mentiras.

—¿Algo más, hijo mío?

Pecados de ira, envidia de otros, gula, vanidad, desobediencia.

—¿Algo más, hijo mío?

No había remedio. Murmuró:

—Yo... cometí pecados de impureza, padre.

El sacerdote no volvió la cabeza.

—¿Contigo mismo, hijo mío?

—Y... con otros.

—¿Con mujeres, hijo mío?

—Sí, padre.

—¿Eran mujeres casadas, hijo mío?

No lo sabía. Sus pecados goteaban de sus labios, uno por uno, goteaban en vergonzosas gotas de su alma, supurando y rezumando como una llaga, un sórdido torrente de vicio. Los últimos pecados rezumaron, perezosos, inmundos. No había más que contar. Inclino la cabeza, abrumado.

El sacerdote guardó silencio. Luego preguntó:

—¿Cuántos años tienes, hijo mío?

—Dieciséis, padre.

El sacerdote se pasó la mano varias veces por el rostro. Luego, apoyando la frente en la mano, se inclinó hacia la rejilla y, con los ojos aún apartados, habló lentamente. Su voz era cansada y vieja.

—Eres muy joven, hijo mío —dijo—, y déjame implorarte que abandones ese pecado. Es un pecado terrible. Mata el cuerpo y mata el alma. Es la causa de muchos crímenes y desgracias. Abandónalo, hijo mío, por el amor de Dios. Es deshonroso y poco varonil. No puedes saber a dónde te llevará ese miserable hábito o dónde se volverá contra ti. Mientras cometes ese pecado, mi pobre hijo, nunca valdrás un céntimo para Dios. Reza a nuestra madre María para que te ayude. Ella te ayudará, hijo mío. Reza a Nuestra Señora cuando ese pecado te venga a la mente. Estoy seguro de que lo harás, ¿verdad? Te arrepientes de todos esos pecados. Estoy seguro de que sí. Y le prometerás a Dios ahora que, por Su santa gracia, nunca más lo ofenderás con ese pecado perverso. Harás esa solemne promesa a Dios, ¿verdad?

—Sí, padre.

La voz vieja y cansada cayó como dulce lluvia sobre su corazón tembloroso y reseco. ¡Qué dulce y triste!

—Hazlo, mi pobre hijo. El diablo te ha descarriado. Devuélvelo al infierno cuando te tiente a deshonorar tu cuerpo de esa manera, el espíritu inmundo que odia a Nuestro Señor. Prométele a Dios ahora que abandonarás ese pecado, ese miserable, miserable pecado.

Cegado por sus lágrimas y por la luz de la misericordia de Dios, inclinó la cabeza y oyó las graves palabras de la absolución y vio la mano del sacerdote levantada sobre él en señal de perdón.

—Dios te bendiga, hijo mío. Reza por mí.

Se arrodilló para cumplir su penitencia, rezando en un rincón de la nave oscura; y sus oraciones ascendieron al cielo desde su corazón purificado como perfume que brota de un corazón de rosa blanca.

Las calles embarradas estaban alegres. Caminó a grandes zancadas hacia casa, consciente de una gracia invisible que impregnaba y aligeraba sus miembros. A pesar de todo, lo había hecho. Se había confesado y Dios lo había perdonado. Su alma estaba de nuevo hermosa y santa, santa y feliz.

Sería hermoso morir si Dios así lo quisiera. Era hermoso vivir en gracia una vida de paz, virtud y tolerancia con los demás.

Se sentó junto al fuego en la cocina, sin atreverse a hablar de felicidad. Hasta ese momento no había sabido cuán hermosa y pacífica podía ser la vida. El cuadrado de papel verde sujeto alrededor de la lámpara proyectaba una tierna sombra. En el aparador había un plato de salchichas y morcilla blanca y en el estante había huevos. Serían para el desayuno de la mañana, después de la comunión en la capilla del colegio. Morcilla blanca, huevos, salchichas y tazas de té. ¡Qué simple y hermosa era la vida después de todo! Y la vida se extendía toda ante él.

En un sueño se quedó dormido. En un sueño se levantó y vio que era de mañana. En un sueño despierto se dirigió por la tranquila mañana hacia el colegio.

Los muchachos estaban todos allí, arrodillados en sus lugares. Se arrodilló entre ellos, feliz y tímido. El altar estaba cubierto de fragantes masas de flores blancas; y a la luz de la mañana, las pálidas llamas de las velas entre las flores blancas eran claras y silenciosas como su propia alma.

Se arrodilló ante el altar con sus compañeros de clase, sosteniendo con ellos el mantel del altar sobre una barandilla viva de manos. Sus manos temblaban y su alma temblaba al oír al sacerdote pasar con el copón de comulgante en comulgante.

—*Corpus Domini nostri.*

¿Podía ser? Se arrodilló allí, sin pecado y tímido; y sostendría en su lengua la hostia y Dios entraría en su cuerpo purificado.

—*In vitam eternam. Amen.*

¡Otra vida! ¡Una vida de gracia, virtud y felicidad! Era verdad. No era un sueño del que despertaría. El pasado era pasado.

—*Corpus Domini nostri.*

El copón había llegado a él.

## CAPÍTULO IV

El domingo estaba dedicado al misterio de la Santísima Trinidad, el lunes al Espíritu Santo, el martes a los Ángeles de la Guarda, el miércoles a San José, el jueves al Santísimo Sacramento del Altar, el viernes a Jesús Sufriente, el sábado a la Santísima Virgen María.

Cada mañana se santificaba de nuevo en presencia de alguna santa imagen o misterio. Su día comenzaba con una ofrenda heroica de cada momento de pensamiento o acción por las intenciones del soberano pontífice y con una misa temprana. El aire crudo de la mañana aguzaba su resuelta piedad; y a menudo, mientras se arrodillaba entre los pocos fieles en el altar lateral, siguiendo con su devocionario intercalado el murmullo del sacerdote, alzaba la vista por un instante hacia la figura revestida que se erguía en la penumbra entre las dos velas, que eran el antiguo y el nuevo testamento, e imaginaba que estaba arrodillado en misa en las catacumbas.

Su vida diaria estaba dispuesta en áreas devocionales. Mediante jaculatorias y oraciones acumulaba sin reparo para las almas del purgatorio siglos de días y cuarentenas y años; sin embargo, el triunfo espiritual que sentía al alcanzar con facilidad tantas fabulosas edades de penitencias canónicas no recompensaba por completo su celo de oración, ya que nunca podía saber cuánto castigo temporal había remitido a modo de sufragio por las almas agonizantes; y temeroso de que en medio del fuego purgatorio, que se diferenciaba del infernal solo en que no era eterno, su penitencia no valiera más

que una gota de humedad, impulsaba su alma diariamente a través de un círculo creciente de obras de supererogación.

Cada parte de su día, dividida por lo que ahora consideraba los deberes de su estado en la vida, giraba en torno a su propio centro de energía espiritual. Su vida parecía haberse acercado a la eternidad; cada pensamiento, palabra y obra, cada instante de conciencia podía hacerse revibrar radiantemente en el cielo; y a veces su sentido de tal repercusión inmediata era tan vivo que le parecía sentir su alma en devoción presionando como dedos el teclado de una gran caja registradora y ver la cantidad de su compra surgir inmediatamente en el cielo, no como un número, sino como una frágil columna de incienso o como una esbelta flor.

Los rosarios, también, que rezaba constantemente —pues llevaba las cuentas sueltas en los bolsillos del pantalón para poder pasarlas mientras caminaba por las calles— se transformaban en coronas de flores de una textura tan vaga e irreal que le parecían tan incoloras e inodoras como anónimas. Ofrecía cada una de sus tres coronas diarias para que su alma se fortaleciera en cada una de las tres virtudes teologales, en la fe en el Padre que lo había creado, en la esperanza en el Hijo que lo había redimido y en el amor al Espíritu Santo que lo había santificado; y esta oración tres veces triple la ofrecía a las Tres Personas a través de María en nombre de sus misterios gozosos, dolorosos y gloriosos.

En cada uno de los siete días de la semana, rezaba además para que uno de los siete dones del Espíritu Santo descendiera sobre su alma y expulsara de ella día a día los siete pecados capitales que la habían manchado en el pasado; y rezaba por cada don en su día señalado, confiado en que descendería sobre él, aunque a veces le parecía extraño que la sabiduría, el entendimiento y la ciencia fueran tan distintos en su naturaleza que se debiera rezar por cada uno por separado de los otros. Sin embargo, creía que en alguna etapa futura de su progreso espiritual esta dificultad sería eliminada cuando su alma pecadora hubiera sido levantada de su debilidad e iluminada por la Tercera Persona de la Santísima Trinidad. Creía esto

con mayor razón, y con trepidación, debido a la divina penumbra y al silencio en que moraba el invisible Paráclito, Cuyos símbolos eran una paloma y un viento poderoso, y pecar contra Quien era un pecado imperdonable, el Ser eterno, misterioso y secreto a Quien, como Dios, los sacerdotes ofrecían misa una vez al año, revestidos con el escarlata de las lenguas de fuego.

Las imágenes a través de las cuales la naturaleza y el parentesco de las Tres Personas de la Trinidad se perfilaban oscuramente en los libros de devoción que leía —el Padre contemplando desde toda la eternidad como en un espejo Sus Divinas Perfecciones y engendrando así eternamente al Hijo Eterno, y el Espíritu Santo procediendo del Padre y del Hijo desde toda la eternidad— eran más fáciles de aceptar por su mente debido a su augusta incomprendibilidad que el simple hecho de que Dios hubiera amado su alma desde toda la eternidad, por eras antes de que él hubiera nacido en el mundo, por eras antes de que el mundo mismo hubiera existido.

Había oído los nombres de las pasiones del amor y del odio pronunciados solemnemente en el escenario y en el púlpito, los había encontrado expuestos solemnemente en los libros y se había preguntado por qué su alma era incapaz de albergarlos por mucho tiempo o de forzar a sus labios a pronunciar sus nombres con convicción. Una breve ira lo había investido a menudo, pero nunca había sido capaz de convertirla en una pasión duradera y siempre se había sentido saliendo de ella como si su propio cuerpo fuera despojado con facilidad de alguna piel o cáscara exterior. Había sentido una presencia sutil, oscura y murmurante penetrar su ser y encenderlo con una breve e inicua lujuria: también esta se le había escapado de las manos, dejando su mente lúcida e indiferente. Este, al parecer, era el único amor y aquel el único odio que su alma albergaría.

Pero ya no podía descreer de la realidad del amor, puesto que Dios mismo había amado su alma individual con amor divino desde toda la eternidad. Gradualmente, a medida que su alma se enriquecía con

el conocimiento espiritual, vio el mundo entero formando una vasta y simétrica expresión del poder y el amor de Dios. La vida se convirtió en un don divino por cada momento y sensación del cual, aunque fuera la vista de una sola hoja colgando de la rama de un árbol, su alma debía alabar y agradecer al Dador. El mundo, con toda su sólida sustancia y complejidad, ya no existía para su alma salvo como un teorema del poder, el amor y la universalidad divinos. Tan completo e incuestionable era este sentido del significado divino en toda la naturaleza concedido a su alma que apenas podía entender por qué era necesario en modo alguno que continuara viviendo. Sin embargo, eso era parte del propósito divino y no se atrevía a cuestionar su utilidad, él por encima de todos los demás que había pecado tan profunda y tan vilmente contra el propósito divino. Mansa y humillada por esta conciencia de la única realidad eterna, omnipresente y perfecta, su alma retomó su carga de piedades, misas, oraciones, sacramentos y mortificaciones, y solo entonces, por primera vez desde que había meditado sobre el gran misterio del amor, sintió en su interior un cálido movimiento como el de alguna vida recién nacida o virtud del alma misma. La actitud de éxtasis en el arte sacro, las manos levantadas y separadas, los labios entreabiertos y los ojos como de quien está a punto de desmayarse, se convirtió para él en una imagen del alma en oración, humillada y desfallecida ante su Creador.

Pero había sido advertido de los peligros de la exaltación espiritual y no se permitía desistir ni de la más mínima o humilde devoción, esforzándose también por una mortificación constante para deshacer el pasado pecaminoso en lugar de alcanzar una santidad cargada de peligros. Cada uno de sus sentidos fue sometido a una rigurosa disciplina. Para mortificar el sentido de la vista, se impuso la regla de caminar por la calle con los ojos bajos, sin mirar ni a derecha ni a izquierda y nunca hacia atrás. Sus ojos rehuían todo encuentro con los ojos de las mujeres. De vez en cuando también los frustraba con un súbito esfuerzo de la voluntad, como levantándolos de repente en medio de una frase inacabada y cerrando el libro. Para mortificar el oído, no ejercía control sobre su voz, que entonces estaba

cambiando, ni cantaba ni silbaba, y no hacía ningún intento de huir de los ruidos que le causaban una dolorosa irritación nerviosa, como el afilar de cuchillos en la tabla, el recoger de cenizas en el recogedor y el golpeteo de la alfombra. Mortificar el olfato era más difícil, ya que no encontraba en sí mismo ninguna repugnancia instintiva a los malos olores, ya fueran los olores del mundo exterior, como los del estiércol o el alquitrán, o los olores de su propia persona, entre los cuales había hecho muchas curiosas comparaciones y experimentos. Al final descubrió que el único olor contra el que su sentido del olfato se rebelaba era un cierto hedor rancio a pescado, como el de la orina de mucho tiempo; y siempre que era posible se sometía a este olor desagradable. Para mortificar el gusto, practicaba hábitos estrictos en la mesa, observaba al pie de la letra todos los ayunos de la iglesia y buscaba mediante la distracción desviar su mente de los sabores de los diferentes alimentos. Pero fue a la mortificación del tacto a la que aportó la más asidua ingeniosidad inventiva. Nunca cambiaba conscientemente de posición en la cama, se sentaba en las posturas más incómodas, sufría pacientemente cada picor y dolor, se mantenía alejado del fuego, permanecía de rodillas durante toda la misa excepto en los evangelios, dejaba parte de su cuello y cara sin secar para que el aire los picara y, siempre que no estaba rezando el rosario, llevaba los brazos rígidos a los lados como un corredor y nunca en los bolsillos o cruzados detrás de él.

No tenía tentaciones de pecar mortalmente. Le sorprendió, sin embargo, descubrir que al final de su curso de intrincada piedad y autocontrol, estaba tan fácilmente a merced de imperfecciones infantiles e indignas. Sus oraciones y ayunos le servían de poco para suprimir la ira al oír estornudar a su madre o al ser molestado en sus devociones. Necesitaba un inmenso esfuerzo de su voluntad para dominar el impulso que lo instaba a dar salida a tal irritación. Imágenes de los estallidos de ira trivial que a menudo había notado entre sus maestros, sus bocas crispadas, sus labios apretados y sus mejillas sonrojadas, volvían a su memoria, desanimándolo, a pesar de toda su práctica de la humildad, por la comparación. Fundir su

vida en la marea común de otras vidas le resultaba más difícil que cualquier ayuno u oración, y fue su constante fracaso en lograrlo a su propia satisfacción lo que finalmente causó en su alma una sensación de sequedad espiritual junto con un crecimiento de dudas y escrúpulos. Su alma atravesó un período de desolación en el que los propios sacramentos parecían haberse convertido en fuentes secas. Su confesión se convirtió en un canal para el escape de imperfecciones escrupulosas y no arrepentidas. Su recepción real de la eucaristía no le traía los mismos momentos de disolución y entrega virginal que aquellas comuniones espirituales que hacía a veces al final de alguna visita al Santísimo Sacramento. El libro que usaba para estas visitas era un viejo libro olvidado escrito por San Alfonso María de Liguorio, con caracteres desvaídos y hojas reseca y manchadas de óxido. Un mundo desvaído de amor ferviente y respuestas virginales parecía ser evocado para su alma por la lectura de sus páginas, en las que las imágenes de los cantares se entrelazaban con las oraciones del comulgante. Una voz inaudible parecía acariciar el alma, diciéndole nombres y glorias, ordenándole que se levantara como para los esponsales y se fuera, ordenándole que mirara, como esposa, desde Amana y desde las montañas de los leopardos; y el alma parecía responder con la misma voz inaudible, entregándose: *Inter ubera mea commorabitur*.

Esta idea de entrega tenía una atracción peligrosa para su mente ahora que sentía su alma acosada una vez más por las insistentes voces de la carne, que comenzaban a murmurarle de nuevo durante sus oraciones y meditaciones. Le daba una intensa sensación de poder saber que podía, con un solo acto de consentimiento, en un momento de pensamiento, deshacer todo lo que había hecho. Le parecía sentir una inundación avanzando lentamente hacia sus pies desnudos y estar esperando que la primera, débil, tímida y silenciosa ola tocara su piel febril. Luego, casi en el instante de ese toque, casi al borde del consentimiento pecaminoso, se encontraba de pie, lejos de la inundación, en una orilla seca, salvado por un súbito acto de la voluntad o una súbita jaculatoria; y, viendo la línea plateada de la inundación a lo lejos y comenzando de nuevo su lento avance hacia

sus pies, un nuevo estremecimiento de poder y satisfacción sacudía su alma al saber que no había cedido ni deshecho todo.

Cuando hubo eludido la inundación de la tentación muchas veces de esta manera, se turbó y se preguntó si la gracia que se había negado a perder no le estaba siendo hurtada poco a poco. La clara certeza de su propia inmunidad se atenuó y le sucedió un vago temor de que su alma hubiera caído realmente sin darse cuenta. Con dificultad recuperó su antigua conciencia de su estado de gracia, diciéndose a sí mismo que había rezado a Dios en cada tentación y que la gracia por la que había rezado debía habersele dado, en la medida en que Dios estaba obligado a darla. La misma frecuencia y violencia de las tentaciones le mostraron al fin la verdad de lo que había oído sobre las pruebas de los santos. Las tentaciones frecuentes y violentas eran una prueba de que la ciudadela del alma no había caído y de que el diablo rabiaba por hacerla caer.

A menudo, cuando había confesado sus dudas y escrúpulos, alguna falta de atención momentánea en la oración, un movimiento de ira trivial en su alma, o una sutil obstinación en el habla o en el acto, su confesor le ordenaba que nombrara algún pecado de su vida pasada antes de que le diera la absolución. Lo nombraba con humildad y vergüenza y se arrepentía de él una vez más. Le humillaba y avergonzaba pensar que nunca se libraría de él por completo, por muy santamente que viviera o por muchas virtudes o perfecciones que alcanzara. Un inquieto sentimiento de culpa estaría siempre presente en él: confesaría y se arrepentiría y sería absuelto, confesaría y se arrepentiría de nuevo y sería absuelto de nuevo, infructuosamente. ¿Quizás esa primera confesión apresurada, arrancada por el miedo al infierno, no había sido buena? ¿Quizás, preocupado solo por su inminente condena, no había tenido un sincero dolor por su pecado? Pero la señal más segura de que su confesión había sido buena y de que había tenido un sincero dolor por su pecado era, lo sabía, la enmienda de su vida.

—He enmendado mi vida, ¿no es así? —se preguntó.

El director estaba de pie en el vano de la ventana, de espaldas a la luz, apoyando un codo en la persiana transversal marrón y, mientras hablaba y sonreía, balanceaba y enlazaba lentamente el cordón de la otra persiana. Stephen estaba de pie ante él, siguiendo por un momento con los ojos el desvanecerse de la larga luz del día de verano sobre los tejados o los lentos y diestros movimientos de los dedos sacerdotales. El rostro del sacerdote estaba en total sombra, pero la luz mortecina del día desde detrás de él tocaba las sienes profundamente surcadas y las curvas del cráneo. Stephen también seguía con los oídos los acentos e intervalos de la voz del sacerdote mientras hablaba con gravedad y cordialidad de temas indiferentes, las vacaciones que acababan de terminar, los colegios de la orden en el extranjero, el traslado de maestros. La voz grave y cordial continuaba fácilmente con su relato y en las pausas Stephen se sentía obligado a reanudarlo con preguntas respetuosas. Sabía que el relato era un preludeo y su mente esperaba la secuela. Desde que le había llegado el mensaje de convocatoria del director, su mente había luchado por encontrar el significado del mensaje; y, durante el largo e inquieto tiempo que había estado sentado en el locutorio del colegio esperando que entrara el director, sus ojos habían vagado de un cuadro sobrio a otro por las paredes y su mente había vagado de una conjetura a otra hasta que el significado de la convocatoria casi se había aclarado. Entonces, justo cuando deseaba que alguna causa imprevista impidiera la llegada del director, había oído girar el pomo de la puerta y el susurro de una sotana.

El director había comenzado a hablar de las órdenes dominica y franciscana y de la amistad entre Santo Tomás y San Buenaventura. El hábito capuchino, pensó, era un tanto demasiado...

El rostro de Stephen devolvió la sonrisa indulgente del sacerdote y, no deseando dar una opinión, hizo un ligero movimiento dubitativo con los labios.

—Creo —continuó el director— que ahora se habla entre los propios capuchinos de eliminarlo y seguir el ejemplo de los otros

franciscanos.

—Supongo que lo mantendrían en los claustros, ¿no? —dijo Stephen.

—Oh, ciertamente —dijo el director—. Para el claustro está muy bien, pero para la calle creo realmente que sería mejor eliminarlo, ¿no le parece?

—Debe de ser molesto, imagino.

—Claro que lo es, claro. ¡Imagínese, cuando estuve en Bélgica los veía salir en bicicleta con todo tipo de tiempo con esa cosa subida hasta las rodillas! Era realmente ridículo. *Les jupes*, las llaman en Bélgica.

La vocal estaba tan modificada que resultaba indistinta.

—¿Cómo las llaman?

—*Les jupes*.

—¡Oh!

Stephen sonrió de nuevo en respuesta a la sonrisa que no podía ver en el rostro sombreado del sacerdote, cuya imagen o espectro solo pasaba rápidamente por su mente mientras el acento bajo y discreto caía en su oído. Miró tranquilamente ante sí el cielo mortecino, contento del frescor de la tarde y del tenue resplandor amarillo que ocultaba la diminuta llama que se encendía en su mejilla.

Los nombres de las prendas de vestir de mujer o de ciertos tejidos suaves y delicados utilizados en su confección traían siempre a su mente un perfume delicado y pecaminoso. De niño se había imaginado las riendas con las que se guían los caballos como esbeltas cintas de seda y le horrorizó sentir en Stradbroke el cuero grasiento de los arneses. Le había horrorizado también, cuando sintió por primera vez bajo sus dedos trémulos la textura quebradiza de la media de una mujer, pues, no reteniendo nada de todo lo que leía salvo lo que le parecía un eco o una profecía de su propio

estado, solo entre frases de palabras suaves o dentro de tejidos suaves como rosas se atrevía a concebir el alma o el cuerpo de una mujer moviéndose con tierna vida.

Pero la frase en los labios del sacerdote era insincera, pues sabía que un sacerdote no debía hablar a la ligera de ese tema. La frase había sido dicha a la ligera, con intención, y sintió que su rostro era escudriñado por los ojos en la sombra. Todo lo que había oído o leído sobre la astucia de los jesuitas lo había desechado francamente como no corroborado por su propia experiencia. Sus maestros, incluso cuando no lo habían atraído, le habían parecido siempre sacerdotes inteligentes y serios, prefectos atléticos y de gran espíritu. Pensaba en ellos como hombres que se lavaban el cuerpo enérgicamente con agua fría y vestían lino limpio y frío. Durante todos los años que había vivido entre ellos en Clongowes y en Belvedere, solo había recibido dos palmetazos y, aunque estos le habían sido dados injustamente, sabía que a menudo había escapado al castigo. Durante todos esos años nunca había oído de ninguno de sus maestros una palabra frívola: fueron ellos quienes le enseñaron la doctrina cristiana y le instaron a vivir una buena vida y, cuando había caído en pecado grave, fueron ellos quienes lo llevaron de vuelta a la gracia. Su presencia lo había hecho desconfiar de sí mismo cuando era un zoquete en Clongowes y también lo había hecho desconfiar de sí mismo mientras había mantenido su equívoca posición en Belvedere. Un constante sentido de esto había permanecido con él hasta el último año de su vida escolar. Nunca había desobedecido ni una sola vez ni había permitido que compañeros turbulentos lo sedujeran de su hábito de tranquila obediencia; e, incluso cuando dudaba de alguna afirmación de un maestro, nunca había presumido de dudar abiertamente. Últimamente, algunos de sus juicios le habían sonado un poco infantiles y le habían hecho sentir un pesar y una lástima como si estuviera saliendo lentamente de un mundo acostumbrado y oyera su lenguaje por última vez. Un día, cuando unos chicos se habían reunido alrededor de un sacerdote bajo el cobertizo cerca de la capilla, había oído al sacerdote decir:

—Creo que Lord Macaulay fue un hombre que probablemente nunca cometió un pecado mortal en su vida, es decir, un pecado mortal deliberado.

Algunos de los chicos le habían preguntado entonces al sacerdote si Victor Hugo no era el más grande escritor francés. El sacerdote había respondido que Victor Hugo nunca había escrito ni la mitad de bien cuando se había vuelto contra la iglesia que cuando era católico.

—Pero hay muchos críticos franceses eminentes —dijo el sacerdote— que consideran que incluso Victor Hugo, por grande que ciertamente fuera, no tenía un estilo francés tan puro como Louis Veuillot.

La diminuta llama que la alusión del sacerdote había encendido en la mejilla de Stephen se había apagado de nuevo y sus ojos seguían fijos con calma en el cielo incoloro. Pero una duda inquieta volaba de un lado a otro ante su mente. Recuerdos enmascarados pasaban rápidamente ante él: reconocía escenas y personas, pero era consciente de que no había logrado percibir alguna circunstancia vital en ellas. Se vio a sí mismo paseando por los terrenos, observando los deportes en Clongowes y comiendo *slim jim* de su gorra de críquet. Algunos jesuitas paseaban por la pista de ciclismo en compañía de señoras. Los ecos de ciertas expresiones usadas en Clongowes resonaban en remotas cavernas de su mente.

Sus oídos escuchaban estos ecos lejanos en medio del silencio del locutorio cuando se dio cuenta de que el sacerdote se dirigía a él con una voz diferente.

—Te he mandado llamar hoy, Stephen, porque deseaba hablar contigo de un asunto muy importante.

—Sí, señor.

—¿Has sentido alguna vez que tenías vocación?

Stephen entreabrió los labios para responder que sí y luego retuvo la palabra de repente. El sacerdote esperó la respuesta y añadió:

—Quiero decir, ¿has sentido alguna vez dentro de ti, en tu alma, un deseo de unirme a la orden? Piensa.

—A veces lo he pensado —dijo Stephen.

El sacerdote dejó caer el cordón de la persiana a un lado y, juntando las manos, apoyó gravemente la barbilla en ellas, meditando consigo mismo.

—En un colegio como este —dijo al fin—, hay un chico o quizás dos o tres chicos a quienes Dios llama a la vida religiosa. Tal chico se distingue de sus compañeros por su piedad, por el buen ejemplo que da a los demás. Es admirado por ellos; es elegido quizás como prefecto por sus compañeros de congregación. Y tú, Stephen, has sido un chico así en este colegio, prefecto de la congregación de Nuestra Señora. Quizás eres el chico de este colegio a quien Dios designa para llamarlo a Sí mismo.

Una fuerte nota de orgullo que reforzaba la gravedad de la voz del sacerdote hizo que el corazón de Stephen se acelerara en respuesta.

—Recibir esa llamada, Stephen —dijo el sacerdote—, es el mayor honor que el Dios Todopoderoso puede conceder a un hombre. Ningún rey o emperador en esta tierra tiene el poder del sacerdote de Dios. Ningún ángel o arcángel en el cielo, ningún santo, ni siquiera la Santísima Virgen misma, tiene el poder de un sacerdote de Dios: el poder de las llaves, el poder de atar y desatar del pecado, el poder del exorcismo, el poder de expulsar de las criaturas de Dios a los espíritus malignos que tienen poder sobre ellas; el poder, la autoridad, de hacer que el gran Dios del Cielo descienda sobre el altar y tome la forma de pan y vino. ¡Qué poder tan tremendo, Stephen!

Una llama comenzó a agitarse de nuevo en la mejilla de Stephen al oír en este orgulloso discurso un eco de sus propias orgullosas cavilaciones. ¡Cuántas veces se había visto a sí mismo como un sacerdote, blandiendo con calma y humildad el tremendo poder ante el cual ángeles y santos se postraban con reverencia! A su alma le había encantado meditar en secreto sobre este deseo. Se había visto

a sí mismo, un sacerdote joven y de modales silenciosos, entrando rápidamente en un confesionario, subiendo los escalones del altar, incensando, haciendo genuflexiones, realizando los vagos actos del sacerdocio que le complacían por su apariencia de realidad y por su distancia de ella. En esa vida sombría que había vivido en sus cavilaciones, había asumido las voces y gestos que había notado en varios sacerdotes. Había doblado la rodilla de lado como tal, había sacudido el turíbulo solo ligeramente como cual, su casulla se había abierto como la de aquel otro al volverse de nuevo al altar después de haber bendecido al pueblo. Y, sobre todo, le había complacido ocupar el segundo lugar en esas sombrías escenas de su imaginación. Rehuía la dignidad de celebrante porque le disgustaba imaginar que toda la vaga pompa terminara en su propia persona o que el ritual le asignara un oficio tan claro y final. Ansiaba los oficios sagrados menores, ser revestido con la tunicela de subdiácono en la misa solemne, permanecer apartado del altar, olvidado por el pueblo, con los hombros cubiertos por un velo humeral, sosteniendo la patena entre sus pliegues o, una vez consumado el sacrificio, estar de pie como diácono con una dalmática de tela de oro en el escalón debajo del celebrante, con las manos juntas y el rostro hacia el pueblo, y cantar el canto, *Ite missa est*. Si alguna vez se había visto a sí mismo celebrante, era como en las imágenes de la misa en su misal infantil, en una iglesia sin fieles, salvo por el ángel del sacrificio, en un altar desnudo, y servido por un acólito apenas más niño que él. Solo en vagos actos sacrificiales o sacramentales su voluntad parecía sentirse atraída a salir al encuentro de la realidad; y fue en parte la ausencia de un rito designado lo que siempre lo había constreñido a la inacción, ya fuera que hubiera permitido que el silencio cubriera su ira o su orgullo, o que solo hubiera sufrido un abrazo que anhelaba dar.

Escuchaba ahora en reverente silencio el llamado del sacerdote y a través de las palabras oía aún más distintamente una voz que le ordenaba acercarse, ofreciéndole conocimiento secreto y poder secreto. Sabría entonces cuál era el pecado de Simón el Mago y cuál el pecado contra el Espíritu Santo para el que no había perdón.

Sabría cosas oscuras, ocultas a los demás, a aquellos que fueron concebidos y nacieron hijos de la ira. Sabría los pecados, los anhelos pecaminosos y los pensamientos pecaminosos y los actos pecaminosos de otros, oyéndolos murmurar en sus oídos en el confesionario bajo la vergüenza de una capilla oscurecida por los labios de mujeres y muchachas; pero, hecho inmune misteriosamente en su ordenación por la imposición de manos, su alma pasaría de nuevo incontaminada a la paz blanca del altar. Ningún toque de pecado perduraría en las manos con las que elevaría y partiría la hostia; ningún toque de pecado perduraría en sus labios en oración para hacerle comer y beber su propia condenación por no discernir el cuerpo del Señor. Tendría su conocimiento secreto y su poder secreto, siendo tan sin pecado como los inocentes, y sería sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec.

—Ofreceré mi misa mañana por la mañana —dijo el director—, para que Dios Todopoderoso te revele Su santa voluntad. Y tú, Stephen, haz una novena a tu santo patrón, el primer mártir, que es muy poderoso ante Dios, para que Dios ilumine tu mente. Pero debes estar completamente seguro, Stephen, de que tienes vocación, porque sería terrible si después descubrieras que no la tenías. Una vez sacerdote, siempre sacerdote, recuerda. Tu catecismo te dice que el sacramento del Orden Sagrado es uno de los que solo se pueden recibir una vez porque imprime en el alma una marca espiritual indeleble que nunca puede ser borrada. Es antes cuando debes sopesar bien, no después. Es una cuestión solemne, Stephen, porque de ella puede depender la salvación de tu alma eterna. Pero rezaremos a Dios juntos.

Mantuvo abierta la pesada puerta del vestíbulo y le dio la mano como si ya fuera a un compañero en la vida espiritual. Stephen salió a la ancha plataforma sobre los escalones y fue consciente de la caricia del suave aire vespertino. Hacia la iglesia de Findlater, un cuarteto de jóvenes caminaba a grandes zancadas, abrazados, balanceando la cabeza y marcando el paso al ritmo de la ágil melodía del acordeón de su líder. La música pasó en un instante,

como siempre lo hacían los primeros compases de una música repentina, sobre los fantásticos tejidos de su mente, disolviéndolos sin dolor y sin ruido como una ola repentina disuelve las torrecillas de arena de los niños. Sonriendo ante la trivial melodía, alzó los ojos al rostro del sacerdote y, viendo en él un reflejo sin alegría del día hundido, separó lentamente su mano, que había consentido débilmente en aquella compañía.

Al bajar los escalones, la impresión que borró su turbada introspección fue la de una máscara sin alegría que reflejaba un día hundido desde el umbral del colegio. La sombra, entonces, de la vida del colegio pasó gravemente sobre su conciencia. Era una vida grave, ordenada y sin pasiones la que le esperaba, una vida sin preocupaciones materiales. Se preguntó cómo pasaría la primera noche en el noviciado y con qué consternación se despertaría la primera mañana en el dormitorio. El inquietante olor de los largos pasillos de Clongowes volvió a él y oyó el discreto murmullo de las llamas de gas encendidas. De inmediato, de todas partes de su ser, la inquietud comenzó a irradiar. Siguió una aceleración febril de su pulso, y un estruendo de palabras sin sentido impulsó sus pensamientos razonados de un lado a otro confusamente. Sus pulmones se dilataban y se hundían como si estuviera inhalando un aire cálido, húmedo e insustancial, y olió de nuevo el aire húmedo y cálido que flotaba en el baño de Clongowes sobre el agua perezosa de color turba.

Algún instinto, despertando con estos recuerdos, más fuerte que la educación o la piedad, se avivó dentro de él a cada acercamiento a esa vida, un instinto sutil y hostil, y lo armó contra la aquiescencia. El frío y el orden de esa vida lo repelían. Se vio a sí mismo levantándose en el frío de la mañana y desfilando con los demás hacia la misa temprana e intentando en vano luchar con sus oraciones contra la náusea desfalleciente de su estómago. Se vio a sí mismo sentado a la mesa con la comunidad de un colegio. ¿Qué había sido, entonces, de esa timidez tan arraigada que le había hecho reacio a comer o beber bajo un techo extraño? ¿Qué había

sido del orgullo de su espíritu que siempre le había hecho concebirse como un ser aparte en todo orden?

El Reverendo Stephen Dedalus, S. J.

Su nombre en esa nueva vida saltó en caracteres ante sus ojos y a ello siguió una sensación mental de un rostro indefinido o del color de un rostro. El color se desvaneció y se hizo fuerte como un resplandor cambiante de un rojo ladrillo pálido. ¿Era el crudo resplandor rojizo que tan a menudo había visto en las mañanas invernales en las mejillas afeitadas de los sacerdotes? El rostro no tenía ojos, era de expresión agria y devota, salpicado de tintes rosados de ira sofocada. ¿No era un espectro mental del rostro de uno de los jesuitas a quien algunos de los chicos llamaban Mandíbulas de Linterna y otros Foxy Campbell?

En ese momento pasaba por delante de la casa de los jesuitas en Gardiner Street, y se preguntó vagamente qué ventana sería la suya si alguna vez se unía a la orden. Luego se maravilló de la vaguedad de su asombro, de la lejanía de su propia alma de lo que hasta entonces había imaginado como su santuario, del frágil dominio que tantos años de orden y obediencia tenían sobre él cuando un acto definido e irrevocable amenazaba con poner fin para siempre, en el tiempo y en la eternidad, a su libertad. La voz del director, instándole con las orgullosas reivindicaciones de la iglesia y el misterio y el poder del oficio sacerdotal, se repetía ociosamente en su memoria. Su alma no estaba allí para oírla y saludarla, y ahora sabía que la exhortación que había escuchado ya se había convertido en un cuento ocioso y formal. Nunca balancearía el turíbulo ante el sagrario como sacerdote. Su destino era ser esquivo a las órdenes sociales o religiosas. La sabiduría del llamado del sacerdote no lo conmovió en lo más profundo. Estaba destinado a aprender su propia sabiduría apartado de los demás o a aprender la sabiduría de los demás él mismo, vagando entre las trampas del mundo.

Las trampas del mundo eran sus caminos de pecado. Caería. Todavía no había caído, pero caería silenciosamente, en un instante.

No caer era demasiado difícil, demasiado difícil; y sintió el silencioso lapso de su alma, como sería en algún instante venidero, cayendo, cayendo, pero aún no caída, todavía sin caer, pero a punto de caer.

Cruzó el puente sobre el arroyo del Tolka y volvió los ojos fríamente por un instante hacia el desvaído santuario azul de la Santísima Virgen, que se erigía como un ave en un poste en medio de un campamento en forma de jamón de pobres casuchas. Luego, girando a la izquierda, siguió el carril que subía a su casa. El débil hedor agrio de coles podridas le llegó desde los huertos de la ladera sobre el río. Sonrió al pensar que era este desorden, el desgobierno y la confusión de la casa de su padre y el estancamiento de la vida vegetal, lo que iba a ganar la partida en su alma. Luego, una breve risa brotó de sus labios al pensar en aquel solitario peón de los huertos detrás de su casa, a quien habían apodado el hombre del sombrero. Una segunda risa, que surgió de la primera tras una pausa, brotó involuntariamente de él al pensar en cómo trabajaba el hombre del sombrero, considerando por turno los cuatro puntos cardinales y luego, con pesar, hundiendo su pala en la tierra.

Empujó la puerta sin pestillo del porche y pasó por el vestíbulo desnudo hasta la cocina. Un grupo de sus hermanos y hermanas estaba sentado alrededor de la mesa. El té estaba casi terminado y solo quedaba el último resto del segundo té aguado en el fondo de los pequeños tarros de cristal y de mermelada que servían de tazas. Cortezas desechadas y trozos de pan azucarado, dorados por el té que se había vertido sobre ellos, yacían esparcidos sobre la mesa. Pequeños charcos de té yacían aquí y allá sobre la tabla, y un cuchillo con el mango de marfil roto estaba clavado en la miga de una empanada devastada.

El triste y silencioso resplandor gris azulado del día moribundo entraba por la ventana y la puerta abierta, cubriendo y aplacando silenciosamente un súbito instinto de remordimiento en el corazón de Stephen. Todo lo que a ellos se les había negado le había sido dado libremente a él, el mayor; pero el silencioso resplandor del atardecer no le mostró en sus rostros ninguna señal de rencor.

Se sentó cerca de ellos a la mesa y preguntó dónde estaban su padre y su madre. Uno respondió:

—Se han ido a mirar una casa.

¡Otro traslado más! Un chico llamado Fallon, en Belvedere, le había preguntado a menudo con una risa tonta por qué se mudaban tan a menudo. Un ceño de desdén oscureció rápidamente su frente al oír de nuevo la risa tonta del que preguntaba.

Preguntó:

—¿Por qué nos mudamos de nuevo, si no es indiscreción?

—Porque el casero nos va a echar.

La voz de su hermano menor, desde el otro lado de la chimenea, comenzó a cantar la melodía de *A menudo en la noche silenciosa*. Uno por uno, los demás se unieron a la melodía hasta que un coro completo de voces cantaba. Cantarían así durante horas, melodía tras melodía, canción tras canción, hasta que la última luz pálida se apagara en el horizonte, hasta que las primeras nubes oscuras de la noche aparecieran y cayera la noche.

Esperó unos momentos, escuchando, antes de unirse él también a la melodía con ellos. Escuchaba con dolor de espíritu el sobretono de cansancio detrás de sus voces frágiles, frescas e inocentes. Incluso antes de emprender el viaje de la vida, ya parecían cansados del camino.

Oyó el coro de voces en la cocina resonar y multiplicarse a través de una reverberación interminable de los coros de generaciones interminables de niños y oyó en todos los ecos un eco también de la nota recurrente de cansancio y dolor. Todos parecían cansados de la vida incluso antes de entrar en ella. Y recordó que Newman también había oído esta nota en los versos rotos de Virgilio, «dando expresión, como la voz de la propia Naturaleza, a ese dolor y cansancio, y sin embargo esperanza de cosas mejores, que ha sido la experiencia de sus hijos en todo tiempo».

No pudo esperar más.

Desde la puerta de la taberna de Byron hasta la verja de la Capilla de Clontarf, desde la verja de la Capilla de Clontarf hasta la puerta de la taberna de Byron y luego de vuelta a la capilla y de nuevo a la taberna, había caminado lentamente al principio, plantando sus pasos escrupulosamente en los espacios del mosaico de la acera, luego sincronizando su caída con la caída de los versos. Había pasado una hora entera desde que su padre había entrado con Dan Crosby, el tutor, para averiguar algo para él sobre la universidad. Durante una hora entera había paseado de un lado a otro, esperando: pero no podía esperar más.

Partió bruscamente hacia el Bull, caminando rápidamente para que el agudo silbido de su padre no lo llamara de vuelta; y en pocos momentos había doblado la curva en el cuartel de la policía y estaba a salvo.

Sí, su madre se oponía a la idea, como había leído en su apático silencio. Sin embargo, su desconfianza lo hería más agudamente que el orgullo de su padre, y pensó con frialdad cómo había visto la fe que se desvanecía en su alma envejecer y fortalecerse en los ojos de ella. Un oscuro antagonismo cobró fuerza en su interior y oscureció su mente como una nube contra la deslealtad de ella, y cuando pasó, como una nube, dejando su mente serena y obediente hacia ella de nuevo, se dio cuenta vagamente y sin pesar de una primera y silenciosa separación de sus vidas.

¡La universidad! Así que había superado el desafío de los centinelas que habían sido guardianes de su infancia y habían intentado mantenerlo entre ellos para que estuviera sujeto a ellos y sirviera a sus fines. El orgullo tras la satisfacción lo elevaba como largas y lentas olas. El fin para el que había nacido para servir y que aún no veía lo había llevado a escapar por un camino invisible y ahora le hacía señas una vez más y una nueva aventura estaba a punto de abrirse ante él. Le pareció oír notas de música intermitente saltando un tono hacia arriba y una cuarta disminuida hacia abajo, un tono hacia arriba y una tercera mayor hacia abajo, como llamas de triple ramificación saltando caprichosamente, llama tras llama, de

un bosque a medianoche. Era un preludio élfico, interminable e informe; y, a medida que se volvía más salvaje y rápido, con las llamas saltando fuera de tiempo, le pareció oír de debajo de las ramas y las hierbas a criaturas salvajes corriendo, sus patas repiqueteando como lluvia sobre las hojas. Sus patas pasaron en un tumulto repiqueteante sobre su mente, las patas de liebres y conejos, las patas de ciervos y ciervas y antílopes, hasta que no las oyó más y solo recordó una orgullosa cadencia de Newman:

*—Cuyos pies son como los de los ciervos y debajo los brazos eternos.*

El orgullo de esa imagen sombría trajo de vuelta a su mente la dignidad del oficio que había rechazado. Durante toda su infancia había meditado sobre lo que tan a menudo había pensado que era su destino y cuando llegó el momento de obedecer la llamada, se había apartado, obedeciendo un instinto caprichoso. Ahora el tiempo se interponía: los óleos de la ordenación nunca ungirían su cuerpo. Se había negado. ¿Por qué?

Se apartó del camino hacia el mar en Dollymount y al pasar al delgado puente de madera sintió las tablas temblar con el paso de pies calzados pesadamente. Un pelotón de Hermanos Cristianos regresaba del Bull y había comenzado a pasar, de dos en dos, por el puente. Pronto todo el puente temblaba y resonaba. Los rostros toscos pasaron junto a él de dos en dos, manchados de amarillo o rojo o lívidos por el mar, y, mientras se esforzaba por mirarlos con soltura e indiferencia, una leve mancha de vergüenza y compasión personal subió a su propio rostro. Enojado consigo mismo, trató de ocultar su rostro de sus ojos mirando de reojo hacia el agua poco profunda y arremolinada bajo el puente, pero todavía veía un reflejo en ella de sus sombreros de copa de seda y sus humildes cuellos de cinta y sus ropas clericales holgadas.

—Hermano Hickey.

Hermano Quaid.

Hermano MacArdle.

Hermano Keogh.—

Su piedad sería como sus nombres, como sus rostros, como sus ropas, y era inútil que se dijera a sí mismo que sus corazones humildes y contritos, tal vez, rendían un tributo de devoción mucho más rico que el suyo jamás había sido, un don diez veces más aceptable que su elaborada adoración. Era inútil que se esforzara por ser generoso con ellos, que se dijera a sí mismo que si alguna vez llegaba a sus puertas, despojado de su orgullo, golpeado y con harapos de mendigo, ellos serían generosos con él, amándolo como a sí mismos. Inútil y amargo, finalmente, argumentar, contra su propia certeza desapasionada, que el mandamiento del amor nos ordena no amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos con la misma cantidad e intensidad de amor, sino amarlo como a nosotros mismos con el mismo tipo de amor.

Extrajo una frase de su tesoro y se la dijo suavemente a sí mismo:

—Un día de nubes jaspeadas traídas por el mar.

La frase, el día y la escena armonizaban en un acorde. Palabras. ¿Eran sus colores? Las dejó brillar y desvanecerse, matiz tras matiz: oro del amanecer, el ocre y el verde de los manzanos, el azur de las olas, el vellón de nubes con flecos grises. No, no eran sus colores: era el equilibrio y la armonía del período mismo. ¿Amaba entonces el rítmico ascenso y descenso de las palabras más que sus asociaciones de leyenda y color? ¿O era que, siendo tan débil de vista como tímido de mente, obtenía menos placer de la reflexión del brillante mundo sensible a través del prisma de un lenguaje multicolor y ricamente historiado que de la contemplación de un mundo interior de emociones individuales reflejado perfectamente en una prosa lúcida, flexible y periódica?

Pasó del puente tembloroso a tierra firme de nuevo. En ese instante, según le pareció, el aire se enfrió y, mirando de reojo hacia el agua, vio una ráfaga de viento oscureciendo y encrespando de repente la marea. Un leve clic en su corazón, un leve latido en su garganta le dijeron una vez más cuánto su carne temía el frío olor

infrahumano del mar; sin embargo, no atravesó las dunas a su izquierda, sino que siguió recto por la espina de rocas que apuntaba contra la desembocadura del río.

Una luz solar velada iluminaba débilmente la lámina gris del agua donde el río formaba una bahía. A lo lejos, a lo largo del curso del lento Liffey, esbeltos mástiles salpicaban el cielo y, más lejos aún, la sombría fábrica de la ciudad yacía postrada en la bruma. Como una escena en algún vago tapiz, tan antiguo como el cansancio del hombre, la imagen de la séptima ciudad de la cristiandad era visible para él a través del aire atemporal, no más vieja ni más cansada ni menos paciente de la sujeción que en los días del *thingmote*.

Descorazonado, alzó los ojos hacia las nubes que se desplazaban lentamente, jaspeadas y traídas por el mar. Viajaban a través de los desiertos del cielo, una hueste de nómadas en marcha, viajando alto sobre Irlanda, con rumbo al oeste. La Europa de la que habían venido yacía allá, más allá del Mar de Irlanda, Europa de lenguas extrañas y de valles y rodeada de bosques y acastillada y de razas atrincheradas y marciales. Oyó una música confusa en su interior, como de recuerdos y nombres de los que era casi consciente pero que no podía capturar ni por un instante; luego la música pareció retroceder, retroceder, retroceder, y de cada rastro de música nebulosa que se alejaba caía siempre una nota larga y sostenida, penetrante como una estrella en el crepúsculo del silencio. ¡Otra vez! ¡Otra vez! ¡Otra vez! Una voz desde más allá del mundo estaba llamando.

—¡Hola, Stephanos!

—¡Ahí viene El Dedalus!

—¡Ao!... ¡Eh, déjalo, Dwyer, te lo digo, o te daré un sopapo en el morro!... ¡Ao!

—¡Bien hecho, Towser! ¡Húndelo!

—¡Vamos, Dedalus! ¡Bous Stephanoumenos! ¡Bous Stephaneforos!

—¡Húndelo! ¡Tráгатelo ahora, Towser!

—¡Socorro! ¡Socorro!... ¡Ao!

Reconoció su habla colectivamente antes de distinguir sus rostros. La mera visión de esa mezcla de desnudez húmeda lo heló hasta los huesos. Sus cuerpos, de un blanco cadavérico o impregnados de una pálida luz dorada o crudamente bronceados por el sol, brillaban con la humedad del mar. Su trampolín, suspendido en sus toscos soportes y meciéndose bajo sus zambullidas, y las piedras toscamente talladas del rompeolas inclinado sobre el que trepaban en sus juegos bruscos, brillaban con un frío lustre húmedo. Las toallas con las que se golpeaban el cuerpo estaban pesadas de agua de mar fría; y empapado de salmuera fría estaba su pelo enmarañado.

Se quedó quieto en deferencia a sus llamadas y paró sus bromas con palabras fáciles. ¡Qué anodinos parecían!: Shuley sin su cuello profundo y desabrochado, Ennis sin su cinturón escarlata con la hebilla de serpiente, y Connolly sin su chaqueta Norfolk con los bolsillos laterales sin solapa. Era un dolor verlos, y un dolor como de espada ver los signos de la adolescencia que hacían repelente su lastimosa desnudez. Quizás se habían refugiado en el número y el ruido del secreto pavor en sus almas. Pero él, apartado de ellos y en silencio, recordaba con qué pavor se encontraba ante el misterio de su propio cuerpo.

—¡Stephanos Dedalos! ¡Bous Stephanoumenos! ¡Bous Stephaneforos!

Sus bromas no eran nuevas para él y ahora halagaban su suave y orgullosa soberanía. Ahora, como nunca antes, su extraño nombre le parecía una profecía. Tan atemporal parecía el aire gris y cálido, tan fluido e impersonal su propio estado de ánimo, que todas las edades eran como una para él. Un momento antes, el fantasma del antiguo reino de los daneses había asomado a través de la vestidura de la ciudad envuelta en bruma. Ahora, al nombre del fabuloso artífice, le pareció oír el ruido de olas sombrías y ver una forma alada volando sobre las olas y ascendiendo lentamente por el aire. ¿Qué significaba? ¿Era un ingenioso artificio que abría una página de

algún libro medieval de profecías y símbolos, un hombre con aspecto de halcón volando hacia el sol sobre el mar, una profecía del fin para el que había nacido para servir y que había estado siguiendo a través de las nieblas de la infancia y la niñez, un símbolo del artista forjando de nuevo en su taller, a partir de la materia inerte de la tierra, un nuevo ser ascendente, impalpable, imperecedero?

Su corazón tembló; su respiración se aceleró y un espíritu salvaje recorrió sus miembros como si estuviera elevándose hacia el sol. Su corazón tembló en un éxtasis de miedo y su alma estaba en vuelo. Su alma se elevaba en un aire más allá del mundo y el cuerpo que conocía se purificaba en un aliento y se liberaba de la incertidumbre y se hacía radiante y se entremezclaba con el elemento del espíritu. Un éxtasis de vuelo hizo radiantes sus ojos y salvaje su aliento y trémulos y salvajes y radiantes sus miembros azotados por el viento.

—¡Uno! ¡Dos!... ¡Cuidado!

—¡Oh, Cripes, estoy ahogado!

—¡Uno! ¡Dos! ¡Tres y fuera!

—¡El siguiente! ¡El siguiente!

—¡Uno!... ¡Uk!

—¡Stephaneforos!

Le dolía la garganta con el deseo de gritar en voz alta, el grito de un halcón o un águila en las alturas, de gritar penetrantemente su liberación a los vientos. Esta era la llamada de la vida a su alma, no la voz apagada y grosera del mundo de los deberes y la desesperación, no la voz inhumana que lo había llamado al pálido servicio del altar. Un instante de vuelo salvaje lo había liberado y el grito de triunfo que sus labios contuvieron hendió su cerebro.

—¡Stephaneforos!

¿Qué eran ahora sino sudarios sacudidos del cuerpo de la muerte —el miedo en que había caminado noche y día, la incertidumbre que

lo había rodeado, la vergüenza que lo había humillado por dentro y por fuera—, sudarios, los lienzos de la tumba?

Su alma se había levantado de la tumba de la niñez, despreciando sus mortajas. ¡Sí! ¡Sí! ¡Sí! Crearía con orgullo, a partir de la libertad y el poder de su alma, como el gran artífice cuyo nombre llevaba, un ser vivo, nuevo y ascendente y hermoso, impalpable, imperecedero.

Se levantó nerviosamente del bloque de piedra, pues ya no podía apagar la llama en su sangre. Sentía las mejillas en llamas y la garganta latiendo de canto. Había en sus pies una lujuria de vagabundear que ardía por partir hacia los confines de la tierra. ¡Adelante! ¡Adelante! parecía gritar su corazón. La tarde se profundizaría sobre el mar, la noche caería sobre las llanuras, el alba despuntaría ante el caminante y le mostraría campos y colinas y rostros extraños. ¿Dónde?

Miró hacia el norte, hacia Howth. El mar había bajado por debajo de la línea de algas en el lado poco profundo del rompeolas y ya la marea se retiraba rápidamente a lo largo de la costa. Ya un largo banco ovalado de arena yacía cálido y seco entre las olitas. Aquí y allá, cálidas islas de arena brillaban sobre la marea baja y alrededor de las islas y alrededor del largo banco y en medio de las corrientes poco profundas de la playa había figuras vestidas de claro, vadeando y cavando.

En pocos momentos estaba descalzo, con los calcetines doblados en los bolsillos y las zapatillas de lona colgando de sus cordones anudados sobre los hombros y, cogiendo un palo puntiagudo carcomido por la sal de entre los restos que había en las rocas, bajó por la pendiente del rompeolas.

Había un largo riachuelo en la playa y, mientras lo remontaba lentamente, se maravillaba de la interminable deriva de algas. Esmeraldas y negras y ocres y olivas, se movían bajo la corriente, balanceándose y girando. El agua del riachuelo era oscura por la deriva interminable y reflejaba las nubes que flotaban altas. Las nubes se desplazaban sobre él silenciosamente y silenciosamente las

algas se desplazaban debajo de él y el aire gris y cálido estaba quieto y una nueva vida salvaje cantaba en sus venas.

¿Dónde estaba ahora su niñez? ¿Dónde estaba el alma que se había retraído de su destino, para meditar a solas sobre la vergüenza de sus heridas y en su casa de miseria y subterfugio reinar con sudarios desvaídos y guirnaldas que se marchitaban al tacto? ¿O dónde estaba él?

Estaba solo. Pasaba inadvertido, feliz y cerca del corazón salvaje de la vida. Estaba solo y joven y obstinado y de corazón salvaje, solo en medio de un yermo de aire salvaje y aguas salobres y la cosecha marina de conchas y algas y una velada luz de sol gris y figuras de niños y niñas vestidas de colores alegres y voces infantiles y de niña en el aire.

Una muchacha estaba de pie ante él en medio de la corriente, sola e inmóvil, mirando hacia el mar. Parecía como si la magia la hubiera transformado en la semejanza de una extraña y hermosa ave marina. Sus largas y esbeltas piernas desnudas eran delicadas como las de una grulla y puras, salvo donde un rastro esmeralda de alga se había formado como una señal sobre la carne. Sus muslos, más llenos y de un tono suave como el marfil, estaban desnudos casi hasta las caderas, donde los flecos blancos de sus pololos eran como un plumón suave y blanco. Sus faldas de color pizarra azulada estaban audazmente remangadas alrededor de su cintura y encajadas detrás de ella. Su pecho era como el de un pájaro, suave y ligero, ligero y suave como el pecho de alguna paloma de plumaje oscuro. Pero su largo cabello rubio era de niña; y de niña, y tocado por la maravilla de la belleza mortal, su rostro.

Estaba sola e inmóvil, mirando hacia el mar; y cuando sintió su presencia y la adoración de sus ojos, sus ojos se volvieron hacia él en tranquila aceptación de su mirada, sin vergüenza ni lascivia. Largo, muy largo tiempo soportó su mirada y luego, tranquilamente, apartó sus ojos de los de él y los bajó hacia la corriente, agitando suavemente el agua con el pie de un lado a otro. El primer débil ruido de agua moviéndose suavemente rompió el silencio, bajo y

débil y susurrante, débil como las campanas del sueño; de un lado a otro, de un lado a otro; y una débil llama tembló en su mejilla.

—¡Dios celestial! —gritó el alma de Stephen, en un estallido de alegría profana.

Se apartó de ella de repente y partió a través de la playa. Sus mejillas estaban en llamas; su cuerpo ardía; sus miembros temblaban. Siguió y siguió y siguió y siguió a grandes zancadas, lejos sobre las arenas, cantando salvajemente al mar, gritando para saludar el advenimiento de la vida que lo había llamado.

Su imagen había pasado a su alma para siempre y ninguna palabra había roto el santo silencio de su éxtasis. Sus ojos lo habían llamado y su alma había saltado a la llamada. ¡Vivir, errar, caer, triunfar, recrear la vida a partir de la vida! Un ángel salvaje se le había aparecido, el ángel de la juventud y la belleza mortales, un enviado de las hermosas cortes de la vida, para abrir ante él en un instante de éxtasis las puertas de todos los caminos del error y la gloria. ¡Adelante, adelante, adelante y adelante!

Se detuvo de repente y oyó su corazón en el silencio. ¿Cuánto había caminado? ¿Qué hora era?

No había ninguna figura humana cerca de él ni ningún sonido le llegaba por el aire. Pero la marea estaba a punto de cambiar y ya el día declinaba. Se volvió hacia tierra y corrió hacia la orilla y, subiendo por la playa inclinada, sin importarle el guijarro afilado, encontró un rincón arenoso en medio de un círculo de montículos de arena cubiertos de hierba y se tumbó allí para que la paz y el silencio de la tarde calmaran el tumulto de su sangre.

Sintió sobre él la vasta cúpula indiferente y los tranquilos procesos de los cuerpos celestes; y la tierra debajo de él, la tierra que lo había parido, lo había acogido en su seno.

Cerró los ojos en la languidez del sueño. Sus párpados temblaron como si sintieran el vasto movimiento cíclico de la tierra y sus vigilantes, temblaron como si sintieran la extraña luz de algún nuevo mundo. Su alma se desvanecía en un nuevo mundo, fantástico,

sombrío, incierto como bajo el mar, atravesado por formas y seres nubosos. ¿Un mundo, un destello o una flor? Titilando y temblando, temblando y desplegándose, una luz que se abre, una flor que se abre, se extendió en una sucesión interminable a sí misma, estallando en carmesí pleno y desplegándose y desvaneciéndose hasta el rosa más pálido, hoja por hoja y onda de luz por onda de luz, inundando todos los cielos con sus suaves rubores, cada rubor más profundo que el otro.

La tarde había caído cuando despertó y la arena y las hierbas áridas de su lecho ya no brillaban. Se levantó lentamente y, recordando el éxtasis de su sueño, suspiró de alegría.

Subió a la cresta de la duna y miró a su alrededor. Había caído la tarde. Un borde de la luna nueva hendía la pálida desolación del horizonte, el borde de un aro de plata incrustado en arena gris; y la marea subía rápidamente hacia la tierra con un bajo susurro de sus olas, aislando unas pocas últimas figuras en charcos distantes.

## CAPÍTULO V

Apuró su tercera taza de té aguado hasta las heces y se puso a masticar las cortezas de pan frito que estaban esparcidas cerca de él, mirando fijamente el oscuro charco del tarro. La manteca amarilla había sido extraída como si fuera una turbera y el charco debajo de ella le trajo a la memoria el agua oscura color turba del baño de Clongowes. La caja de las papeletas de empeño a su codo acababa de ser desvalijada y él cogió ociosamente una tras otra con sus dedos grasientos las papeletas azules y blancas, garabateadas, espolvoreadas con arena, arrugadas y con el nombre del pignorante como Daly o MacEvoy.

1 Par de Borceguíes.

1 Abrigo de D.

3 Artículos y Blanco.

1 Pantalón de Hombre.

Luego las apartó y contempló pensativamente la tapa de la caja, moteada de marcas de piojos, y preguntó vagamente:

—¿Cuánto adelanta el reloj ahora?

Su madre enderezó el desvencijado despertador que yacía de costado en medio de la repisa de la chimenea hasta que su esfera mostró las doce menos cuarto y luego lo volvió a colocar de costado.

—Una hora y veinticinco minutos —dijo—. La hora correcta ahora son las diez y veinte. Sabe Dios que podrías intentar llegar a tiempo

a tus clases.

—Llena el cacharro para que me lave —dijo Stephen.

—Katey, llena el cacharro para que Stephen se lave.

—Boody, llena el cacharro para que Stephen se lave.

—No puedo, voy a por añil. Llénalo tú, Maggy.

Cuando la palangana esmaltada fue encajada en el hueco del fregadero y el viejo guante de baño arrojado a un lado, permitió que su madre le frotara el cuello y hurgara en los pliegues de sus orejas y en los intersticios de las aletas de su nariz.

—Bueno, es un caso lamentable —dijo ella—, que un estudiante universitario esté tan sucio que su madre tenga que lavarlo.

—Pero te da placer —dijo Stephen con calma.

Se oyó un silbido ensordecedor desde el piso de arriba y su madre le metió en las manos un paño húmedo, diciendo:

—Sécate y sal corriendo, por el amor de Dios.

Un segundo silbido agudo, prolongado con enojo, hizo que una de las chicas se acercara al pie de la escalera.

—¿Sí, padre?

—¿Ya se ha ido tu vago y cabrón hermano?

—Sí, padre.

—¿Segura?

—Sí, padre.

—¡Hum!

La chica volvió, haciéndole señas para que se diera prisa y saliera silenciosamente por la puerta de atrás. Stephen se rio y dijo:

—Tiene una idea curiosa de los géneros si piensa que cabrón es femenino.

—Ah, es una vergüenza escandalosa para ti, Stephen —dijo su madre—, y vivirás para lamentar el día que pusiste un pie en ese lugar. Sé cómo te ha cambiado.

—Buenos días a todos —dijo Stephen, sonriendo y besando las puntas de sus dedos a modo de adiós.

El callejón detrás de la terraza estaba encharcado y mientras bajaba lentamente, eligiendo sus pasos entre montones de basura húmeda, oyó a una monja loca chillar en el manicomio de las monjas al otro lado del muro.

—¡Jesús! ¡Oh, Jesús! ¡Jesús!

Se sacudió el sonido de los oídos con un enérgico movimiento de cabeza y se apresuró, tropezando entre los despojos en descomposición, con el corazón ya mordido por un dolor de aversión y amargura. El silbido de su padre, los murmullos de su madre, el chillido de una maníaca invisible eran para él ahora otras tantas voces que ofendían y amenazaban con humillar el orgullo de su juventud. Expulsó sus ecos incluso de su corazón con una execración; pero, mientras caminaba por la avenida y sentía la luz gris de la mañana caer sobre él a través de los árboles goteantes y olía el extraño y salvaje olor de las hojas y la corteza húmedas, su alma se liberó de sus miserias.

Los árboles cargados de lluvia de la avenida evocaban en él, como siempre, recuerdos de las muchachas y mujeres de las obras de Gerhart Hauptmann; y el recuerdo de sus pálidas penas y la fragancia que caía de las ramas húmedas se mezclaban en un estado de ánimo de tranquila alegría. Su paseo matutino por la ciudad había comenzado, y preveía que al pasar por las marismas de Fairview pensaría en la prosa claustral de vetas de plata de Newman; que al caminar por la North Strand Road, mirando ociosamente los escaparates de las tiendas de comestibles, recordaría el oscuro humor de Guido Cavalcanti y sonreiría; que al pasar por el taller de cantería de Baird en Talbot Place el espíritu de Ibsen soplaría a través de él como un viento agudo, un espíritu de

belleza caprichosa y juvenil; y que al pasar por una mugrienta tienda de efectos navales más allá del Liffey repetiría la canción de Ben Jonson que comienza:

No estaba más cansado donde yacía.

Su mente, cuando se cansaba de su búsqueda de la esencia de la belleza entre las palabras espectrales de Aristóteles o Aquino, se volvía a menudo por placer a las delicadas canciones de los isabelinos. Su mente, con la vestidura de un monje dubitativo, se detenía a menudo en la sombra bajo las ventanas de aquella época, para oír la música grave y burlona de los laudistas o la risa franca de los petimetres, hasta que una risa demasiado baja, una frase, empañada por el tiempo, de amancebamiento y falso honor, hería su orgullo monacal y lo ahuyentaba de su escondite.

El saber en el que se creía que pasaba sus días meditando, de tal manera que lo había alejado de la compañía de la juventud, no era más que una cosecha de esbeltas sentencias de la poética y la psicología de Aristóteles y una *Synopsis Philosophiæ Scholasticæ ad mentem divi Thomæ*. Su pensamiento era un crepúsculo de duda y desconfianza en sí mismo, iluminado a momentos por los relámpagos de la intuición, pero relámpagos de un esplendor tan claro que en esos momentos el mundo parecía a sus pies como si hubiera sido consumido por el fuego; y después su lengua se volvía pesada y se encontraba con los ojos de los demás con ojos que no respondían, pues sentía que el espíritu de la belleza lo había envuelto como un manto y que, al menos en el ensueño, había conocido la nobleza. Pero cuando este breve orgullo del silencio ya no lo sostenía, se alegraba de encontrarse todavía en medio de vidas comunes, siguiendo su camino en medio de la miseria, el ruido y la pereza de la ciudad, sin miedo y con el corazón ligero.

Cerca de las vallas publicitarias del canal se encontró con el hombre tísico de cara de muñeca y sombrero sin ala que venía hacia él bajando la cuesta del puente con pasitos cortos, apretadamente abotonado en su abrigo de color chocolate, y sosteniendo su paraguas plegado a una o dos palmos de él como una varilla de

zahorí. Deben ser las once, pensó, y se asomó a una lechería para ver la hora. El reloj de la lechería le dijo que eran las cinco menos cinco, pero, al volverse, oyó un reloj en algún lugar cercano, pero invisible, dar las once campanadas con rápida precisión. Se rio al oírlo, pues le hizo pensar en MacCann; y lo vio como una figura regordeta con chaqueta y pantalones de caza y con una perilla rubia, de pie en el viento en la esquina de Hopkins, y le oyó decir:

—Dedalus, eres un ser antisocial, encerrado en ti mismo. Yo no. Soy un demócrata y trabajaré y actuaré por la libertad social y la igualdad entre todas las clases y sexos en los Estados Unidos de la Europa del futuro.

¡Las once! Entonces también llegaba tarde a esa clase. ¿Qué día de la semana era? Se detuvo en un quiosco para leer el titular de un cartel. Jueves. De diez a once, inglés; de once a doce, francés; de doce a una, física. Se imaginó la clase de inglés y se sintió, incluso a esa distancia, inquieto e indefenso. Vio las cabezas de sus compañeros de clase humildemente inclinadas mientras escribían en sus cuadernos los puntos que se les ordenaba anotar, definiciones nominales, definiciones esenciales y ejemplos o fechas de nacimiento o muerte, obras principales, una crítica favorable y una desfavorable una al lado de la otra. Su propia cabeza no estaba inclinada, pues sus pensamientos vagaban por otros lares y, ya mirara a la pequeña clase de estudiantes o por la ventana a los desolados jardines del Green, lo asaltaba un olor a humedad y podredumbre de sótano desapacible. Otra cabeza que no era la suya, justo delante de él en los primeros bancos, se erguía cuadrada sobre sus compañeros inclinados como la cabeza de un sacerdote que apela sin humildad al sagrario por los humildes fieles que lo rodean. ¿Por qué era que cuando pensaba en Cranly nunca podía evocar ante su mente la imagen completa de su cuerpo, sino solo la imagen de la cabeza y el rostro? Incluso ahora, contra la cortina gris de la mañana, la veía ante él como el fantasma de un sueño, el rostro de una cabeza cortada o una máscara mortuoria, coronada en las sienas por su pelo negro, tieso y erguido, como por una corona de hierro. Era un rostro de sacerdote, de sacerdote en su palidez, en

la nariz ancha y alada, en las sombras bajo los ojos y a lo largo de las mandíbulas, de sacerdote en los labios largos, exangües y levemente sonrientes; y Stephen, recordando rápidamente cómo le había contado a Cranly todos los tumultos, la inquietud y los anhelos de su alma, día tras día y noche tras noche, solo para ser respondido por el silencio atento de su amigo, se habría dicho a sí mismo que era el rostro de un sacerdote culpable que oía confesiones de aquellos a quienes no tenía poder para absolver, de no ser porque sintió de nuevo en la memoria la mirada de sus ojos oscuros y femeninos.

A través de esta imagen tuvo un atisbo de una extraña y oscura caverna de especulación, pero se apartó de inmediato, sintiendo que aún no era la hora de entrar en ella. Pero la sombra de la apatía de su amigo parecía difundirse en el aire a su alrededor como una exhalación tenue y mortal, y se encontró mirando de una palabra casual a otra a su derecha o a su izquierda con un asombro impasible, al ver que habían sido vaciadas tan silenciosamente de su sentido instantáneo, hasta que cada mísera leyenda de tienda ataba su mente como las palabras de un hechizo y su alma se arrugaba suspirando de vejez mientras caminaba por un callejón entre montones de lenguaje muerto. Su propia conciencia del lenguaje refluía de su cerebro y se filtraba en las propias palabras, que se ponían a agruparse y dispersarse en ritmos caprichosos:

La hiedra gime en el muro,  
Y gime y se enrosca en el muro,  
La hiedra amarilla en el muro,  
Hiedra, hiedra, muro arriba.

¿Alguien oyó jamás semejante sandez? ¡Santo Dios! ¿Quién oyó jamás a una hiedra gemir en un muro? Hiedra amarilla; eso estaba bien. Marfil amarillo también. ¿Y qué hay del marfil hiedra?

La palabra ahora brillaba en su cerebro, más clara y brillante que cualquier marfil serrado de los moteados colmillos de los elefantes. *Ivory, ivoire, avorio, ebur*. Uno de los primeros ejemplos que había

aprendido en latín decía: *India mittit ebur*, y recordó el rostro astuto y norteño del rector que le había enseñado a interpretar las *Metamorfosis* de Ovidio en un inglés cortés, vuelto caprichoso por la mención de lechones, tiestos y lomos de tocino. Había aprendido lo poco que sabía de las leyes del verso latino de un libro andrajoso escrito por un sacerdote portugués.

Contrahit orator, variant in carmine vates.

Las crisis, victorias y secesiones de la historia romana le eran transmitidas en las trilladas palabras *in tanto discrimine* y había intentado escudriñar la vida social de la ciudad de las ciudades a través de las palabras *implere ollam denariorum*, que el rector había traducido sonoramente como el llenado de una olla con denarios. Las páginas de su Horacio desgastado por el tiempo nunca se sentían frías al tacto, ni siquiera cuando sus propios dedos estaban fríos; eran páginas humanas y cincuenta años antes habían sido pasadas por los dedos humanos de John Duncan Inverarity y por su hermano, William Malcolm Inverarity. Sí, aquellos eran nombres nobles en la oscura guarda y, aun para un latinista tan pobre como él, los oscuros versos eran tan fragantes como si hubieran yacido todos esos años en mirto, lavanda y verbena; pero aun así le hería pensar que nunca sería más que un tímido invitado en el festín de la cultura mundial y que el saber monacal, en cuyos términos se esforzaba por forjar una filosofía estética, no era tenido en mayor estima por la época en que vivía que las sutiles y curiosas jergas de la heráldica y la cetrería.

El bloque gris del Trinity a su izquierda, pesadamente engastado en la ignorancia de la ciudad como una piedra opaca en un anillo aparatoso, tiraba de su mente hacia abajo, y mientras se esforzaba de un lado a otro por liberar sus pies de los grilletes de la conciencia reformada, se topó con la grotesca estatua del poeta nacional de Irlanda.

La miró sin ira; pues, aunque la pereza del cuerpo y del alma se arrastraba sobre ella como una alimaña invisible, sobre los pies arrastrados, subiendo por los pliegues del manto y alrededor de la

cabeza servil, parecía humildemente consciente de su indignidad. Era un Firbolg con el manto prestado de un Milesio; y pensó en su amigo Davin, el estudiante campesino. Era un nombre de broma entre ellos, pero el joven campesino lo sobrellevaba con ligereza:

—Vamos, Stevie, tengo la cabeza dura, me dices. Llámame como quieras.

La versión familiar de su nombre de pila en los labios de su amigo había complacido a Stephen la primera vez que la oyó, pues él era tan formal en el habla con los demás como ellos lo eran con él. A menudo, mientras estaba sentado en la habitación de Davin en Grantham Street, maravillándose de las botas bien hechas de su amigo que flanqueaban la pared par por par y repitiendo para el oído sencillo de su amigo los versos y cadencias de otros que eran los velos de su propio anhelo y abatimiento, la ruda mente Firbolg de su oyente había atraído su mente hacia ella y la había arrojado de vuelta, atrayéndola con una tranquila cortesía innata de atención o con un giro pintoresco del antiguo inglés o con la fuerza de su deleite en la ruda habilidad corporal —pues Davin se había sentado a los pies de Michael Cusack, el Gaélico—, repeliéndola rápida y súbitamente con una grosería de inteligencia o con una torpeza de sentimiento o con una mirada de terror apagado en los ojos, el terror de alma de una aldea irlandesa hambrienta en la que el toque de queda era todavía un miedo nocturno.

Junto a su recuerdo de las hazañas de su tío Mat Davin, el atleta, el joven campesino adoraba la dolorosa leyenda de Irlanda. El cotilleo de sus compañeros de estudios, que se esforzaba por dar significado a toda costa a la monótona vida del colegio, gustaba de pensar en él como un joven feniano. Su nodriza le había enseñado irlandés y había modelado su ruda imaginación con las luces quebradas del mito irlandés. Se mantenía ante el mito, del que ninguna mente individual había extraído jamás una línea de belleza, y ante sus torpes relatos que se dividían a medida que avanzaban por los ciclos, en la misma actitud que ante la religión católica romana, la actitud de un siervo leal y de mente obtusa. Ante

cualquier pensamiento o sentimiento que le llegara de Inglaterra o a través de la cultura inglesa, su mente se mantenía armada en obediencia a una contraseña; y del mundo que yacía más allá de Inglaterra solo conocía la legión extranjera de Francia, en la que hablaba de servir.

Uniéndolo esta ambición con el humor del joven, Stephen lo había llamado a menudo uno de los gansos domesticados, e incluso había un punto de irritación en el nombre, dirigido contra esa misma reticencia de palabra y obra en su amigo que tan a menudo parecía interponerse entre la mente de Stephen, ávida de especulación, y los caminos ocultos de la vida irlandesa.

Una noche, el joven campesino, con el espíritu herido por el lenguaje violento o lujoso con el que Stephen escapaba del frío silencio de la revuelta intelectual, había evocado ante la mente de Stephen una extraña visión. Los dos caminaban lentamente hacia la habitación de Davin a través de las calles oscuras y estrechas de los judíos más pobres.

—Me pasó una cosa a mí mismo, Stevie, el otoño pasado, ya llegando el invierno, y nunca se lo conté a un alma viviente y tú eres la primera persona a la que se lo cuento ahora. No recuerdo si fue en octubre o en noviembre. Fue en octubre porque fue antes de que viniera aquí para unirme a la clase de matriculación.

Stephen había vuelto sus ojos sonrientes hacia el rostro de su amigo, halagado por su confianza y ganado para la simpatía por el acento sencillo del hablante.

—Estuve fuera todo ese día de mi pueblo, allá en Buttevant —no sé si sabes dónde está—, en un partido de *hurling* entre los Croke's Own Boys y los Fearless Thurles y, por Dios, Stevie, esa fue una lucha dura. Mi primo hermano, Fonsy Davin, estaba en cueros ese día guardando la portería para los de Limerick, pero estuvo con los delanteros la mitad del tiempo y gritando como un loco. Nunca olvidaré ese día. Uno de los de Croke le dio un golpe tremendo una vez con su *camán* y te juro por Dios que estuvo a un pelo de darle

en el lado de la sien. Oh, te lo juro por Dios, si el gancho le pilla esa vez, estaba acabado.

—Me alegro de que escapara —había dicho Stephen con una risa—, pero seguramente eso no es lo extraño que te pasó, ¿verdad?

—Bueno, supongo que eso no te interesa, pero de todos modos hubo tanto ruido después del partido que perdí el tren a casa y no pude conseguir ningún tipo de vehículo que me llevara porque, para colmo de males, había un mitin masivo ese mismo día en Castletownroche y todos los coches del país estaban allí. Así que no había más remedio que quedarse a pasar la noche o irse a pie. Bueno, empecé a caminar y seguí y seguí y ya anocheceía cuando llegué a las colinas de Ballyhoura, eso está a más de diez millas de Kilmallock y después de eso hay una carretera larga y solitaria. No verías ni rastro de una casa cristiana por la carretera ni oirías un sonido. Estaba casi completamente oscuro. Una o dos veces me detuve en el camino bajo un arbusto para encender mi pipa y solo porque el rocío era espeso no me tumbé allí y dormí. Por fin, después de una curva en la carretera, divisé una casita con una luz en la ventana. Subí y llamé a la puerta. Una voz preguntó quién era y respondí que había estado en el partido en Buttevant y que volvía caminando y que agradecería un vaso de agua. Al cabo de un rato, una mujer joven abrió la puerta y me trajo una taza grande de leche. Estaba medio desvestida, como si fuera a acostarse cuando llamé, y tenía el pelo suelto y pensé por su figura y por algo en la mirada de sus ojos que debía estar esperando un hijo. Me tuvo hablando un buen rato en la puerta y me pareció extraño porque tenía el pecho y los hombros desnudos. Me preguntó si estaba cansado y si me gustaría pasar la noche allí. Dijo que estaba sola en la casa y que su marido se había ido esa mañana a Queenstown con su hermana para despedirla. Y todo el tiempo que estuvo hablando, Stevie, tenía los ojos fijos en mi cara y se paró tan cerca de mí que podía oír su respiración. Cuando finalmente le devolví la taza, me cogió la mano para hacerme entrar por el umbral y dijo: 'Entra y quédate aquí esta noche. No tienes por qué tener miedo. No hay nadie más que nosotros...'. No entré, Stevie. Le di las gracias y seguí

mi camino, todo afiebrado. En la primera curva de la carretera miré hacia atrás y ella estaba de pie en la puerta.

Las últimas palabras de la historia de Davin cantaban en su memoria y la figura de la mujer de la historia se destacó, reflejada en otras figuras de las campesinas que había visto de pie en los umbrales de Clane mientras pasaban los coches del colegio, como un tipo de su raza y de la suya propia, un alma de murciélago despertando a la conciencia de sí misma en la oscuridad, el secreto y la soledad y, a través de los ojos, la voz y el gesto de una mujer sin doblez, llamando al extraño a su lecho.

Una mano se posó en su brazo y una voz joven gritó:

—¡Ah, caballero, su propia muchacha, señor! El primer aguinaldo de hoy, caballero. Compre este hermoso ramo. ¿Lo hará, caballero?

Las flores azules que ella levantó hacia él y sus jóvenes ojos azules le parecieron en ese instante imágenes de candor, y se detuvo hasta que la imagen se desvaneció y vio solo su vestido andrajoso, su pelo húmedo y áspero y su rostro de marimacho.

—¡Hágalo, caballero! ¡No se olvide de su propia muchacha, señor!

—No tengo dinero —dijo Stephen.

—Cómprelas, son preciosas, ¿quiere, señor? Solo un penique.

—¿Oíste lo que dije? —preguntó Stephen, inclinándose hacia ella—. Te dije que no tenía dinero. Te lo digo de nuevo ahora.

—Bueno, seguro que algún día tendrá, señor, si Dios quiere —respondió la muchacha después de un instante.

—Posiblemente —dijo Stephen—, pero no creo que sea probable.

La dejó rápidamente, temiendo que su intimidad pudiera convertirse en burla y deseando estar fuera de su alcance antes de que ofreciera su mercancía a otro, un turista de Inglaterra o un estudiante del Trinity. Grafton Street, por la que caminaba, prolongó ese momento de pobreza descorazonada. En la calzada, al principio de la calle, una losa estaba colocada en memoria de Wolfe Tone y

recordó haber estado presente con su padre en su colocación. Recordó con amargura aquella escena de tributo hortera. Había cuatro delegados franceses en un coche de caballos y uno, un joven sonriente y regordete, sostenía, encajado en un palo, un cartel en el que estaban impresas las palabras: *Vive l'Irlande!*

Pero los árboles de Stephen's Green olían a lluvia y la tierra empapada desprendía su olor mortal, un tenue incienso que ascendía a través del mantillo desde muchos corazones. El alma de la galante y venal ciudad de la que le habían hablado sus mayores se había encogido con el tiempo hasta convertirse en un tenue olor mortal que surgía de la tierra, y supo que en un momento, cuando entrara en el sombrío colegio, sería consciente de una corrupción distinta a la de Buck Egan y Burnchapel Whaley.

Era demasiado tarde para subir a la clase de francés. Cruzó el vestíbulo y tomó el pasillo de la izquierda que conducía al anfiteatro de física. El pasillo estaba oscuro y silencioso, pero no sin vigilancia. ¿Por qué sentía que no estaba sin vigilancia? ¿Era porque había oído que en tiempos de Buck Whaley había allí una escalera secreta? ¿O era la casa de los jesuitas extraterritorial y caminaba entre extranjeros? La Irlanda de Tone y de Parnell parecía haber retrocedido en el espacio.

Abrió la puerta del anfiteatro y se detuvo en la gélida luz gris que se filtraba por las ventanas polvorientas. Una figura estaba agachada ante la gran chimenea y por su delgadez y su color gris supo que era el decano de estudios encendiendo el fuego. Stephen cerró la puerta silenciosamente y se acercó a la chimenea.

—¡Buenos días, señor! ¿Puedo ayudarle?

El sacerdote levantó la vista rápidamente y dijo:

—Un momento, señor Dedalus, y verá. Hay un arte en encender un fuego. Tenemos las artes liberales y tenemos las artes útiles. Esta es una de las artes útiles.

—Intentaré aprenderla —dijo Stephen.

—No demasiado carbón —dijo el decano, trabajando enérgicamente en su tarea—, ese es uno de los secretos.

Sacó cuatro cabos de vela de los bolsillos laterales de su sotana y los colocó hábilmente entre los carbones y los papeles retorcidos. Stephen lo observaba en silencio. Arrodillado así en la losa para encender el fuego y ocupado en la disposición de sus briznas de papel y cabos de vela, parecía más que nunca un humilde servidor preparando el lugar del sacrificio en un templo vacío, un levita del Señor. Como la túnica de lino liso de un levita, la sotana desvaída y gastada cubría la figura arrodillada de alguien a quien los ornamentos canónicos o el efod con borde de campanas irritarían y molestarían. Su propio cuerpo había envejecido en el humilde servicio del Señor —cuidando el fuego del altar, llevando noticias en secreto, sirviendo a los mundanos, golpeando rápidamente cuando se le ordenaba— y, sin embargo, no había sido agraciado con nada de belleza santa o prelatía. No, su propia alma había envejecido en ese servicio sin crecer hacia la luz y la belleza ni difundir un dulce olor de su santidad: una voluntad mortificada no más sensible al estremecimiento de su obediencia que su cuerpo envejecido, enjuto y nervudo, encanecido con un vello de puntas plateadas, al estremecimiento del amor o del combate.

El decano se reclinó sobre sus talones y observó cómo prendían los palos. Stephen, para llenar el silencio, dijo:

—Estoy seguro de que no podría encender un fuego.

—Usted es un artista, ¿no es así, señor Dedalus? —dijo el decano, alzando la vista y parpadeando con sus ojos pálidos—. El objeto del artista es la creación de lo bello. Qué es lo bello es otra cuestión.

Se frotó las manos lenta y secamente sobre la dificultad.

—¿Puede resolver esa cuestión ahora? —preguntó.

—Aquino —respondió Stephen—, dice *pulcra sunt quæ visa placent*.

—Este fuego ante nosotros —dijo el decano—, será agradable a la vista. ¿Será por lo tanto bello?

—En la medida en que es aprehendido por la vista, que supongo que aquí significa intelección estética, será bello. Pero Aquino también dice *Bonum est in quod tendit appetitus*. En la medida en que satisface el anhelo animal de calor, el fuego es un bien. En el infierno, sin embargo, es un mal.

—Exactamente —dijo el decano—, ciertamente ha dado usted en el clavo.

Se levantó ágilmente y se dirigió a la puerta, la dejó entreabierta y dijo:

—Se dice que una corriente de aire ayuda en estos asuntos.

Al volver al hogar, cojeando ligeramente pero con paso enérgico, Stephen vio el alma silenciosa de un jesuita asomarse a él desde los pálidos ojos sin amor. Como Ignacio, era cojo, pero en sus ojos no ardía ninguna chispa del entusiasmo de Ignacio. Ni siquiera la legendaria astucia de la compañía, una astucia más sutil y secreta que sus fabulosos libros de sabiduría sutil y secreta, había encendido su alma con la energía del apostolado. Parecía como si usara las tretas, la sabiduría y la astucia del mundo, como se le había ordenado, para la mayor gloria de Dios, sin alegría en su manejo ni odio por lo que en ellas había de malo, sino volviéndolas, con un firme gesto de obediencia, sobre sí mismas; y por todo este servicio silencioso parecía como si no amara en absoluto al maestro y poco, si acaso, los fines que servía. *Similiter atque senis baculus*, era, como el fundador lo hubiera querido, como un bastón en la mano de un anciano, para apoyarse en el camino al anochecer o en el rigor del tiempo, para yacer con el ramillete de una dama en un banco de jardín, para ser levantado en señal de amenaza.

El decano regresó al hogar y comenzó a acariciarse la barbilla.

—¿Cuándo podemos esperar tener algo de usted sobre la cuestión estética? —preguntó.

—¡De mí! —dijo Stephen asombrado—. Tropiezo con una idea una vez cada quince días si tengo suerte.

—Estas cuestiones son muy profundas, señor Dedalus —dijo el decano—. Es como mirar desde los acantilados de Moher a las profundidades. Muchos bajan a las profundidades y nunca vuelven a subir. Solo el buzo entrenado puede bajar a esas profundidades, explorarlas y volver a la superficie.

—Si se refiere a la especulación, señor —dijo Stephen—, yo también estoy seguro de que no existe el pensamiento libre, en la medida en que todo pensamiento debe estar sujeto a sus propias leyes.

—¡Ja!

—Para mi propósito puedo trabajar por ahora a la luz de una o dos ideas de Aristóteles y Aquino.

—Ya veo. Entiendo perfectamente su punto de vista.

—Las necesito solo para mi propio uso y guía hasta que haya hecho algo por mí mismo a su luz. Si la lámpara humea o huele mal, intentaré arreglarla. Si no da suficiente luz, la venderé y compraré otra.

—Epicteto también tenía una lámpara —dijo el decano—, que fue vendida por un precio exorbitante después de su muerte. Era la lámpara con la que escribía sus disertaciones filosóficas. ¿Conoce a Epicteto?

—Un viejo caballero —dijo Stephen groseramente—, que dijo que el alma es muy parecida a un cubo lleno de agua.

—Nos cuenta a su manera sencilla —continuó el decano—, que puso una lámpara de hierro ante la estatua de uno de los dioses y que un ladrón le robó la lámpara. ¿Qué hizo el filósofo? Reflexionó que era propio de un ladrón robar y decidió comprar una lámpara de barro al día siguiente en lugar de la de hierro.

Un olor a sebo derretido subió de los cabos de vela del decano y se fusionó en la conciencia de Stephen con el tintineo de las palabras, cubo y lámpara y lámpara y cubo. La voz del sacerdote también tenía un tono duro y tintineante. La mente de Stephen se detuvo por instinto, frenada por el extraño tono y las imágenes y por el rostro del sacerdote, que parecía una lámpara apagada o un reflector colgado en un foco falso. ¿Qué había detrás o dentro de él? ¿Un torpor sordo del alma o la sordidez de la nube de tormenta, cargada de intelección y capaz de la penumbra de Dios?

—Me refería a un tipo diferente de lámpara, señor —dijo Stephen.

—Indudablemente —dijo el decano.

—Una dificultad —dijo Stephen—, en la discusión estética es saber si las palabras se usan según la tradición literaria o según la tradición del mercado. Recuerdo una frase de Newman en la que dice de la Santísima Virgen que fue detenida en la plena compañía de los santos. El uso de la palabra en el mercado es bastante diferente. Espero no estar deteniéndolo.

—En absoluto —dijo el decano cortésmente.

—No, no —dijo Stephen, sonriendo—, quiero decir...

—Sí, sí; ya veo —dijo el decano rápidamente—, capto perfectamente el punto: detener.

Adelantó la mandíbula inferior y emitió una tos seca y corta.

—Volviendo a la lámpara —dijo—, su alimentación también es un problema delicado. Debes elegir el aceite puro y debes tener cuidado al verterlo de no desbordarlo, de no verter más de lo que el embudo puede contener.

—¿Qué embudo? —preguntó Stephen.

—El embudo a través del cual viertes el aceite en tu lámpara.

—¿Eso? —dijo Stephen—. ¿A eso se le llama embudo? ¿No es un *tundish*?

—¿Qué es un *tundish*?

—Eso. El... el embudo.

—¿A eso se le llama *tundish* en Irlanda? —preguntó el decano—. Nunca he oído esa palabra en mi vida.

—Se le llama *tundish* en Lower Drumcondra —dijo Stephen, riendo—, donde hablan el mejor inglés.

—Un *tundish* —dijo el decano reflexivamente—. Esa es una palabra de lo más interesante. Debo buscar esa palabra. Por mi vida que debo hacerlo.

Su cortesía de modales sonaba un poco falsa y Stephen miró al converso inglés con los mismos ojos con que el hermano mayor de la parábola pudo haber mirado al pródigo. Un humilde seguidor en la estela de clamorosas conversiones, un pobre inglés en Irlanda, parecía haber entrado en el escenario de la historia jesuita cuando esa extraña obra de intriga, sufrimiento, envidia, lucha e indignidad ya casi había terminado —un recién llegado, un espíritu tardío—. ¿De qué había partido? Quizás había nacido y se había criado entre serios disidentes, viendo la salvación solo en Jesús y aborreciendo las vanas pompas del establishment. ¿Había sentido la necesidad de una fe implícita en medio del caos del sectarismo y la jerga de sus turbulentos cismas, hombres de los seis principios, gente peculiar, bautistas de la semilla y la serpiente, dogmatistas supralapsarios? ¿Había encontrado la verdadera iglesia de repente, al devanar hasta el final como un carrete de algodón alguna línea de razonamiento sutil sobre la insuflación, la imposición de manos o la procesión del Espíritu Santo? ¿O lo había tocado el Señor Cristo y le había ordenado seguirlo, como a aquel discípulo que estaba sentado en el despacho de impuestos, mientras estaba sentado junto a la puerta de alguna capilla de techo de zinc, bostezando y contando las monedas de la iglesia?

El decano repitió la palabra una vez más.

—i *Tundish*! Bueno, ieso sí que es interesante!

—La pregunta que me hizo hace un momento me parece más interesante. ¿Qué es esa belleza que el artista lucha por expresar a

partir de terrones de tierra? —dijo Stephen fríamente.

La palabrita pareció haber vuelto una punta de estoque de su sensibilidad contra este cortés y vigilante enemigo. Sintió con una punzada de abatimiento que el hombre con quien hablaba era un compatriota de Ben Jonson. Pensó:

—El idioma en que hablamos es suyo antes que mío. ¡Qué diferentes son las palabras *hogar, Cristo, cerveza, maestro*, en sus labios y en los míos! No puedo hablar o escribir estas palabras sin inquietud de espíritu. Su idioma, tan familiar y tan extranjero, será siempre para mí una lengua adquirida. No he hecho ni aceptado sus palabras. Mi voz las mantiene a raya. Mi alma se consume a la sombra de su idioma.

—Y distinguir entre lo bello y lo sublime —añadió el decano—, distinguir entre la belleza moral y la belleza material. E indagar qué tipo de belleza es propia de cada una de las diversas artes. Estos son algunos puntos interesantes que podríamos tratar.

Stephen, descorazonado de repente por el tono firme y seco del decano, guardó silencio; y a través del silencio, un ruido lejano de muchas botas y voces confusas subió por la escalera.

—Al perseguir estas especulaciones —dijo el decano concluyentemente—, existe, sin embargo, el peligro de perecer de inanición. Primero debes obtener tu título. Fíjate eso como tu primer objetivo. Luego, poco a poco, verás tu camino. Me refiero en todos los sentidos, tu camino en la vida y en el pensamiento. Puede que al principio sea pedalear cuesta arriba. Fíjate en el señor Moonan. Tardó mucho en llegar a la cima. Pero llegó.

—Puede que no tenga su talento —dijo Stephen en voz baja.

—Nunca se sabe —dijo el decano alegremente—. Nunca podemos decir lo que hay en nosotros. Yo, desde luego, no me desanimaría. *Per aspera ad astra.*

Dejó el hogar rápidamente y se dirigió al rellano para supervisar la llegada de la clase de primer año de artes.

Apoyado contra la chimenea, Stephen lo oyó saludar enérgicamente e imparcialmente a cada estudiante de la clase y casi pudo ver las sonrisas francas de los estudiantes más rudos. Una piedad desoladora comenzó a caer como rocío sobre su corazón fácilmente amargado por este fiel servidor del caballeresco Loyola, por este medio hermano del clero, más venal que ellos en el habla, más firme de alma que ellos, a quien nunca llamaría su padre espiritual; y pensó cómo este hombre y sus compañeros se habían ganado el nombre de mundanos a manos no solo de los no mundanos, sino también de los mundanos, por haber abogado, durante toda su historia, en el tribunal de la justicia de Dios por las almas de los laxos, los tibios y los prudentes.

La entrada del profesor fue señalada por unas cuantas salvas de aplausos de Kent desde las pesadas botas de los estudiantes que se sentaban en la grada más alta del sombrío anfiteatro, bajo las ventanas grises y cubiertas de telarañas. Comenzó a pasarse lista y las respuestas a los nombres se dieron en todos los tonos hasta que se llegó al nombre de Peter Byrne.

—¡Presente!

Una profunda nota de bajo en respuesta vino de la grada superior, seguida de toses de protesta a lo largo de los otros bancos.

El profesor hizo una pausa en su lectura y llamó al siguiente nombre:

—¡Cranly!

Ninguna respuesta.

—¡Señor Cranly!

Una sonrisa cruzó el rostro de Stephen al pensar en los estudios de su amigo.

—¡Pruebe en Leopardstown! —dijo una voz desde el banco de atrás.

Stephen alzó la vista rápidamente, pero el rostro hociquedo de Moynihan, perfilado en la luz gris, era impasible. Se dictó una fórmula. En medio del susurro de los cuadernos, Stephen se volvió de nuevo y dijo:

—Dame algo de papel, por el amor de Dios.

—¿Tan mal estás? —preguntó Moynihan con una amplia sonrisa.

Arrancó una hoja de su cuaderno y se la pasó, susurrando:

—En caso de necesidad, cualquier laico o laica puede hacerlo.

La fórmula que escribió obedientemente en la hoja de papel, los cálculos en espiral y desenrollados del profesor, los símbolos espectrales de fuerza y velocidad fascinaban y agotaban la mente de Stephen. Había oído a algunos decir que el viejo profesor era un ateo masón. ¡Oh, el día gris y apagado! Parecía un limbo de conciencia paciente e indolora a través del cual las almas de los matemáticos podían vagar, proyectando largas y esbeltas estructuras de plano en plano de un crepúsculo cada vez más raro y pálido, irradiando rápidos remolinos hasta los últimos confines de un universo cada vez más vasto, más lejano y más impalpable.

—Así que debemos distinguir entre elíptico y elipsoidal. Quizás algunos de ustedes, caballeros, estén familiarizados con las obras del señor W. S. Gilbert. En una de sus canciones habla del experto en billar que es condenado a jugar:

Sobre un paño falso

Con un taco torcido

Y bolas de billar elípticas.

—Se refiere a una bola que tiene la forma del elipsoide de cuyos ejes principales hablé hace un momento.

Moynihan se inclinó hacia el oído de Stephen y murmuró:

—¡Qué me dices de bolas elipsoidales! ¡Atrapadme, señoras, que estoy en la caballería!

El humor rudo de su compañero de estudios corrió como una ráfaga por el claustro de la mente de Stephen, sacudiendo y dando vida alegre a las lánguidas vestiduras sacerdotales que colgaban de las paredes, poniéndolas a balancearse y cabriolar en un sábado de desenfreno. Las formas de la comunidad emergieron de las vestiduras azotadas por la ráfaga: el decano de estudios, el ecónomo corpulento y florido con su gorra de pelo gris, el presidente, el pequeño sacerdote de pelo plumoso que escribía versos devotos, la forma regordeta y campesina del profesor de economía, la alta figura del joven profesor de ciencias mentales discutiendo en el rellano un caso de conciencia con su clase como una jirafa que ramonea el follaje alto entre una manada de antílopes, el grave y atribulado prefecto de la congregación, el profesor de italiano regordete y de cabeza redonda con sus ojos de pícaro. Venían caminando con paso inseguro, tropezando, cayendo y cabriolando, remangándose las togas para saltar a la pídola, reteniéndose unos a otros, sacudidos por una profunda y falsa risa, dándose palmadas en la espalda y riéndose de su ruda malicia, llamándose unos a otros por apodos familiares, protestando con súbita dignidad ante algún trato rudo, susurrando de dos en dos detrás de las manos.

El profesor se había dirigido a las vitrinas de la pared lateral, de un estante de las cuales sacó un juego de bobinas, sopló el polvo de muchos puntos y, llevándolo con cuidado a la mesa, mantuvo un dedo sobre él mientras procedía con su lección. Explicó que los alambres de las bobinas modernas eran de un compuesto llamado platinoide, descubierto recientemente por F. W. Martino.

Pronunció claramente las iniciales y el apellido del descubridor. Moynihan susurró desde atrás:

—¡El bueno de Fresh Water Martin!

—Pregúntale —susurró Stephen con humor cansado—, si quiere un sujeto para la electrocución. Puede tenerme a mí.

Moynihan, viendo al profesor inclinarse sobre las bobinas, se levantó en su banco y, chasqueando silenciosamente los dedos de su

mano derecha, comenzó a llamar con la voz de un golfillo babeante:

—¡Por favor, maestro! Este chico acaba de decir una palabrota, maestro.

—El platinoide —dijo el profesor solemnemente—, se prefiere a la plata alemana porque tiene un coeficiente de resistencia más bajo a los cambios de temperatura. El alambre de platinoide está aislado y el recubrimiento de seda que lo aísla está enrollado en las bobinas de ebonita justo donde está mi dedo. Si estuviera enrollado de forma simple, se induciría una corriente extra en las bobinas. Las bobinas están saturadas en cera de parafina caliente...

Una voz aguda del Ulster dijo desde el banco de abajo de Stephen:

—¿Es probable que nos hagan preguntas sobre ciencia aplicada?

El profesor comenzó a hacer malabarismos gravemente con los términos ciencia pura y ciencia aplicada. Un estudiante corpulento, que llevaba gafas de oro, miraba con cierto asombro al que preguntaba. Moynihan murmuró desde atrás con su voz natural:

—¿No es MacAlister un demonio por su libra de carne?

Stephen miró fríamente el cráneo oblongo debajo de él, cubierto de un enmarañado pelo color de cordel. La voz, el acento, la mente del que preguntaba lo ofendieron y permitió que la ofensa lo llevara a una crueldad deliberada, ordenando a su mente pensar que el padre del estudiante habría hecho mejor enviando a su hijo a Belfast a estudiar y ahorrándose algo en el billete de tren al hacerlo.

El cráneo oblongo de abajo no se giró para recibir este dardo de pensamiento y, sin embargo, el dardo volvió a su cuerda de arco; pues vio en un momento el rostro pálido como el suero del estudiante.

—Ese pensamiento no es mío —se dijo rápidamente—. Vino del irlandés cómico en el banco de atrás. Paciencia. ¿Puedes decir con certeza por quién fue vendida el alma de tu raza y traicionados sus elegidos, por el que pregunta o por el que se burla? Paciencia.

Recuerda a Epicteto. Probablemente esté en su carácter hacer tal pregunta en tal momento y en tal tono y pronunciar la palabra *ciencia* como un monosílabo.

La voz monótona del profesor continuaba enrollándose lentamente alrededor de las bobinas de las que hablaba, duplicando, triplicando, cuadruplicando su energía somnolienta a medida que la bobina multiplicaba sus ohmios de resistencia.

La voz de Moynihan llamó desde atrás, en eco a una campana lejana:

—¡Hora de cerrar, señores!

El vestíbulo de entrada estaba abarrotado y ruidoso de conversaciones. Sobre una mesa cerca de la puerta había dos fotografías enmarcadas y entre ellas un largo rollo de papel con una irregular cola de firmas. MacCann iba y venía enérgicamente entre los estudiantes, hablando rápidamente, respondiendo a los desaires y llevando a uno tras otro a la mesa. En el vestíbulo interior, el decano de estudios estaba de pie hablando con un joven profesor, acariciándose gravemente la barbilla y asintiendo con la cabeza.

Stephen, detenido por la multitud en la puerta, se paró irresoluto. Desde debajo del ala ancha y caída de un sombrero blando, los ojos oscuros de Cranly lo observaban.

—¿Has firmado? —preguntó Stephen.

Cranly cerró su boca larga y de labios finos, meditó consigo mismo un instante y respondió:

—*Ego habeo.*

—¿Para qué es?

—*Quod?*

—¿Para qué es?

Cranly volvió su rostro pálido hacia Stephen y dijo con suavidad y amargura:

—*Per pax universalis.*

Stephen señaló la fotografía del Zar y dijo:

—Tiene el rostro de un Cristo embrutecido.

El desdén y la ira en su voz hicieron que los ojos de Cranly volvieran de una tranquila inspección de las paredes del vestíbulo.

—¿Estás molesto? —preguntó.

—No —respondió Stephen.

—¿Estás de mal humor?

—No.

—*Credo ut vos sanguinarius mendax estis* —dijo Cranly—, *quia facies vostra monstrat ut vos in damno malo humore estis.*

Moynihan, de camino a la mesa, dijo al oído de Stephen:

—MacCann está en plena forma. Listo para derramar la última gota. Un mundo nuevo. Sin estimulantes y votos para las zorras.

Stephen sonrió ante la manera de esta confidencia y, cuando Moynihan hubo pasado, se volvió de nuevo para encontrarse con los ojos de Cranly.

—Quizás puedas decirme —dijo—, por qué vierte su alma tan libremente en mi oído. ¿Puedes?

Un ceño hosco apareció en la frente de Cranly. Miró la mesa donde Moynihan se había inclinado para escribir su nombre en el rollo, y luego dijo secamente:

—¡Un pelota!

—*Quis est in malo humore* —dijo Stephen—, *ego aut vos?*

Cranly no aceptó la pulla. Meditó avinagradamente sobre su juicio y repitió con la misma fuerza seca:

—¡Un jodido y sangriento pelota, eso es lo que es!

Era su epitafio para todas las amistades muertas y Stephen se preguntó si alguna vez se pronunciaría con el mismo tono sobre su memoria. La frase pesada y torpe se hundió lentamente fuera del alcance del oído como una piedra en un cenagal. Stephen la vio hundirse como había visto muchas otras, sintiendo su pesadez deprimir su corazón. El habla de Cranly, a diferencia de la de Davin, no tenía ni frases raras del inglés isabelino ni versiones pintorescamente torneadas de modismos irlandeses. Su sonsonete era un eco de los muelles de Dublín devuelto por un puerto marítimo desolado y en decadencia, su energía un eco de la elocuencia sagrada de Dublín devuelta secamente por un púlpito de Wicklow.

El ceño fruncido desapareció del rostro de Cranly mientras MacCann se dirigía enérgicamente hacia ellos desde el otro lado del vestíbulo.

—¡Aquí estáis! —dijo MacCann alegremente.

—¡Aquí estoy! —dijo Stephen.

—Tarde como de costumbre. ¿No puedes combinar la tendencia progresista con el respeto a la puntualidad?

—Esa pregunta está fuera de lugar —dijo Stephen—. Siguiente asunto.

Sus ojos sonrientes estaban fijos en una tableta de chocolate con leche envuelta en papel de plata que asomaba del bolsillo del pecho del propagandista. Un pequeño círculo de oyentes se cerró para escuchar la guerra de ingenios. Un estudiante delgado de piel olivácea y lacio pelo negro metió la cara entre los dos, mirando de uno a otro en cada frase y pareciendo tratar de atrapar cada frase al vuelo en su boca abierta y húmeda. Cranly sacó una pequeña pelota de goma gris de su bolsillo y comenzó a examinarla de cerca, dándole vueltas una y otra vez.

—¿Siguiente asunto? —dijo MacCann—. ¡Hum!

Soltó una fuerte carcajada, sonrió ampliamente y tiró dos veces de la perilla color paja que colgaba de su barbilla roma.

—El siguiente asunto es firmar el manifiesto.

—¿Me pagarás algo si firmo? —preguntó Stephen.

—Pensé que eras un idealista —dijo MacCann.

El estudiante de aspecto gitano miró a su alrededor y se dirigió a los espectadores con una voz balbuceante e indistinta.

—¡Por todos los diablos, esa es una idea rara! Considero que esa idea es una idea mercenaria.

Su voz se desvaneció en el silencio. Nadie prestó atención a sus palabras. Volvió su rostro oliváceo, de expresión equina, hacia Stephen, invitándolo a hablar de nuevo.

MacCann comenzó a hablar con fluida energía del rescripto del Zar, de Stead, del desarme general, del arbitraje en casos de disputas internacionales, de los signos de los tiempos, de la nueva humanidad y del nuevo evangelio de la vida que haría que fuera asunto de la comunidad asegurar, lo más barato posible, la mayor felicidad posible para el mayor número posible de personas.

El estudiante gitano respondió al final del período gritando:

—¡Tres hurras por la fraternidad universal!

—Vamos, Temple —dijo un estudiante robusto y rubicundo cerca de él—. Te invito a una pinta después.

—Soy un creyente en la fraternidad universal —dijo Temple, mirando a su alrededor con sus oscuros ojos ovalados—. Marx es solo un maldito farsante.

Cranly le agarró el brazo con fuerza para frenar su lengua, sonriendo con inquietud, y repitió:

—¡Calma, calma, calma!

Temple luchó por liberar su brazo, pero continuó, con la boca salpicada por una fina espuma:

—El socialismo fue fundado por un irlandés y el primer hombre en Europa que predicó la libertad de pensamiento fue Collins. Hace

doscientos años. Denunció la clerecía, el filósofo de Middlesex. ¡Tres hurras por John Anthony Collins!

Una voz delgada desde el borde del círculo respondió:

—¡Pip! ipip!

Moynihan murmuró junto al oído de Stephen:

—¿Y qué hay de la pobre hermanita de John Anthony?

Lottie Collins perdió sus calzones;

¿No le prestarías amablemente los tuyos?

Stephen se rio y Moynihan, complacido con el resultado, murmuró de nuevo:

—Apostaremos cinco chelines a favor y en contra por John Anthony Collins.

—Estoy esperando tu respuesta —dijo MacCann brevemente.

—El asunto no me interesa en lo más mínimo —dijo Stephen con cansancio—. Lo sabes bien. ¿Por qué montas una escena al respecto?

—¡Bien! —dijo MacCann, relamiéndose—. ¿Eres un reaccionario, entonces?

—¿Crees que me impresionas —preguntó Stephen—, cuando blandes tu espada de madera?

—¡Metáforas! —dijo MacCann sin rodeos—. Vayamos a los hechos.

Stephen se sonrojó y se apartó. MacCann se mantuvo firme y dijo con humor hostil:

—Supongo que los poetas menores están por encima de cuestiones tan triviales como la cuestión de la paz universal.

Cranly levantó la cabeza y sostuvo la pelota de goma entre los dos estudiantes a modo de ofrenda de paz, diciendo:

—*Pax super totum sanguinarium globum.*

Stephen, apartando a los curiosos, encogió el hombro con enfado en dirección a la imagen del Zar, diciendo:

—Quédate con tu icono. Si hemos de tener un Jesús, que sea un Jesús legítimo.

—¡Por todos los diablos, esa es buena! —dijo el estudiante gitano a los que lo rodeaban—, esa es una expresión magnífica. Me gusta inmensamente esa expresión.

Tragó la saliva de su garganta como si estuviera tragando la frase y, manoseando la visera de su gorra de tweed, se volvió hacia Stephen, diciendo:

—Disculpe, señor, ¿qué quiere decir con esa expresión que pronunció hace un momento?

Sintiéndose empujado por los estudiantes que estaban cerca de él, les dijo:

—Tengo curiosidad por saber ahora qué quiso decir con esa expresión.

Se volvió de nuevo hacia Stephen y dijo en un susurro:

—¿Cree usted en Jesús? Yo creo en el hombre. Claro, no sé si usted cree en el hombre. Lo admiro, señor. Admiro la mente del hombre independiente de todas las religiones. ¿Es esa su opinión sobre la mente de Jesús?

—Vamos, Temple —dijo el estudiante robusto y rubicundo, volviendo, como era su costumbre, a su primera idea—, esa pinta te está esperando.

—Piensa que soy un imbécil —explicó Temple a Stephen—, porque soy un creyente en el poder de la mente.

Cranly enlazó sus brazos con los de Stephen y su admirador y dijo:

—*Nos ad manum ballum jocabimus.*

Stephen, en el acto de ser llevado, vislumbró el rostro sonrojado y de rasgos romos de MacCann.

—Mi firma no tiene importancia —dijo cortésmente—. Haces bien en seguir tu camino. Déjame seguir el mío.

—Dedalus —dijo MacCann enérgicamente—, creo que eres un buen tipo, pero aún tienes que aprender la dignidad del altruismo y la responsabilidad del individuo humano.

Una voz dijo:

—La excentricidad intelectual está mejor fuera de este movimiento que dentro.

Stephen, reconociendo el tono áspero de la voz de MacAlister, no se volvió en dirección a la voz. Cranly se abrió paso solemnemente entre la multitud de estudiantes, enlazando a Stephen y Temple como un celebrante acompañado por sus ministros de camino al altar.

Temple se inclinó ansiosamente sobre el pecho de Cranly y dijo:

—¿Oíste a MacAlister lo que dijo? Ese joven está celoso de ti. ¿Viste eso? Apuesto a que Cranly no lo vio. ¡Por todos los diablos, yo lo vi al instante!

Mientras cruzaban el vestíbulo interior, el decano de estudios estaba a punto de escapar del estudiante con el que había estado conversando. Estaba de pie al pie de la escalera, un pie en el primer escalón, su sotana raída recogida a su alrededor para el ascenso con cuidado mujeril, asintiendo a menudo con la cabeza y repitiendo:

—¡Ni una duda, señor Hackett! ¡Muy bien! ¡Ni una duda!

En medio del vestíbulo, el prefecto de la congregación del colegio hablaba seriamente, con una voz suave y quejumbrosa, con un interno. Mientras hablaba, arrugaba un poco su frente pecosa y mordisqueaba, entre sus frases, un diminuto lápiz de hueso.

—Espero que vengan todos los de matriculación. Los de primero de artes es casi seguro. Segundo de artes, también. Debemos asegurarnos de los recién llegados.

Temple se inclinó de nuevo sobre Cranly, mientras pasaban por la puerta, y dijo en un rápido susurro:

—¿Sabes que es un hombre casado? Era un hombre casado antes de que lo convirtieran. Tiene esposa e hijos en alguna parte. ¡Por todos los diablos, creo que es la idea más rara que he oído en mi vida! ¿Eh?

Su susurro se desvaneció en una risa astuta y cacareante. En el momento en que atravesaron la puerta, Cranly lo agarró bruscamente por el cuello y lo sacudió, diciendo:

—¡Maldito y torpe tonto! ¡Juro por mi sagrada biblia que no hay un simio más sangrientamente grande, sabes, que tú en todo el maldito y sangriento mundo!

Temple se retorció en su agarre, riendo todavía con astuta satisfacción, mientras Cranly repetía secamente a cada ruda sacudida:

—¡Un maldito y llameante idiota!

Cruzaron juntos el jardín cubierto de maleza. El presidente, envuelto en una pesada y holgada capa, venía hacia ellos por uno de los paseos, leyendo su oficio. Al final del paseo se detuvo antes de girar y alzó los ojos. Los estudiantes saludaron, Temple manoseando como antes la visera de su gorra. Caminaron hacia adelante en silencio. Al acercarse al callejón, Stephen pudo oír los golpes sordos de las manos de los jugadores y los chasquidos húmedos de la pelota y la voz de Davin gritando excitado a cada golpe.

Los tres estudiantes se detuvieron alrededor de la caja en la que Davin estaba sentado para seguir el juego. Temple, después de unos momentos, se acercó sigilosamente a Stephen y dijo:

—Disculpa, quería preguntarte, ¿crees que Jean Jacques Rousseau era un hombre sincero?

Stephen se rio a carcajadas. Cranly, recogiendo del césped a sus pies la duela rota de un barril, se volvió rápidamente y dijo con severidad:

—Temple, juro por el Dios vivo que si dices otra palabra, sabes, a quien sea sobre cualquier tema, te mato *super spottum*.

—Era como tú, me parece —dijo Stephen—, un hombre emocional.

—¡Maldícelo, conjúralo! —dijo Cranly abiertamente—. No le hables en absoluto. Vamos, es como si estuvieras hablando, sabes, con un maldito orinal en lugar de hablar con Temple. Vete a casa, Temple. Por el amor de Dios, vete a casa.

—Me importas un bledo, Cranly —respondió Temple, apartándose del alcance de la duela levantada y señalando a Stephen—. Él es el único hombre que veo en esta institución que tiene una mente individual.

—¡Institución! ¡Individual! —gritó Cranly—. Vete a casa, maldito seas, porque eres un hombre irremediablemente sangriento.

—Soy un hombre emocional —dijo Temple—. Eso está expresado con toda corrección. Y estoy orgulloso de ser un emocionalista.

Se escabulló del callejón, sonriendo con astucia. Cranly lo observó con un rostro inexpresivo.

—¡Míralo! —dijo—. ¿Has visto alguna vez a semejante escurridizo?

Su frase fue recibida con una extraña risa de un estudiante que se apoyaba contra la pared, con la gorra de visera calada hasta los ojos. La risa, aguda y proveniente de una complexión tan musculosa, parecía el relincho de un elefante. El cuerpo del estudiante se sacudió por completo y, para aliviar su alegría, se frotó ambas manos deleitado sobre las ingles.

—Lynch está despierto —dijo Cranly.

Lynch, por toda respuesta, se enderezó y sacó pecho.

—Lynch saca pecho —dijo Stephen—, como una crítica de la vida.

Lynch se golpeó sonoramente en el pecho y dijo:

—¿Quién tiene algo que decir sobre mi contorno?

Cranly le tomó la palabra y los dos comenzaron a forcejear. Cuando sus rostros se enrojecieron por la lucha, se separaron, jadeando. Stephen se inclinó hacia Davin, quien, absorto en el juego, no había prestado atención a la conversación de los demás.

—¿Y cómo está mi pequeño ganso domesticado? —preguntó—. ¿Firmó él también?

Davin asintió y dijo:

—¿Y tú, Stevie?

Stephen negó con la cabeza.

—Eres un hombre terrible, Stevie —dijo Davin, quitándose la pipa corta de la boca—, siempre solo.

—Ahora que has firmado la petición por la paz universal —dijo Stephen—, supongo que quemarás ese pequeño cuaderno que vi en tu habitación.

Como Davin no respondió, Stephen comenzó a citar:

—¡Largo paso, fianna! ¡A la derecha, fianna! ¡Fianna, por números, saludo, uno, dos!

—Esa es una cuestión diferente —dijo Davin—. Soy un nacionalista irlandés, ante todo. Pero así eres tú. Eres un burlón nato, Stevie.

—Cuando hagas la próxima rebelión con palos de *hurley* —dijo Stephen—, y necesites al informante indispensable, dímelo. Puedo encontrarte algunos en este colegio.

—No te entiendo —dijo Davin—. Unas veces te oigo hablar en contra de la literatura inglesa. Ahora hablas en contra de los informantes irlandeses. Con tu nombre y tus ideas... ¿Eres irlandés siquiera?

—Ven conmigo ahora a la oficina de armas y te mostraré el árbol de mi familia —dijo Stephen.

—Entonces sé uno de nosotros —dijo Davin—. ¿Por qué no aprendes irlandés? ¿Por qué dejaste la clase de la liga después de la

primera lección?

—Ya sabes una razón por la que —respondió Stephen.

Davin sacudió la cabeza y se rio.

—Oh, vamos —dijo—. ¿Es por esa cierta señorita y el Padre Moran? Pero todo eso está en tu cabeza, Stevie. Solo estaban hablando y riendo.

Stephen hizo una pausa y posó una mano amistosa en el hombro de Davin.

—¿Recuerdas —dijo—, cuando nos conocimos? La primera mañana que nos encontramos me pediste que te mostrara el camino a la clase de matriculación, poniendo un acento muy fuerte en la primera sílaba. ¿Recuerdas? Luego solías dirigirte a los jesuitas como padre, ¿recuerdas? Me pregunto sobre ti: ¿es tan inocente como su habla?

—Soy una persona sencilla —dijo Davin—. Lo sabes. Cuando me contaste esa noche en Harcourt Street esas cosas sobre tu vida privada, te juro por Dios, Stevie, que no pude cenar. Estuve bastante mal. Estuve despierto mucho tiempo esa noche. ¿Por qué me contaste esas cosas?

—Gracias —dijo Stephen—. Quieres decir que soy un monstruo.

—No —dijo Davin—. Pero ojalá no me lo hubieras contado.

Una marea comenzó a surgir bajo la tranquila superficie de la amabilidad de Stephen.

—Esta raza y este país y esta vida me produjeron —dijo—. Me expresaré tal como soy.

—Intenta ser uno de nosotros —repitió Davin—. De corazón eres un irlandés, pero tu orgullo es demasiado poderoso.

—Mis antepasados desecharon su idioma y tomaron otro —dijo Stephen—. Permitieron que un puñado de extranjeros los sometiera. ¿Crees que voy a pagar con mi propia vida y persona las deudas que ellos contrajeron? ¿Para qué?

—Por nuestra libertad —dijo Davin.

—Ningún hombre honorable y sincero —dijo Stephen— os ha entregado su vida, su juventud y sus afectos desde los días de Tone hasta los de Parnell, sin que lo vendierais al enemigo o le fallarais en la necesidad o lo injuriarais y lo abandonarais por otro. Y me invitas a ser uno de vosotros. Antes os vería en el infierno.

—Murieron por sus ideales, Stevie —dijo Davin—. Nuestro día llegará, créeme.

Stephen, siguiendo su propio pensamiento, guardó silencio un instante.

—El alma nace —dijo vagamente—, primero en esos momentos de los que te hablé. Tiene un nacimiento lento y oscuro, más misterioso que el nacimiento del cuerpo. Cuando el alma de un hombre nace en este país, se le echan redes para impedir su vuelo. Me hablas de nacionalidad, de idioma, de religión. Intentaré volar por encima de esas redes.

Davin sacudió las cenizas de su pipa.

—Demasiado profundo para mí, Stevie —dijo—. Pero el país de un hombre es lo primero. Irlanda primero, Stevie. Puedes ser poeta o místico después.

—¿Sabes lo que es Irlanda? —preguntó Stephen con fría violencia—. Irlanda es la vieja cerda que devora a sus lechones.

Davin se levantó de su caja y se dirigió hacia los jugadores, sacudiendo la cabeza con tristeza. Pero en un momento su tristeza lo abandonó y ya estaba discutiendo acaloradamente con Cranly y los dos jugadores que habían terminado su partida. Se organizó un partido de cuatro, aunque Cranly insistió en que se usara su pelota. La dejó rebotar dos o tres veces en su mano y la golpeó fuerte y rápidamente hacia la base del callejón, exclamando en respuesta a su golpe sordo:

—¡Tu alma!

Stephen se quedó con Lynch hasta que el marcador comenzó a subir. Luego le tiró de la manga para que se fueran. Lynch obedeció, diciendo:

—Vámonos, como dice Cranly.

Stephen sonrió ante esta indirecta.

Regresaron por el jardín y salieron por el vestíbulo, donde el portero, tembloroso por la edad, estaba clavando un aviso en el tablón. Al pie de los escalones se detuvieron y Stephen sacó un paquete de cigarrillos de su bolsillo y se lo ofreció a su compañero.

—Sé que eres pobre —dijo.

—Maldita sea tu amarilla insolencia —respondió Lynch.

Esta segunda prueba de la cultura de Lynch hizo sonreír de nuevo a Stephen.

—Fue un gran día para la cultura europea —dijo—, cuando decidiste jurar en amarillo.

Encendieron sus cigarrillos y giraron a la derecha. Tras una pausa, Stephen comenzó:

—Aristóteles no ha definido la piedad y el terror. Yo sí. Yo digo...

Lynch se detuvo y dijo sin rodeos:

—¡Para! ¡No voy a escuchar! Estoy enfermo. Anoche estuve de borrachera amarilla con Horan y Goggins.

Stephen continuó:

—La piedad es el sentimiento que detiene la mente en presencia de todo lo que es grave y constante en los sufrimientos humanos y la une con el sufriente humano. El terror es el sentimiento que detiene la mente en presencia de todo lo que es grave y constante en los sufrimientos humanos y la une con la causa secreta.

—Repite —dijo Lynch.

Stephen repitió las definiciones lentamente.

—Una chica se subió a un coche de caballos hace unos días — continuó—, en Londres. Iba a encontrarse con su madre, a quien no había visto en muchos años. En la esquina de una calle, la vara de un camión hizo añicos la ventana del coche de caballos en forma de estrella. Una larga y fina aguja del cristal hecho añicos le atravesó el corazón. Murió en el acto. El periodista lo llamó una muerte trágica. No lo es. Está lejos del terror y la piedad según los términos de mis definiciones.

—La emoción trágica, de hecho, es un rostro que mira en dos direcciones, hacia el terror y hacia la piedad, ambas fases de la misma. Ves que uso la palabra *detiene*. Quiero decir que la emoción trágica es estática. O más bien, la emoción dramática lo es. Los sentimientos excitados por el arte impropio son cinéticos, deseo o aversión. El deseo nos impulsa a poseer, a ir hacia algo; la aversión nos impulsa a abandonar, a alejarnos de algo. Las artes que los excitan, pornográficas o didácticas, son por lo tanto artes impropias. La emoción estética (usé el término general) es por lo tanto estática. La mente es detenida y elevada por encima del deseo y la aversión.

—Dices que el arte no debe excitar el deseo —dijo Lynch—. Te conté que un día escribí mi nombre a lápiz en el trasero de la Venus de Praxíteles en el Museo. ¿No fue eso deseo?

—Hablo de naturalezas normales —dijo Stephen—. También me contaste que cuando eras niño en esa encantadora escuela carmelita comías trozos de boñiga seca de vaca.

Lynch estalló de nuevo en un relincho de risa y de nuevo se frotó ambas manos sobre las ingles, pero sin sacarlas de los bolsillos.

—¡Oh, sí que lo hice! ¡Sí que lo hice! —gritó.

Stephen se volvió hacia su compañero y lo miró por un momento audazmente a los ojos. Lynch, recuperándose de su risa, respondió a su mirada desde sus ojos humillados. El cráneo largo, esbelto y aplanado bajo la gorra larga y puntiaguda trajo a la mente de Stephen la imagen de un reptil encapuchado. Los ojos también eran de reptil en su brillo y mirada. Sin embargo, en ese instante,

humillados y alerta en su aspecto, estaban iluminados por un diminuto punto humano, la ventana de un alma encogida, conmovedora y autoamargada.

—En cuanto a eso —dijo Stephen en un cortés paréntesis—, todos somos animales. Yo también soy un animal.

—Lo eres —dijo Lynch.

—Pero ahora mismo estamos en un mundo mental —continuó Stephen—. El deseo y la aversión excitados por medios estéticos impropios no son realmente emociones estéticas, no solo porque son de carácter cinético, sino también porque no son más que físicos. Nuestra carne se encoge ante lo que teme y responde al estímulo de lo que desea por una acción puramente refleja del sistema nervioso. Nuestro párpado se cierra antes de que nos demos cuenta de que la mosca está a punto de entrar en nuestro ojo.

—No siempre —dijo Lynch críticamente.

—De la misma manera —dijo Stephen—, tu carne respondió al estímulo de una estatua desnuda, pero fue, digo, simplemente una acción refleja de los nervios. La belleza expresada por el artista no puede despertar en nosotros una emoción que sea cinética o una sensación que sea puramente física. Despierta, o debería despertar, o induce, o debería inducir, una estasis estética, una piedad ideal o un terror ideal, una estasis provocada, prolongada y finalmente disuelta por lo que llamo el ritmo de la belleza.

—¿Qué es eso exactamente? —preguntó Lynch.

—El ritmo —dijo Stephen—, es la primera relación estética formal de parte a parte en cualquier todo estético o de un todo estético a su parte o partes o de cualquier parte al todo estético del que es parte.

—Si eso es ritmo —dijo Lynch—, déjame oír lo que llamas belleza; y, por favor, recuerda, aunque una vez comí una torta de boñiga de vaca, que solo admiro la belleza.

Stephen se quitó la gorra como en un saludo. Luego, sonrojándose ligeramente, posó la mano en la gruesa manga de tweed de Lynch.

—Tenemos razón —dijo—, y los otros se equivocan. Hablar de estas cosas y tratar de entender su naturaleza y, habiéndola entendido, tratar lenta, humilde y constantemente de expresar, de exprimir de nuevo, de la tierra bruta o de lo que produce, del sonido, la forma y el color que son las puertas de la prisión de nuestra alma, una imagen de la belleza que hemos llegado a entender, eso es arte.

Habían llegado al puente del canal y, desviándose de su rumbo, continuaron junto a los árboles. Una cruda luz gris, reflejada en el agua perezosa, y un olor a ramas mojadas sobre sus cabezas parecían luchar contra el curso del pensamiento de Stephen.

—Pero no has respondido a mi pregunta —dijo Lynch—. ¿Qué es el arte? ¿Qué es la belleza que expresa?

—Esa fue la primera definición que te di, desgraciado somnoliento —dijo Stephen—, cuando empecé a reflexionar sobre el asunto por mi cuenta. ¿Recuerdas la noche? Cranly perdió los estribos y empezó a hablar del tocino de Wicklow.

—Recuerdo —dijo Lynch—. Nos habló de esos malditos y gordos demonios de cerdos.

—El arte —dijo Stephen—, es la disposición humana de la materia sensible o inteligible para un fin estético. Recuerdas los cerdos y olvidas eso. Sois un par desolador, tú y Cranly.

Lynch hizo una mueca al cielo gris y crudo y dijo:

—Si he de escuchar tu filosofía estética, dame al menos otro cigarrillo. No me importa. Ni siquiera me importan las mujeres. Maldito seas tú y maldito sea todo. Quiero un trabajo de quinientas al año. No puedes conseguirme uno.

Stephen le entregó el paquete de cigarrillos. Lynch tomó el último que quedaba, diciendo simplemente:

—¡Prosigue!

—Aquino —dijo Stephen—, dice que es bello aquello cuya aprehensión complace.

Lynch asintió.

—Recuerdo eso —dijo—, *Pulcra sunt quæ visa placent*.

—Usa la palabra *visa* —dijo Stephen—, para abarcar las aprehensiones estéticas de todo tipo, ya sea a través de la vista, el oído o cualquier otra vía de aprehensión. Esta palabra, aunque es vaga, es lo suficientemente clara como para mantener alejados el bien y el mal, que excitan el deseo y la aversión. Ciertamente significa una estasis y no una kinesis. ¿Y qué hay de lo verdadero? También produce una estasis de la mente. No escribirías tu nombre a lápiz en la hipotenusa de un triángulo rectángulo.

—No —dijo Lynch—, dame la hipotenusa de la Venus de Praxíteles.

—Estático, por lo tanto —dijo Stephen—. Platón, creo, dijo que la belleza es el esplendor de la verdad. No creo que tenga un significado, pero lo verdadero y lo bello son afines. La verdad es contemplada por el intelecto, que es apaciguado por las relaciones más satisfactorias de lo inteligible; la belleza es contemplada por la imaginación, que es apaciguada por las relaciones más satisfactorias de lo sensible. El primer paso en la dirección de la verdad es entender el marco y el alcance del propio intelecto, comprender el acto mismo de la intelección. Todo el sistema filosófico de Aristóteles descansa en su libro de psicología y ese, creo, descansa en su afirmación de que el mismo atributo no puede al mismo tiempo y en la misma conexión pertenecer y no pertenecer al mismo sujeto. El primer paso en la dirección de la belleza es entender el marco y el alcance de la imaginación, comprender el acto mismo de la aprehensión estética. ¿Está claro?

—¿Pero qué es la belleza? —preguntó Lynch impacientemente—. Suelta otra definición. ¡Algo que vemos y nos gusta! ¿Es eso lo mejor que tú y Aquino podéis hacer?

—Tomemos a la mujer —dijo Stephen.

—¡Tomémosla! —dijo Lynch fervientemente.

—El griego, el turco, el chino, el copto, el hotentote —dijo Stephen—, todos admiran un tipo diferente de belleza femenina. Eso parece un laberinto del que no podemos escapar. Veo, sin embargo, dos salidas. Una es esta hipótesis: que cada cualidad física admirada por los hombres en las mujeres está en conexión directa con las múltiples funciones de las mujeres para la propagación de la especie. Puede que sea así. El mundo, al parecer, es más lúgubre de lo que incluso tú, Lynch, imaginabas. Por mi parte, no me gusta esa salida. Conduce a la eugenesia más que a la estética. Te saca del laberinto a una nueva y llamativa sala de conferencias donde MacCann, con una mano en *El Origen de las Especies* y la otra en el nuevo testamento, te dice que admirabas los grandes flancos de Venus porque sentías que te daría una descendencia robusta y admirabas sus grandes pechos porque sentías que daría buena leche a sus hijos y a los tuyos.

—Entonces MacCann es un mentiroso amarillo sulfúrico —dijo Lynch enérgicamente.

—Queda otra salida —dijo Stephen, riendo.

—¿A saber? —dijo Lynch.

—Esta hipótesis —comenzó Stephen.

Un largo carro cargado de hierro viejo dobló la esquina del hospital de Sir Patrick Dun, cubriendo el final del discurso de Stephen con el áspero rugido de metal entrechocado y traqueteante. Lynch se tapó los oídos y soltó un juramento tras otro hasta que el carro hubo pasado. Luego se dio la vuelta bruscamente. Stephen también se dio la vuelta y esperó unos momentos hasta que el mal humor de su compañero se hubo desahogado.

—Esta hipótesis —repitió Stephen—, es la otra salida: que, aunque el mismo objeto no parezca bello a todas las personas, todas las personas que admiran un objeto bello encuentran en él ciertas

relaciones que satisfacen y coinciden con las etapas mismas de toda aprehensión estética. Estas relaciones de lo sensible, visibles para ti a través de una forma y para mí a través de otra, deben ser por lo tanto las cualidades necesarias de la belleza. Ahora, podemos volver a nuestro viejo amigo Santo Tomás para obtener otro centavo de sabiduría.

Lynch se rio.

—Me divierte enormemente —dijo—, oírte citándolo una y otra vez como un fraile alegre y rollizo. ¿Te estás riendo en tu manga?

—MacAlister —respondió Stephen—, llamaría a mi teoría estética Aquino aplicado. En lo que respecta a este lado de la filosofía estética, Aquino me llevará por todo el camino. Cuando lleguemos a los fenómenos de la concepción artística, la gestación artística y la reproducción artística, necesitaré una nueva terminología y una nueva experiencia personal.

—Por supuesto —dijo Lynch—. Después de todo, Aquino, a pesar de su intelecto, era exactamente un buen fraile rollizo. Pero ya me contarás sobre la nueva experiencia personal y la nueva terminología otro día. Date prisa y termina la primera parte.

—¿Quién sabe? —dijo Stephen, sonriendo—. Quizás Aquino me entendería mejor que tú. Él mismo era un poeta. Escribió un himno para el Jueves Santo. Comienza con las palabras *Pange lingua gloriosi*. Dicen que es la mayor gloria del himnario. Es un himno intrincado y tranquilizador. Me gusta; pero no hay himno que se pueda comparar con esa canción procesional, lúgubre y majestuosa, el *Vexilla Regis* de Venancio Fortunato.

Lynch comenzó a cantar suave y solemnemente con una profunda voz de bajo:

Impleta sunt quæ concinit

David fideli carmine

Dicendo nationibus

Regnavit a ligno Deus.

—¡Eso es genial! —dijo, muy complacido—. ¡Gran música!

Giraron hacia Lower Mount Street. A pocos pasos de la esquina, un joven gordo, que llevaba una corbata de seda, los saludó y se detuvo.

—¿Oísteis los resultados de los exámenes? —preguntó—. Griffin suspendió. Halpin y O'Flynn han aprobado el funcionariado nacional. Moonan obtuvo el quinto puesto en el de la India. O'Shaughnessy obtuvo el decimocuarto. Los irlandeses de Clark's les dieron una comilona anoche. Todos comieron curry.

Su rostro pálido e hinchado expresaba una malicia benévola y, a medida que avanzaba en sus noticias de éxito, sus pequeños ojos rodeados de grasa desaparecían de la vista y su voz débil y sibilante del oído.

En respuesta a una pregunta de Stephen, sus ojos y su voz volvieron a salir de sus escondites.

—Sí, MacCullagh y yo —dijo—. Él está estudiando matemáticas puras y yo historia constitucional. Hay veinte asignaturas. También estoy estudiando botánica. Sabes que soy miembro del club de campo.

Se apartó de los otros dos de manera majestuosa y colocó una mano regordeta con guante de lana en su pecho, de donde brotó de inmediato una risa ahogada y sibilante.

—Tráenos unos nabos y unas cebollas la próxima vez que salgas —dijo Stephen secamente—, para hacer un estofado.

El estudiante gordo se rio indulgentemente y dijo:

—Todos somos gente muy respetable en el club de campo. El sábado pasado fuimos a Glenmalure, siete de nosotros.

—¿Con mujeres, Donovan? —dijo Lynch.

Donovan volvió a poner la mano en el pecho y dijo:

—Nuestro fin es la adquisición de conocimiento.

Luego dijo rápidamente:

—He oído que estás escribiendo algunos ensayos sobre estética.

Stephen hizo un vago gesto de negación.

—Goethe y Lessing —dijo Donovan—, han escrito mucho sobre ese tema, la escuela clásica y la escuela romántica y todo eso. El Laocoonte me interesó mucho cuando lo leí. Por supuesto, es idealista, alemán, ultraprofundo.

Ninguno de los otros dos habló. Donovan se despidió de ellos cortésmente.

—Debo irme —dijo suave y benévola—, tengo una fuerte sospecha, que casi equivale a una convicción, de que mi hermana tenía la intención de hacer tortitas hoy para la cena de la familia Donovan.

—Adiós —dijo Stephen a su paso—. No te olvides de los nabos para mí y mi compañero.

Lynch lo siguió con la mirada, con el labio curvado en lento desdén hasta que su rostro se asemejó a la máscara de un demonio:

—¡Pensar que ese excremento amarillo come-tortitas puede conseguir un buen trabajo —dijo al fin—, y yo tengo que fumar cigarrillos baratos!

Volvieron sus rostros hacia Merrion Square y caminaron un poco en silencio.

—Para terminar lo que decía sobre la belleza —dijo Stephen—, las relaciones más satisfactorias de lo sensible deben, por lo tanto, corresponder a las fases necesarias de la aprehensión artística. Encuentra estas y encontrarás las cualidades de la belleza universal. Aquino dice: *Ad pulcritudinem tria requiruntur integritas, consonantia, claritas*. Yo lo traduzco así: Tres cosas se necesitan para la belleza, integridad, armonía y resplandor. ¿Corresponden estas a las fases de la aprehensión? ¿Me sigues?

—Por supuesto que sí —dijo Lynch—. Si crees que tengo una inteligencia excrementicia, corre tras Donovan y pídele que te escuche.

Stephen señaló una cesta que un chico de carnicería llevaba invertida en la cabeza.

—Mira esa cesta —dijo.

—La veo —dijo Lynch.

—Para ver esa cesta —dijo Stephen—, tu mente primero separa la cesta del resto del universo visible que no es la cesta. La primera fase de la aprehensión es una línea delimitadora trazada alrededor del objeto a ser aprehendido. Una imagen estética se nos presenta ya sea en el espacio o en el tiempo. Lo que es audible se presenta en el tiempo, lo que es visible se presenta en el espacio. Pero, temporal o espacial, la imagen estética es primero luminosamente aprehendida como autolimitada y autocontenida sobre el fondo inconmensurable del espacio o del tiempo que no es ella. La aprehendiste como una cosa. La ves como un todo. Aprehendes su integridad. Eso es *integritas*.

—¡En el clavo! —dijo Lynch, riendo—. Sigue.

—Luego —dijo Stephen—, pasas de punto a punto, guiado por sus líneas formales; la aprehendes como parte equilibrada contra parte dentro de sus límites; sientes el ritmo de su estructura. En otras palabras, la síntesis de la percepción inmediata es seguida por el análisis de la aprehensión. Habiendo sentido primero que es *una* cosa, sientes ahora que es *una cosa*. La aprehendes como compleja, múltiple, divisible, separable, compuesta de sus partes, el resultado de sus partes y su suma, armoniosa. Eso es *consonantia*.

—¡En el clavo de nuevo! —dijo Lynch ingeniosamente—. Dime ahora qué es *claritas* y te ganas el puro.

—La connotación de la palabra —dijo Stephen—, es bastante vaga. Aquino usa un término que parece ser inexacto. Me desconcertó durante mucho tiempo. Te llevaría a creer que tenía en

mente el simbolismo o el idealismo, siendo la cualidad suprema de la belleza una luz de algún otro mundo, la idea de la cual la materia no es más que la sombra, la realidad de la cual no es más que el símbolo. Pensé que podría significar que *claritas* es el descubrimiento y la representación artística del propósito divino en cualquier cosa o una fuerza de generalización que haría de la imagen estética una imagen universal, que la haría brillar más allá de sus propias condiciones. Pero eso es palabrería literaria. Yo lo entiendo así. Cuando has aprehendido esa cesta como una cosa y luego la has analizado según su forma y la has aprehendido como una cosa, haces la única síntesis que es lógica y estéticamente permisible. Ves que es esa cosa que es y ninguna otra cosa. El resplandor del que habla es la *quidditas* escolástica, la qué-idad de una cosa. Esta cualidad suprema es sentida por el artista cuando la imagen estética es concebida por primera vez en su imaginación. La mente en ese misterioso instante que Shelley comparó hermosamente con un carbón que se apaga. El instante en que esa cualidad suprema de la belleza, el claro resplandor de la imagen estética, es aprehendida luminosamente por la mente que ha sido detenida por su integridad y fascinada por su armonía es la estasis luminosa y silenciosa del placer estético, un estado espiritual muy parecido a esa condición cardíaca que el fisiólogo italiano Luigi Galvani, usando una frase casi tan hermosa como la de Shelley, llamó el encantamiento del corazón.

Stephen hizo una pausa y, aunque su compañero no habló, sintió que sus palabras habían convocado a su alrededor un silencio encantado por el pensamiento.

—Lo que he dicho —comenzó de nuevo—, se refiere a la belleza en el sentido más amplio de la palabra, en el sentido que la palabra tiene en la tradición literaria. En el mercado tiene otro sentido. Cuando hablamos de belleza en el segundo sentido del término, nuestro juicio está influenciado en primer lugar por el arte mismo y por la forma de ese arte. La imagen, es claro, debe situarse entre la mente o los sentidos del propio artista y la mente o los sentidos de los demás. Si tienes esto en cuenta, verás que el arte se divide

necesariamente en tres formas que progresan de una a la siguiente. Estas formas son: la forma lírica, la forma en la que el artista presenta su imagen en relación inmediata consigo mismo; la forma épica, la forma en la que presenta su imagen en relación mediata consigo mismo y con los demás; la forma dramática, la forma en la que presenta su imagen en relación inmediata con los demás.

—Eso me lo dijiste hace unas noches —dijo Lynch—, y comenzamos la famosa discusión.

—Tengo un libro en casa —dijo Stephen—, en el que he anotado preguntas que son más divertidas que las tuyas. Al encontrar las respuestas a ellas, encontré la teoría de la estética que estoy tratando de explicar. Aquí hay algunas preguntas que me planteé: ¿Es una silla finamente hecha trágica o cómica? ¿Es bueno el retrato de la Mona Lisa si deseo verlo? ¿Es el busto de Sir Philip Crampton lírico, épico o dramático? Si no, ¿por qué no?

—¿Por qué no, en efecto? —dijo Lynch, riendo.

—Si un hombre que talla con furia un bloque de madera —continuó Stephen—, hace allí una imagen de una vaca, ¿es esa imagen una obra de arte? Si no, ¿por qué no?

—Esa es buenísima —dijo Lynch, riendo de nuevo—. Esa tiene el verdadero hedor escolástico.

—Lessing —dijo Stephen—, no debería haber tomado un grupo de estatuas para escribir. El arte, al ser inferior, no presenta las formas de las que hablé distinguidas claramente una de otra. Incluso en la literatura, el arte más elevado y espiritual, las formas a menudo se confunden. La forma lírica es, de hecho, la vestidura verbal más simple de un instante de emoción, un grito rítmico como el que hace siglos animaba al hombre que remaba o arrastraba piedras por una pendiente. Quien lo emite es más consciente del instante de emoción que de sí mismo sintiendo la emoción. La forma épica más simple se ve surgir de la literatura lírica cuando el artista se prolonga y medita sobre sí mismo como el centro de un evento épico, y esta forma progresa hasta que el centro de gravedad emocional es

equidistante del propio artista y de los demás. La narrativa ya no es puramente personal. La personalidad del artista pasa a la narración misma, fluyendo alrededor de las personas y la acción como un mar vital. Este progreso lo verás fácilmente en esa vieja balada inglesa *Turpin Hero*, que comienza en primera persona y termina en tercera persona. La forma dramática se alcanza cuando la vitalidad que ha fluido y remolineado alrededor de cada persona llena a cada persona con tal fuerza vital que él o ella asume una vida estética propia e intangible. La personalidad del artista, al principio un grito, una cadencia o un estado de ánimo, y luego una narrativa fluida y trémula, finalmente se refina hasta desaparecer, se impersonaliza, por así decirlo. La imagen estética en la forma dramática es la vida purificada en la imaginación humana y re proyectada desde ella. El misterio de la estética, como el de la creación material, se ha cumplido. El artista, como el Dios de la creación, permanece dentro o detrás o más allá o por encima de su obra, invisible, refinado hasta la inexistencia, indiferente, cortándose las uñas.

—Tratando de refinarlas también hasta la inexistencia —dijo Lynch.

Una fina lluvia comenzó a caer del alto cielo velado y se metieron en el césped del duque para llegar a la biblioteca nacional antes de que llegara el chaparrón.

—¿Qué quieres decir, Lynch preguntó hosco, con parlotear sobre la belleza y la imaginación en esta miserable isla olvidada de Dios? No es de extrañar que el artista se retirara dentro o detrás de su obra después de haber perpetrado este país.

La lluvia cayó más rápido. Cuando pasaron por el pasaje junto a la casa de Kildare, encontraron a muchos estudiantes refugiándose bajo la arcada de la biblioteca. Cranly, apoyado en un pilar, se limpiaba los dientes con una cerilla afilada, escuchando a algunos compañeros. Unas chicas estaban cerca de la puerta de entrada. Lynch le susurró a Stephen:

—Tu amada está aquí.

Stephen ocupó su lugar silenciosamente en el escalón debajo del grupo de estudiantes, sin prestar atención a la lluvia que caía rápidamente, volviendo sus ojos hacia ella de vez en cuando. Ella también estaba en silencio entre sus compañeras. No tiene ningún sacerdote con quien flirtear, pensó con consciente amargura, recordando cómo la había visto la última vez. Lynch tenía razón. Su mente, vacía de teoría y coraje, recayó en una paz apática.

Oyó a los estudiantes hablar entre ellos. Hablaban de dos amigos que habían aprobado el examen final de medicina, de las posibilidades de conseguir puestos en transatlánticos, de consultas pobres y ricas.

—Eso es todo una burbuja. Una consulta rural en Irlanda es mejor.

—Hynes estuvo dos años en Liverpool y dice lo mismo. Dijo que era un agujero espantoso. Nada más que casos de obstetricia.

—¿Quieres decir que es mejor tener un trabajo aquí en el campo que en una ciudad rica como esa? Conozco a un tipo...

—Hynes no tiene cerebro. Aprobó a base de empollar, puro empollar.

—No le hagas caso. Se puede ganar mucho dinero en una gran ciudad comercial.

—Depende de la consulta.

—*Ego credo ut vita pauperum est simpliciter atrox, simpliciter sanguinarius atrox, in Liverpoolio.*

Sus voces llegaban a sus oídos como desde la distancia en pulsaciones interrumpidas. Ella se preparaba para irse con sus compañeras.

El rápido y ligero chaparrón había cesado, deteniéndose en racimos de diamantes entre los arbustos del patio, de donde la tierra ennegrecida exhalaba un vaho. Sus pulcras botas parloteaban mientras estaban en los escalones de la columnata, hablando en voz baja y alegremente, mirando las nubes, sosteniendo sus paraguas

en ángulos astutos contra las últimas gotas de lluvia, cerrándolos de nuevo, sujetando sus faldas con recato.

¿Y si la había juzgado con dureza? ¿Y si su vida fuera un simple rosario de horas, su vida simple y extraña como la vida de un pájaro, alegre por la mañana, inquieta todo el día, cansada al atardecer? ¿Su corazón simple y obstinado como el corazón de un pájaro?

Hacia el alba despertó. ¡Oh, qué dulce música! Su alma estaba toda húmeda de rocío. Sobre sus miembros, en el sueño, habían pasado pálidas y frescas olas de luz. Yacía quieto, como si su alma yaciera entre aguas frescas, consciente de una música débil y dulce. Su mente despertaba lentamente a un conocimiento matutino trémulo, a una inspiración matutina. Un espíritu lo llenaba, puro como el agua más pura, dulce como el rocío, conmovedor como la música. ¡Pero cuán débilmente era inspirado, cuán desapasionadamente, como si los propios serafines respiraran sobre él! Su alma despertaba lentamente, temiendo despertar por completo. Era esa hora sin viento del alba en que la locura despierta y plantas extrañas se abren a la luz y la polilla vuela silenciosamente.

¡Un encantamiento del corazón! La noche había sido encantada. En un sueño o visión había conocido el éxtasis de la vida seráfica. ¿Fue solo un instante de encantamiento o largas horas y años y edades?

El instante de inspiración parecía ahora reflejarse desde todos lados a la vez, desde una multitud de circunstancias nubosas de lo que había sucedido o de lo que podría haber sucedido. El instante brilló como un punto de luz y ahora, de nube en nube de vaga circunstancia, una forma confusa velaba suavemente su resplandor posterior. ¡Oh! En el vientre virgen de la imaginación, el verbo se hizo carne. Gabriel el serafín había venido a la cámara de la virgen. Un resplandor posterior se profundizó en su espíritu, de donde la llama blanca había pasado, profundizándose hasta una luz rosa y ardiente. Esa luz rosa y ardiente era su corazón extraño y obstinado, extraño porque ningún hombre lo había conocido ni lo conocería,

obstinado desde antes del principio del mundo; y atraídos por ese resplandor ardiente y rosado, los coros de los serafines caían del cielo.

¿No estás cansada de caminos ardientes,  
Señuelo de los serafines caídos?  
No cuentes más de días encantados.

Los versos pasaron de su mente a sus labios y, murmurándolos, sintió el movimiento rítmico de una villanela pasar a través de ellos. El resplandor rosado enviaba sus rayos de rima; *ways, days, blaze, praise, raise*. Sus rayos quemaban el mundo, consumían los corazones de hombres y ángeles: los rayos de la rosa que era su obstinado corazón.

Tus ojos han incendiado el corazón del hombre  
Y has hecho tu voluntad con él.

¿No estás cansada de caminos ardientes?

¿Y luego? El ritmo se desvaneció, cesó, comenzó de nuevo a moverse y latir. ¿Y luego? Humo, incienso ascendiendo del altar del mundo.

Sobre la llama el humo de la alabanza  
Sube de confín a confín del océano  
No cuentes más de días encantados.

El humo subía de toda la tierra, de los océanos vaporosos, humo de su alabanza. La tierra era como un incensario que se balanceaba, una bola de incienso, una bola elipsoidal. El ritmo se apagó de inmediato; el grito de su corazón se rompió. Sus labios comenzaron a murmurar los primeros versos una y otra vez; luego continuaron tropezando a través de medios versos, tartamudeando y desconcertados; luego se detuvieron. El grito del corazón se había roto.

La hora velada y sin viento había pasado y detrás de los cristales de la ventana desnuda la luz de la mañana se acumulaba. Una campana sonó débilmente muy lejos. Un pájaro gorjeó; dos pájaros, tres. La campana y el pájaro cesaron; y la luz blanca y opaca se extendió de este a oeste, cubriendo el mundo, cubriendo la luz de rosa en su corazón.

Temiendo perderlo todo, se incorporó de repente sobre el codo para buscar papel y lápiz. No había ninguno sobre la mesa; solo el plato hondo del que había comido el arroz para la cena y el candelero con sus zarcillos de sebo y su arandela de papel, chamuscada por la última llama. Estiró el brazo con cansancio hacia los pies de la cama, buscando con la mano en los bolsillos del abrigo que colgaba allí. Sus dedos encontraron un lápiz y luego un paquete de cigarrillos. Se recostó y, rasgando el paquete, colocó el último cigarrillo en el alféizar de la ventana y comenzó a escribir las estrofas de la villanela con letras pequeñas y pulcras en la áspera superficie de cartón.

Habiéndolas escrito, se recostó en la almohada abultada, murmurándolas de nuevo. Los grumos de borra anudada bajo su cabeza le recordaron los grumos de crin anudada en el sofá de su salón, en el que solía sentarse, sonriente o serio, preguntándose por qué había venido, disgustado con ella y consigo mismo, confundido por la estampa del Sagrado Corazón sobre el aparador desocupado. La vio acercarse a él en una pausa de la conversación y rogarle que cantara una de sus curiosas canciones. Luego se vio a sí mismo sentado al viejo piano, tocando suaves acordes en sus teclas moteadas y cantando, en medio de la conversación que se había reanudado en la habitación, para ella, que se apoyaba junto a la chimenea, una delicada canción de los isabelinos, una triste y dulce despedida, el canto de victoria de Agincourt, la alegre melodía de *Greensleeves*. Mientras él cantaba y ella escuchaba, o fingía escuchar, su corazón estaba en paz, pero cuando las pintorescas canciones antiguas habían terminado y oyó de nuevo las voces en la habitación, recordó su propio sarcasmo: la casa donde a los jóvenes se les llama por su nombre de pila un poco demasiado pronto.

En ciertos instantes, los ojos de ella parecían a punto de confiar en él, pero él había esperado en vano. Ella pasó ahora, danzando ligeramente por su memoria, como había estado aquella noche en el baile de carnaval, con su vestido blanco un poco levantado, un ramillete blanco oscilando en su pelo. Danzaba ligeramente en el círculo. Danzaba hacia él y, mientras se acercaba, sus ojos estaban un poco desviados y un tenue rubor había en su mejilla. En la pausa de la cadena de manos, su mano había reposado en la suya un instante, una suave mercancía.

—Eres un gran desconocido ahora.

—Sí. Nací para ser monje.

—Me temo que eres un hereje.

—¿Tienes mucho miedo?

Por toda respuesta, ella se había alejado de él danzando a lo largo de la cadena de manos, danzando ligera y discretamente, sin entregarse a nadie. El ramillete blanco asentía a su danza y, cuando estaba en la sombra, el rubor era más profundo en su mejilla.

¡Un monje! Su propia imagen surgió como un profanador del claustro, un franciscano hereje, queriendo y no queriendo servir, tejiendo como Gherardino da Borgo San Donnino una ágil red de sofismas y susurrando en su oído.

No, no era su imagen. Era como la imagen del joven sacerdote en cuya compañía la había visto por última vez, mirándolo con ojos de paloma, jugueteando con las páginas de su libro de frases en irlandés.

—Sí, sí, las damas se están uniendo a nosotros. Lo veo todos los días. Las damas están con nosotros. Las mejores ayudantes que tiene el idioma.

—¿Y la iglesia, Padre Moran?

—La iglesia también. Se está uniendo también. El trabajo también avanza allí. No te preocupes por la iglesia.

¡Bah! Había hecho bien en abandonar la habitación con desdén. Había hecho bien en no saludarla en los escalones de la biblioteca. Había hecho bien en dejarla flirtear con su sacerdote, en jugar con una iglesia que era la fregona de la cristiandad.

Una ira ruda y brutal expulsó de su alma el último instante persistente de éxtasis. Rompió violentamente su bella imagen y arrojó los fragmentos por todos lados. Por todos lados, reflejos distorsionados de su imagen surgieron de su memoria: la florista del vestido andrajoso con el pelo húmedo y áspero y el rostro de marimacho que se había llamado a sí misma su chica y había mendigado su aguinaldo, la chica de la cocina de la casa de al lado que cantaba sobre el estrépito de sus platos, con el sonsonete de una cantante de pueblo, los primeros compases de *Junto a los lagos y colinas de Killarney*, una chica que se había reído alegremente al verlo tropezar cuando la rejilla de hierro de la acera cerca de Cork Hill le había enganchado la suela rota de su zapato, una chica a la que había mirado, atraído por su boca pequeña y madura, mientras salía de la fábrica de galletas de Jacob, que le había gritado por encima del hombro:

—¿Te gusta lo que has visto de mí, pelo liso y cejas rizadas?

Y sin embargo, sentía que, por mucho que vituperara y se burlara de su imagen, su ira era también una forma de homenaje. Había abandonado el aula con un desdén que no era del todo sincero, sintiendo que quizás el secreto de su raza se ocultaba tras aquellos ojos oscuros sobre los que sus largas pestañas arrojaban una rápida sombra. Se había dicho a sí mismo con amargura mientras caminaba por las calles que ella era una figura de la feminidad de su país, un alma de murciélago despertando a la conciencia de sí misma en la oscuridad, el secreto y la soledad, demorándose un tiempo, sin amor y sin pecado, con su amante apacible y dejándolo para susurrar sobre transgresiones inocentes en el oído enrejado de un sacerdote. Su ira contra ella encontró desahogo en groseras injurias a su amante, cuyo nombre, voz y rasgos ofendían su orgullo frustrado: un campesino ordenado sacerdote, con un hermano policía en

Dublín y un hermano mozo de taberna en Moycullen. A él ella desvelaría la tímida desnudez de su alma, a uno que solo estaba instruido en el cumplimiento de un rito formal, en lugar de a él, un sacerdote de la imaginación eterna, transmutando el pan de cada día de la experiencia en el cuerpo radiante de la vida siempre viva.

La radiante imagen de la eucaristía unió de nuevo en un instante sus pensamientos amargos y desesperados, sus gritos elevándose ininterrumpidamente en un himno de acción de gracias.

Nuestros gritos rotos y lúgubres cantos  
Se elevan en un himno eucarístico  
¿No estás cansada de caminos ardientes?  
Mientras manos sacrificantes alzan  
El cáliz que fluye hasta el borde  
No cuentes más de días encantados.

Dijo los versos en voz alta desde las primeras líneas hasta que la música y el ritmo impregnaron su mente, volviéndola a una tranquila indulgencia; luego los copió trabajosamente para sentirlos mejor al verlos; luego se recostó en su almohadón.

La plena luz de la mañana había llegado. No se oía ningún sonido; pero sabía que a su alrededor la vida estaba a punto de despertar en ruidos comunes, voces roncas, oraciones soñolientas. Reacio a esa vida, se volvió hacia la pared, haciendo una capucha con la manta y mirando las grandes flores escarlatas desmesuradas del papel pintado andrajoso. Intentó calentar su alegría percedera en su resplandor escarlata, imaginando un camino de rosas desde donde yacía hacia el cielo, todo sembrado de flores escarlatas. ¡Cansado! ¡Cansado! Él también estaba cansado de caminos ardientes.

Un calor gradual, un cansancio lánguido lo recorrió, descendiendo por su columna vertebral desde su cabeza estrechamente

encapuchada. Lo sintió descender y, viéndose a sí mismo como yacía, sonrió. Pronto dormiría.

Había escrito versos para ella de nuevo después de diez años. Diez años antes ella había llevado su chal a modo de capucha sobre la cabeza, lanzando volutas de su aliento cálido al aire de la noche, golpeando con el pie la carretera vidriosa. Era el último tranvía; los enjutos caballos pardos lo sabían y agitaban sus cascabeles a la noche clara en señal de advertencia. El cobrador hablaba con el conductor, asintiendo ambos a menudo a la luz verde de la lámpara. Estaban de pie en los escalones del tranvía, él en el de arriba, ella en el de abajo. Ella subió a su escalón muchas veces entre sus frases y volvió a bajar, y una o dos veces permaneció a su lado olvidándose de bajar y luego bajó. ¡Déjalo estar! ¡Déjalo estar!

Diez años desde esa sabiduría de niños hasta su locura. ¿Y si le enviara los versos? Serían leídos en el desayuno en medio del golpeteo de las cáscaras de huevo. ¡Locura, en verdad! Sus hermanos se reirían e intentarían arrancarse la página unos a otros con sus dedos fuertes y duros. El sacerdote afable, su tío, sentado en su sillón, sostendría la página a distancia, la leería sonriendo y aprobaría la forma literaria.

No, no; eso era una locura. Incluso si le enviara los versos, ella no se los mostraría a otros. No, no; no podría.

Empezó a sentir que la había agraviado. Un sentido de su inocencia lo conmovió casi hasta la piedad, una inocencia que nunca había entendido hasta que había llegado a conocerla a través del pecado, una inocencia que ella tampoco había entendido mientras era inocente o antes de que la extraña humillación de su naturaleza la hubiera alcanzado por primera vez. Entonces, por primera vez, su alma había comenzado a vivir como lo había hecho la suya cuando él pecó por primera vez, y una tierna compasión llenó su corazón al recordar su frágil palidez y sus ojos, humillados y entristecidos por la oscura vergüenza de la feminidad.

Mientras su alma había pasado del éxtasis a la languidez, ¿dónde había estado ella? ¿Podría ser, en los misteriosos caminos de la vida espiritual, que su alma en esos mismos momentos hubiera sido consciente de su homenaje? Podría ser.

Un resplandor de deseo encendió de nuevo su alma y prendió y colmó todo su cuerpo. Consciente de su deseo, ella despertaba de un sueño oloroso, la tentadora de su villanela. Sus ojos, oscuros y con una mirada de languidez, se abrían a sus ojos. Su desnudez se le entregaba, radiante, cálida, olorosa y de miembros generosos, lo envolvía como una nube brillante, lo envolvía como el agua con una vida líquida; y como una nube de vapor o como aguas circunfluentes en el espacio, las letras líquidas del habla, símbolos del elemento del misterio, fluían sobre su cerebro.

¿No estás cansada de caminos ardientes,

Señuelo de los serafines caídos?

No cuentes más de días encantados.

Tus ojos han incendiado el corazón del hombre

Y has hecho tu voluntad con él.

¿No estás cansada de caminos ardientes?

Sobre la llama el humo de la alabanza

Sube de confín a confín del océano

No cuentes más de días encantados.

Nuestros gritos rotos y lúgubres cantos

Se elevan en un himno eucarístico

¿No estás cansada de caminos ardientes?

Mientras manos sacrificantes alzan

El cáliz que fluye hasta el borde

No cuentes más de días encantados.

Y aún retienes nuestra anhelante mirada  
¡Con lánguida apariencia y miembro generoso!  
¿No estás cansada de caminos ardientes?  
No cuentes más de días encantados.

¿Qué pájaros eran aquellos? Se detuvo en los escalones de la biblioteca para mirarlos, apoyándose cansadamente en su bastón de fresno. Volaban en círculos alrededor del saliente de una casa en Molesworth Street. El aire de la tardía tarde de marzo aclaraba su vuelo, sus oscuros cuerpos veloces y trémulos volando claramente contra el cielo como contra una tela lánguidamente colgada de un azul tenue y ahumado.

Observó su vuelo; pájaro tras pájaro: un oscuro destello, un viraje, un aleteo de alas. Intentó contarlos antes de que todos sus cuerpos veloces y trémulos pasaran: seis, diez, once: y se preguntó si eran pares o impares. Doce, trece: pues dos bajaron girando desde el cielo superior. Volaban alto y bajo, pero siempre en círculos, en líneas rectas y curvas, y siempre volando de izquierda a derecha, circundando un templo de aire.

Escuchó los gritos: como el chillido de ratones detrás del zócalo: una nota aguda y doble. Pero las notas eran largas y agudas y zumbantes, a diferencia del grito de las alimañas, cayendo una tercera o una cuarta y trinado mientras los picos voladores hendían el aire. Su grito era agudo, claro y fino, y caía como hilos de luz de seda desenrollados de carretes zumbantes.

El clamor inhumano calmó sus oídos, en los que los sollozos y reproches de su madre murmuraban insistentemente, y los oscuros, frágiles y trémulos cuerpos que giraban, aleteaban y viraban alrededor de un templo aéreo del cielo tenue calmaron sus ojos, que aún veían la imagen del rostro de su madre.

¿Por qué miraba hacia arriba desde los escalones del porche, oyendo su agudo grito doble, observando su vuelo? ¿Buscando un augurio de bien o de mal? Una frase de Cornelio Agripa cruzó su

mente y luego volaron de un lado a otro pensamientos informes de Swedenborg sobre la correspondencia de los pájaros con las cosas del intelecto y de cómo las criaturas del aire tienen su conocimiento y conocen sus tiempos y estaciones porque ellas, a diferencia del hombre, están en el orden de su vida y no han pervertido ese orden por la razón.

Y durante siglos los hombres habían mirado hacia arriba como él miraba a los pájaros en vuelo. La columnata sobre él le hizo pensar vagamente en un templo antiguo y el bastón de fresno en el que se apoyaba cansadamente, en el bastón curvo de un augur. Un sentimiento de temor a lo desconocido se movió en el corazón de su cansancio, un temor a los símbolos y presagios, al hombre con aspecto de halcón cuyo nombre llevaba, elevándose de su cautiverio en alas tejidas de mimbre, a Thoth, el dios de los escritores, escribiendo con una caña sobre una tablilla y llevando en su estrecha cabeza de ibis la luna en cuarto creciente.

Sonrió al pensar en la imagen del dios, pues le hizo pensar en un juez de nariz de botella con peluca, poniendo comas en un documento que sostenía a distancia, y supo que no habría recordado el nombre del dios de no ser porque se parecía a un juramento irlandés. Era una locura. ¿Pero era por esta locura que estaba a punto de abandonar para siempre la casa de oración y prudencia en la que había nacido y el orden de vida del que había surgido?

Regresaron con agudos gritos sobre el saliente de la casa, volando oscuramente contra el aire que se desvanecía. ¿Qué pájaros eran? Pensó que debían ser golondrinas que habían regresado del sur. Entonces él debía partir, pues eran pájaros que siempre iban y venían, construyendo siempre un hogar efímero bajo los aleros de las casas de los hombres y abandonando siempre los hogares que habían construido para vagar.

Inclinad vuestros rostros, Oona y Aleel.

Los contemplo como la golondrina contempla

El nido bajo el alero antes

De errar por las sonoras aguas.

Una suave alegría líquida, como el ruido de muchas aguas, fluyó sobre su memoria y sintió en su corazón la suave paz de los espacios silenciosos de un cielo tenue que se desvanece sobre las aguas, de un silencio oceánico, de golondrinas volando a través del crepúsculo marino sobre las aguas que fluyen.

Una suave alegría líquida fluyó a través de las palabras donde las vocales suaves y largas se precipitaban silenciosamente y se desvanecían, lamiendo y refluyendo y agitando siempre las campanas blancas de sus olas en mudo repique y mudo tañido, y un suave y bajo grito desfalleciente; y sintió que el augurio que había buscado en los pájaros que giraban y se lanzaban y en el pálido espacio del cielo sobre él había surgido de su corazón como un pájaro de una torreta, silenciosa y rápidamente.

¿Símbolo de partida o de soledad? Los versos canturreaban en el oído de su memoria y componían lentamente ante sus ojos recordadores la escena del vestíbulo la noche de la inauguración del teatro nacional. Estaba solo a un lado del balcón, mirando con ojos hastiados la cultura de Dublín en las butacas y los telones de escena de mal gusto y las muñecas humanas enmarcadas por las llamativas lámparas del escenario. Un corpulento policía sudaba detrás de él y parecía a cada momento a punto de actuar. Los abucheos, los silbidos y los gritos de burla corrían en rudas ráfagas por la sala desde sus dispersos compañeros de estudios.

—¡Una difamación contra Irlanda!

—Hecho en Alemania.

—¡Blasfemia!

—¡Nunca vendimos nuestra fe!

—¡Ninguna mujer irlandesa lo hizo jamás!

—No queremos ateos aficionados.

—No queremos budistas en ciernes.

Un silbido repentino y rápido cayó de las ventanas sobre él y supo que las lámparas eléctricas se habían encendido en la sala de lectura. Se dirigió al vestíbulo de pilares, ahora tranquilamente iluminado, subió la escalera y pasó por el torniquete que hacía clic.

Cranly estaba sentado cerca de los diccionarios. Un libro grueso, abierto en el frontispicio, yacía ante él en el atril de madera. Se recostó en su silla, inclinando el oído como el de un confesor hacia el rostro del estudiante de medicina que le leía un problema de la página de ajedrez de un periódico. Stephen se sentó a su derecha y el sacerdote al otro lado de la mesa cerró su ejemplar de *The Tablet* con un chasquido de enojo y se levantó.

Cranly lo siguió con la mirada, con expresión blanda y vaga. El estudiante de medicina continuó en voz más suave:

—Peón a cuarta de rey.

—Será mejor que nos vayamos, Dixon —dijo Stephen en advertencia—. Se ha ido a quejar.

Dixon dobló el periódico y se levantó con dignidad, diciendo:

—Nuestros hombres se retiraron en buen orden.

—Con armas y ganado —añadió Stephen, señalando la portada del libro de Cranly en la que estaba impreso *Enfermedades del buey*.

Mientras pasaban por un pasillo de mesas, Stephen dijo:

—Cranly, quiero hablar contigo.

Cranly no respondió ni se volvió. Dejó su libro en el mostrador y salió, sus pies bien calzados sonando secamente en el suelo. En la escalera se detuvo y, mirando distraídamente a Dixon, repitió:

—Peón a cuarta de rey sangriento.

—Dilo así si quieres —dijo Dixon.

Tenía una voz tranquila y monótona y modales corteses, y en un dedo de su mano regordeta y limpia lucía a momentos un anillo de sello.

Mientras cruzaban el vestíbulo, un hombre de estatura enana se acercó a ellos. Bajo la cúpula de su diminuto sombrero, su rostro sin afeitar comenzó a sonreír con placer y se le oyó murmurar. Los ojos eran melancólicos como los de un mono.

—Buenas tardes, caballeros —dijo el rostro de barba incipiente y simiesco.

—Hace buen tiempo para ser marzo —dijo Cranly—. Tienen las ventanas abiertas arriba.

Dixon sonrió e hizo girar su anillo. El rostro negruzco y arrugado como el de un mono frunció su boca humana con suave placer y su voz ronroneó:

—Un tiempo delicioso para marzo. Sencillamente delicioso.

—Hay dos señoritas muy guapas arriba, capitán, cansadas de esperar —dijo Dixon.

Cranly sonrió y dijo amablemente:

—El capitán solo tiene un amor: Sir Walter Scott. ¿No es así, capitán?

—¿Qué está leyendo ahora, capitán? —preguntó Dixon—. ¿*La novia de Lammermoor*?

—Amo al viejo Scott —dijeron los labios flexibles—, creo que escribe algo encantador. No hay escritor que pueda igualar a Sir Walter Scott.

Movió una mano delgada, encogida y morena suavemente en el aire al compás de su alabanza, y sus párpados delgados y rápidos parpadearon a menudo sobre sus ojos tristes.

Más triste para el oído de Stephen fue su habla: un acento distinguido, bajo y húmedo, empañado por errores, y, al escucharlo, se preguntó si la historia era cierta y si la sangre delgada que fluía en su encogido cuerpo era noble y provenía de un amor incestuoso.

Los árboles del parque estaban cargados de lluvia; y la lluvia caía aún y siempre en el lago, de un gris como un escudo. Una bandada

de cisnes volaba allí y el agua y la orilla debajo estaban ensuciadas con su limo verde blanquecino. Se abrazaron suavemente, impulsados por la luz gris y lluviosa, los árboles húmedos y silenciosos, el lago testigo como un escudo, los cisnes. Se abrazaron sin alegría ni pasión, su brazo alrededor del cuello de su hermana. Una capa de lana gris la envolvía de través desde el hombro hasta la cintura y su hermosa cabeza estaba inclinada con voluntaria vergüenza. Él tenía el pelo suelto, castaño rojizo, y manos tiernas, bien formadas, fuertes y pecosas. ¿Rostro? No se veía ningún rostro. El rostro del hermano estaba inclinado sobre su hermoso pelo fragante de lluvia. La mano pecosa, fuerte, bien formada y acariciadora era la mano de Davin.

Frunció el ceño con enfado ante su pensamiento y ante el hombrecillo encogido que lo había evocado. Las burlas de su padre sobre la pandilla de Bantry brotaron de su memoria. Las mantuvo a distancia y meditó con inquietud de nuevo sobre su propio pensamiento. ¿Por qué no eran las manos de Cranly? ¿Lo habían herido más secretamente la sencillez y la inocencia de Davin?

Continuó caminando por el vestíbulo con Dixon, dejando a Cranly despedirse ceremoniosamente del enano.

Bajo la columnata, Temple estaba de pie en medio de un pequeño grupo de estudiantes. Uno de ellos gritó:

—Dixon, ven a oír. Temple está en gran forma.

Temple le dirigió sus oscuros ojos de gitano.

—Eres un hipócrita, O'Keeffe —dijo—. Y Dixon es un sonrisitas. Por todos los diablos, creo que esa es una buena expresión literaria.

Se rio con astucia, mirando a la cara de Stephen, repitiendo:

—Por todos los diablos, estoy encantado con ese nombre. Un sonrisitas.

Un estudiante robusto que estaba debajo de ellos en los escalones dijo:

—Vuelve con la patrona, Temple. Queremos oír sobre eso.

—La tenía, de veras —dijo Temple—. Y también era un hombre casado. Y todos los curas solían cenar allí. ¡Por todos los diablos, creo que todos tenían un toque!

—Lo llamaremos montar un jamelgo para no cansar al cazador —dijo Dixon.

—Dinos, Temple —dijo O'Keeffe—, ¿cuántos cuartos de cerveza llevas encima?

—Toda tu alma intelectual está en esa frase, O'Keeffe —dijo Temple con abierto desdén.

Se movió con paso desgarrado alrededor del grupo y le habló a Stephen.

—¿Sabías que los Forster son los reyes de Bélgica? —preguntó.

Cranly salió por la puerta del vestíbulo, con el sombrero echado hacia atrás en la nuca y limpiándose los dientes con esmero.

—Y aquí está el sabiondo —dijo Temple—. ¿Sabes eso de los Forster?

Hizo una pausa esperando una respuesta. Cranly desalojó una semilla de higo de sus dientes con la punta de su rudo palillo y la miró fijamente.

—La familia Forster —dijo Temple—, descende de Balduino I, rey de Flandes. Se le llamaba el Guardabosques. Forester y Forster son el mismo nombre. Un descendiente de Balduino I, el capitán Francis Forster, se estableció en Irlanda y se casó con la hija del último jefe de Clanbrassil. Luego están los Blake Forster. Esa es una rama diferente.

—De Calvo, rey de Flandes —repitió Cranly, hurgando de nuevo deliberadamente en sus relucientes dientes descubiertos.

—¿De dónde sacaste toda esa historia? —preguntó O'Keeffe.

—También conozco toda la historia de tu familia —dijo Temple, volviéndose hacia Stephen—. ¿Sabes lo que dice Giraldo Cambrense sobre tu familia?

—¿También desciende de Balduino? —preguntó un estudiante alto y tísico de ojos oscuros.

—Calvo —repitió Cranly, sorbiendo en una rendija de sus dientes.

—*Pernobilis et pervetusta familia* —le dijo Temple a Stephen.

El estudiante robusto que estaba debajo de ellos en los escalones se tiró un breve pedo. Dixon se volvió hacia él, diciendo en voz suave:

—¿Habló un ángel?

Cranly también se volvió y dijo vehementemente pero sin ira:

—Goggins, eres el diablo más sucio y llameante que he conocido, ¿sabes?

—Tenía en mente decir eso —respondió Goggins con firmeza—. No le hizo daño a nadie, ¿verdad?

—Esperamos —dijo Dixon con suavidad—, que no fuera del tipo conocido por la ciencia como un *paulo post futurum*.

—¿No os dije que era un sonrisitas? —dijo Temple, volviéndose a derecha e izquierda—. ¿No le di yo ese nombre?

—Lo hiciste. No somos sordos —dijo el alto tísico.

Cranly todavía fruncía el ceño al robusto estudiante debajo de él. Luego, con un bufido de asco, lo empujó violentamente escaleras abajo.

—Vete de aquí —dijo groseramente—. Vete, apestoso. Y eres un apestoso.

Goggins bajó de un salto a la grava e inmediatamente regresó a su lugar con buen humor. Temple se volvió hacia Stephen y preguntó:

—¿Crees en la ley de la herencia?

—¿Estás borracho o qué eres o qué intentas decir? —preguntó Cranly, encarándolo con expresión de asombro.

—La frase más profunda jamás escrita —dijo Temple con entusiasmo—, es la frase al final de la zoología. La reproducción es el principio de la muerte.

Tocó tímidamente a Stephen en el codo y dijo con entusiasmo:

—¿Sientes lo profundo que es eso porque eres un poeta?

Cranly señaló con su largo índice.

—¡Mírenlo! —dijo con desdén a los demás—. ¡Miren la esperanza de Irlanda!

Se rieron de sus palabras y su gesto. Temple se volvió hacia él valientemente, diciendo:

—Cranly, siempre te estás burlando de mí. Lo veo. Pero soy tan bueno como tú cualquier día. ¿Sabes lo que pienso de ti ahora en comparación conmigo?

—Mi querido amigo —dijo Cranly cortésmente—, eres incapaz, sabes, absolutamente incapaz de pensar.

—Pero, ¿sabes —continuó Temple—, lo que pienso de ti y de mí comparados?

—¡Suéltalo, Temple! —gritó el estudiante robusto desde los escalones—. ¡Sácalo a trozos!

Temple se volvió a derecha e izquierda, haciendo súbitos y débiles gestos mientras hablaba.

—Soy un gilipollas —dijo, sacudiendo la cabeza con desesperación—. Lo soy y sé que lo soy. Y admito que lo soy.

Dixon le dio una palmada ligera en el hombro y dijo con suavidad:

—Y eso te honra, Temple.

—Pero él —dijo Temple, señalando a Cranly—, también es un gilipollas, como yo. Solo que no lo sabe. Y esa es la única diferencia que veo.

Un estallido de risa cubrió sus palabras. Pero se volvió de nuevo hacia Stephen y dijo con súbita avidez:

—Esa palabra es una palabra de lo más interesante. Es el único número dual del inglés. ¿Lo sabías?

—¿Ah, sí? —dijo Stephen vagamente.

Observaba el rostro firme y sufrido de Cranly, iluminado ahora por una sonrisa de falsa paciencia. El nombre grosero había pasado sobre él como agua sucia vertida sobre una vieja imagen de piedra, paciente de injurias; y, mientras lo observaba, lo vio quitarse el sombrero en señal de saludo y descubrir el pelo negro que se erguía tieso desde su frente como una corona de hierro.

Ella salió del porche de la biblioteca e hizo una reverencia por encima de Stephen en respuesta al saludo de Cranly. ¿Él también? ¿No había un ligero rubor en la mejilla de Cranly? ¿O había surgido por las palabras de Temple? La luz se había desvanecido. No podía ver.

¿Explicaba eso el silencio apático de su amigo, sus duros comentarios, las súbitas intrusiones de lenguaje rudo con las que había destrozado tan a menudo las ardientes y caprichosas confesiones de Stephen? Stephen había perdonado libremente, pues había encontrado esta rudeza también en sí mismo. Y recordó una tarde en la que se había bajado de una bicicleta prestada y chirriante para rezar a Dios en un bosque cerca de Malahide. Había levantado los brazos y hablado en éxtasis a la sombría nave de los árboles, sabiendo que estaba en tierra santa y en una hora santa. Y cuando dos agentes de policía aparecieron a la vista en una curva del sombrío camino, había interrumpido su oración para silbar ruidosamente una melodía de la última pantomima.

Comenzó a golpear el extremo deshilachado de su bastón de fresno contra la base de un pilar. ¿No lo había oído Cranly? Sin

embargo, podía esperar. La conversación a su alrededor cesó por un momento y un suave siseo volvió a caer de una ventana de arriba. Pero ningún otro sonido había en el aire y las golondrinas cuyo vuelo había seguido con ojos ociosos dormían.

Ella había pasado a través del crepúsculo. Y por lo tanto el aire estaba en silencio, salvo por un suave siseo que cayó. Y por lo tanto las lenguas a su alrededor habían cesado su parloteo. La oscuridad caía.

La oscuridad cae del aire.

Una alegría trémula, trémula como una luz débil, jugaba como una hueste de hadas a su alrededor. ¿Pero por qué? ¿Su paso a través del aire que oscurecía o el verso con sus vocales negras y su sonido inicial, rico y como de laúd?

Se alejó lentamente hacia las sombras más profundas al final de la columnata, golpeando suavemente la piedra con su bastón para ocultar su ensueño a los estudiantes que había dejado: y permitió que su mente convocara de nuevo a la época de Dowland, Byrd y Nash.

Ojos, abriéndose desde la oscuridad del deseo, ojos que atenuaban el naciente este. ¿Qué era su lánguida gracia sino la suavidad del amancebamiento? ¿Y qué era su brillo sino el brillo de la escoria que cubría el pozo negro de la corte de un Estuardo babeante? Y saboreó en el lenguaje de la memoria vinos ambarinos, cadencias moribundas de dulces melodías, la orgullosa pavana, y vio con los ojos de la memoria a damas amables y gentiles en Covent Garden cortejando desde sus balcones con bocas succionadoras y a las ramerías llenas de pústulas de las tabernas y a las jóvenes esposas que, cediendo alegremente a sus raptores, abrazaban y abrazaban de nuevo.

Las imágenes que había convocado no le dieron placer. Eran secretas e inflamantes, pero la imagen de ella no estaba enredada en ellas. Esa no era la manera de pensar en ella. Ni siquiera era la manera en que pensaba en ella. ¿No podía entonces su mente

confiar en sí misma? Viejas frases, dulces solo con una dulzura desenterrada como las semillas de higo que Cranly extraía de sus relucientes dientes.

No era pensamiento ni visión, aunque sabía vagamente que su figura pasaba de vuelta a casa por la ciudad. Vagamente primero y luego más nítidamente olió su cuerpo. Una inquietud consciente hervía en su sangre. Sí, era su cuerpo lo que olía, un olor salvaje y lánguido, los miembros tibios sobre los que su música había fluido deseosamente y el lino secreto y suave sobre el que su carne destilaba olor y rocío.

Un piojo se arrastró por la nuca de su cuello y, metiendo diestramente el pulgar y el índice por debajo de su cuello suelto, lo atrapó. Hizo rodar su cuerpo, tierno pero quebradizo como un grano de arroz, entre el pulgar y el índice por un instante antes de dejarlo caer de sí y se preguntó si viviría o moriría. Le vino a la mente una curiosa frase de Cornelio a Lápide que decía que los piojos nacidos del sudor humano no fueron creados por Dios con los otros animales en el sexto día. Pero el cosquilleo en la piel de su cuello le irritó y enrojeció la mente. La vida de su cuerpo, mal vestido, mal alimentado, comido por los piojos, le hizo cerrar los párpados en un súbito espasmo de desesperación y en la oscuridad vio los cuerpos quebradizos y brillantes de los piojos cayendo del aire y girando a menudo mientras caían. Sí, y no era oscuridad lo que caía del aire. Era brillo.

El brillo cae del aire.

Ni siquiera había recordado correctamente el verso de Nash. Todas las imágenes que había despertado eran falsas. Su mente criaba alimañas. Sus pensamientos eran piojos nacidos del sudor de la pereza.

Regresó rápidamente por la columnata hacia el grupo de estudiantes. ¡Bueno, pues, que se vaya y que se la lleve el diablo! Podía amar a algún atleta limpio que se lavara todas las mañanas hasta la cintura y tuviera pelo negro en el pecho. Que lo hiciera.

Cranly había sacado otro higo seco de la provisión en su bolsillo y se lo comía lenta y ruidosamente. Temple estaba sentado en el frontón de un pilar, recostado, con la gorra calada sobre sus ojos somnolientos. Un joven regordete salió del porche, con una cartera de cuero metida bajo el sobaco. Marchó hacia el grupo, golpeando las losas con los tacones de sus botas y con la contera de su pesado paraguas. Luego, levantando el paraguas en señal de saludo, dijo a todos:

—Buenas tardes, señores.

Golpeó las losas de nuevo y soltó una risita mientras su cabeza temblaba con un ligero movimiento nervioso. El estudiante alto y tísico y Dixon y O'Keeffe hablaban en irlandés y no le respondieron. Luego, volviéndose hacia Cranly, dijo:

—Buenas tardes, especialmente a usted.

Movió el paraguas a modo de indicación y volvió a soltar una risita. Cranly, que todavía masticaba el higo, respondió con fuertes movimientos de sus mandíbulas.

—¿Buenas? Sí. Es una buena tarde.

El estudiante regordete lo miró seriamente y sacudió su paraguas suave y reprobadoramente.

—Ya veo —dijo—, que está a punto de hacer comentarios obvios.

—Hum —respondió Cranly, ofreciendo lo que quedaba del higo a medio masticar y sacudiéndolo hacia la boca del estudiante regordete en señal de que debía comerlo.

El estudiante regordete no lo comió, sino que, entregándose a su peculiar humor, dijo gravemente, todavía riendo entre dientes y pinchando su frase con el paraguas:

—¿Pretende usted que...

Se interrumpió, señaló sin rodeos la pulpa mascada del higo y dijo en voz alta:

—Me refiero a eso.

—Hum —dijo Cranly como antes.

—¿Pretende usted eso ahora —dijo el estudiante regordete—, como *ipso facto* o, digamos, por así decirlo?

Dixon se apartó de su grupo, diciendo:

—Goggins te estaba esperando, Glynn. Ha ido al Adelphi a buscarte a ti y a Moynihan. ¿Qué tienes ahí? —preguntó, golpeando la cartera bajo el brazo de Glynn.

—Papeles de examen —respondió Glynn—. Les doy exámenes mensuales para ver si están aprovechando mi enseñanza.

También golpeó la cartera y tosió suavemente y sonrió.

—¡Enseñanza! —dijo Cranly groseramente—. Supongo que te refieres a los niños descalzos que son enseñados por un maldito simio como tú. ¡Que Dios los ayude!

Mordió el resto del higo y arrojó la colilla.

—Dejad que los niños se acerquen a mí —dijo Glynn amablemente.

—¡Un maldito simio —repitió Cranly con énfasis—, y un maldito simio blasfemo!

Temple se levantó y, pasando junto a Cranly, se dirigió a Glynn:

—Esa frase que dijiste ahora —dijo—, es del nuevo testamento sobre dejad que los niños vengan a mí.

—Vete a dormir otra vez, Temple —dijo O'Keeffe.

—Muy bien, entonces —continuó Temple, dirigiéndose todavía a Glynn—, y si Jesús dejó que los niños vinieran, ¿por qué la iglesia los manda a todos al infierno si mueren sin bautizar? ¿Por qué es eso?

—¿Te bautizaron a ti, Temple? —preguntó el estudiante tísico.

—Pero, ¿por qué los mandan al infierno si Jesús dijo que todos debían venir? —dijo Temple, con los ojos buscando los de Glynn.

Glynn tosió y dijo suavemente, conteniendo con dificultad la risita nerviosa en su voz y moviendo su paraguas a cada palabra:

—Y, como usted señala, si es así, pregunto enfáticamente de dónde viene esta así-dad.

—Porque la iglesia es cruel como todos los viejos pecadores —dijo Temple.

—¿Es usted bastante ortodoxo en ese punto, Temple? —dijo Dixon con suavidad.

—San Agustín dice eso de que los niños sin bautizar van al infierno —respondió Temple—, porque él también era un viejo pecador cruel.

—Me inclino ante usted —dijo Dixon—, pero tenía la impresión de que el limbo existía para tales casos.

—No discutas con él, Dixon —dijo Cranly brutalmente—. No le hables ni lo mires. Llévalo a casa con un *sugan* como llevarías a una cabra balando.

—¡El limbo! —gritó Temple—. Esa también es una buena invención. Como el infierno.

—Pero sin lo desagradable —dijo Dixon.

Se volvió sonriendo a los demás y dijo:

—Creo que estoy expresando las opiniones de todos los presentes al decir tanto.

—Lo está —dijo Glynn en tono firme—. En ese punto Irlanda está unida.

Golpeó la contera de su paraguas en el suelo de piedra de la columnata.

—El infierno —dijo Temple—. Puedo respetar esa invención de la gris esposa de Satanás. El infierno es romano, como los muros de los romanos, fuerte y feo. ¿Pero qué es el limbo?

—Vuelve a meterlo en el cochecito, Cranly —gritó O'Keeffe.

Cranly dio un paso rápido hacia Temple, se detuvo, pateando el suelo, gritando como a un ave de corral:

—¡Soo!

Temple se apartó ágilmente.

—¿Sabes lo que es el limbo? —gritó—. ¿Sabes cómo llamamos a una noción como esa en Roscommon?

—¡Soo! ¡Maldito seas! —gritó Cranly, aplaudiendo.

—¡Ni mi culo ni mi codo! —gritó Temple con desdén—. Y a eso es a lo que llamo limbo.

—Dame ese palo —dijo Cranly.

Le arrebató bruscamente el bastón de fresno de la mano a Stephen y bajó de un salto los escalones: pero Temple, al oírlo moverse en su persecución, huyó a través del crepúsculo como una criatura salvaje, ágil y de pies ligeros. Las pesadas botas de Cranly se oyeron cargar ruidosamente a través del patio y luego regresar pesadamente, frustradas y despreciando la grava a cada paso.

Su paso era airado y con un gesto airado y abrupto devolvió el bastón a la mano de Stephen. Stephen sintió que su ira tenía otra causa pero, fingiendo paciencia, le tocó ligeramente el brazo y dijo en voz baja:

—Cranly, te dije que quería hablar contigo. Ven.

Cranly lo miró por unos momentos y preguntó:

—¿Ahora?

—Sí, ahora —dijo Stephen—. No podemos hablar aquí. Ven.

Cruzaron juntos el patio sin hablar. La llamada de pájaro de *Sigfrido*, silbada suavemente, los siguió desde los escalones del porche. Cranly se volvió, y Dixon, que había silbado, gritó:

—¿A dónde vais, muchachos? ¿Qué hay de esa partida, Cranly?

Parlamentaron a gritos a través del aire quieto sobre una partida de billar que se jugaría en el hotel Adelphi. Stephen siguió caminando solo y, ya en la quietud de Kildare Street, frente al hotel Maple, se detuvo a esperar, paciente de nuevo. El nombre del hotel, una madera incolora y pulida, y su fachada incolora lo hirieron como una mirada de educado desdén. Devolvió la mirada con enojo al salón suavemente iluminado del hotel, en el que imaginaba las vidas pulcras de los patricios de Irlanda alojadas en calma. Pensaban en comisiones del ejército y agentes de tierras: los campesinos los saludaban por los caminos en el campo; sabían los nombres de ciertos platos franceses y daban órdenes a los cocheros con voces agudas y provincianas que atravesaban sus acentos ceñidos.

¿Cómo podría él herir su conciencia o cómo proyectar su sombra sobre la imaginación de sus hijas, antes de que sus escuderos engendraran en ellas, para que pudieran criar una raza menos innoble que la suya? Y bajo el crepúsculo profundizado sintió los pensamientos y deseos de la raza a la que pertenecía revoloteando como murciélagos por los oscuros caminos rurales, bajo los árboles, a orillas de los arroyos y cerca de los pantanos moteados de charcos. Una mujer había esperado en el umbral mientras Davin pasaba de noche y, ofreciéndole una taza de leche, casi lo había cortejado a su lecho; pues Davin tenía los ojos apacibles de alguien que podía ser discreto. Pero a él ningún ojo de mujer lo había cortejado.

Su brazo fue agarrado con fuerza y la voz de Cranly dijo:

—Vámonos, pues.

Caminaron hacia el sur en silencio. Luego Cranly dijo:

—¡Ese idiota balbuceante, Temple! Juro por Moisés, sabes, que un día de estos seré la muerte de ese tipo.

Pero su voz ya no estaba enojada y Stephen se preguntó si estaría pensando en el saludo de ella bajo el porche.

Giraron a la izquierda y continuaron como antes. Cuando hubieron andado así un rato, Stephen dijo:

—Cranly, he tenido una discusión desagradable esta tarde.

—¿Con tu gente? —preguntó Cranly.

—Con mi madre.

—¿Sobre religión?

—Sí —respondió Stephen.

Tras una pausa, Cranly preguntó:

—¿Qué edad tiene tu madre?

—No es vieja —dijo Stephen—. Desea que cumpla con el precepto pascual.

—¿Y lo harás?

—No lo haré —dijo Stephen.

—¿Por qué no? —dijo Cranly.

—No serviré —respondió Stephen.

—Ese comentario ya se ha hecho antes —dijo Cranly con calma.

—Se hace ahora por detrás —dijo Stephen acaloradamente.

Cranly apretó el brazo de Stephen, diciendo:

—Tómatelo con calma, mi querido amigo. Eres un hombre excitado y sangriento, ¿sabes?

Se rio nerviosamente mientras hablaba y, mirando al rostro de Stephen con ojos conmovidos y amistosos, dijo:

—¿Sabes que eres un hombre excitable?

—Supongo que lo soy —dijo Stephen, riendo también.

Sus mentes, últimamente distanciadas, parecían haberse acercado de repente, una a la otra.

—¿Crees en la eucaristía? —preguntó Cranly.

—No —dijo Stephen.

—¿No crees entonces?

—Ni creo en ella ni dejo de creer —respondió Stephen.

—Muchas personas tienen dudas, incluso personas religiosas, y sin embargo las superan o las dejan a un lado —dijo Cranly—. ¿Son tus dudas sobre ese punto demasiado fuertes?

—No deseo superarlas —respondió Stephen.

Cranly, avergonzado por un momento, sacó otro higo de su bolsillo y estaba a punto de comerlo cuando Stephen dijo:

—No lo hagas, por favor. No puedes discutir esta cuestión con la boca llena de higo masticado.

Cranly examinó el higo a la luz de una farola bajo la cual se detuvo. Luego lo olió con ambas fosas nasales, mordió un trocito, lo escupió y arrojó el higo groseramente a la cuneta. Dirigiéndose a él mientras yacía, dijo:

—¡Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno!

Tomando el brazo de Stephen, continuó de nuevo y dijo:

—¿No temes que esas palabras te sean dichas el día del juicio?

—¿Qué se me ofrece, por otro lado? —preguntó Stephen—. ¿Una eternidad de bienaventuranza en compañía del decano de estudios?

—Recuerda —dijo Cranly—, que él sería glorificado.

—Sí —dijo Stephen con cierta amargura—, brillante, ágil, impasible y, sobre todo, sutil.

—Es curioso, sabes —dijo Cranly desapasionadamente—, cómo tu mente está sobresaturada de la religión en la que dices no creer. ¿Creías en ella cuando estabas en el colegio? Apuesto a que sí.

—Sí —respondió Stephen.

—¿Y eras más feliz entonces? —preguntó Cranly suavemente—, ¿más feliz de lo que eres ahora, por ejemplo?

—A menudo feliz —dijo Stephen—, y a menudo infeliz. Yo era otra persona entonces.

—¿Cómo otra persona? ¿Qué quieres decir con esa afirmación?

—Quiero decir —dijo Stephen—, que no era yo mismo como soy ahora, como tuve que llegar a ser.

—No como eres ahora, no como tuviste que llegar a ser —repitió Cranly—. Déjame hacerte una pregunta. ¿Amas a tu madre?

Stephen negó lentamente con la cabeza.

—No sé lo que significan tus palabras —dijo simplemente.

—¿Nunca has amado a nadie? —preguntó Cranly.

—¿Te refieres a las mujeres?

—No estoy hablando de eso —dijo Cranly en un tono más frío—. Te pregunto si alguna vez sentiste amor hacia alguien o algo.

Stephen siguió caminando junto a su amigo, mirando sombríamente la acera.

—Intenté amar a Dios —dijo al fin—. Ahora parece que fracasé. Es muy difícil. Intenté unir mi voluntad con la voluntad de Dios instante a instante. En eso no siempre fracasé. Quizás podría seguir haciéndolo...

Cranly lo interrumpió bruscamente preguntando:

—¿Ha tenido tu madre una vida feliz?

—¿Cómo voy a saberlo? —dijo Stephen.

—¿Cuántos hijos tuvo?

—Nueve o diez —respondió Stephen—. Algunos murieron.

—¿Era tu padre...? —Cranly se interrumpió por un instante y luego dijo—: No quiero entrometerme en tus asuntos familiares. Pero, ¿era tu padre lo que se llama acomodado? Quiero decir, ¿cuando tú crecías?

—Sí —dijo Stephen.

—¿Qué era él? —preguntó Cranly después de una pausa.

Stephen comenzó a enumerar con soltura los atributos de su padre.

—Un estudiante de medicina, un remero, un tenor, un actor aficionado, un político gritón, un pequeño terrateniente, un pequeño inversor, un bebedor, un buen tipo, un contador de historias, el secretario de alguien, algo en una destilería, un recaudador de impuestos, un quebrado y actualmente un elogiador de su propio pasado.

Cranly se rio, apretando el brazo de Stephen, y dijo:

—Lo de la destilería es buenísimo.

—¿Hay algo más que quieras saber? —preguntó Stephen.

—¿Estás en buenas circunstancias actualmente?

—¿Lo parezco? —preguntó Stephen sin rodeos.

—Así que entonces —continuó Cranly pensativamente—, naciste en el regazo del lujo.

Usó la frase con amplitud y en voz alta, como a menudo usaba expresiones técnicas, como si deseara que su oyente entendiera que las usaba sin convicción.

—Tu madre debe haber pasado por mucho sufrimiento —dijo entonces—. ¿No intentarías evitarle más sufrimiento, incluso si... o lo harías?

—Si pudiera —dijo Stephen—, eso me costaría muy poco.

—Entonces hazlo —dijo Cranly—. Haz lo que ella desea que hagas. ¿Qué es para ti? No crees en ello. Es una forma: nada más. Y dejarás su mente tranquila.

Cesó y, como Stephen no respondió, permaneció en silencio. Luego, como si diera voz al proceso de su propio pensamiento, dijo:

—Cualquier otra cosa que sea incierta en este apestoso estercolero de mundo, el amor de una madre no lo es. Tu madre te trae al mundo, te lleva primero en su cuerpo. ¿Qué sabemos de lo que ella siente? Pero sea lo que sea que sienta, eso, al menos, debe ser real. Debe serlo. ¿Qué son nuestras ideas o ambiciones? Un juego. ¡Ideas! Vamos, ese maldito cabrito balador de Temple tiene ideas. MacCann también tiene ideas. Cualquier burro que va por los caminos cree que tiene ideas.

Stephen, que había estado escuchando el discurso no pronunciado detrás de las palabras, dijo con fingida despreocupación:

—Pascal, si no recuerdo mal, no permitía que su madre lo besara por temor al contacto de su sexo.

—Pascal era un cerdo —dijo Cranly.

—Luis Gonzaga, creo, era de la misma opinión —dijo Stephen.

—Y entonces él era otro cerdo —dijo Cranly.

—La iglesia lo llama santo —objetó Stephen.

—Me importa un comino lo que cualquiera lo llame —dijo Cranly grosera y secamente—. Yo lo llamo un cerdo.

Stephen, preparando las palabras pulcramente en su mente, continuó:

—Jesús, también, parece haber tratado a su madre con escasa cortesía en público, pero Suárez, un teólogo jesuita y caballero español, se ha disculpado por él.

—¿Se te ocurrió alguna vez la idea —preguntó Cranly—, de que Jesús no era lo que pretendía ser?

—La primera persona a la que se le ocurrió esa idea —respondió Stephen—, fue el propio Jesús.

—Quiero decir —dijo Cranly, endureciendo su discurso—, ¿se te ocurrió alguna vez la idea de que él mismo era un hipócrita consciente, lo que llamaba a los judíos de su tiempo, un sepulcro blanqueado? O, para decirlo más claramente, ¿que era un canalla?

—Esa idea nunca se me ocurrió —respondió Stephen—. Pero tengo curiosidad por saber si estás tratando de convertirme a mí o de pervertirte a ti mismo.

Se volvió hacia el rostro de su amigo y vio allí una sonrisa cruda que alguna fuerza de voluntad se esforzaba por hacer finamente significativa.

Cranly preguntó de repente en un tono sencillo y sensato:

—Dime la verdad. ¿Te escandalizó en algo lo que dije?

—Un poco —dijo Stephen.

—¿Y por qué te escandalizaste —insistió Cranly en el mismo tono —, si te sientes seguro de que nuestra religión es falsa y de que Jesús no era el hijo de Dios?

—No estoy del todo seguro de ello —dijo Stephen—. Es más como un hijo de Dios que como un hijo de María.

—¿Y por eso no comulgarás —preguntó Cranly—, porque no estás seguro de eso también, porque sientes que la hostia, también, puede ser el cuerpo y la sangre del hijo de Dios y no una oblea de pan? ¿Y porque temes que pueda serlo?

—Sí —dijo Stephen en voz baja—, siento eso y también lo temo.

—Ya veo —dijo Cranly.

Stephen, sorprendido por su tono de conclusión, reabrió la discusión de inmediato diciendo:

—Temo a muchas cosas: a los perros, a los caballos, a las armas de fuego, al mar, a las tormentas, a la maquinaria, a los caminos rurales por la noche.

—Pero, ¿por qué temes a un trozo de pan?

—Imagino —dijo Stephen—, que hay una realidad malévolá detrás de esas cosas que digo que temo.

—¿Temes entonces —preguntó Cranly—, que el Dios de los católicos romanos te fulminaría y te condenaría si hicieras una

comunión sacrílega?

—El Dios de los católicos romanos podría hacer eso ahora —dijo Stephen—. Temo más que eso la acción química que se desencadenaría en mi alma por un falso homenaje a un símbolo detrás del cual se amasan veinte siglos de autoridad y veneración.

—¿Cometerías —preguntó Cranly—, en peligro extremo, ese sacrilegio en particular? Por ejemplo, ¿si vivieras en los días de las leyes penales?

—No puedo responder por el pasado —replicó Stephen—. Posiblemente no.

—Entonces —dijo Cranly—, ¿no tienes intención de convertirte en protestante?

—Dije que había perdido la fe —respondió Stephen—, pero no que hubiera perdido el respeto por mí mismo. ¿Qué clase de liberación sería abandonar un absurdo que es lógico y coherente y abrazar uno que es ilógico e incoherente?

Habían caminado hacia el municipio de Pembroke y ahora, mientras avanzaban lentamente por las avenidas, los árboles y las luces dispersas en las villas calmaban sus mentes. El aire de riqueza y reposo difundido a su alrededor parecía consolar su indigencia. Detrás de un seto de laurel, una luz brillaba en la ventana de una cocina y se oía la voz de una sirvienta cantando mientras afilaba cuchillos. Cantaba, en breves compases entrecortados: *Rosie O'Grady*  
—

Cranly se detuvo a escuchar, diciendo:

—*Mulier cantat.*

La suave belleza de la palabra latina tocó con un encanto encantador la oscuridad de la tarde, con un toque más débil y más persuasivo que el toque de la música o de la mano de una mujer. La contienda de sus mentes fue sofocada. La figura de una mujer, tal como aparece en la liturgia de la iglesia, pasó silenciosamente a través de la oscuridad: una figura vestida de blanco, pequeña y

esbelta como un niño, y con un cíngulo que caía. Su voz, frágil y aguda como la de un niño, se oyó entonando desde un coro distante las primeras palabras de una mujer que atraviesan la penumbra y el clamor del primer canto de la pasión:

—*Et tu cum Jesu Galilæo eras.*

Y todos los corazones fueron conmovidos y se volvieron hacia su voz, que brillaba como una joven estrella, brillando más clara mientras la voz entonaba el proparoxítono y más débilmente mientras la cadencia moría.

El canto cesó. Siguieron juntos, Cranly repitiendo con un ritmo fuertemente acentuado el final del estribillo:

Y cuando nos casemos,

Oh, qué felices seremos

Porque amo a la dulce Rosie O'Grady

Y Rosie O'Grady me ama a mí.

—Ahí tienes poesía de verdad —dijo—. Ahí tienes amor de verdad.

Miró de reojo a Stephen con una extraña sonrisa y dijo:

—¿Consideras eso poesía? ¿O sabes lo que significan las palabras?

—Quiero ver a Rosie primero —dijo Stephen.

—Es fácil de encontrar —dijo Cranly.

Su sombrero le había caído sobre la frente. Se lo echó hacia atrás y, en la sombra de los árboles, Stephen vio su rostro pálido, enmarcado por la oscuridad, y sus grandes ojos oscuros. Sí. Su rostro era hermoso y su cuerpo fuerte y duro. Había hablado del amor de una madre. Sentía entonces los sufrimientos de las mujeres, las debilidades de sus cuerpos y almas: y las protegería con un brazo fuerte y resuelto e inclinaría su mente ante ellas.

Adelante, pues: es hora de irse. Una voz habló suavemente al corazón solitario de Stephen, ordenándole que se fuera y diciéndole

que su amistad llegaba a su fin. Sí; se iría. No podía luchar contra otro. Conocía su papel.

—Probablemente me iré —dijo.

—¿Dónde? —preguntó Cranly.

—Donde pueda —dijo Stephen.

—Sí —dijo Cranly—. Podría ser difícil para ti vivir aquí ahora. ¿Pero es eso lo que te hace irte?

—Tengo que irme —respondió Stephen.

—Porque —continuó Cranly—, no tienes por qué considerarte expulsado si no deseas irte, ni como un hereje o un proscrito. Hay muchos buenos creyentes que piensan como tú. ¿Te sorprendería eso? La iglesia no es el edificio de piedra ni siquiera el clero y sus dogmas. Es la masa entera de los que nacen en ella. No sé lo que deseas hacer en la vida. ¿Es lo que me dijiste la noche que estábamos parados fuera de la estación de Harcourt Street?

—Sí —dijo Stephen, sonriendo a pesar de sí mismo por la manera de Cranly de recordar los pensamientos en conexión con los lugares—. La noche que pasaste media hora discutiendo con Doherty sobre el camino más corto de Sallygap a Larras.

—¡Cabeza de chorlito! —dijo Cranly con calma despectiva—. ¿Qué sabe él del camino de Sallygap a Larras? ¿O qué sabe de nada, para el caso? ¡Y esa cabeza de olla grande y babeante que tiene!

Estalló en una larga y sonora carcajada.

—¿Y bien? —dijo Stephen—. ¿Recuerdas el resto?

—¿Lo que dijiste, dices? —preguntó Cranly—. Sí, lo recuerdo. Descubrir el modo de vida o de arte mediante el cual tu espíritu pudiera expresarse en libertad sin trabas.

Stephen se quitó el sombrero en señal de reconocimiento.

—¡Libertad! —repitió Cranly—. Pero todavía no eres lo suficientemente libre como para cometer un sacrilegio. Dime,

¿robarías?

—Primero mendigaría —dijo Stephen.

—Y si no consiguieras nada, ¿robarías?

—Deseas que diga —respondió Stephen—, que los derechos de propiedad son provisionales y que en ciertas circunstancias no es ilícito robar. Todo el mundo actuaría con esa creencia. Así que no te daré esa respuesta. Dirígete al teólogo jesuita Juan Mariana de Talavera, quien también te explicará en qué circunstancias puedes matar lícitamente a tu rey y si es mejor darle el veneno en una copa o untárselo en la túnica o en el arzón de la silla. Pregúntame más bien si permitiría que otros me robaran o, si lo hicieran, si invocaría sobre ellos lo que creo que se llama el castigo del brazo secular.

—¿Y lo harías?

—Creo —dijo Stephen—, que me dolería tanto hacerlo como ser robado.

—Ya veo —dijo Cranly.

Sacó su cerilla y comenzó a limpiar el resquicio entre dos dientes. Luego dijo con despreocupación:

—Dime, por ejemplo, ¿desflorarías a una virgen?

—Disculpa —dijo Stephen cortésmente—, ¿no es esa la ambición de la mayoría de los jóvenes caballeros?

—¿Cuál es entonces tu punto de vista? —preguntó Cranly.

Su última frase, con un olor agrio como el humo del carbón y desalentadora, excitó el cerebro de Stephen, sobre el que sus humos parecían meditar.

—Mira, Cranly —dijo—. Me has preguntado qué haría y qué no haría. Te diré lo que haré y lo que no haré. No serviré a aquello en lo que ya no creo, ya se llame mi hogar, mi patria o mi iglesia: y trataré de expresarme en algún modo de vida o de arte tan libremente como pueda y tan completamente como pueda, usando para mi

defensa las únicas armas que me permito usar: el silencio, el exilio y la astucia.

Cranly le agarró del brazo y lo hizo girar para llevarlo de vuelta hacia Leeson Park. Se rio casi con astucia y apretó el brazo de Stephen con el afecto de un mayor.

—¡Astucia, desde luego! —dijo—. ¿Eres tú? ¡Pobre poeta, tú!

—Y me hiciste confesarte a ti —dijo Stephen, emocionado por su contacto—, como te he confesado tantas otras cosas, ¿no es así?

—Sí, hijo mío —dijo Cranly, todavía alegremente.

—Me hiciste confesar los miedos que tengo. Pero también te diré lo que no temo. No temo estar solo o ser despreciado por otro o dejar lo que tenga que dejar. Y no tengo miedo de cometer un error, incluso un gran error, un error de toda la vida, y quizás tan largo como la eternidad también.

Cranly, ahora grave de nuevo, aminoró el paso y dijo:

—Solo, completamente solo. No tienes miedo de eso. ¿Y sabes lo que significa esa palabra? No solo estar separado de todos los demás, sino no tener ni un solo amigo.

—Correré el riesgo —dijo Stephen.

—Y no tener a ninguna persona —dijo Cranly—, que fuera más que un amigo, más incluso que el amigo más noble y verdadero que un hombre haya tenido jamás.

Sus palabras parecían haber tocado alguna cuerda profunda en su propia naturaleza. ¿Había hablado de sí mismo, de sí mismo como era o deseaba ser? Stephen observó su rostro por unos momentos en silencio. Había una fría tristeza allí. Había hablado de sí mismo, de su propia soledad que temía.

—¿De quién estás hablando? —preguntó Stephen al fin.

Cranly no respondió.

*20 de marzo.* Larga conversación con Cranly sobre el tema de mi revuelta.

Tenía puestas sus grandes maneras. Yo, flexible y suave. Me atacó por el lado del amor a la madre. Intenté imaginar a su madre: no puedo. Me dijo una vez, en un momento de descuido, que su padre tenía sesenta y un años cuando él nació. Puedo verlo. Tipo de granjero fuerte. Traje de sal y pimienta. Pies cuadrados. Barba descuidada y canosa. Probablemente asiste a carreras de galgos. Paga sus cuotas regularmente pero no abundantemente al Padre Dwyer de Larras. A veces habla con las chicas al anochecer. ¿Pero su madre? ¿Muy joven o muy vieja? Difícilmente la primera. Si fuera así, Cranly no habría hablado como lo hizo. Vieja entonces. Probablemente, y descuidada. De ahí la desesperación de alma de Cranly: el hijo de lomos agotados.

*21 de marzo, mañana.* Pensé esto en la cama anoche pero estaba demasiado perezoso y libre para añadirlo. Libre, sí. Los lomos agotados son los de Isabel y Zacarías. Entonces él es el precursor. Ítem: come principalmente panceta y higos secos. Léase langostas y miel silvestre. Además, al pensar en él, siempre vi una cabeza severa y cortada o una máscara mortuoria como perfilada en una cortina gris o una verónica. Decolación lo llaman en el redil. Perplejo por un momento por San Juan ante la Puerta Latina. ¿Qué veo? Un precursor decapitado tratando de forzar la cerradura.

*21 de marzo, noche.* Libre. Alma libre y fantasía libre. Que los muertos entierren a sus muertos. Sí. Y que los muertos se casen con los muertos.

*22 de marzo.* En compañía de Lynch seguí a una enfermera de hospital de buen tamaño. Idea de Lynch. No me gusta. Dos galgos flacos y hambrientos caminando tras una novilla.

*23 de marzo.* No la he visto desde esa noche. ¿Indispuesta? Se sienta junto al fuego quizás con el chal de mamá sobre los hombros. Pero no de mal humor. ¿Un buen tazón de gachas? ¿No quieres ahora?

*24 de marzo.* Empecé con una discusión con mi madre. Tema: S.V.M. En desventaja por mi sexo y juventud. Para escapar, contrapuse las relaciones entre Jesús y Papá a las que hay entre María y su hijo. Dije que la religión no era una maternidad. Madre indulgente. Dijo que tengo una mente rara y que he leído demasiado. No es verdad. He leído poco y entendido menos. Luego dijo que volvería a la fe porque tenía una mente inquieta. Esto significa salir de la iglesia por la puerta trasera del pecado y volver a entrar por el tragaluz del arrepentimiento. No puedo arrepentirme. Se lo dije y le pedí seis peniques. Me dio tres.

Luego fui al colegio. Otra disputa con el pequeño de cabeza redonda y ojo de pícaro, Ghezzi. Esta vez sobre Bruno el Nolano. Empezó en italiano y terminó en pidgin English. Dijo que Bruno era un hereje terrible. Dije que fue terriblemente quemado. Estuvo de acuerdo con esto con algo de pena. Luego me dio la receta de lo que él llama *risotto alla bergamasca*. Cuando pronuncia una *o* suave, protruye sus labios carnales y llenos como si besara la vocal. ¿Lo ha hecho? ¿Y podría arrepentirse? Sí, podría: y llorar dos lágrimas redondas de pícaro, una por cada ojo.

Cruzando el Stephen's, es decir, mi Green, recordé que sus compatriotas y no los míos habían inventado lo que Cranly la otra noche llamó nuestra religión. Un cuarteto de ellos, soldados del nonagésimo séptimo regimiento de infantería, se sentaron al pie de la cruz y echaron a suertes el abrigo del crucificado.

Fui a la biblioteca. Intenté leer tres reseñas. Inútil. Todavía no ha salido. ¿Estoy alarmado? ¿Por qué? Porque nunca más vuelva a salir.

Blake escribió:

Me pregunto si William Bond morirá  
Pues ciertamente está muy enfermo.  
¡Ay, pobre William!

Una vez estuve en un diorama en la Rotonda. Al final había imágenes de peces gordos. Entre ellos William Ewart Gladstone,

recién fallecido. La orquesta tocó *Oh, Willie, te hemos echado de menos*.

¡Una raza de patanes!

*25 de marzo, mañana.* Una noche agitada de sueños. Necesito sacármelos del pecho.

Una larga galería curva. Del suelo ascienden pilares de vapores oscuros. Está poblada por las imágenes de reyes fabulosos, tallados en piedra. Tienen las manos cruzadas sobre las rodillas en señal de cansancio y sus ojos están oscurecidos pues los errores de los hombres suben ante ellos para siempre como vapores oscuros.

Extrañas figuras avanzan como desde una cueva. No son tan altas como los hombres. Una no parece estar completamente separada de la otra. Sus rostros son fosforescentes, con vetas más oscuras. Me miran y sus ojos parecen preguntarme algo. No hablan.

*30 de marzo.* Esta tarde Cranly estaba en el porche de la biblioteca, proponiendo un problema a Dixon y al hermano de ella. Una madre dejó caer a su hijo al Nilo. Sigue insistiendo en la madre. Un cocodrilo agarró al niño. La madre se lo pidió de vuelta. El cocodrilo dijo que de acuerdo si ella le decía lo que él iba a hacer con el niño, comérselo o no comérselo.

Esta mentalidad, diría Lépidio, ciertamente es engendrada de vuestro lodo por la operación de vuestro sol.

¿Y la mía? ¿No lo es también? ¡Pues al lodo del Nilo con ella!

*1 de abril.* Desapruebo esta última frase.

*2 de abril.* La vi tomando té y comiendo pasteles en Johnston's, Mooney & O'Brien's. Más bien, Lynch, de ojos de lince, la vio al pasar. Me dice que Cranly fue invitado allí por el hermano. ¿Trajo a su cocodrilo? ¿Es él la luz brillante ahora? Bueno, yo lo descubrí. Protesto que lo hice. Brillando silenciosamente detrás de un celemín de salvado de Wicklow.

*3 de abril.* Me encontré con Davin en la tabaquería frente a la iglesia de Findlater. Llevaba un suéter negro y tenía un palo de *hurley*. Me preguntó si era verdad que me iba y por qué. Le dije que el camino más corto a Tara era vía Holyhead. Justo entonces apareció mi padre. Presentación. Padre cortés y observador. Le preguntó a Davin si podía ofrecerle algún refrigerio. Davin no podía, iba a una reunión. Cuando nos fuimos, mi padre me dijo que tenía una mirada buena y honesta. Me preguntó por qué no me unía a un club de remo. Fingí pensarlo. Luego me contó cómo le rompió el corazón a Pennyfeather. Quiere que estudie derecho. Dice que estoy hecho para eso. Más lodo, más cocodrilos.

*5 de abril.* Primavera salvaje. Nubes veloces. ¡Oh, vida! Corriente oscura de agua de pantano arremolinada sobre la que los manzanos han dejado caer sus delicadas flores. Ojos de muchachas entre las hojas. Muchachas recatadas y juguetonas. Todas rubias o castañas: ninguna morena. Se sonrojan mejor. ¡Houp-la!

*6 de abril.* Ciertamente ella recuerda el pasado. Lynch dice que todas las mujeres lo hacen. Entonces ella recuerda el tiempo de su infancia —y la mía, si alguna vez fui un niño—. El pasado se consume en el presente y el presente solo vive porque engendra el futuro. Las estatuas de mujeres, si Lynch tiene razón, siempre deberían estar completamente vestidas, con una mano de la mujer sintiendo con pesar sus propias partes traseras.

*6 de abril, más tarde.* Michael Robartes recuerda la belleza olvidada y, cuando sus brazos la envuelven, aprieta en sus brazos la hermosura que hace mucho se desvaneció del mundo. No esto. En absoluto. Deseo apretar en mis brazos la hermosura que aún no ha llegado al mundo.

*10 de abril.* Débilmente, bajo la pesada noche, a través del silencio de la ciudad que ha pasado de los sueños al sueño sin sueños como un amante cansado a quien ninguna caricia conmueve, el sonido de cascos en el camino. No tan débilmente ahora que se acercan al puente; y en un momento, al pasar por las ventanas oscurecidas, el silencio es hendido por la alarma como por una

flecha. Se oyen ahora a lo lejos, cascos que brillan en medio de la pesada noche como gemas, apresurándose más allá de los campos dormidos hacia qué fin del viaje —¿qué corazón?— ¿llevando qué nuevas?

*11 de abril.* Leí lo que escribí anoche. Palabras vagas para una emoción vaga. ¿Le gustaría? Creo que sí. Entonces a mí también debería gustarme.

*13 de abril.* Ese *tundish* ha estado en mi mente durante mucho tiempo. Lo busqué y encuentro que es inglés, y un buen y viejo inglés contundente también. ¡Maldito sea el decano de estudios y su embudo! ¿Para qué vino aquí, para enseñarnos su propio idioma o para aprenderlo de nosotros? ¡Maldito sea de una forma u otra!

*14 de abril.* John Alphonsus Mulrennan acaba de regresar del oeste de Irlanda. Periódicos europeos y asiáticos, sírvanse copiar. Nos contó que conoció a un anciano allí en una cabaña de montaña. El anciano tenía los ojos rojos y una pipa corta. El anciano hablaba irlandés. Mulrennan hablaba irlandés. Luego el anciano y Mulrennan hablaron en inglés. Mulrennan le habló sobre el universo y las estrellas. El anciano se sentó, escuchó, fumó, escupió. Luego dijo:

—Ah, debe haber criaturas terriblemente raras en el fin del mundo.

Le temo. Temo sus ojos enrojecidos y córneos. Es con él con quien debo luchar toda esta noche hasta que llegue el día, hasta que él o yo yazgamos muertos, agarrándolo por la garganta nervuda hasta... ¿Hasta qué? ¿Hasta que se rinda a mí? No. No pretendo hacer daño.

*15 de abril.* Me la encontré hoy de bruces en Grafton Street. La multitud nos juntó. Ambos nos detuvimos. Me preguntó por qué nunca iba, dijo que había oído todo tipo de historias sobre mí. Esto fue solo para ganar tiempo. Me preguntó si estaba escribiendo poemas. ¿Sobre quién?, le pregunté. Esto la confundió más y me sentí apenado y ruin. Cerré esa válvula de inmediato y abrí el aparato refrigerador espiritual-heroico, inventado y patentado en

todos los países por Dante Alighieri. Hablé rápidamente de mí y de mis planes. En medio de ello, desafortunadamente, hice un gesto repentino de naturaleza revolucionaria. Debo haber parecido un tipo lanzando un puñado de guisantes al aire. La gente empezó a mirarnos. Ella me dio la mano un momento después y, al irse, dijo que esperaba que hiciera lo que había dicho.

Ahora a eso lo llamo amistoso, ¿no crees?

Sí, hoy me ha gustado ella. ¿Un poco o mucho? No lo sé. Me ha gustado y me parece un sentimiento nuevo. Entonces, en ese caso, todo lo demás, todo lo que creí pensar y todo lo que sentí sentir, todo lo demás antes de ahora, de hecho... ¡Oh, déjalo ya, viejo amigo! ¡Consúltalo con la almohada!

16 de abril. ¡Lejos! ¡Lejos!

El hechizo de los brazos y las voces: los brazos blancos de los caminos, su promesa de abrazos cercanos, y los brazos negros de los altos barcos que se recortan contra la luna, su relato de naciones lejanas. Se tienden para decir: Estamos solos... ven. Y las voces dicen con ellos: Somos de tu estirpe. Y el aire está denso con su compañía mientras me llaman, a mí, su pariente, preparándose para partir, agitando las alas de su exultante y terrible juventud.

26 de abril. Madre está arreglando mi ropa nueva de segunda mano. Reza ahora, dice, para que yo aprenda en mi propia vida y lejos de casa y de los amigos qué es el corazón y qué siente. Amén. Que así sea. ¡Bienvenida, oh vida! Salgo a encontrar por millonésima vez la realidad de la experiencia y a forjar en la fragua de mi alma la conciencia increada de mi raza.

27 de abril. Viejo padre, viejo artífice, séme ahora y siempre propicio.

Dublín, 1904.

Trieste, 1914.

**¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE**  
**[WWW.ELEJANDRIA.COM](http://WWW.ELEJANDRIA.COM)!**

**DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE**  
**DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB**